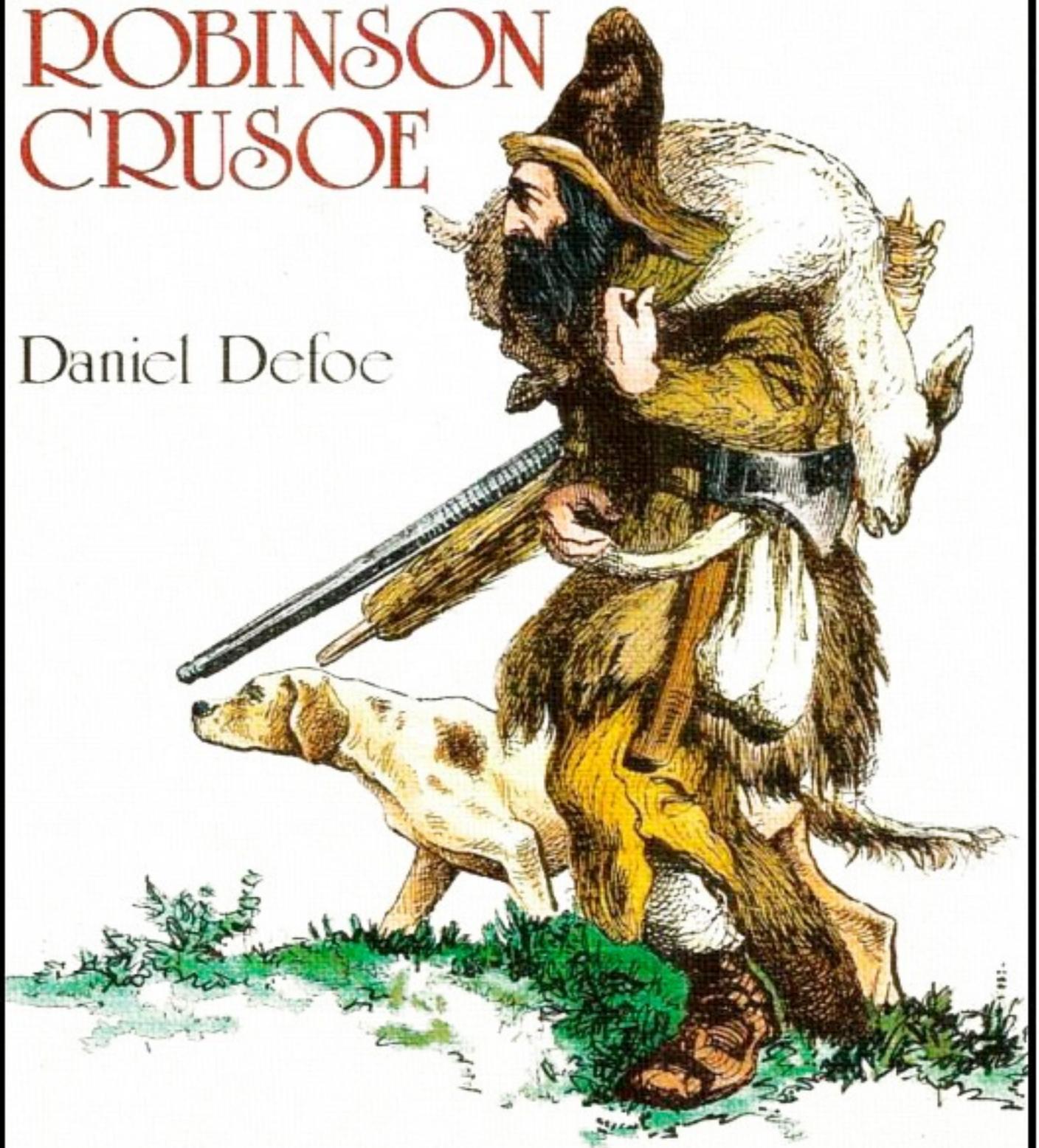


TUS
LIBROS



ROBINSON CRUSOE

Daniel Defoe



Cuando Robinson Crusoe naufragó en aquella isla desierta, no podía imaginar que pasaría allí veintiocho años, que sembraría arroz y cebada, que haría queso y que encontraría un buen salvaje rousseauniano a quien evangelizar.

Pero Robinson no es sólo un hombre hábil, capaz de sobrevivir, y aun de prosperar, a fuerza de tenacidad e ingenio. Es, sobre todo, el prototipo del colonizador inglés, que no se conforma con «estar» en la isla, sino que la explora y la somete.

Daniel Defoe, por su ausencia de pretensiones literarias —o justamente por ello—, por su estilo «esencial» y tan «práctico» como el hombre que narra su vida, escribió una obra maestra imprescindible.



Daniel Defoe

Robinson Crusoe

Tus libros - 22

ePub r1.1

Karras 14.12.2019

Título original: *The Life and Strange Surprizing Adventures of Robinson Crusoe, of York. Mariner: Who lived Eight and Twenty Years, all alone in an un-inhabited Island on the Coast of America, near the Mouth of the Great River of Oroonoque; Having been cast on Shore by Shipwreck, wherein all the Men perished but himself. With An Account how he was at last as strangely deliver'd by Pyrates.*

Written by Himself

Daniel Defoe, 1719

Traducción: Martha Eguía

Ilustraciones: J. J. Grandville

Apéndice: Emilio Pascual

Cubierta: José María Ponce

Grabado del autor: Justo Barboza

Editor digital: Karras

ePub base r2.1





DANIEL DEFOE (1660 - 1731)

La vida y las extrañas y sorprendentes aventuras de Robinson Crusoe, marinero de York: el cual vivió 28 años completamente solo en una isla deshabitada de la costa de América, cerca de la desembocadura del gran río Orinoco; arrojado hasta la orilla por un naufragio, donde todos los hombres perecieron, excepto él; con el relato de cómo fue al final extrañamente liberado por los piratas. Escrito por él mismo.

La presente obra es traducción directa e íntegra del original en su primera edición publicada en Londres, W. Taylor, en 1719.

Las ilustraciones, originales de J. J. Grandville, que aparecen en esta edición acompañaron al texto de la edición francesa publicada por Fournier, París, 1840.



THE
L I F E
And STRANGE SURPRIZING
ADVENTURES
OF
ROBINSON CRUSOE,
Of *YORK,* MARINER:

Who lived eight and twenty Years all alone in
an un-inhabited Island on the Coast of AMERICA,
near the Mouth of the Great River of *Oroonoque*;

Having been cast on Shore by Shipwreck, where-
in all the Men perished but himself.

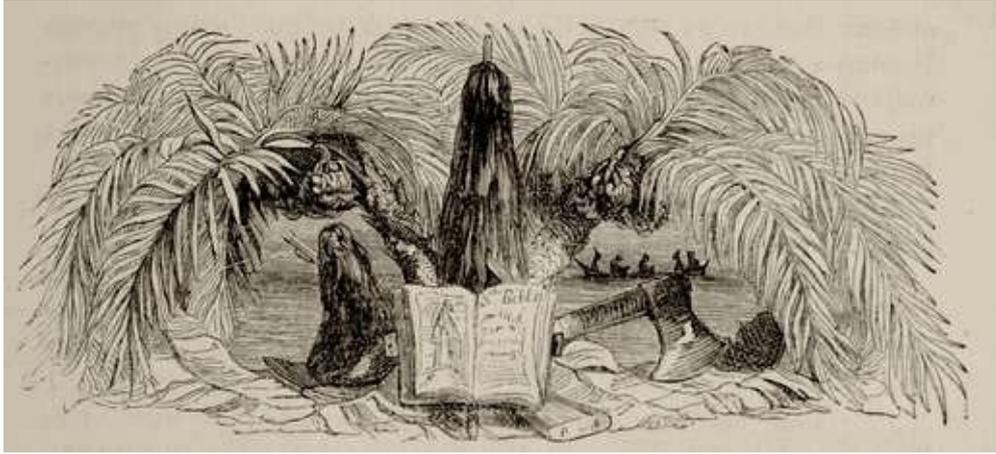
With an ACCOUNT how he was at last as
strangely deliver'd by PYRATES.

Written by Himself.

The Second Edition.



L O N D O N: Printed for W. T A Y L O R at the
Ship in Pater-Noster-Row. M D C C X I X.



Prefacio

Si alguna vez las aventuras de un hombre en este mundo fueron dignas de ser publicadas y, una vez publicadas, bien acogidas, el editor de este relato considera que éste es el caso.

Los hechos extraordinarios de la vida de este hombre superan (en su opinión) todo lo existente, ya que difícilmente la vida de un solo hombre podría ofrecer más variedad.

La historia está relatada con simplicidad, con seriedad, y con una aplicación religiosa de los acontecimientos común al uso que de ellos hacen los sabios, es decir, predicando con el ejemplo, para justificar y honrar así la sabiduría de la Providencia en toda la gama de nuestras circunstancias, vengan éstas como vinieren.

El editor cree que se trata de una historia de hechos reales, sin sombra de ficción alguna; el hecho de que trate de cosas pasadas mejora el valor de la narración tanto en lo ameno como en lo instructivo. Por ello considera, sin más preámbulos, que está ofreciendo un gran servicio con su publicación.

Nací en el año 1632 en la ciudad de York, de una buena familia, aunque no del país, pues mi padre era un extranjero, oriundo de Bremen, que se había radicado inicialmente en Hull^[1]. Gracias al comercio, poseía un considerable patrimonio, y, al abandonar los negocios, vino a vivir a York, donde casó con mi madre, que pertenecía a una distinguida familia de la región, de nombre Robinson, razón por la cual yo fui llamado Robinson Kreutznaer. Sin embargo, en virtud de la usual adulteración de las palabras en Inglaterra, ahora se nos llama, más aún, nosotros nos damos el nombre y firmamos Crusoe, y así me han llamado siempre mis compañeros.

Tuve dos hermanos: el mayor, teniente coronel de un regimiento inglés de infantería destacado en Flandes, que antes había estado al mando del famoso coronel Lockhart, fue muerto en la batalla de Dunkerque contra los españoles^[2]. En cuanto a mi segundo hermano, nada he sabido de él, como tampoco mi padre y mi madre supieron nunca qué había sido de mí.

Siendo el tercer hijo de la familia, y no estando preparado para oficio alguno, mi cabeza comenzó a llenarse muy pronto de pensamientos extravagantes. Mi padre, ya muy anciano, me había asegurado una instrucción esmerada, dentro de los límites habituales de la educación familiar y de la escuela rural gratuita, y me destinaba a las leyes. Pero mi único anhelo era navegar y esta inclinación me llevó a oponerme enérgicamente a la voluntad, mejor dicho, a las órdenes de mi padre y a todas las súplicas y persuasiones de mi madre y de algunos amigos; tanto, que parecía haber algo fatal en esta vocación natural, que me arrojaría por fin a la vida miserable que estaba destinado a sobrellevar.

Mi padre, hombre prudente y grave, trató de disuadirme con serios y excelentes consejos para que abandonara las intenciones que había adivinado en mí. Una mañana me llamó a su alcoba, donde se encontraba recluido por la gota, y, con gran afecto, debatió conmigo este tema. Me preguntó qué razones tenía, aparte de la mera vocación andariega, para alejarme de la casa paterna y de mi país natal, que, con seguridad, me acogería bien y me brindaría la posibilidad de aumentar mi fortuna, con dedicación y laboriosidad, permitiéndome vivir con comodidad y placer. Me dijo que sólo los hombres desesperados, o los que tenían una enorme ambición, iban en busca de aventuras al extranjero; unos, con el propósito de elevarse, y los otros, para conquistar la fama por sus empresas fuera de lo común; que todas estas cosas estaban o muy por encima, o muy por debajo de mí, siendo la mía una situación intermedia, que bien podría considerarse como el nivel más elevado de la posición más baja y que, según él sabía por experiencia, era el mejor estado del mundo, el más adecuado a

la felicidad humana, al no estar expuesto a las miserias y privaciones, a las penurias y sufrimientos propios de esa parte de la humanidad obligada al trabajo manual; ni al orgullo, el lujo, la ambición y la envidia que corroían a los miembros más encumbrados de la humanidad. Me dijo que podría juzgar la felicidad de esa condición por el simple hecho de que era el rango que todos envidiaban; que a menudo hasta los reyes lamentaban las desgraciadas consecuencias de haber nacido para grandes cosas, y deploraban no encontrarse entre los dos extremos; entre el más miserable y el más espléndido. Que hasta el sabio, cuando rezaba para que no le fuera dado contarse entre los pobres ni entre los ricos^[3], daba testimonio de que en este justo medio residía la verdadera felicidad.



Me pidió que observara algo que yo podría comprobar siempre: que los rangos más elevados y más bajos de la humanidad compartían las desgracias de la vida, pero aquellos que ocupaban la posición intermedia eran los menos afectados por las calamidades y los que se hallaban menos expuestos a las vicisitudes que padecían tanto la parte más elevada como la más baja de la humanidad. De ningún modo estaban éstos sometidos a tantas contrariedades e inquietudes, fuesen del cuerpo o del espíritu, como aquellos que, por una vida ostentosa, depravada y extravagante, o por un rudo trabajo, privaciones o insuficiente alimento, enfermaban como consecuencia natural de su vida. Que la calidad de la vida intermedia contemplaba todo tipo de virtudes y placeres: que la paz y la abundancia estaban al servicio de una fortuna mediana: que la templanza, la moderación, la tranquilidad, la salud y la sociedad, y todas las agradables diversiones y los deseados placeres eran las bendiciones

reservadas a dicha condición de vida. Ese era el modo en que los hombres transcurrían, silenciosa y dulcemente, por la vida terrena y, serenamente, la concluían, aliviados de la carga de trabajos manuales o mentales, de la obligación de venderse como esclavos para obtener su pan cotidiano y del agobio de inciertas circunstancias, que roban la paz del alma y el reposo del cuerpo. Libres de la pasión de la envidia o de la secreta ambición febril de las grandes cosas, pasan suavemente por el mundo, en circunstancias favorables, gustando con cordura de los placeres de la vida, sin probar la amargura, felices y aprendiendo, con la experiencia de todos los días, a saborear esa felicidad con la mayor sensatez.

Más tarde, me exhortó, con gran cariño y fervor, a que no fuese un niño y me precipitase en la adversidad, de la cual estaba a salvo, gracias a la naturaleza y a las circunstancias de mi nacimiento. Me recordó que no tenía necesidad de ganarme el sustento, ya que él haría cuanto pudiese por mí, esforzándose porque ingresase de la mejor manera en la condición de vida que me había aconsejado. Y que, si la vida no me era fácil ni feliz en este mundo, sería a consecuencia de mi destino o de mi error, y que él no sería responsable de nada, al haber cumplido ya su deber, advirtiéndome contra aquellas decisiones que él sabía perjudiciales para mí: en una palabra, que, así como él estaba dispuesto a hacer todo lo que estuviese a su alcance por mí, si yo me establecía en mi país, según sus consejos, de ningún modo podía hacerse cargo de mis desventuras autorizando mi partida. Y, para concluir, me dijo que tenía yo el ejemplo de mi hermano mayor, a quien él había prodigado los mismos fervorosos consejos para convencerle de que no participara en las guerras de los Países Bajos, pero, dijo, todos sus argumentos habían fracasado ante su ímpetu juvenil, que le indujo a enrolarse en el ejército, donde encontró la muerte. Y agregó que, aunque no dejaría de orar por mí, se veía en la obligación de advertirme que, si daba ese paso inmediato, Dios no me acordaría su bendición, y en el futuro tendría mucho tiempo para lamentarme de haber desdeñado su consejo, cuando quizá ya no hubiese quién pudiera ayudar a mi recuperación.

Mientras pronunciaba estas palabras, que serían verdaderamente proféticas, más de cuanto mi propio padre imaginaba, observé que las lágrimas se deslizaban copiosamente por su rostro, especialmente al mencionar a mi hermano que había sido muerto; y cuando dijo que no me faltaría ocasión para arrepentirme, en el momento en que no hubiese nadie junto a mí para asistirme, estaba tan emocionado, que debió interrumpirse, expresándome que tenía el corazón tan lleno de aflicción, que no podía ya agregar nada más.

Me sentí sinceramente afectado por sus palabras y ¿cómo podría ser de otro modo? Resolví entonces abandonar la idea de marcharme al extranjero y decidí establecerme en mi patria según el deseo de mi padre. Pero ¡ay de mí!, en pocos días, todos estos propósitos se desvanecieron, y para evitar que me importunase más, unas semanas después, decidí huir de casa. Sin embargo, no actué con la premura que surgía del impulso de mi decisión, sino que acudí a mi madre, en un momento en que

la creí mejor dispuesta que habitualmente, y le confié mis pensamientos, dominados por el deseo de ver mundo, recalcándole que de nada serviría dedicarme a tarea alguna, si me faltaba la resolución necesaria para llevarla a cabo. Que mi padre haría mejor en darme su consentimiento que obligarme a partir sin él. Ya tenía dieciocho años y era demasiado tarde para entrar como aprendiz en un taller de artesano o de ayudante de un abogado. Que, si lo hacía, no cumpliría con mi servicio, y con certeza abandonaría a mi maestro y correría a embarcarme. Por fin, le aseguré que, si ella convencía a mi padre de que me diese su permiso para hacer un solo viaje al extranjero y, a mi regreso, encontraba yo que el viaje no me había gustado, no volvería a intentarlo, y prometía recuperar ese tiempo perdido con redoblada diligencia.

Esto suscitó en mi madre un acceso de ira. Ella sabía, me respondió, que era inútil hablar del asunto con mi padre, puesto que él sabía muy bien cuál era mi conveniencia, como para dar su consentimiento a una cosa que me perjudicaría tanto, y que ella se asombraba de que yo pudiese pensar así, después de haber oído las palabras de mi padre y las expresiones tan tiernas y generosas que él había empleado conmigo. En fin, que si yo estaba dispuesto a perderme, no había forma de impedírmelo, pero que podía estar seguro de que ellos no darían su beneplácito. Por su parte, no quería tener responsabilidad alguna en mi destrucción, y yo nunca podría decir que mi madre deseaba algo que mi padre no había consentido.

Sin embargo, aunque se negó a hablar de esto con mi padre, según supe más tarde, le refirió cuanto yo le había dicho y éste, tras mostrar gran preocupación, le respondió suspirando: «Ese muchacho sería feliz si se quedase en casa, pero, si se marcha al extranjero, será el más infeliz y desgraciado de los hombres: no puedo dar mi consentimiento».

No transcurrió un año antes de mi huida, aunque durante ese lapso permanecí obstinadamente sordo a cualquier propuesta que se refiriera a mi dedicación a un oficio estable, y, a menudo, me quejaba a mis padres por su inflexible determinación contra las decisiones a que me impulsaban mis deseos. Sin embargo, un día, hallándome casualmente en Hull, y sin intención alguna de fugarme; estando, como digo, allí, uno de mis compañeros que estaba a punto de embarcarse hacia Londres en la nave de su padre, me instó a que le acompañara, valiéndose de un cebo que suele tentar a los navegantes: a saber, que el pasaje no me costaría nada. No consulté ya a mis padres ni tampoco les envié palabra sobre mi proyecto, sino que dejé que se enteraran como pudiesen, y sin pedir la bendición del ciclo ni la de mi padre, sin considerar circunstancias ni consecuencias, en la malhadada hora. Dios lo sabe, del día primero de septiembre de 1651, me embarqué en aquel navío con destino a Londres. Nunca las desgracias de un joven aventurero, estoy seguro, empezaron tan pronto, o se prolongaron tanto como la mía. La embarcación no había salido del Humber, cuando el viento comenzó a soplar de tal forma, que las olas se elevaban espantosamente; y, como nunca había estado a bordo antes, sentí un indecible padecimiento en el cuerpo y terror en el alma. En ese momento, comencé a reflexionar seriamente sobre mi decisión y sobre la justicia del cielo que se desencadenaba sobre mí, por haber dejado de modo tan perverso la casa paterna y abandonado mi deber. Todos los buenos consejos de mis padres, las lágrimas de mi padre y las súplicas de mi madre, volvían a mi memoria; y mi conciencia, que aún no se había endurecido hasta el punto al que llegó más tarde, me reprochó, con el desdén de la admonición, el haber infringido mi deber hacia Dios y hacia mi padre.



Entretanto, la tormenta crecía, y el mar, en el que no había estado nunca antes, se encrespaba cada vez más, aunque aquello no era nada comparado con lo que he visto muchas veces desde entonces. No, nada como lo que vería pocos días más tarde; pero bastaba para impresionar a un joven navegante, que nunca había presenciado nada similar. Me parecía que cada ola debía sumergirnos con ella y que, cada vez que el barco se hundía, en lo que yo pensaba era el seno o fondo del mar, no volveríamos nunca más a la superficie. Y, en esta agonía de espíritu, formulé muchos votos y resoluciones respecto a que, si Dios quisiese perdonar mi vida en esta única travesía, si alguna vez volvía a tocar tierra firme, iría directamente a casa de mi padre y no volvería a poner los pies en una nave mientras viviese; y que acataría el consejo de mi padre y no volvería a exponerme otra vez a tales desgracias. Entonces comprendí cabalmente la justeza de sus observaciones acerca de la posición intermedia de la vida, y también con cuánta sencillez y tranquilidad habían transcurrido sus días, lejos de las tempestades del mar y de las inquietudes de sus costas: y, arrepentido, decidí, como un verdadero hijo pródigo, regresar a casa de mis padres.

Estos prudentes y graves pensamientos me acompañaron durante toda la tormenta y hasta un poco más. Pero al día siguiente el viento había amainado y el mar estaba más calmo, y comencé a habituarme a él. No obstante, estuve melancólico todo el día, y también algo mareado, pero hacia la tarde el tiempo comenzó a aclarar, cesó el viento totalmente y siguió una tarde encantadora. El crepúsculo fue perfectamente límpido, y amaneció de la misma forma. No había viento o casi nada, y el sol se reflejaba luminoso sobre la superficie tranquila del mar. Sentí que nunca había presenciado un espectáculo más delicioso.

Durante la noche había dormido bien y, ya libre del mareo, me sentía de buen ánimo, contemplando maravillado el mar que el día anterior había estado tan agitado y tremendo, y que, en tan poco tiempo, era capaz de volverse apacible y bello. Entonces, como para impedir que perdurasen mis buenos propósitos, el amigo que me había inducido a partir se me acercó y, palmeándome la espalda, dijo:

—Y bien, Bob, ¿cómo te sientes ahora? Me imagino que anoche tuviste miedo cuando sopló esa ráfaga de viento.

—¿Una ráfaga de viento, dices? —respondí—. Era una terrible tormenta.

—¡Una tormenta, tonto! —replicó él—. ¿A eso le llamas tormenta? Pues no ha sido nada. Con una buena embarcación y el mar abierto, ni siquiera nos preocupamos por una borrasca como esa; pero tú eres un marinero de agua dulce, Bob. Ven, bebamos un jarro de ponche y no pensemos más en ello. ¿Has visto qué tiempo magnífico tenemos ahora?

Para abreviar esta lamentable parte de mi relato, diré que hicimos a la antigua manera de los navegantes: preparamos el ponche, me emborraché, y en el desorden de esa única noche ahogué todos mis remordimientos, todas las reflexiones sobre mi conducta pasada y todas mis resoluciones acerca del futuro. En una palabra, apenas el mar recobró su serenidad y difundió la calma en su superficie, una vez apaciguada la tormenta y olvidados mis temores y aprensiones de ser deglutido por el mar, volvió a surgir el flujo de mis deseos anteriores, y descarté por completo los votos y promesas que había formulado en mi angustia. En verdad, algunas reflexiones a veces se esforzaban por volver, pero yo las rechazaba y me sustraía a ellas como si se tratase de un malestar físico, de modo que, dedicándome a la bebida y a la compañía, pronto dominé aquellos accesos —como yo solía llamarlos— y en cinco o seis días obtuve la más completa victoria sobre la conciencia que pudiese desear un joven decidido a no dejarse inquietar por ella. Pero me aguardaba otra prueba, y la providencia, como suele suceder en estos casos, resolvió dejarme sin la menor excusa. Pues, si no había aceptado la primera advertencia, la siguiente fue de tal magnitud, que el peor y más empedernido infeliz de los terrestres hubiese confesado su peligro e implorado misericordia.

El sexto día de navegación entramos en la rada de Yarmouth, con viento en contra y clima sereno: habíamos avanzado muy poco desde la tormenta. Nos vimos obligados a echar anclas allí, pues el viento seguía soplando en contra, es decir, desde el suroeste, por espacio de siete u ocho días, durante los cuales innumerables navíos procedentes de Newcastle^[4] entraron a la rada, que era el puerto común donde los barcos podían aguardar viento favorable para remontar el río.

Sin embargo, no nos proponíamos permanecer tanto tiempo allí, sino remontar el río con la marea, pero el viento era demasiado intenso, y al cabo de cuatro o cinco días comenzó a soplar con más fuerza. De cualquier forma, como las radas eran consideradas tan seguras como un puerto, y nuestro anclaje era sólido, los hombres no se preocupaban y, sin el menor sentimiento de peligro, se pasaban el tiempo

descansando y divirtiéndose, según la costumbre de los marinos. Pero al octavo día por la mañana empezó a soplar el viento con tanta furia, que todos tuvimos que ponernos a trabajar para nivelar los masteleros y hacer que todo estuviese bien aparejado, de modo que la nave se mantuviera bien sujeta al ancla. Hacia el mediodía, el mar creció mucho, se hundió el castillo de proa y la nave embarcó abundante agua; tanta, que una o dos veces tuvimos la impresión de que habíamos cortado amarras, y el capitán mando echar el ancla de emergencia. De ese modo, la nave se sostenía con dos anclas a proa y los cables estirados al máximo.

Entonces se desencadenó una formidable tempestad y comencé a vislumbrar terror y asombro en el rostro de los marineros. El capitán, aunque atento a las maniobras para salvar el barco, mientras entraba y salía de su cabina junto a la mía, murmuraba para sí una y otra vez: «Señor, ten piedad de nosotros, es el fin, estamos perdidos», y cosas por el estilo. Durante los primeros apuros, permanecí como atolondrado en mi cabina de proa, y no sabría decir cuál era mi estado de ánimo. Apenas podía volver a asumir mi primer remordimiento, del que aparentemente me había liberado, y contra el cual me había empecinado. Pensaba que ya había pasado por la aflicción de la muerte y que tampoco esta vez ocurriría nada. Pero, cuando el capitán se aproximó a mí, como acabo de decir, y dijo que estábamos perdidos, me sentí presa del pánico y me levanté, saliendo de mi camarote para mirar en derredor. Nunca había presenciado un espectáculo tan espantoso: cada tres o cuatro minutos el mar se elevaba como una montaña y caía sobre nosotros; todo cuanto podía ver era desolación. Dos barcos anclados cerca de nuestra nave habían tenido que cortar sus mástiles, a la altura del puente, para reducir el peso, y nuestros hombres gritaban que un barco fondeado a cerca de una milla del nuestro había naufragado. Otras dos naves, que se habían soltado de sus anclas, eran arrebatadas de las radas en dirección al mar, y quedaban libradas a su suerte y sin mástil. Los barcos más livianos resistían mejor, porque no sufrían tanto los embates del mar, pero dos o tres pasaron muy cerca de nosotros, a la deriva, sólo con el foque al viento.

Hacia la tarde, el piloto y el contraestre le pidieron al capitán del barco que les permitiera cortar el palo de trinquete, pero él se mostró mal dispuesto: mas cuando el contraestre protestó diciendo que, si no lo hacían, el barco se hundiría, lo consintió. Pero, al cortar el palo de trinquete, el mástil se encontró al descubierto y comenzó a hacer sacudir la nave de tal forma, que se vieron obligados a cortarlo también, dejando la cubierta arrasada.

Cualquiera puede deducir cuál era mi estado en ese momento, siendo yo sólo un aprendiz de marino y habiendo sentido antes tanto terror frente a tan poca cosa. Pero, si me es posible expresar, al cabo de tanto tiempo, los pensamientos que me acosaban entonces, diré que mi espíritu estaba diez veces más aterrorizado por haber desechado mis convicciones anteriores y haber vuelto a las resoluciones que perversamente había adoptado al principio que ante la propia muerte: todo esto, añadido al horror de la tempestad, me provocó un estado de ánimo que ninguna palabra podría describir.

Sin embargo, aún no había ocurrido lo peor. La tempestad se ensañaba con tal furia, que los propios marineros debían admitir que jamás habían visto una peor. Temamos una nave sólida, aunque demasiado cargada, y se bamboleaba en el mar, de manera que los marineros de cuando en cuando gritaban que se iría a pique. Estaba en ventaja en ese aspecto, porque yo no sabía qué quería decir «irse a pique», hasta que lo pregunté. No obstante, la tempestad tenía tal violencia que pude asistir a una escena no muy frecuente: el capitán, el contramaestre y algunos otros, más sensatos que el resto, se pusieron a rezar, esperando que de un momento a otro el barco se fuese al fondo. A medianoche, y para colmo de nuestras desventuras, uno de los hombres que había bajado de cubierta con el propósito de observar la situación volvió gritando que se había abierto un boquete, y otro dijo que había cuatro pies de agua en la bodega. Entonces, nos llamaron a todos para accionar la bomba. Al oír esta sola palabra mi corazón pareció morir dentro de mí, y caí de espaldas sobre uno de los costados de la cama donde estaba sentado. Mas los marineros me ayudaron a ponerme en pie, diciéndome que, aunque no había sido capaz de hacer nada hasta entonces, ahora bien podría servir en la bomba, como cualquier otro. Aguijoneado, obedecí y puse todas mis energías en el trabajo. Mientras, el capitán, habiendo divisado unos pequeños barcos carboneros que, en la imposibilidad de permanecer anclados durante la tormenta, se habían visto obligados a lanzarse al mar abierto y pasarían cerca de nosotros, ordenó disparar un cañonazo para pedir socorro. Yo, que no tenía la menor idea de lo que aquello significaba, me sorprendí tanto, que pensé que la nave se había quebrado o que algo irremediable había sucedido. En una palabra, tan extrañado estaba que caí desmayado. En aquel momento, cada cual velaba sólo por su vida, de modo que a nadie le importaba qué me ocurría ni qué sería de mí. Otro hombre se acercó a la bomba y, apartándome con el pie, me dejó allí, creyéndome muerto. Pasó un largo rato antes de que volviera en mí.

Seguimos trabajando, pero el agua no cesaba de crecer dentro de la bodega, y era evidente que el barco se hundiría. Aunque la tempestad había comenzado a ceder un poco, no era probable que nos mantuviésemos a flote hasta tocar algún puerto, así que el capitán siguió disparando cañonazos para pedir auxilio. Un barco que había zarpado justamente delante de nosotros se atrevió a enviar un bote de rescate, que llegó a nuestra nave por puro azar, y que no logramos abordar. Tampoco el bote era capaz de mantenerse junto a la nave, hasta que por fin los hombres, que remaban con todas sus fuerzas, arriesgando sus vidas para salvar las nuestras, pudieron asir el cable con una boya en la punta que nuestros marineros arrojaron por la borda, y, con gran esfuerzo y riesgo, pudieron colocarse a popa, de modo que todos pudimos meternos en el bote. Ni ellos ni nosotros pensamos siquiera en alcanzar su nave y todos nos pusimos de acuerdo en dejarnos llevar por la corriente, limitándonos a enderezar el bote hacia la costa lo más posible. El capitán les prometió que, si la embarcación se destrozaba al tocar tierra, él se encargaría de indemnizar a su dueño. Y así, un poco

con los remos y otro poco abandonándonos a la deriva, fuimos avanzando hacia el norte en dirección oblicua a la costa, a la altura de Winterton Ness^[5].

No había transcurrido más de un cuarto de hora desde que abandonáramos la nave, cuando la vimos hundirse, y entonces comprendí por vez primera qué significaba que un barco se fuese a pique. Confieso que no tenía valor para elevar la mirada cuando los marineros me dijeron que se estaba hundiendo. Pues debo decir que no fui yo quien monté en el bote, sino ellos los que me pusieron en su interior, ya que mi corazón estaba, por así decirlo, muerto dentro de mí, mitad por espanto, mitad por los pensamientos angustiantes acerca de lo que aún me aguardaba.

El bote, que los hombres se empeñaban en llevar a tierra con los remos, se elevaba a veces sobre la cresta de una ola, permitiéndonos ver reaparecer la costa, poblada de una multitud de gente que corría por ella, para asistirnos cuando llegásemos a tierra. Pero nuestro avance era extremadamente lento y no pudimos tocar tierra hasta pasado el faro de Winterton, donde la costa hace una entrada hacia occidente en dirección a Cromer, de modo tal que la tierra corta un poco la violencia del viento. Allí desembarcamos por fin, sanos y salvos, no sin mucha dificultad y fuimos a pie hasta Yarmouth, donde, como desventurados que éramos, nos trataron con gran humanidad, desde los magistrados, que nos proporcionaron buen alojamiento, hasta los comerciantes y propietarios de naves, que nos dieron dinero suficiente para llegar hasta Londres o Hull, según nuestra voluntad.

Si hubiese tenido el buen sentido de regresar a Hull y a casa, habría sido dichoso, y mi padre, emblema de la parábola de nuestro divino Redentor, habría sacrificado en mi honor el ternero cebado, puesto que, desde que se enteró que la nave en la que yo había embarcado había naufragado en la rada de Yarmouth hasta que supo que no me había ahogado, pasó largo tiempo.

Pero mi mala suerte me impulsaba con irresistible obstinación, y pese a que varias veces había recibido los urgentes reclamos de la razón, y mi buen sentido me impulsaba a regresar a casa, no tuve la fuerza suficiente para hacerlo. No sé cómo definir esto, ni osaría decir que un secreto mandato todopoderoso nos induce a convertirnos en instrumentos de nuestra propia destrucción, aun cuando la estemos viendo y corramos hacia ella con los ojos abiertos. Sin duda, sólo una desgracia semejante, insoslayable por mandato, a la cual no me era posible sustraerme, pudo haberme impulsado a seguir adelante, contrariando los serenos razonamientos y los consejos de mis más recónditas meditaciones, y dos advertencias elocuentes que había experimentado en mi primera tentativa.

Mi amigo, que antes me había ayudado a robustecer mi decisión y que era hijo del capitán, ahora parecía mucho menos entusiasta que yo. La primera vez que me habló, unos tres o cuatro días después de lo ocurrido en Yarmouth, puesto que en la ciudad nos separaron en distintos alojamientos; como digo, la primera vez que me vio tuve la impresión de que su tono había cambiado, y, moviendo la cabeza con aire melancólico, me preguntó cómo estaba.

Luego le dijo a su padre quién era yo y cómo había hecho esa travesía a título de prueba, a fin de emprender un viaje más largo. Su padre se volvió a mí con un ademán grave y preocupado:

—Joven —me dijo—, no debes volver nunca más al mar. Debes interpretar lo ocurrido como una señal clara e irrefutable de que no has nacido para marino.

—¿Por qué, señor? —le respondí—. ¿Acaso renunciará usted al mar en adelante?

—Mi caso es diferente —dijo él—. Es mi vocación y, por tanto, mi deber: pero, si tú has realizado este viaje como prueba, ahora tienes una muestra que te ha ofrecido el cielo de lo que te espera, si persistes en tu propósito. Acaso lo que nos ha ocurrido se deba sólo a ti, como pasó con Jonás en la nave que lo llevaba a Tarsis^[6]. Pero dime —prosiguió—, ¿quién eres tú y por qué te has embarcado?

Entonces le relaté mi historia, pero, cuando terminé, irrumpió en una especie de extraño acceso de cólera.

—¿Qué habré hecho yo para que un infeliz así se haya embarcado en mi nave? Ni por mil esterlinas pondría mis pies en el mismo barco que tú.

Yo me decía que aquélla era una explosión de su humor agobiado por el sentimiento de la pérdida, y que había rebasado los límites de su autoridad al dirigirse a mí. No obstante, más tarde me habló más serenamente, exhortándome a que volviese junto a mi padre y no desafiara a la providencia, ya que me era dado ver la mano del cielo, visiblemente en contra de mí.

—Y ten en cuenta lo que te estoy diciendo, joven —concluyó—. Si no regresas, sólo encontrarás desventuras y fracasos allí donde vayas hasta que hayas cumplido con las palabras de tu padre.



Al cabo de lo cual nos separamos sin que yo le hubiese respondido gran cosa, y desde entonces no lo he vuelto a ver ni he sabido nada de él. Por mi parte, con algún dinero en el bolsillo, viajé a Londres por tierra, y allí, lo mismo que en el curso de mi viaje, sostuve numerosas luchas conmigo mismo para decidir qué rumbo emprendería en la vida: si debía regresar a casa o al mar.

A la idea de volver a casa se oponía un sentimiento de vergüenza, que contrariaba mis mejores impulsos, e inmediatamente pensé en las risas de los vecinos y en lo avergonzado que me encontraría no sólo de cara a mi padre y a mi madre, sino ante todo el mundo. En este sentido, y desde entonces, he podido observar a menudo cuán incongruente e irracional es la índole humana, especialmente la juventud, cuando se enfrenta a la razón que debería guiarla en circunstancias de este tipo. A saber, que el hombre no se avergüenza del pecado, sino de su arrepentimiento: que no se avergüenza de los actos por los cuales, con justicia, será considerado como un necio, sino de volver atrás, lo cual les valdría en cambio la reputación de hombres prudentes.

Permanecí, pues, un tiempo en este estado de perplejidad, incierto acerca de las decisiones que escogería y sobre el curso que le daría a mi vida. Persistía en mí un irresistible malestar ante la idea de regresar a casa y, mientras demoraba mi decisión, el recuerdo de mis desgracias se iba desvaneciendo y simultáneamente apaciguaba el impulso, ya de por sí muy débil, de regresar a casa, hasta que por fin lo deseché totalmente y me dispuse a buscar una nave para emprender un viaje.

La nefasta influencia que desde un principio me había alejado de la casa paterna, que había alentado en mí la absurda y confusa idea de hacer fortuna y que había promovido aquellas ínfulas de forma tan potente que me hicieron sordo a todo sabio consejo y a los ruegos y hasta las órdenes de mi padre: quiero decir que dicha influencia, cualquiera que fuese su naturaleza, me condujo, según creo, a la más desdichada de todas las empresas: me embarqué en un buque con destino a la costa de África o, como la llaman vulgarmente los marinos, emprendí un viaje a Guinea.

Fue una circunstancia lamentable para mí que en todas estas aventuras no pudiese embarcarme en calidad de marinero. Es verdad que habría tenido que trabajar más de lo ordinario, pero al mismo tiempo habría aprendido el oficio de contramaestre y, con el tiempo, habría podido capacitarme para ejercer el de piloto u oficial, si no el de capitán. Pero como era mi destino elegir siempre lo peor, así fue también en este caso: con dinero en el bolsillo y buenas vestimentas, ya que siempre embarcaba con las ropas propias de un caballero, no desempeñé tarea alguna a bordo ni aprendí a hacer nada.

Al poco tiempo de mi llegada a Londres, tuve la suerte de encontrarme en muy buena compañía, cosa que no les ocurre con frecuencia a jóvenes tan desencaminados y negligentes como yo era entonces, pues el diablo no suele demorar en tenderles sus artimañas, pero no fue así en mi caso. En primer lugar, conocí al capitán de un barco que había estado en las costas de Guinea, adonde estaba resuelto a volver, por haber

tenido allí muy buena fortuna. Asimismo, escuchó con gusto mi conversación, que en aquel entonces no era en absoluto desagradable, y, al oírme decir que mi intención era ver mundo, me respondió que, si quería viajar con él, podía hacerlo sin gastar un centavo. Comería con él a la mesa y sería su compañero de viaje y, si deseaba llevar alguna cosa conmigo para vender, tendría todas las ventajas que surgían de ese comercio, y aquello quizá alentaría mi decisión.



Acepté la oferta y entablé una estrecha amistad con este capitán, que era hombre honrado y de buena fe. Empecé el viaje con una modesta pacotilla que, gracias a la desinteresada franqueza de mi amigo el capitán, pude acrecentar considerablemente. Siguiendo su consejo desinteresado, compré cerca de cuarenta libras de baratijas y fruslerías, habiendo reunido esa suma gracias a amigos y parientes con quienes mantenía correspondencia y que, según creo, convencieron a mi padre o, por lo menos, a mi madre, a que destinaran una pequeña contribución para mi primera aventura. De todas mis andanzas, fue éste el único viaje que puedo considerar afortunado y lo debo a la honradez e integridad de mi amigo el capitán, gracias a quien adquirí un discreto conocimiento de las matemáticas y de las reglas de navegación y aprendí a llevar un diario de ruta y a fijar la situación de la nave; en fin, comprendí algunas cosas imprescindibles para un marino, puesto que él se deleitaba enseñándome, y yo me regocijaba en aprender. Este viaje hizo de mí a la vez un marino y comerciante, dado que volví a mi país con cinco libras y nueve onzas de oro en polvo a cambio de mi pacotilla, que en Londres me rindió casi trescientas libras:

éstas me suscitaron infinidad de ambiciosos planes que desde entonces han contribuido a mi absoluta ruina.

Con todo, también en este viaje conocí algunas desventuras, especialmente porque estuve enfermo, con constantes accesos de violenta calentura^[7], causada por el clima excesivamente caluroso, dado que la parte principal de nuestro tráfico se llevaba a cabo a lo largo de la costa, desde los quince grados de latitud norte hasta la misma línea ecuatorial.

Podía considerarme ya como un experto en el comercio con Guinea, pero, para mi desgracia, el amigo capitán murió apenas regresamos, y resolví hacer nuevamente el viaje, embarcándome en la misma nave, capitaneada ahora por uno de los oficiales del viaje anterior. Este fue el viaje más desdichado que hombre alguno pueda hacer en su vida. En verdad, pese a que llevaba conmigo menos de cien libras esterlinas de mi flamante riqueza, ya que había confiado doscientas al cuidado de la viuda de mi amigo, que se comportó con la mayor corrección conmigo, también en esta travesía padecí terribles desgracias y ésta fue la primera: mientras nuestra nave avanzaba en la ruta hacia las islas Canarias, o, más bien, entre aquellas islas y la costa africana, fue sorprendida en la penumbra del amanecer por un corsario turco de Salé^[8], que se lanzó en nuestra persecución con todas sus velas al viento. Nosotros también nos apresuramos a extender todo el velamen que pudiera desplegar nuestra arboladura o nuestros mástiles soportar a fin de escapar, pero, viendo que el pirata se aproximaba y que nos alcanzaría en pocas horas, nos preparamos para el combate. Nuestro barco contaba con doce cañones contra los diez y ocho de la nave pirata. Hacia las tres de la tarde nos había dado alcance, pero por un error de maniobra se emplazó transversalmente a nuestra nave, en lugar de hacerlo a popa como se proponía, así que le apuntamos con nuestros cañones y disparamos una andanada que le obligó a virar nuevamente, después de responder con los cañones y con la nutrida fusilería de los doscientos hombres que llevaba a bordo.

Sin embargo, nuestros marineros estaban protegidos y no hubo un solo herido. Se preparó entonces para volver a atacarnos y nosotros para defendernos, pero esta segunda vez lo hizo por la otra borda: sesenta hombres se lanzaron al abordaje invadiendo la cubierta, e inmediatamente se precipitaron a cortar y hachar el puente y los aparejos. Nosotros les respondimos con fuego de fusilería, picas de abordaje, granadas^[9] y otras armas, y dos veces logramos rechazarlos y despejar la cubierta. No obstante, para abreviar esta parte melancólica de nuestro relato, diré que, cuando nuestra nave quedó maltrecha, con tres hombres muertos y ocho heridos, no tuvimos más remedio que rendirnos y caímos todos prisioneros. Nos llevaron a Salé, puerto que pertenece a los moros.

El trato que me dieron no fue tan duro como había sospechado al principio: ni me llevaron al interior del país, a la corte del emperador, como le ocurrió al resto de nuestros hombres: sino que el capitán de los corsarios me reservó como parte de su botín, y, por ser joven y listo y servir a sus necesidades, me convirtió en su esclavo. Esta imprevista transformación de mis circunstancias, de mercante en miserable

esclavo, me hundió en la más absoluta consternación. Recordaba las palabras proféticas de mi padre cuando me pronosticó que sería un desgraciado y que no encontraría a nadie a mi lado para consolarme: pensaba que estas palabras no pudieron haberse cumplido con mayor ensañamiento y que, ahora que la cólera divina me había alcanzado, estaba perdido y sin esperanzas de redención. Mas ¡ay!, esto era solamente una muestra de la desgracia que habría de caer sobre mí más tarde, como se verá a continuación en esta historia.

Como mi nuevo amo o patrono me había conducido a su casa, yo confiaba en que me llevaría consigo cuando volviese al mar y alimentaba la esperanza de que, más tarde o más temprano, su destino sería caer prisionero de algún buque de guerra español o portugués y que así yo podría reconquistar mi libertad. Pero muy pronto mis ilusiones se desvanecieron, porque, cuando volvió a embarcarse, me dejó en tierra, al cuidado de su pequeño jardín y a cargo de las penosas tareas domésticas que suelen desempeñar los esclavos, y cuando regresó de su expedición me ordenó permanecer a bordo para que custodiase el barco.

A partir de entonces no hice otra cosa que pensar en mi fuga y en la mejor forma de llevarla a cabo, pero no lograba encontrar un método que tuviese la más mínima probabilidad de éxito. No parecía presentarse nada que prestara racionalidad a mi hipótesis, pues no tenía yo a nadie a quien confiarle mis planes y proponerle que se embarcase conmigo: no había ningún otro esclavo, salvo yo, que fuese inglés, irlandés o escocés, de forma que durante dos años, aunque a menudo me complacía con los vuelos de mi imaginación, no tuve la menor posibilidad de poner en práctica mis propósitos.

Al cabo de aquellos dos años se presentó una curiosa circunstancia, que hizo renacer en mí la vieja idea de intentar recobrar mi libertad. Mi amo permaneció en tierra por un tiempo más prolongado que el usual y sin alistar la nave (por falta de dinero, según oí decir). Una o dos veces a la semana, y a veces más a menudo, si el tiempo era favorable, solía coger la pinaza^[10] del barco y salía a pescar a la rada. Con frecuencia me llevaba a mí y a un joven morisco para que remáramos, pues nosotros le agradábamos mucho. Yo di muestras de destreza en la pesca: tanto, que a veces me mandaba con un moro que era pariente suyo y el joven morisco, con el fin de que le trajésemos algo de pescado.

Una vez sucedió que, mientras estábamos de pesca una mañana completamente en calma, se levantó tan espesa niebla que, estando a media legua de la costa, no lográbamos verla y, remando sin saber en qué dirección, pasamos todo el día y la noche siguientes hasta que por la mañana nos dimos cuenta de que habíamos avanzado mar adentro en lugar de acercarnos a la costa, de la que estábamos a una distancia de aproximadamente dos leguas. Pese a todo, pudimos volver sin dificultad, aunque con gran esfuerzo y cierto peligro, ya que por la mañana se levantó bastante viento y, especialmente, porque todos estábamos hambrientos.

Pero nuestro amo, advertido por el incidente, comprendió que en el futuro debía poner más cuidado y resolvió disponer de la chalupa de la nave inglesa que había capturado, y no dejar de llevar consigo, cuando fuese a pescar, una brújula y provisiones. Ordenó entonces a su carpintero, un prisionero inglés, que construyese un pequeño camarote o cabina en el medio de la chalupa, como los que tenían las barcas, de modo que hubiese espacio suficiente a popa como para halar la vela mayor; y, a proa, lugar suficiente para que uno o dos hombres manipularan las velas. La chalupa navegaba con una vela triangular, que llamábamos lomo de carnero, y la bomba estaba asegurada sobre el techo de la cabina, que era baja y muy cómoda y lo bastante amplia como para albergar a mi amo y a uno o dos de sus esclavos, una mesa para comer y unos pequeños armarios para poner las botellas de licor que más le agradaban y, en especial, el pan, el arroz y el café.

A menudo salíamos a pescar en esta chalupa y, como yo era el más diestro en el oficio, él nunca partía sin mí. Un día, para divertirse o pescar, había resuelto salir con dos o tres moros que gozaban de cierto prestigio en el lugar y a quienes quería agasajar de manera extraordinaria. Para ello, hacia la noche, ordenó embarcar una cantidad de provisiones más abundantes que de costumbre y me mandó preparar pólvora y munición para tres fusiles que llevaba a bordo, ya que pensaban practicar la caza de aves, además de pescar.

Preparé todas las cosas como él me ordenó, y a la mañana siguiente los aguardaba yo con la chalupa perfectamente limpia, su insignia y gallardetes enarbolados y todo lo necesario para acomodar a sus huéspedes, cuando apareció mi amo solo, para decirme que sus invitados habían renunciado al paseo, a causa de imprevistos compromisos, y ordenarme salir en la chalupa como habitualmente, con el moro y el joven, a fin de pescar algunos peces, ya que sus amigos cenarían en su casa, recalcándome que tan pronto tuviese algunos pescados los llevase a su casa, todo lo cual yo me dispuse a cumplir escrupulosamente.

Fue entonces cuando volvieron a asaltarme mis antiguas esperanzas de liberación, dado que de pronto advertí que tendría una pequeña nave a mi disposición. Cuando mi amo se hubo retirado preparé mi equipo, no ya para una partida de pesca, sino para un viaje, aunque no sabía, ni tampoco pensé, en qué dirección habría de navegar, en la convicción de que cualquier rumbo que me alejara de allí era mi camino.

Mi primer artificio fue encontrar un pretexto para convencer al moro de que necesitábamos embarcar cosas para nuestra manutención. No correspondía, le dije, comer las provisiones de nuestro amo, y él me dio la razón y trajo a bordo un gran cesto con galletas o bizcochos que ellos solían confeccionar y tres tinajas de agua. Yo sabía dónde guardaba mi amo la caja de licores, que, evidentemente, por su marca, había sido el botín de algún navío inglés, y la cargué a bordo mientras el moro estaba en la playa, como si ya hubiese sido puesta allí antes por orden del amo. Asimismo llevé un gran bloque de cera que pesaba más de cincuenta libras, un rollo de bramante o cabo, un hacha, una sierra y un martillo, que más tarde prestaron gran utilidad,

sobre todo la cera para hacer velas. Luego le tendí al moro otra trampa en la cual cayó con la misma ingenuidad.

—Ismael —le dije (ése era su nombre, pero allí lo llamaban Muly o Moely)—. Las armas del amo están a bordo del bote. ¿No puedes traer un poco de pólvora y municiones? Quizá podamos cazar algún alcamar (es un ave parecida a nuestros chorlitos). Sé que el patrón guarda las municiones en la nave.

—Sí —me respondió—, traeré algunas.

Y en verdad, volvió con un gran saco de cuero que contenía una libra y media de pólvora, o quizá algo más, y otro con cinco o seis libras de municiones y balas y las depositó en la chalupa. Entretanto, yo había encontrado pólvora en la cabina de mi amo, con la cual llené uno de los botellones de la caja, que estaba casi vacío, luego de haber trasvasado a otra botella lo que quedaba de líquido. Ya abastecidos con todo lo necesario, nos alejamos del puerto para ir a pescar.

Los centinelas del castillo que estaba a la entrada del puerto nos conocían y no nos prestaron atención. No nos habíamos alejado más de una milla, cuando arriamos las velas y nos dispusimos a pescar. El viento soplabá del noroeste, lo cual contrariaba mis planes, mientras que viniendo del sur con seguridad me hubiese llevado a la costa de España, o por lo menos a la bahía de Cádiz. Pero yo estaba resuelto: soplara de donde soplara, yo abandonaré aquel horrible lugar y dejaré el resto en manos del destino.

Después de haber pescado un rato sin sacar nada, porque cuando yo tenía algún pez en el anzuelo no lo alzaba, para que el moro no lo advirtiese, le dije:

—Así no podemos seguir: no podremos complacer a nuestro amo. Debemos avanzar un poco más.

Él no sospechó nada y, como se encontraba a proa, se puso a tender las velas, mientras yo, que estaba al timón, aproveché para avanzar una milla más hacia el mar abierto y, enseguida, fingí que me disponía a pescar. Luego entregué el timón al muchacho, me aproximé adonde estaba el moro y, agachándome como si buscara algo detrás de él, le cogí por sorpresa la entrepierna con un brazo y lo arrojé al mar por la borda. Inmediatamente volvió a salir a la superficie, porque nadaba como un corcho, y me invocó suplicante, rogándome que lo dejase volver a bordo, diciéndome que si lo hacía me seguiría por el mundo entero. Mientras, nadaba con tanta velocidad tras la embarcación que me hubiese alcanzado muy pronto, ya que el viento era escaso, de forma que entré en la cabina y cogiendo una de las armas de caza, le apunté con ella a la cabeza, diciéndole que no le había hecho daño alguno y que no se lo haría, si se quedaba tranquilo.

—Pero —le dije—, como nadas muy bien, podrás alcanzar la costa y además el mar está en calma. Será mejor que intentes llegar a ella y no te haré daño, pero, si te acercas al bote, te dispararé un tiro a la cabeza. Estoy decidido a recuperar mi libertad.

Así que se decidió y empezó a nadar en dirección a la costa y yo no dudo que lo lograría, puesto que era un excelente nadador.

Tal vez me hubiese convenido tirar al muchacho al mar y llevar conmigo al moro, pero no era prudente confiar en él. Cuando el moro se alejó, me volví hacia el muchacho, que se llamaba Xury, y le dije:

—Xury, si quieres serme fiel, haré de ti un gran hombre. Pero si te niegas a jurarlo, pasándote una mano por el rostro (es decir jurar por Mahoma y por las barbas de su padre), me veré obligado a arrojarte al mar.

El muchacho me respondió con una sonrisa y se expresó con tanta inocencia que no sentí ninguna desconfianza. Juró serme fiel y seguirme por el mundo adondequiera que fuese.

Mientras estuvimos al alcance de la mirada del moro, que seguía nadando, mantuve la chalupa en dirección al mar abierto, inclinándome más bien a barlovento para que creyera que me dirigía hacia la boca del estrecho¹¹^[11] (como en verdad hubiera hecho una persona con buen sentido). Pues ¿quién podía suponer que navegaríamos en dirección al sur, hacia las costas bárbaras, donde con seguridad tribus enteras de negros nos rodearían con sus canoas para destruirnos y donde no podríamos tocar tierra ni una sola vez sin correr el riesgo de ser devorados por bestias salvajes o por seres humanos aún más despiadados?

Pero por la tarde, apenas oscureció, cambié el rumbo y puse proa al sur, desviándome un poco hacia el este para no alejarme demasiado de la costa. Gracias a una considerable ráfaga de viento y a la serenidad del mar, navegué de modo tal que al día siguiente a las tres de la tarde, cuando por primera vez vi tierra, no podía estar a menos de ciento cincuenta millas al sur de Salé, mucho más allá de los dominios del emperador de Marruecos y probablemente de cualquier otro monarca de aquellas costas, donde no se divisaba ni un alma.

Sin embargo, era tal el miedo que me inspiraban los moros y sentía tan profunda angustia ante la idea de caer en sus manos, que no quise detenerme ni acercarme a la costa ni echar anclas, sino que, aprovechando el viento, seguimos navegando durante cuatro o cinco días. Más tarde, el viento cambió y comenzó a soplar hacia el sur, por lo que deduje que, si alguna nave de los moros había salido en mi busca, ya se habría dado por vencida. Por tanto, me aventuré a acercarme a la costa y anclamos en la boca de un pequeño río; no sabía de qué río se trataba ni de qué latitud, país o región. No vi ni deseaba ver a nadie; lo esencial era conseguir agua dulce. Alcanzamos el estuario por la tarde y resolvimos llegar a nado a la costa tan pronto oscureciera, para explorar el sitio donde nos hallábamos; pero apenas anocheció, comenzamos a oír tan atroces rugidos, bramidos y aullidos de animales feroces, quién sabe de qué especie, que el pobre muchacho parecía estar a punto de morir de miedo y me rogó que no fuéramos a la costa hasta que se hiciese de día.

—De acuerdo, Xury —le dije—, no lo haré, pero es posible que a la luz del día aparezcan los hombres, que serán tan nefastos como esos leones.

—Entonces dispararemos —dijo Xury riendo— y les haremos escapar.

Xury había aprendido a hablar algo de inglés, conversando con nosotros los esclavos. Me complací al ver que el muchacho se mostraba tan alegre y, para alentarle, le di a beber un trago que saqué de la caja de botellones de nuestro amo. Al fin y al cabo, el consejo de Xury era razonable y lo acepté. Echamos nuestra pequeña ancla y permanecemos quietos toda la noche. Digo quietos porque en realidad no cerramos un ojo, pues, al cabo de dos o tres horas, vimos enormes animales (no sabíamos qué nombre darles) de todo tipo, que descendían hasta la costa y corrían al agua, chapoteando y lavándose por el placer de refrescarse, mientras emitían gritos y aullidos espantosos que nunca había oído antes.

Xury estaba aterrorizado y, en realidad, yo también lo estaba, pero nos asustamos aún más cuando oímos que una de aquellas poderosas criaturas se acercaba nadando hacia nuestro bote. No podíamos verla pero, por sus resoplidos, adivinamos que se trataba de una enorme y monstruosa bestia. Xury dijo que era un león y tal vez lo fuese; yo no lo sabía, y el pobre Xury me suplicó llorando que levantara anclas para alejarme con los remos.

—No, Xury —dije yo—; podemos soltar el cable con la boya y alejarnos de modo que no pueda alcanzarnos.

Apenas terminé de decir esto, advertí que el animal (cualquiera fuese su especie), estaba a unos dos remos de distancia y me quedé estupefacto. Pero enseguida entré en la cabina y, cogiendo mi arma, le disparé un tiro, lo cual hizo que se volviera inmediatamente nadando hacia la costa.

Pero resulta imposible describir los horribles ruidos, el aullar y rugir que lanzaban desde la costa y desde las regiones internas como respuesta a la detonación del arma, sonido que probablemente aquellas criaturas nunca habían oído antes. Esto me convenció de que no era aconsejable desembarcar en la costa por la noche y quizá tampoco lo fuese durante el día. Caer en manos de los salvajes no era, con certeza, mejor que terminar bajo las garras de leones y tigres^[12], o por lo menos ambas cosas nos parecían igualmente nefastas.

Sea como fuere, en uno u otro sitio debíamos desembarcar para buscar agua, pues no nos quedaba ya ni una pinta. Xury dijo que, si le permitía ir a la costa con una de las tinajas, intentaría buscar agua y me la traería. Le pregunté por qué quería ir él, por qué no habría de ir yo en su lugar, mientras él aguardaba en el bote. El muchacho me respondió con tanto afecto que desde entonces me hizo quererlo para siempre:

—Si hombres salvajes venir, comerme, y tú escapar —me dijo.

—Entonces iremos juntos —repliqué—, y si vienen los salvajes los mataremos para que no nos coman a ninguno de los dos.

Le di un trozo de galleta y un trago de licor del botellón que extraje de la caja del amo, que ya he mencionado, y luego acercamos el bote a tierra tanto como consideramos prudente y alcanzamos la costa a nado, sin otra defensa que nuestros brazos y dos tinajas para el agua.

Me cuidé de no perder de vista el bote, por temor a que los salvajes bajaran el río con sus canoas: mientras, el muchacho había divisado un terreno más bajo que estaría a una milla de la costa y había ido hacia allí, hasta que, de pronto, le vi volver a toda prisa. Pensé que lo perseguía un salvaje o que había sido espantado por alguna bestia, por lo que fui en su ayuda, pero cuando estuve más cerca observé que traía algo colgando de sus hombros, que parecía ser una liebre, aunque de diferente color y patas más largas. Nos alegramos mucho ya que la carne parecía excelente, aunque la gran alegría del pobre Xury fue, en realidad, venir con la noticia de que había encontrado agua potable y que no había visto salvajes.

Más tarde, descubrimos que no hacía falta tomarse tanto trabajo para buscar agua dulce porque un poco más arriba del estuario, con el reflujó de la marea, descubrimos un torrente que brotaba muy cerca de donde nos hallábamos: así que llenamos nuestras tinajas y nos deleitamos con la liebre que habíamos cazado, preparándonos para proseguir nuestro camino sin haber descubierto rastros de criatura humana alguna en aquella región.

Yo había navegado antes por aquellas costas, de forma que sabía muy bien que las islas Canarias y también las islas de Cabo Verde no estaban muy lejos de la costa. Pero, como no tenía instrumentos para calcular la latitud en la que nos encontrábamos y no sabía exactamente, o por lo menos no recordaba, a qué latitud estaban aquellas islas, no sabía hacia dónde dirigirme, ni cuál era el mejor momento para navegar en su busca. De otro modo, me hubiese sido fácil dar con alguna de ellas. Pero mi esperanza era que, si seguía navegando a lo largo de la costa hasta llegar a una región donde traficaran los ingleses, encontraría una de sus embarcaciones que nos rescatase en alguna de las rutas más frecuentadas.

Según mis cálculos más ajustados, en ese momento me encontraba en el territorio que, árido y habitado sólo por las bestias, se extiende entre las posesiones del emperador de Marruecos y las de los negros. En verdad, estos últimos lo han abandonado para trasladarse más al sur, por temor a los moros, y éstos, a su vez, han pensado que no valía la pena ocupar esa tierra a causa de su desolación: en fin, que unos y otros la abandonaron por la desorbitante cantidad de tigres, leones, leopardos y otros animales feroces que allí se albergan. Así que los moros la usan sólo para ir de caza, para lo cual suelen movilizar un verdadero ejército de dos o tres mil hombres. Y en efecto, en casi cien millas de costa no vimos más que un vasto territorio deshabitado durante el día y por la noche sólo oímos rugidos y aullidos de bestias salvajes.

Una o dos veces, de día, me pareció ver el pico de Tenerife^[13], que es la cumbre más alta de las montañas de Tenerife, en las Canarias, y sentí gran tentación de aventurarme, con la esperanza de llegar allí. Lo intenté dos veces, pero el viento en dirección contraria que me hizo retroceder, y el mar, demasiado alto para mi pequeña embarcación, me obligaron a seguir mi propósito inicial de mantenerme junto a la costa.

Después de abandonar aquel sitio, en varias ocasiones tuve que desembarcar para ir en busca de agua, y en una ocasión, por la mañana muy temprano, anclamos al pie de un pequeño promontorio, que estaba a bastante altura sobre el nivel del mar y allí aguardamos a que la marea, que estaba creciendo, nos impulsase. Xury, cuyos ojos parecían estar mucho más atentos que los míos, me habló en voz muy baja, diciéndome que mejor haríamos en alejarnos de la costa.

—Porque hay terrible monstruo dormido en ladera de colina —dijo.

Miré hacia donde él me indicaba y en efecto vi al terrible monstruo, un enorme león echado cerca de la playa, bajo una parte sobresaliente de la colina que le hacía sombra.

—Xury —dije—, irás a tierra y lo matarás.

Xury me miró aterrado y respondió:

—¿Matarlo yo? El comerme de una sola boca.

Quería decir de un bocado. No le dije nada más y le ordené quedarse quieto. Cogiendo el arma de mayor tamaño, cuyo calibre era casi el de un mosquete, la cargué con abundante pólvora y dos trozos de plomo y luego la dejé aparte para cargar el otro fusil con dos balas, y el tercero, con cinco perdigones más pequeños. Cogí el primer fusil y apunté lo mejor que pude a la cabeza del león, que estaba echado de forma que una de sus patas le cubría hasta el hocico, por lo que las balas le alcanzaron en la rodilla y le rompieron el hueso. Entonces, se puso de pie rugiendo, pero cuando advirtió su pata rota volvió a caer. Luego se levantó sobre sus tres patas y exhaló el rugido más atroz que haya escuchado en mi vida. Me asombró no haberle acertado en la cabeza, e inmediatamente le apunté con el segundo fusil y, pese a que va había comenzado a alejarse, volví a dispararle, y esta vez le acerté en la cabeza y, con gran satisfacción, lo vi desplomarse y debatirse por su vida, exhalando débiles lamentos. Entonces Xury cobró valor y me rogó que lo dejase ir a la costa.



—Pues ve —le dije, y el muchacho se arrojó de un salto al agua y, con el arma más pequeña en una mano y nadando con el otro brazo, llegó a la playa y se acercó al animal, le apoyó la boca del arma en la oreja y le disparó un tiro en la cabeza que terminó de fulminarlo.

Era en verdad un juego apasionante, pero el animal no servía para comer ni para ninguna otra cosa, de modo que sentí mucho haber malgastado tres cargas de pólvora para matarlo. No obstante, Xury aseguró que él le sacaría algún provecho y, volviendo a bordo, me pidió que le diese el hacha.

—¿Para qué, Xury? —le pregunté.

—Yo cortar cabeza —me respondió.

Pero no logró cortarle la cabeza y en cambio le cortó una pata que trajo consigo y era de enormes proporciones.

Se me ocurrió entonces que tal vez la piel podría tener alguna utilidad para nosotros y resolví desollarlo. Nos pusimos a trabajar y Xury demostró ser mucho más hábil que yo en esta faena, para la cual yo no poseía la menor destreza. En verdad, nos llevó el día entero, pero por fin logramos quitarle toda la piel, que extendimos encima de nuestra cabina. En dos días el sol la había secado perfectamente y desde entonces la usé para dormir sobre ella.

Después de esta pausa, seguimos sin interrupción hacia el sur durante diez o doce días, cuidándonos de ahorrar las provisiones, que comenzaban a disminuir rápidamente, y no bajando a tierra sino cuando era necesario abastecernos de agua. Mi proyecto era llegar al río Cambia o al Senegal^[14], es decir, aproximarme de esa forma a Cabo Verde, donde confiaba encontrar alguna nave europea. En caso

contrario, no sabía en verdad qué otro rumbo escoger, como no fuese navegar en busca de las islas o perecer entre los negros. Sabía que todas las naves procedentes de Europa que se dirigían a la costa de Guinea, a Brasil o a las Indias Orientales tocaban el cabo o aquellas islas.

En una palabra, confiaba íntegramente mi suerte a esta alternativa: encontrar un navío o morir.

Mientras ponía en práctica esta resolución durante unos diez días, como he dicho, comencé a advertir que la tierra estaba habitada y, en dos o tres sitios, vimos gente que nos observaba desde la costa, mientras nosotros navegábamos, y también percibimos que eran de piel muy negra y que iban completamente desnudos. En una ocasión me sentí impulsado a desembarcar y acercarme a ellos, pero Xury, que era un buen consejero, me dijo:

—No, no ir.

De todas formas, me acerqué un poco más a la costa para poder hablarles, y ellos se pusieron a correr a lo largo de la playa durante un buen trecho. Observé que no llevaban armas, a excepción de uno, que tenía un bastón muy largo y delgado en la mano, que, según Xury, era una lanza, que ellos sabían arrojar desde muy lejos con buena puntería. Así que me mantuve a distancia y, como pude, traté de entenderme con ellos por señas, sobre todo dándoles a entender que quería algo para comer. Entonces ellos me hicieron un ademán para que detuviese el bote, y que irían en busca de alimentos; por tanto arrié un poco las velas y quedé a la espera. Dos hombres corrieron tierra adentro y, en menos de media hora, volvieron trayendo consigo dos grandes trozos de carne seca y grano del que allí se producía. Pero nosotros no sabíamos qué eran ni una ni otra cosa, aunque estábamos dispuestos a aceptarlas con gusto. El otro problema era cómo recibirlas, puesto que yo no me aventuraba a desembarcar y ellos tenían tanto miedo como nosotros: hasta que, por fin, ellos encontraron una forma segura para todos: depositaron las cosas sobre la playa y luego se alejaron, deteniéndose a gran distancia, hasta que nosotros trajimos las provisiones a bordo, después de lo cual volvieron a acercarse.

Se lo agradecemos con gestos, porque no teníamos otra forma de mostrar nuestra gratitud, pero precisamente en ese instante se presentó la oportunidad de devolverles su actitud magníficamente, ya que, mientras estábamos aún junto a la costa, aparecieron dos enormes bestias, que venían desde la montaña en dirección al mar, una persiguiendo a la otra con furia (según interpretamos nosotros). Si era un macho que perseguía a una hembra, si jugaban o estaban enfurecidas, no nos era posible decirlo, como tampoco podíamos saber si aquella escena era frecuente o insólita, pero la segunda hipótesis resultaba más verosímil; en primer lugar, porque esos animales famélicos aparecen sólo de noche y, en segundo lugar, porque la gente se mostraba aterrorizada, en especial las mujeres. El hombre que tenía la lanza o dardo no huyó, pero el resto sí. Sin embargo, los dos animales corrieron directamente hacia el agua y no parecían tener intención alguna de agredir a los negros, sino que se arrojaron al

agua y se pusieron a nadar de un lado a otro, como si hubiesen venido allí sólo para divertirse. Por último, uno de ellos comenzó a acercarse a nuestro bote más de lo que yo esperaba, pero yo le apunté con la escopeta que había cargado muy de prisa, mientras le ordenaba a Xury que cargara las otras dos. Apenas se puso a mi alcance, disparé, dándole directamente en la cabeza; enseguida, se hundió en el agua, pero volvió a salir al instante y a hundirse y resurgir alternativamente, como si estuviese luchando con la muerte, y así era en efecto. Inmediatamente, hizo un esfuerzo por llegar a la costa, pero la herida mortal y el agua ingerida le causaron la muerte antes de que pudiera alcanzar la orilla.

No es posible describir el estupor de aquellas pobres criaturas ante el estallido y el disparo de mi arma; algunos estaban a punto de morir de miedo y se desplomaron de puro terror. Pero, cuando vieron al animal muerto y ahogado en el agua, y yo les hice señas para que se acercaran a la costa, cobraron ánimos y volvieron a la playa, dándose a la busca del animal. Fui yo quien lo descubrí, por la sangre que manchaba el agua, y con la ayuda de una cuerda con la que le envolví el cuerpo y cuyo extremo entregué a los negros para que tiraran de ella lograron arrastrarlo hasta la playa donde comprobamos que se trataba de un bellissimo leopardo, curioso ejemplar con admirables manchas. Los negros ponían las manos en alto, para expresar su admiración por el instrumento con que le había dado muerte.

El otro animal, espantado por el destello y el estampido, nado en dirección a la costa y huyó directamente hacia las montañas de donde había descendido y, por la distancia, no pude saber qué clase de animal era. Rápidamente, comprendí que los negros deseaban comerse la carne del animal y yo estaba dispuesto a retribuirlos con una gentileza personal, así que les hice señas para que se lo llevaran, y ellos se mostraron muy agradecidos. Enseguida se entregaron a la tarea, y como no tenían cuchillos, se servían de un trozo de madera afilada con la que lo desollaron tan velozmente o casi tanto como lo hubiésemos hecho nosotros con un cuchillo. Me ofrecieron luego un poco de carne que rehusé, indicándoles que se la daba a ellos, pero señalé que quería la piel, que me entregaron sin problemas, y además me trajeron más provisiones de las suyas, que, aunque no conocía, acepté. Más tarde, por señas, les di a entender que quería agua y les mostré una de las tinajas, poniéndola boca abajo para indicarles que estaba vacía y que quería llenarla. Inmediatamente llamaron a algunos de sus amigos y aparecieron dos mujeres con un gran recipiente de arcilla, cocida probablemente al sol, que depositaron en la orilla, como habíamos hecho antes, y yo envié a Xury⁷ hasta la costa con las tres tinajas, que volvieron llenas. Las mujeres, al igual que los hombres, estaban totalmente desnudas.

Ahora tenía una provisión de raíces y de grano, además de agua, por lo que abandoné entonces a nuestros amigos negros y seguí navegando unos once días, sin necesidad de acercarme a la costa, hasta que, a unas cuatro o cinco millas de distancia, vi un brazo de tierra que se prolongaba mar adentro. Aprovechando la calma del mar, recorrimos sus bordes hasta la punta y, estando a un par de millas de

la costa, cuando me disponía a doblar la extremidad, distinguí con nitidez unas tierras al otro lado. Deduje casi con certeza que eran el cabo Verde y, aquéllas, las islas que llevan el nombre de islas de Cabo Verde. Sin embargo, se encontraban a gran distancia y yo no sabía qué decisión tomar, porque, si acaso me sorprendía una ráfaga de viento, no llegaría ni a una ni a otra parte.

Dejando el timón en manos de Xury, entré a la cabina y me senté, mientras me debatía pensativo en este dilema, cuando de pronto el muchacho se puso a gritar:

—Amo, amo, un barco de vela.

El muy tonto estaba fuera de sí, de miedo, temiendo que fuese una de las naves de su amo, enviada en nuestra persecución, mientras que yo sabía muy bien que ya nos habíamos alejado lo suficiente como para estar fuera de su alcance. Salté de la cabina e inmediatamente vi que se trataba de un barco portugués, que se dirigía sin duda a la costa de Guinea en busca de esclavos negros. Pero, observando su rumbo, advertí muy pronto que se encaminaba hacia otra meta y que no tenía intención de acercarse a tierra. Por tanto, navegué mar adentro hasta donde pude, resuelto a hablar con ellos, si me era posible.

Me di cuenta de que, pese a despegar todas las velas, no me sería posible llegar a su ruta y que la nave se alejaría antes de que yo pudiese hacerle señal alguna. Cuando ya había puesto el bote a toda marcha, y comenzaba a desesperar, ellos me descubrieron, al parecer con el catalejo, y se dieron cuenta de que se trataba de una embarcación europea, que probablemente pertenecía a algún barco que había naufragado, de forma que arriaron un poco las velas para que yo pudiera darles alcance. Esto me llenó de alegría y, como conservaba a bordo la bandera de mi amo, la enarbolé en señal de socorro y disparé un tiro con el arma. Ellos observaron las señales, porque más tarde me dijeron que habían visto el humo de la escopeta, aunque no habían oído el estampido. Estas señales los impulsaron a detener la nave, cosa que hicieron generosamente, y al cabo de tres horas los alcancé.

Me preguntaron quién era, en portugués, español y francés, pero yo no entendía ninguna de estas lenguas, hasta que un marinero escocés que iba a bordo me interpeló y pude responderle, diciéndole que era inglés y que había huido de Salé, donde me habían hecho esclavo los moros. Luego me recibieron a bordo y con mucha cordialidad me acogieron con todos mis efectos.

Es fácil comprender la increíble alegría que me embargó, al encontrarme a salvo de la desdichada y casi irremediable situación en la que había estado hasta entonces, e inmediatamente le ofrecí al capitán del barco todo cuanto tenía, como compensación por mi rescate, pero él, con mucha generosidad, me dijo que no aceptaría nada de mí, y que todos mis bienes me serían devueltos en su totalidad, apenas llegásemos a Brasil.

—Puesto que —dijo—, al salvarle la vida, he procedido del mismo modo que desearía también lo hiciesen conmigo, y puede que alguna vez me ocurra encontrarme en esas circunstancias.

Y luego agregó:

—Llevarlo a un país tan lejano del suyo como Brasil y privarlo de sus cosas, sería condenarlo a morir de hambre. No haría así más que quitarle la misma vida que acabo de salvar. No, no, *Signor Inglese*^[15] —concluyó—. Yo lo llevaré por espíritu de caridad y sus bienes servirán para su sustento y para pagar el viaje de regreso a su patria.

Así como se mostró caritativo en su propuesta, del mismo modo la mantuvo con la más escrupulosa honradez, dando órdenes a sus marineros de que nadie tocase mis cosas. Luego puso todo bajo su responsabilidad y me entregó un inventario preciso de las mismas, que incluía hasta las tres tinajas de barro.

En cuanto a mi embarcación, viendo que era muy buena, me dijo que estaba dispuesto a comprármela para su barco y me preguntó cuánto quería por ella. Yo le respondí que había sido tan magnánimo conmigo que no podía proponerle ningún precio y que lo dejaba enteramente a su criterio. A lo cual respondió que me daría una nota firmada por él, para que se me pagasen ochenta piezas de a ocho en Brasil y que, si allí alguien me ofrecía una suma más elevada, él renunciaría a la adquisición. Asimismo, me ofreció sesenta piezas de a ocho por Xury, a lo cual me mostré remiso, no porque no estuviese dispuesto a cedérselo al capitán, sino porque no quería sacrificar la libertad de ese pobre muchacho, que con tanta fidelidad me había ayudado a recuperar la mía. Sin embargo, cuando le expliqué mis razones, que el capitán consideró justas, me hizo esta proposición: se comprometía a dar al muchacho un testimonio por el cual obtendría su libertad dentro de diez años, siempre que se convirtiese al cristianismo, y, como Xury manifestó que de buen grado seguiría al capitán, se lo cedí.

Hicimos un magnífico viaje a Brasil, llegando al cabo de unos veinte días a la bahía de Todos los Santos^[16]. Una vez más, había escapado a la suerte más miserable y debía decidir qué haría de mí en el futuro.

Nunca podré recordar con suficiente gratitud el trato generoso que me dispensó el capitán, que no quiso aceptar nada por mi viaje. Más aún, me pagó veinte ducados por la piel de leopardo y cuarenta por la del león, que tenía guardadas en la barca, garantizándome la devolución de todos mis bienes puntualmente y la compra de lo que yo deseara vender, como, por ejemplo, la caja de botellones, dos escopetas y un trozo de bloque de cera, porque el resto lo había utilizado para fabricar velas. En una palabra, reuní doscientas veinte piezas de a ocho por la venta de mi carga, y con este acopio desembarqué en las costas de Brasil.

Poco tiempo después, fui recomendado por el capitán a un gentilhomme como él, que poseía un *ingenio*^[17], como lo llaman (es decir, una plantación de azúcar y una refinería) y viví en su casa algún tiempo. Por ese medio me enteré del método de plantación fabricación de azúcar, y, viendo cómo vivían los propietarios de las plantaciones y cómo se enriquecían con tanta celeridad, resolví que también yo me convertiría en hacendado, si obtenía el permiso para establecerme allí, mientras encontraba la forma de reunirme con el dinero que había dejado en Londres. Con esta finalidad, obtuve una especie de carta de naturalización y adquirí toda la tierra sin cultivar que pude comprar con mi dinero, diseñando un plan adecuado al patrimonio que me disponía a recibir de Inglaterra, para mi plantación y establecimiento.

Tenía un vecino, un portugués de Lisboa, pero hijo de ingleses, cuyo nombre era Wells, que se encontraba en una situación similar a la mía. Le llamo vecino porque su plantación estaba junto a la mía y porque entablamos muy buenas relaciones. Mis bienes eran tan exigüos como los suyos y durante un par de años plantamos casi exclusivamente para nuestro sustento. Sin embargo, poco a poco, las cosas anduvieron mejor y nuestra tierra comenzó a tener un aspecto más ordenado, de modo que al tercer año cultivamos algo de tabaco y preparamos una gran extensión de terreno para plantar caña de azúcar al año siguiente. Pero ambos necesitábamos ayuda y ahora como nunca me daba cuenta de mi error al separarme de mi muchacho Xury.



Pero ¡ay!, no era el caso de sorprenderme de un error cometido por mí, ya que no había hecho una sola cosa acertada en mi vida. No tenía más remedio que proseguir. Me había empeñado en una empresa extraña a mi temperamento y totalmente opuesta al tipo de vida que me atraía, y por la cual había abandonado la casa de mi padre, desechando todos sus buenos consejos. Más aún, estaba acercándome a aquel rango intermedio, o grado más alto del estrato inferior, que mi padre me había aconsejado y que, si yo resolvía aceptar, tanto me hubiese valido quedarme en mi país, sin esforzarme por el mundo, como lo había hecho. A menudo me decía que yo podría haber llevado a cabo esto mismo en Inglaterra entre mis amigos, en lugar de haberme marchado a cinco mil millas de distancia para hacerlo entre extraños y salvajes, en medio de la desolación y en un sitio tan remoto que no me permitía recibir la menor noticia de nadie en el mundo que tuviese el más pálido recuerdo de mí.

Con frecuencia me abandonaba a estas amargas consideraciones acerca de mi situación. No tenía nadie con quien conversar, si no era de vez en cuando con mi vecino. No había trabajo que no debiese hacer con las manos, y solía repetirme que mi vida transcurría como la de un hombre arrojado en una isla desierta, después de un naufragio, y que no cuenta más que consigo mismo. Y con cuánta justicia los hombres deberían pensar que, cuando comparan su situación con otra peor, el cielo puede obligarlos a hacer el cambio y convencerlos por experiencia de su felicidad anterior. Y con cuánta justicia, decía, me tocaría llevar una vida verdaderamente solitaria en una isla desierta como la había imaginado tantas veces, comparándola injustamente con la vida que ahora llevaba y que, de haber perseverado en ella, con toda seguridad me habría asegurado prosperidad y riqueza.

Hasta cierto punto había yo realizado mis proyectos de plantación, cuando llegó mi generoso amigo, el capitán que me había salvado la vida en alta mar, ya que su barco permaneció tres meses en el puerto, cargando mercancías y preparando su

viaje. Cuando le dije que había dejado un pequeño capital en Londres, me dio este amistoso y sincero consejo:

—*Seignior Inglese* —dijo (me llamaba siempre así)—. Si desea usted darme una carta y un poder formal que estipule las disposiciones correspondientes para la persona que tiene su dinero en Londres, a fin de que envíe su patrimonio a Lisboa, a las personas que yo le indicaré, bajo la forma de las mercancías adecuadas a este país, si Dios quiere, a mi regreso podré traerle el equivalente de ese dinero. Pero, como los asuntos humanos están sujetos a modificaciones y desastres, le sugeriría que su orden incluyese sólo cien libras esterlinas, es decir, según lo que usted me ha dicho, la mitad de su patrimonio: si la suerte acompaña esta primera operación de forma que llegue a salvo, podrá usted obtener el resto de la misma manera: y si no logra buen destino, puede usted recurrir a la otra mitad para sus necesidades.

Era un consejo tan sensato y dado de un modo tan amistoso que no pude sino convencerme de su eficacia. Era lo mejor que podía hacer, de manera que escribí una carta a la gentil señora a quien había confiado mi dinero y un poder para el capitán portugués, según sus deseos.

A la viuda del capitán inglés le escribí una carta detallada con todas mis aventuras, contándole mi esclavitud y mi huida y cómo había conocido al capitán portugués en medio del mar, la humanidad de su comportamiento y la situación en que me encontraba ahora, y todas las instrucciones necesarias para el envío de mi dinero. Y cuando este honrado capitán llegó a Lisboa, encontró los medios para que unos mercaderes ingleses residentes allí, no sólo transmitieran mis disposiciones, sino que también le refirieran la historia de mi aventura a un comerciante de Londres, que se encargó de hacerle llegar todas estas cosas a la señora personalmente; a lo cual ella no sólo envió el dinero sino que también, de su propio bolsillo, mandó al capitán portugués un hermoso regalo, agradeciéndole la humanidad y generosidad que había tenido para conmigo.

El comerciante de Londres, después de invertir estas cien libras esterlinas en mercancías inglesas, siguiendo las instrucciones escritas del capitán, las envió directamente a Lisboa y este último me las trajo sanas y salvas a Brasil. Entre ellas, y sin que yo se lo hubiese pedido (dado que era yo demasiado inexperto en mi trabajo como para pensar en ello), había incluido él toda clase de instrumentos, herrajes y utensilios necesarios para mi plantación, que me prestaron grandes servicios.

Cuando llegó este cargamento, pensé que ya había hecho fortuna; tal fue la alegría que sentí. Y más cuando supe que mi comisionado, el capitán, había invertido las cinco libras esterlinas que le había entregado mi amiga en la compra de un esclavo, obligado a servirme durante seis años, sin aceptar nada a cambio, salvo un poco de tabaco de mi propia cosecha.

Y esto no era todo, pues, como mis bienes eran de manufactura inglesa, es decir, telas, paños y finos entramados y cosas particularmente valiosas y codiciadas en el país, encontré los medios para venderlas todas con gran provecho, así que podría

decir que había cuadruplicado el valor de mi primer cargamento y ahora había aventajado infinitamente a mi pobre vecino. Me refiero al progreso de mi plantación, porque lo primero que hice fue comprarme un esclavo negro y también un sirviente europeo: quiero decir otro, además, claro está, del que me había traído el capitán de Lisboa.

Pero a menudo ocurre que un abuso de prosperidad resulta ser el artífice de la mayor adversidad, y así fue para mí. Al año siguiente todo marchó con gran éxito en mi plantación. Recogí cincuenta rollos de tabaco, más de cuanto podía disponer para las necesidades de los vecinos y, como cada uno de estos fardos pesaba más de cien libras y estaban bien curados, los aparté hasta la llegada de las naves desde Lisboa. Y ahora, con el incremento de mis actividades y de mi riqueza, mi cabeza comenzó a llenarse de proyectos y empresas superiores a mis posibilidades, que a menudo promueven la ruina de los comerciantes mejor dotados.

Si hubiese perseverado en esta situación, optando por una vida tranquila y retirada, habría encontrado la forma de procurarme todos los bienes que mi padre tan fervorosamente me había recomendado: bienes que, según él me había ilustrado tan sensatamente, colmaban la situación de vida intermedia. Pero me acechaban otras cosas y, una vez más, me convertiría en el instrumento voluntario de mi propia ruina, incrementando mi error y redoblando los motivos de las amargas reflexiones que me habría de hacer en el curso de mis futuras desgracias. Todas mis desventuras eran el resultado de mi loca inclinación a vagabundear por el extranjero, contrariando las perspectivas más claras que me aconsejaban persistir, cabal y llanamente, en aquellos planes y disposiciones de vida que la naturaleza y la providencia me presentaban, señalándome simultáneamente mi deber.

Como ya había hecho una vez al abandonar la casa paterna, del mismo modo ahora no me contentaba, sino que debía marcharme y renunciar a las alentadoras perspectivas de convertirme en un rico y próspero propietario de mi plantación, para ir tras el deseo irrazonable y desproporcionado de aumentar mi fortuna con más rapidez de la que consentía la naturaleza de las cosas. Así fue como me precipité nuevamente en el abismo más profundo de la desdicha humana en el que puede caer un hombre o que puede ser compatible con la supervivencia física de un individuo.

Avanzamos, pues, gradualmente en los detalles de esta parte de mi relato. Podrís imaginaros que, al haber vivido casi cuatro años en Brasil, y habiendo comenzado a prosperar en mi plantación, no sólo había aprendido la lengua, sino que había trabado conocimiento y amistad con algunos otros hacendados, así como con mercaderes de San Salvador, que era nuestro puerto, y que en mis conversaciones con ellos les había narrado mis dos viajes a la costa de Guinea, la forma de comerciar con los negros de allí y lo fácil que era traficar en la costa y obtener a cambio de pacotilla, como cuentas de collar, juguetes, cuchillos, tijeras, hachas, trozos de vidrio y cosas por el estilo, no sólo polvo de oro, cereales de Guinea y colmillos de elefantes, sino también innumerables esclavos negros, que tanto requería Brasil.

Ellos siempre escuchaban con mucha atención mis relatos sobre estos temas, pero en especial aquella parte que se refería a la compra de negros, tráfico que, en aquel tiempo, estaba en sus albores, y que se realizaba mediante *asientos*^[18], es decir, permisos que otorgaban los reyes de España o Portugal para hacer subastas públicas, de modo que los pocos negros que se vendían eran excesivamente caros.



Sucedió que, a la mañana siguiente de mi conversación con algunos mercaderes y hacendados conocidos, con quienes había hablado seriamente, tres de ellos vinieron a decirme que habían meditado mucho acerca de cuanto yo les había contado la noche anterior, y que su intención era hacerme una proposición secreta. Después de haberme impuesto el carácter reservado del asunto, me confiaron que tenían pensado alistar una nave con destino a Guinea: que también ellos, como yo, poseían plantaciones, y que de nada tenían tanta necesidad como de esclavos. Que, como se trataba de un comercio impracticable, ya que los negros no podían ser vendidos públicamente al regreso, la idea que tenían era hacer un viaje particular y traer los negros necesarios para distribuir en las plantaciones. En definitiva, la pregunta era si yo estaba dispuesto a embarcarme en dicha nave con el fin de hacerme cargo de sus asuntos en la costa de Guinea. A cambio me ofrecieron mi parte de esclavos eximiéndome de participar en la financiación de la empresa.

Debo confesar que era un trato justo para cualquiera que no tuviese, como yo, una residencia y debiese atender una plantación que comenzaba a adquirir una notable solidez y en la que había invertido un capital considerable. Pero, para mí, que ya estaba instalado, y que no tenía que preocuparme más que por perseverar en la empresa iniciada por unos tres o cuatro años y hacerme enviar las otras cien libras esterlinas de Inglaterra, y que en ese lapso, y con el auxilio de otra pequeña suma de dinero, muy probablemente habría acumulado un patrimonio de tres o cuatro mil

libras esterlinas, que a su vez se incrementarían; para mí, hacer aquel viaje era la cosa más descabellada de la que podía acusarse a un hombre en mis condiciones.

Pero yo, que había nacido para ser el agente de mi propia destrucción, no pude resistir aquella propuesta, como antes no había podido contener mis primeros errabundos designios, cuando los buenos consejos de mi padre se desvanecían irremisiblemente en mí. En suma, les respondí que iría de todo corazón, si ellos se encargaban de cuidar la plantación en mi ausencia, y si disponían de ella según mis instrucciones, en caso de que yo fracasara. Ellos se comprometieron a todo aquello y suscribimos contratos y compromisos formales. Yo hice un testamento donde establecía que mi plantación y bienes, en caso de muerte, pasaran a manos del capitán del barco que me había salvado la vida, que sería mi heredero universal, siempre y cuando se comprometiera a cumplir mi voluntad, según la cual, la mitad de lo producido fuese para él y la otra mitad embarcada con destino a Inglaterra.

En fin, tomé todas las precauciones posibles para preservar mis bienes y mi plantación. Si hubiese tenido la mitad de aquella prudencia para velar por mis intereses personales y hubiese evaluado qué debía hacer y qué no, sin duda nunca me habría apartado de tan próspera empresa como la mía, abandonando todas las perspectivas alentadoras que tenía de medrar, para realizar un viaje por mar, con todos los riesgos que implicaba; y sin contar con las razones que tenía para pronosticarme una suerte particularmente funesta.

Pero una fuerza indescifrable me impulsaba y yo obedecía ciegamente los dictados de la fantasía, sin atender a los de la razón. Por tanto, una vez lista la nave y su cargamento, y todos los demás acuerdos realizados mediante contratos por mis socios, me embarqué en maldita hora el primero de septiembre de 1659, el mismo día que ocho años antes había abandonado la casa de mis padres en Hull para actuar como un rebelde frente a la autoridad de mi padre y como un idiota frente a mis intereses.

Nuestra embarcación desplazaba unas ciento veinte toneladas, llevaba seis cañones y catorce hombres, además del capitán, un mozo y yo mismo. A bordo sólo llevábamos aquellas mercancías adecuadas a nuestro tráfico de esclavos; es decir, bagatelas, trozos de vidrio, conchas y cachivaches raros, especialmente pequeños catalejos, cuchillos, tijeras, hachas y cosas por el estilo.

Zarpamos el mismo día en que me embarqué, enfilando hacia el norte y siguiendo nuestra costa con el propósito de dirigirnos hacia tierras africanas, hasta alcanzar los diez o doce grados de latitud norte, ruta que, al parecer, era la más normal en aquellos años. Tuvimos muy buen tiempo, aunque excesivo calor, durante todo el trayecto a lo largo de nuestras costas, hasta que llegamos al cabo San Agustín^[19], a partir de donde comenzamos a internarnos mar adentro, hasta que perdimos de vista la tierra y navegamos como si nuestro destino fuese la isla de Fernando de Noronha^[20], rumbo al noreste y dejando aquellas islas hacia el este. En este rumbo seguimos por doce días y cruzamos el ecuador. Según nuestra última observación, estábamos a siete

grados veintidós minutos de latitud norte, cuando un violentísimo tornado o huracán nos hizo perder totalmente la orientación. Comenzó a soplar desde el sureste, se desvió luego hacia el noroeste y por fin se fijó al nordeste, desde donde arremetió con tanta furia, que durante doce días no pudimos hacer más que ir a la deriva, huyendo de la tempestad y dejándonos llevar por el destino y la furia de los vientos. Durante aquellos doce días, inútil es decirlo, me parecía que cada día sería tragado por el mar, y nadie, en realidad, a bordo de la nave esperaba salvar la vida.

En esta desesperada circunstancia, al terror de la tormenta se agregó la muerte de uno de nuestros hombres a causa de la fiebre, mientras que el mozo y otro marinero caían al mar por la borda. Hacia el duodécimo día, el viento disminuyó un poco y el capitán intentó calcular lo mejor posible nuestra situación y dedujo que nos encontrábamos a unos once grados de latitud norte, pero a unos veintidós grados de longitud oeste respecto al cabo de San Agustín. Así que nos hallábamos en la costa de Guinea^[21], o parte septentrional del Brasil, más allá del río Amazonas, hacia el río Orinoco, comúnmente denominado Gran Río. El patrón comenzó a consultarme qué ruta seguir, porque el barco había sufrido daños y él quería regresar directamente a la costa de Brasil. Mi parecer era totalmente opuesto al suyo y, observando juntos los mapas de la costa americana, comprobamos que no había tierra habitada hacia la cual pudiéramos recurrir, hasta llegar al archipiélago de las islas del Caribe; así que resolvimos apuntar en dirección a las Barbados, con la esperanza de llegar allí en quince días de navegación, manteniéndonos en alta mar, para evitar la corriente de la bahía o golfo de México. En todo caso, no era posible hacer la travesía hacia el África sin recibir ayuda para la nave y para nosotros mismos.

Con esta intención cambiamos el rumbo y navegamos hacia el noroeste, una cuarta al oeste, para alcanzar alguna de las islas inglesas, donde esperábamos encontrar ayuda. Pero nuestro viaje estaba condenado a seguir otro itinerario, porque a los doce grados dieciocho minutos de latitud nos cogió una segunda tormenta que nos empujó con la misma furia que la anterior hacia el oeste, arrojándonos tan lejos de toda ruta comercial humana, que, aunque nos salvásemos de ahogarnos en el mar, caíamos en el peligro de ser devorados por los salvajes, cosa más probable que un posible regreso a nuestro país.

En medio de esta desgracia, mientras el viento soplaba con ímpetu, por la mañana temprano uno de nuestros hombres gritó: «¡Tierra!», y apenas nos precipitamos fuera de la cabina esperanzados para observar dónde nos hallábamos, el barco encalló en un banco de arena, inmovilizándose en un instante, de tal forma que el mar se lanzó sobre nosotros con tal violencia que creímos perecer todos inmediatamente. Enseguida, volvimos a ponernos bajo cubierta para protegernos de la espuma y de los embates del mar.

Es difícil para quien nunca se haya encontrado en aquella situación describir o concebir la consternación de los hombres en esas circunstancias. No sabíamos dónde estábamos o de qué tierra se trataba, si era una isla o un territorio, si estaba habitada o

desierta. Y como el viento, aunque disminuido, seguía siendo furioso, no podíamos confiar en que el barco se mantuviese unos minutos más sin quebrarse, a menos que el viento cesase de golpe, por una especie de milagro. En una palabra, nos mirábamos unos a otros en la espera inminente de la muerte y cada hombre se comportaba como quien se prepara para el otro mundo, ya que en éste nos quedaba poco o nada que hacer. En aquel momento, nuestro único consuelo residía en que, contrariamente a lo que habíamos supuesto, el barco aún no se había quebrado y el viento, según el capitán, comenzaba a disminuir su fuerza.

No obstante, aunque teníamos la impresión de que el viento había amainado ligeramente, el barco se había hundido tan profundamente en la arena, que no podíamos confiar en desencallararlo, de modo que nuestra situación era sin duda tan terrible, que no nos cabía otra posibilidad que pensar en salvar la vida como pudiésemos. Antes llevábamos a bordo una chalupa: pero cuando se desató la tormenta se desfondó al estrellarse contra el timón, y más tarde se desprendió y se hundió o fue arrastrada por el mar, de forma que no podíamos servirnos de ella. Teníamos otro bote a bordo, pero difícilmente podríamos lograr ponerlo en el mar, y de todas maneras no había tiempo para discutirlo, dado que imaginábamos que el barco se quebraría en cualquier momento: más aún, algunos decían que ya se había hecho pedazos.

En medio de esta desesperación el piloto echó mano del bote, y con la ayuda de los demás tripulantes logró levantarlo, deslizándolo hacia la borda: luego todos entramos en él: éramos once, y nos encomendamos a la misericordia de Dios y al mar embravecido: en verdad, la tormenta había menguado considerablemente, aunque el mar irrumpía con inaudita violencia contra la costa y bien podía denominársele *Den wild Zee*^[22], como lo designaban los holandeses cuando había tormenta.

A estas alturas nuestra situación era ciertamente desesperada, porque todos advertíamos que las olas eran tan altas, que el barco no sobreviviría y que nuestro naufragio sería inminente. No teníamos velas y, aunque las hubiésemos tenido, no nos habrían servido para nada; así que remamos con todas nuestras fuerzas hacia tierra, pese a que teníamos el corazón oprimido, como si fuésemos camino del patíbulo, porque todos sabíamos que, apenas el bote llegara a la orilla, se haría mil pedazos con el oleaje. No obstante, confiamos encarecidamente nuestras almas a Dios y, a medida que el viento nos empujaba hacia la costa, aceleramos nuestra destrucción con nuestras propias manos, al bogar con toda nuestra energía en dirección a tierra.

Cómo era la costa, si de roca o arena, si escarpada o baja, no lo sabíamos; la única posibilidad que racionalmente preveíamos, como una sombra de esperanza, era que llegásemos a una bahía o golfo, o al estuario de un río, donde nos fuera posible entrar con el bote o alcanzar la costa de sotavento y quizá de ese modo llegar al agua dulce. Pero no ocurrió nada semejante; a medida que nos acercábamos a la costa, la tierra nos parecía aún más espantosa que el mar.

Después de haber remado, o más bien, de habernos lanzado a la deriva más o menos una milla y media, según calculamos, una ola furiosa, una verdadera montaña de agua se estrelló contra la popa e instantáneamente comprendimos que aquello era el *coup de grâce*^[23]. En una palabra, nos embistió con tanta furia, que el bote se dio la vuelta de inmediato, separándonos a todos tanto de la embarcación como a unos de otros y nos tragó en un instante, sin darnos tiempo siquiera para invocar a Dios.

Nada puede describir la confusión mental que me invadió cuando me hundí en el agua, porque, aun siendo buen nadador, no lograba librarme de las olas para tomar aire, hasta que la ola me arrastró, o mejor dicho, me llevó a lo largo de un gran trecho en dirección a la costa; se retiró ya exhausta y me abandonó en la playa casi seca, medio moribundo por el agua ingerida. Tuve la presencia de ánimo y el aliento necesarios para comprender que me encontraba más cerca del territorio de lo que suponía, de manera que me puse en pie, esforzándome por internarme en tierra tan rápidamente como pudiese, antes de que viniese otra ola y me arrastrara nuevamente. Pero pronto advertí que era imposible evitarlo, pues el mar se abalanzaba sobre mí, tan alto como una enorme colina y furibundo como un enemigo, contra el cual no tenía medios ni fuerzas para luchar. Debía contener la respiración tratando de mantener la cabeza fuera del agua, y nadar sin perder aliento hacia la playa, si era posible, siendo ahora mi mayor preocupación que el mar volvióse después de haberme arrastrado un buen trecho hacia tierra y me llevase nuevamente atrás en su reflujo.

La ola que se lanzó sobre mí enseguida, me sepultó instantáneamente en su masa, a veinte o treinta pies de profundidad, y me sentí arrastrado un largo rato con poderosa fuerza y velocidad hacia la orilla; pero contuve la respiración y me ayudé nadando con todas mis energías en esa misma dirección. Estaba a punto de estallar por el esfuerzo de mantener la respiración, cuando sentí que me elevaba, y con inmediato alivio salí a la superficie con las manos y la cabeza fuera del agua; si bien no logré mantenerme así más de dos segundos, me sentí grandemente aliviado, con más aliento y renovado coraje. Durante un buen rato quedé nuevamente cubierto por el agua, pero no tanto tiempo como para no resistir y, cuando la ola comenzó a agotarme e inició su regreso, empujé hacia adelante contra el reflujo de las olas y volví a sentir el fondo bajo mis pies. Me quedé quieto unos momentos para recuperar el aliento, hasta que el agua se hubo retirado, y luego junté todas mis fuerzas para correr con las energías que aún me quedaban, en dirección a la costa. Pero tampoco esta vez pude sustraerme del furor del mar, que volvió a perseguirme. Dos veces más me levantaron las olas y me arrastraron como antes, porque el fondo era muy plano.

Poco faltó para que la segunda de estas dos últimas olas fuese fatal para mí, porque el mar, después de haberme arrastrado como anteriormente, me depositó, más bien me arrojó, con tal ímpetu contra una roca, que me dejó sin sentido y, por tanto, en la imposibilidad de preocuparme por mi salvación. En verdad, el golpe me pegó en las costillas y el pecho, quitándome el poco aliento que me quedaba en el cuerpo, y si

en aquel momento hubiese embestido otra ola, con seguridad habría muerto ahogado. Pero, afortunadamente, logré recuperarme un poco antes de que volviesen las olas y, al ver que pronto me cubrirían nuevamente, resolví aferrarme con fuerza a un trozo de roca y contener el aliento cuanto me fuese posible, hasta que la ola retrocediera. Ahora, como estaba más cerca de la tierra, las olas ya no eran tan altas como al principio, y pude conservar aliento hasta el reflujó y luego aprovechar un nuevo ímpetu del agua, que me llevó tan cerca de la costa, que la próxima ola, aunque me cubrió totalmente, no pudo arrastrarme consigo. Con el siguiente impulso del agua alcancé tierra, donde para mi gran satisfacción logré trepar por los riscos de la orilla y sentarme sobre la hierba, libre del peligro y fuera del alcance del agua.



Había llegado a tierra sano y salvo: elevé los ojos al cielo y agradecí a Dios el haberme salvado de una situación que, pocos minutos antes, parecía no dejar espacio o esperanza alguna. Creo que es imposible expresar cabalmente el éxtasis y conmoción del alma cuando ha sido salvada, por así decirlo, del borde de la tumba. Y ahora no tengo motivos para asombrarme de la costumbre según la cual, cuando al malhechor que tiene la soga al cuello y está a punto de ser ahorcado se le concede el perdón, se trae junto con la noticia a un cirujano para que le haga una sangría en el mismo instante en que le comunican la gracia, para que con la emoción no se escapen de su corazón los espíritus vitales provocándole la muerte:

*Pues las alegrías, como las penas,
al principio desconciertan^[24].*

Caminé por la playa con las manos en alto y todo mi ser absorto contemplando mi salvación, e hice mil gestos y ademanes que no puedo describir, mientras pensaba en todos mis compañeros que se ahogaron, pues tal como pude comprobar no se salvó ni un alma, excepto yo, ya que no volví a verlos ni encontré rastros de ellos, a excepción de tres de sus sombreros, una gorra y dos zapatos de distinto par.

Eché una mirada al barco encallado, que parecía tan distante y tan castigado por la espuma y los embates poderosos de la marea, que apenas podía divisarlo y pensé: «¡Oh, Dios!, ¿cómo ha sido posible que llegara hasta la costa?».

Después de haberme complacido con el aspecto consolador de mi situación, comencé a mirar en derredor para ver en qué clase de sitio me encontraba y qué debía hacer, y advertí que mi alivio se desvanecía bien pronto y que, en una palabra, mi salvación me deparaba nefastas circunstancias. Estaba empapado, no tenía ropas para cambiarme, ni nada que comer o beber para recuperarme, ni tampoco veía ninguna perspectiva, como no fuese la de morirme de hambre o devorado por los animales salvajes, y lo que me afligía particularmente era no poseer ningún arma para cazar y matar algún animal para mi sustento, o para defenderme del que aspirase a matarme para alimentarse conmigo. En suma, sólo contaba con mi cuchillo, una pipa y un poco de tabaco en una caja. Éstas eran todas mis provisiones, y al comprobarlo me sentí arrojado al más terrible de los sufrimientos; tanto, que durante un rato corrí de un lado a otro como un loco. Luego, mientras anochecía, con el corazón oprimido por la angustia, comencé a reflexionar sobre la suerte que me esperaba si aquella tierra

estuviese poblada de animales hambrientos, sabiendo que por la noche suelen salir en busca de presas.

La única solución que se me ocurrió en ese momento fue subirme a un árbol de copa frondosa, semejante a un abeto, pero espinoso, que se erguía cerca de mí, donde decidí sentarme por la noche y meditar acerca del tipo de muerte que me esperaba al día siguiente, ya que no imaginaba posibilidad alguna de sobrevivir. Recorrí cerca de media milla hacia el interior, buscando agua para beber, y tuve la enorme alegría de encontrarla. Después de haber bebido, me puse un poco de tabaco en la boca para evitar el hambre, volví al árbol y me encaramé a él, tratando de encontrar un sitio de donde no me cayera en caso de quedarme dormido. Con un palo corto a modo de maza en la mano, que había cortado para defenderme, subí a mi refugio. Vencido por la fatiga, caía en un sueño profundo y dormí tan cómodamente como, según creo, pocos hubieran podido en aquellas circunstancias, logrando descansar en aquella ocasión como nunca en mi vida.



Cuando desperté era pleno día: el tiempo estaba sereno y, aplacada la tormenta, el mar ya no se mostraba furioso y desencadenado como anteriormente. Pero lo que más me sorprendió fue que durante la noche el barco se había desencallado de la arena, gracias al flujo de la marea, y había sido llevado casi hasta la roca que mencioné anteriormente, contra la cual me había machucado al estrellarme. En realidad, estaba a menos de una milla de la costa; por tanto, advirtiéndome que el barco se mantenía erguido, me entraron deseos de ir a bordo, para poder salvar al menos algunas cosas que podrían serme necesarias.

Cuando descendí del árbol que me había dado refugio, miré nuevamente en derredor y lo primero que vi fue la chalupa, que se encontraba sobre la playa, donde

el mar y el viento la habían arrojado, a unas dos millas a mi derecha. Caminé todo cuanto me fue posible por la orilla para llegar a ella, pero encontré un brazo o franja de mar entre la chalupa y yo, que tendría alrededor de una media milla de ancho. Resolví entonces volver sobre mis pasos, porque mi intención era, sobre todo, llegar al barco, donde esperaba encontrar algo para mi subsistencia.

Poco después de mediodía, el mar estaba muy calmado y la marea tan baja, que pude avanzar hasta un cuarto de milla de distancia del barco. Allí volví a encontrar un nuevo motivo de dolor, al comprobar que si hubiésemos permanecido a bordo, nos habríamos salvado todos y no me habría visto tan infeliz y falto de compañía como estaba ahora. Esto me hizo saltar las lágrimas nuevamente, pero encontré gran alivio en ello, de modo que decidí llegar hasta el barco. Así pues, me quité las ropas porque el clima era sumamente cálido y me interné en el agua. Al llegar, comprendí que la mayor dificultad era subir al barco, que estaba encallado y casi totalmente fuera del agua, y que no tenía nada a mi alcance donde agarrarme. Dos veces nadé a su alrededor y la segunda advertí un pequeño trozo de cuerda que me asombró no haber visto al principio, colgando de las cadenas del ancla. Estaba tan baja que, aunque con gran dificultad, logré asirla y con su ayuda alcanzar el castillo de proa. Aquí me di cuenta de que el barco estaba desfondado y lleno de agua en la bodega, pero que había encallado en un banco de arena o más bien de tierra, de manera que la popa emergía por encima del banco, y la proa, muy baja, estaba casi al ras del agua, de forma que su parte posterior estaba libre y todo cuando allí había, seco; podéis estar, pues, seguros de que lo primero que hice fue buscar y ver qué estaba estropeado y qué en buen estado. Y comprobé que todas las provisiones del barco estaban secas e intactas y, hallándome bien dispuesto para comer, me dirigí hacia el depósito del pan y me llené los bolsillos de galletas, que fui comiendo a medida que me ocupaba de otras cosas, dado que no tenía tiempo que perder. También encontré algo de ron en la cabina principal y bebí un largo trago, del que sin duda estaba sumamente necesitado para juntar fuerzas, a fin de afrontar todo lo que me aguardaba. Ahora lo único que quería era un bote para abastecerme de muchas cosas que, según preveía, me serían de gran utilidad.

Era inútil sentarse sin hacer nada y desear todo lo que no podía llevarme, y esta extrema necesidad aguzó mi ingenio. A bordo teníamos muchas vergas y dos o tres palos de recambio, además de un mástil o dos. Resolví empezar por ellos e ingeniármelas para tirar fuera de borda los que pudiera, ya que eran muy difíciles de manipular a causa de su peso, atándolos con una cuerda para que no se dispersaran. Cuando hube terminado con esto, fui al costado de la nave y, arrastrándolos hacia mí, amarré cuatro de ellos fuertemente en ambos extremos tan bien como pude para formar una balsa, y, después de haber colocado dos o tres trozos más pequeños de madera encima en sentido transversal, comprobé que podía caminar perfectamente sobre ella, pero que no soportaría mucho peso, porque los leños eran demasiado livianos. Así, me puse manos a la obra y, con una sierra de carpintero, corté un mástil

en tres, longitudinalmente, y, con gran dificultad y fatiga, los añadí a la balsa; pero la esperanza de abastecerme de lo necesario me estimulaba a hacer todo aquello que no habría sido capaz de hacer en circunstancias normales.

Ahora mi balsa era lo suficientemente fuerte como para soportar un peso razonable: mi próxima preocupación fue con que cargarla y cómo preservar lo que ponía sobre ella de las olas, pero no me detuve a pensarlo mucho tiempo. En primer lugar, puse sobre la balsa todos los leños o maderos que pude encontrar y, después de haber meditado acerca de lo que más necesitaba comencé por tres arcones de marino que había vaciado después de forzar sus cerraduras, y los deposité sobre la balsa: llené el primero de provisiones, es decir, pan, arroz, tres quesos holandeses, trozos de carne de cabra desecada, de la cual nos habíamos alimentado largo tiempo, y el resto de un poco de trigo europeo que teníamos para algunos pollos que habíamos embarcado con nosotros, pero que nos habíamos comido: había también algo de cebada y de maíz, pero, para mi gran desaliento, advertí luego que las ratas se lo habían comido o estropeado casi en su totalidad. En cuanto a las bebidas, encontré varias cajas de botellas que pertenecían al capitán, algunas de licor y otras que contenían cinco a seis galones de raque^[25], que dispersé sobre la balsa ya que no había necesidad ni lugar suficiente para ponerlas en los arcones. Mientras estaba ocupado en esto, advertí que la marea, aunque muy lentamente, comenzaba a subir y me sentí mortificado al ver que mi chaqueta, la camisa y el chaleco, que había dejado en la arena, se alejaban flotando: en cuanto a los pantalones, que eran de lino y abiertos en las rodillas, y las medias, los había dejado puestos cuando nadé hasta el barco. Sin embargo, esto me obligó a buscar ropas, que encontré en abundancia, pero de las cuales sólo cogí las necesarias para uso inmediato, porque había otras cosas que me interesaban más, a saber: instrumentos para trabajar en tierra, y al cabo de revolver largo rato encontré la caja del carpintero, que, sin duda, era un botín de gran utilidad para mí, mucho más precioso en circunstancias semejantes que una nave cargada de oro. La puse en mi balsa, pese a que ya estaba repleta, sin perder tiempo en mirar dentro de la misma, puesto que imaginaba su contenido.

Luego, procuré abastecerme de municiones y armas. En la cabina principal encontré dos bellas escopetas de caza y dos pistolas, que cogí inmediatamente junto con algunos cuernos de pólvora y un pequeño saco de balas y dos viejas espadas herrumbrosas. Recordaba que había tres barriles de pólvora en el barco, pero no sabía dónde los había guardado nuestro artillero: sin embargo, al cabo de buscar largo rato, los encontré: dos de ellos estaban secos y en buenas condiciones, y el tercero, húmedo. Llevé los dos primeros a la balsa, junto con las armas. Me sentí entonces bien equipado y empecé a pensar en cómo llegar a la costa sin velas, ni remos ni timón y sabiendo que la menor ráfaga de viento me estropearía la navegación.

Contaba con tres cosas a favor: 1). Un mar en calma y suave: 2). La marea en ascenso y que impulsaba hacia la playa; 3). Una leve brisa que también soplaba en dirección a tierra. Así, una vez que encontré dos o tres remos quebrados que

pertenecían al bote, además de las herramientas que estaban en el arcón, y dos sierras, un hacha y un martillo, me hice a la mar. A lo largo de más o menos una milla, la balsa avanzó regularmente, salvo que el impulso tendía hacia un punto algo distante del sitio donde había llegado a tierra, cosa que me permitió advertir una pequeña corriente de agua, y en consecuencia suponer que allí me encontraría con un estuario o curso de agua dulce que me sirviese de puerto para desembarcar con mi cargamento.



Tal como me había imaginado, apareció ante mí una pequeña apertura en la tierra y una fuerte corriente de la marea que me impulsaba hacia ella, de modo que traté de dirigir la balsa para que se mantuviese en medio de la corriente. Pero aquí estuve a punto de ser víctima de un segundo naufragio que, de ocurrir, con seguridad me hubiese desalentado por completo. Al no conocer la costa, uno de los extremos de la balsa encalló en un banco de arena, mientras que el otro quedaba flotando y faltó poco para que toda mi carga se deslizara fuera de la balsa y cayera al agua. Puse todas mis energías en sostener los arcones con la espalda, a fin de mantenerlos en su lugar, pero no pude liberar la balsa de la arena, ni me atreví a cambiar de posición. Así permanecí media hora, tiempo durante el cual la marea creciente me elevó un poco de nivel, y enseguida el agua, que seguía subiendo, hizo flotar nuevamente la balsa, que pude desencallar con la ayuda del remo para volverla a situar en medio de la corriente, por la cual me dejé arrastrar hasta que me encontré frente a la

desembocadura de un río, entre dos orillas, con una fuerte marea que impulsaba la balsa en dirección a tierra. Observé ambas costas para elegir un lugar adecuado para desembarcar, porque no quería alejarme demasiado río arriba, con la esperanza de ver algún barco en el mar, por lo cual resolví instalarme lo más cerca posible de la costa.

Por fin, advertí una pequeña rada sobre la orilla derecha del río, hacia la cual, a costa de gran fatiga y dificultad, conduje mi balsa hasta que me acerqué tanto que pude tantear la tierra con el remo y colocarla directamente con su ayuda; pero, al hacerlo, nuevamente corría el riesgo de que mi cargamento naufragara en el agua, puesto que la costa era muy pronunciada y no era posible afrontar un desembarco sin correr el riesgo de que uno de sus lados encallara y en consecuencia el otro se inclinara hacia el agua, poniendo en peligro mi carga como había sucedido anteriormente. Todo lo que podía hacer era esperar que la marea llegase a su máximo nivel y, sirviéndome del remo a modo de ancla, sostener la balsa para que no se alejara de la costa y acercarla a un terreno plano que, según suponía, se cubriría de agua; y así ocurrió. Apenas hubo agua suficiente, dado que mi balsa tenía un calado de cerca de un pie, la conduje hacia dicho fragmento de tierra plana y allí la aseguré hundiendo los dos remos rotos en el fondo; uno, en uno de los lados de la balsa, y el otro, en la posición diametralmente opuesta, y así me quedé hasta que el agua se retiró, dejando seca la playa, y la balsa y todo mi cargamento sano y salvo en tierra.

Mi próxima preocupación fue explorar el sitio y buscar un lugar adecuado para habitar y para almacenar mis bienes asegurándolos contra cualquier imprevisto. Dónde estaba, no lo sabía; ni si era un continente o una isla, si estaba poblado o desierto, o si había o no peligro de animales salvajes. A no más de una milla de donde me hallaba, se erguía una colina alta y empinada que parecía alzarse por encima de otras colinas, unidas en cadena en dirección al norte. Cogí una de las escopetas, una pistola y un cuerno de pólvora, y armado de ese modo me dispuse a alcanzar la cima de aquella colina hasta donde llegué finalmente, después de padecer gran cansancio y dificultades. Allí, mi gran aflicción fue conocer mi suerte: a saber, que me encontraba en una isla rodeado por el mar y que no había otra tierra a la vista que unas rocas muy distantes y dos islotes más pequeños aún, a unas tres leguas hacia el oeste.

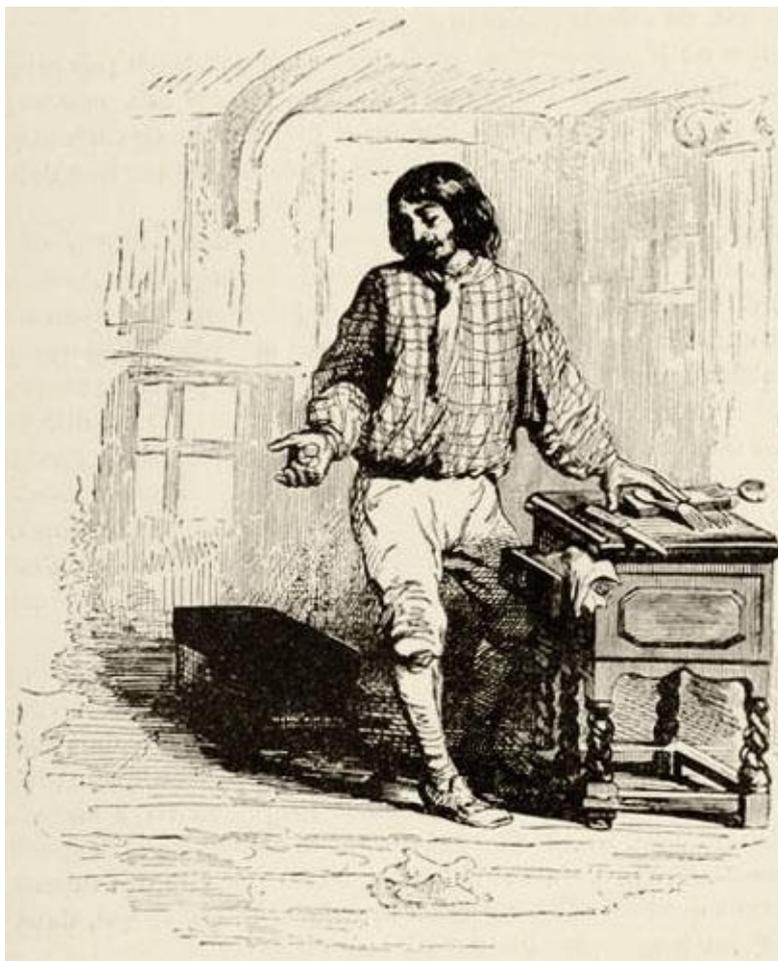
Comprobé también que la isla en la que me encontraba estaba intacta y, según tenía buenas razones para suponer, desierta, o a lo sumo habitada por animales salvajes, de los cuales sin embargo no advertí ningún rastro. Vi en cambio gran cantidad de pájaros, pero no supe a qué especie pertenecían, ni tampoco, en caso de matar alguno, cuál serviría para alimentarse y cuál no. Al regresar, disparé sobre un gran pájaro que estaba apoyado en la rama de un árbol, al lado de un bosque frondoso. Creo que fue el primer disparo de arma que se había producido allí desde la creación del mundo. Inmediatamente después del estampido, de todas partes del bosque se alzaron innumerables aves de todo tipo provocando una gran confusión de graznidos, emitiendo cada una su propio grito; pero ninguna parecía pertenecer a alguna especie conocida. En cuanto al que había dado caza, tenía cierta semejanza

con el halcón a juzgar por su plumaje y su pico, pero las uñas y garras no eran más robustas que las de un pájaro común y su carne resultó desagradable y no servía para nada.

Me contenté entonces con aquel descubrimiento y volví a la balsa, dedicándome a llevar mi cargamento hacia la costa, lo cual me ocupó el resto del día y no supe qué hacer de mí por la noche, ni ciertamente dónde descansar, puesto que tenía miedo de acostarme en la tierra, ya que no sabía si podía ser devorado por algún animal feroz, aunque, según descubrí más tarde, mis temores eran infundados.

No obstante, lo mejor que pude, levanté una especie de barraca a mi alrededor, utilizando para ello los arcones y maderas que había traído conmigo, e hice una especie de cobertizo, para albergarme durante la noche. En cuanto a la comida, no veía de qué forma podría procurármela: había visto sólo dos o tres animales parecidos a la liebre, que salieron del bosque apenas disparé la escopeta para matar al ave.

Entonces comencé a pensar en la posibilidad de traer una gran cantidad de cosas que me podrían ser útiles, particularmente algunos aparejos y velas y otros objetos que podría traer a tierra, y resolví hacer otro viaje hasta la nave, si me era posible. Sabiendo que la primera tormenta que se desatara terminaría por hacerla pedazos, decidí dejar de lado todo lo demás, hasta que pudiera obtener cuanto pudiese de la nave. Luego consulté, con mis propios pensamientos, se entiende, acerca de la conveniencia de llevar la balsa, pero parecía impracticable, de modo que resolví volver como antes, cuando bajara la marea, y así lo hice: con la diferencia de que esta vez me desnudé antes de abandonar el cobertizo, quedándome solamente con una camisa a cuadros, unos pantalones de lino y un par de escarpines.



Al igual que la vez anterior, subí a bordo y preparé la segunda balsa, y, en virtud de la experiencia que había adquirido con la primera, no la hice tan frágil ni la cargué demasiado. Logré, sin embargo, llevarme diversas cosas muy útiles. En primer lugar, en el depósito de herramientas del carpintero encontré dos o tres sacos llenos de clavos y pernos, un gran destornillador, una o dos docenas de hachas, pero sobre todo, una piedra de afilar. Reuní todas estas cosas agregando otros objetos pertenecientes al artillero, en especial dos o tres arpones de hierro y dos barriles de balas de mosquete, siete mosquetes y otra escopeta y una pequeña cantidad de pólvora: un saco repleto de balas de pequeño calibre y un gran rollo de láminas de plomo. Pero esto último era tan pesado, que no tuve fuerzas para levantarlo por encima del parapeto del barco.

Además de estas cosas, cogí todas las vestimentas de los marineros que pude encontrar, una vela de proa de reserva, una hamaca, colchón y mantas y con todo esto cargué mi segunda balsa y llegué con ella sano y salvo a la costa, para mi satisfacción.

Tenía ciertos temores en cuanto a que durante mi ausencia hubiesen devorado las provisiones que tenía en la costa, pero cuando regresé no hallé rastros de ningún visitante: sólo una especie de gato salvaje sentado sobre uno de los arcones, que, cuando vio que me acercaba, corrió hasta situarse a cierta distancia y luego se mantuvo quieto. Sentado con mucha compostura y despreocupación, me miraba

fijamente a la cara, como si su intención fuese trabar conocimiento conmigo. Lo apunté con la escopeta pero, no sabiendo qué era, permaneció absolutamente indiferente y ni siquiera hizo el intento de escapar. Entonces le tiré un trozo de galleta, aunque, dicho sea de paso, no tenía tantas como para desperdiciar, ya que mi provisión era exigua. Sin embargo, como decía, le arrojé un trozo y el animal se acercó, lo olfateó y se lo comió, mostrándose muy complacido y como si quisiese más, pero yo le di a entender cortésmente que no podía darle otro, y se marchó.

Después de haber desembarcado mi segundo cargamento, aunque me vi obligado a abrir los barriles de pólvora para trasladarlos poco a poco, porque siendo grandes cubos eran muy pesados, me puse a construir una pequeña tienda con la vela y algunos palos que había cortado para este propósito, y allí dentro metí todo lo que podía estropearse con la lluvia o el sol y apilé todos los arcones y barriles para formar un círculo alrededor de la tienda, a fin de defenderla de cualquier ataque imprevisto, fuese de hombre o de bestia.

Cuando terminé con esta tarea, bloqueé la puerta de la tienda con algunos tablones y dispuse un arcón vacío en el exterior; extendí uno de los colchones sobre la tierra y puse dos pistolas a la altura de mi cabeza y una escopeta a mi alcance, y me fui a la cama por primera vez. Dormí toda la noche tranquilamente porque me sentía pesado y extenuado y la noche anterior había dormido poco y había trabajado duramente todo el día, tanto para recoger todas aquellas cosas del barco como para llevarlas a tierra.

Ahora poseía el mayor acopio de todo tipo de mercancías que sin duda haya sido reunido por un solo hombre, pero aún no me sentía satisfecho: mientras el barco continuara manteniéndose en esa posición, debía extraer de él todo lo que pudiese, de forma que todos los días, cuando bajaba la marea, iba a bordo y traía alguna que otra cosa. Particularmente, la tercera vez que fui, traje todos los aparejos que pude cargar, como también todos los cables más finos y las sogas que encontré, junto con un trozo de cañamazo que serviría para remendar las velas, cuando se presentase la ocasión, y el barril de pólvora húmeda: en una palabra, traje todas las velas, de la primera a la última, y no dudé en cortarlas en trozos para transportar tantas como me fuese posible de una sola vez, puesto que ya no servían como velas sino simplemente como tela.

Pero me sentí aún más satisfecho cuando, al cabo de cinco o seis viajes como los que he descrito, y convencido ya de que no quedaba a bordo de la nave nada que valiese la pena, encontré un tonel de pan y tres barriles de ron y licor, una caja de azúcar y un barril de harina blanca. Este hallazgo me asombró, pues no esperaba encontrar más provisiones, a excepción de aquellas que habían sido destruidas por el agua. Vacié entonces el tonel de pan y envolví el pan en paquetes con los trozos de tela que había cortado de las velas: por último, llevé todas estas cosas a tierra.

Al día siguiente hice otro viaje. Habiendo extraído ya todo lo que podía transportar, seguí con los cables. Corté los más gruesos en trozos de un tamaño proporcional a mis fuerzas y los llevé a tierra junto con dos cabos, además de una

verga y cuantos hierros pude obtener, y cortando el palo de trinquete y todo lo que me sirviera para fabricar una balsa, la cargué con todos aquellos objetos pesados y partí. Pero la suerte comenzó a abandonarme porque esta balsa era tan pesada y estaba tan cargada, que cuando entré en la pequeña rada donde había desembarcado el resto de mis bienes, no pude gobernarla con la misma destreza que a las anteriores y se dio la vuelta, arrojándome a mí y a mi carga al agua. En cuanto a mí, no fue grave porque estaba cerca de la orilla, pero la mayor parte del cargamento se perdió, especialmente el hierro, que, según pensaba, me hubiese sido de gran provecho. No obstante, cuando se retiró la marea pude recuperar gran parte de los cables y algo de hierro, aunque con infinitos esfuerzos, puesto que debía sumergirme en el agua, lo cual me causaba gran fatiga. Después de esto, volví todos los días a bordo y traje todo cuanto me fue posible obtener.

Hacía trece días que estaba en tierra y había vuelto a bordo once veces: en este lapso había transportado todo lo que es capaz de llevarse un par de manos, aunque en verdad creo que de haber continuado el buen tiempo me habría traído todo el barco, trozo por trozo. Pero, mientras preparaba mi duodécimo viaje a bordo, advertí que comenzaba a levantarse viento; no obstante, cuando bajó el agua volví y, aunque pensaba haber revisado perfectamente la cabina como para llegar a la conclusión de que nada más podía encontrar en ella, descubrí un armario con cajones, en uno de los cuales hallé dos o tres navajas y un par de tijeras, además de diez o doce cuchillos de buena calidad y tenedores. En otro había cerca de treinta y seis libras en dinero, algunas monedas europeas y brasileñas, algunas piezas de a ocho, algo de oro y plata.

El hallazgo de aquel dinero me hizo sonreír.

—¡Oh, droga! —exclamé—, ¿para qué me sirves? No tienes valor alguno para mí; no, ni siquiera para recogerte del suelo; uno de estos cuchillos es más útil que todo este montón de dinero: no tengo forma de usarte, quédate, pues, donde estás y vete al fondo del mar, como una criatura cuya vida no merece la pena salvar.

Sin embargo, pensándolo nuevamente, cogí el dinero, lo envolví en un trozo de tela junto con lo demás y comencé a pensar en construir otra balsa, pero, entretanto, el cielo se había nublado y se levantó viento, de suerte que en un cuarto de hora soplaba impetuosamente desde tierra.

Se me ocurrió entonces que era inútil pretender hacer otra balsa, si el viento venía desde la costa, y que debía marcharme antes de que subiera la marea, ya que de lo contrario no podría llegar hasta la orilla. En consecuencia, me tiré al agua y, a nado, atravesé el brazo de mar que separaba la nave de la arena, recorrido que me resultó bastante arduo, fuese por el peso de las cosas que llevaba conmigo o por la violencia del agua agitada por el viento, que aumentaba su fuerza rápidamente y que se transformó en tormenta antes de que subiese la marea.

Sin embargo, en el ínterin, llegué a mi pequeña tienda, donde permanecí a resguardo rodeado de todos mis efectos. El viento sopló con mucho ímpetu durante la noche, y por la mañana, cuando salí a mirar, la nave había desaparecido. Sentí cierta

turbación pero me recuperé con esta consoladora reflexión: no había perdido tiempo ni escatimado esfuerzos para extraer de ella todo lo que me podía ser útil y, en realidad, poco quedaba ya que me fuese posible traer, si hubiese tenido tiempo de hacerlo.

Renuncié, pues, a pensar en la nave o en las cosas que podría haber sacado de ella, a excepción de aquello que llegase a la orilla del naufragio, como ciertamente ocurrió, ya que luego encontré varias piezas, pero eran cosas de poco provecho para mí.

Mis pensamientos estaban totalmente absorbidos por la obsesión de protegerme de los posibles salvajes o bestias feroces que hubiese en la isla. Por otra parte, tenía distintas ideas acerca del método para hacerlo y sobre el tipo de morada que debía construir: si excavar una cueva en la tierra o erigir una tienda en su superficie. Y, brevemente, resolví hacer las dos, no siendo impropio hacer una relación de los métodos utilizados y una descripción de las mismas.

Comprendí enseguida que el sitio donde me encontraba no era el más indicado para instalarme, particularmente porque el terreno, próximo al mar, era bajo y pantanoso, y me pareció poco saludable, y en especial porque no había agua dulce en sus cercanías, de manera que decidí buscar un punto en la tierra que fuese más sano y conveniente.

Tuve en cuenta diversos aspectos que consideré adecuados a mi situación: primero, y ya lo he mencionado, posición saludable y presencia de agua dulce; segundo, resguardo del calor del sol; tercero, protección contra todas las criaturas hambrientas, fuesen hombres o bestias; cuarto, vista al mar a fin de que, si Dios enviaba algún barco a estos parajes, pudiera aprovecharlo para mi salvación, ya que no estaba dispuesto aún a cancelar esa esperanza.

En la búsqueda de un sitio propicio encontré una pequeña llanura al reparo de una colina, que descendía sobre esta planicie en forma de pronunciada pendiente, como si fuese el muro de una casa, de modo que nadie pudiese venir desde lo alto y cogerme por sorpresa. En la otra cara de la roca se abría una cavidad que penetraba un trecho dentro de la roca, a modo de entrada o puerta de una cueva, pero en realidad no era en absoluto una cueva ni un camino hacia el interior de la roca.

En esta planicie herbosa, precisamente frente a esta cavidad, decidí instalar mi tienda. La superficie plana no tenía más de cien yardas de ancho y cerca del doble de largo, y se extendía a mis puertas como un prado, para descender luego en tramos irregulares hacia los predios llanos próximos a la orilla del mar. Estaba en la ladera noroeste de la colina, así que se hallaba protegida del calor durante todo el día, hasta que el sol declinaba poco más o menos hacia el suroeste, lo cual en aquellos países significa que está a punto de ocultarse.

Antes de instalar mi tienda, tracé un semicírculo delante de la cavidad, que tendría unas diez yardas de radio a partir de la roca, y veinte yardas de diámetro de

una extremidad a otra.

En este semicírculo clavé dos hileras de robustos palos, hundiéndolos en la tierra hasta que estuviesen firmes como estacas y dejando la extremidad más gruesa, afilada en la punta, hacia arriba, de modo que se irguieran unos cinco pies y medio sobre la tierra. Entre ambas hileras dejé un espacio no superior a seis pulgadas.

Luego, coloqué los trozos de cable que había cortado en el barco unos sobre otros dentro del círculo, entre las dos hileras de estacas hasta llegar a la punta, agregando otros palos que tendrían un alto de dos pies y medio en el interior del semicírculo, como si fuesen los soportes de un poste. Esta empalizada resultó tan fuerte, que no había hombre ni animal capaz de atravesarla o pasar por encima de ella. Todo esto me llevó mucho tiempo y esfuerzo, especialmente cortar las estacas en los bosques, traerlas hasta allí y clavarlas en tierra.

Para entrar al lugar, no hice una puerta, sino una pequeña escalera para pasar por arriba de la empalizada. Cuando estaba dentro, la levantaba tras de mí. De ese modo, creí estar completamente defendido y fortificado contra el mundo entero y, en consecuencia, pude dormir absolutamente seguro toda la noche, cosa que de lo contrario no hubiese podido hacer. Pese a que, al parecer —más tarde lo comprendí—, no había necesidad de desplegar todas aquellas precauciones contra los enemigos de los cuales imaginé tener que defenderme.

Dentro de esta empalizada o fortaleza, y con infinitos esfuerzos, puse todos mis bienes, víveres, municiones y provisiones, de los cuales he hecho mención anteriormente, y erguí una gran tienda, que decidí hacer doble, a fin de preservarme de las lluvias que azotaban con violencia durante una parte del año. Es decir, hice una tienda más pequeña dentro de otra más amplia, y cubrí todo con un gran lienzo encerado que había salvado junto con las velas.

Y ahora ya no dormía en el lecho que había traído a tierra, sino en la hamaca, que en verdad era de muy buena calidad y había pertenecido al segundo oficial del barco.

En la tienda puse todos mis víveres y aquellas cosas que pudieran deteriorarse con la humedad. Una vez guardados todos mis bienes, tapié el pasaje que hasta entonces había dejado abierto, y entraba y salía utilizando la escalera.

Terminado este trabajo, comencé a excavar en la roca y a transportar a través de la tienda todas las piedras y la tierra que extraía de ella, apilándolas junto a la empalizada del lado de adentro, y formando una especie de terraza de cerca de un pie y medio. De este modo logré hacer una caverna justamente detrás de la tienda, que me servía de bodega.

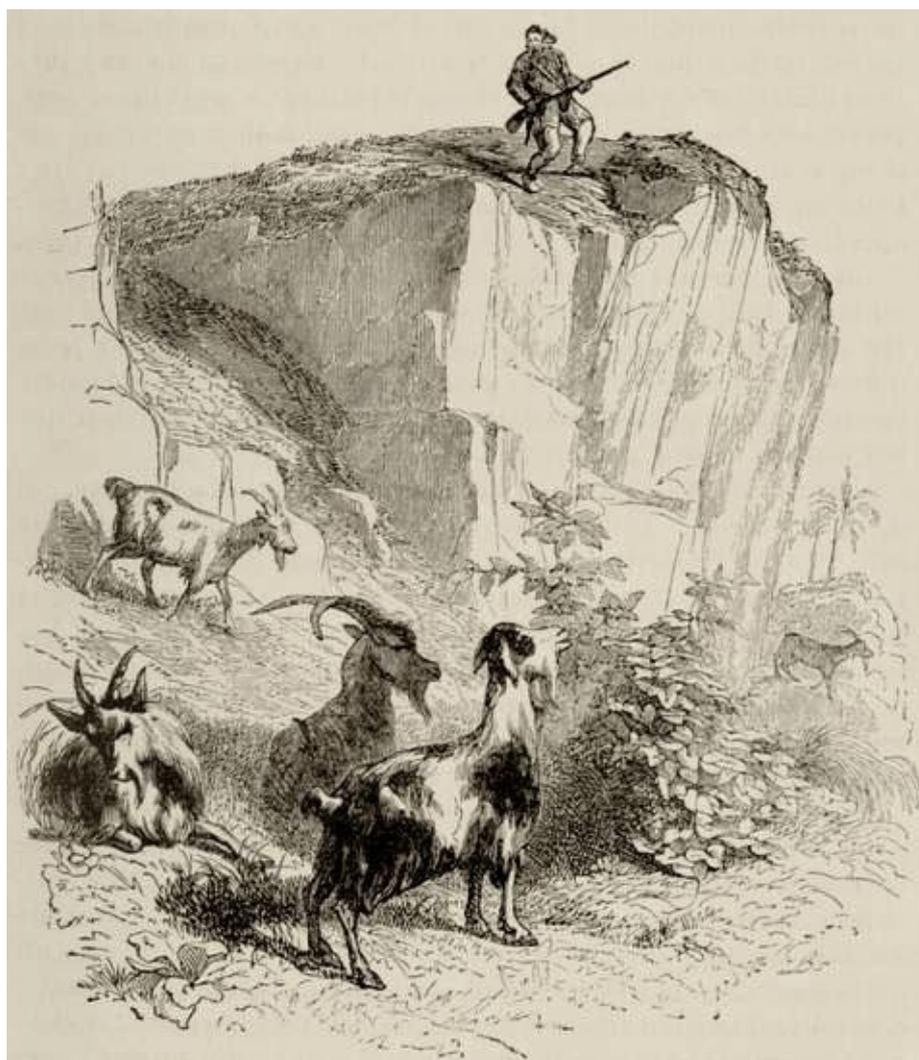
Me costó gran esfuerzo y muchos días llevar a término estas tareas. Debo, pues, volver atrás para referirme a algunas cosas que ocuparon en gran medida mis pensamientos. Al mismo tiempo ocurrió que, concluido mi proyecto para instalar la tienda y hacer la caverna, se desató una tormenta de lluvia que se desprendía de una espesa nube negra y se produjo un súbito relámpago, cuya consecuencia natural fue un estrepitoso trueno. No me asusté tanto del resplandor como de la idea que surgió

en mi mente, tan rauda como el propio relámpago: «¡Oh, mi pólvora!». El corazón me dio un vuelco en el pecho cuando pensé que toda la pólvora podía quedar destruida de un soplo, sabiendo que toda mi defensa, además de mi sustento, dependía absolutamente de ella. No tuve en consideración mi riesgo personal, aunque en caso de que la pólvora se prendiera fuego, nunca podría saber de dónde provenía el golpe.

Este hecho suscitó tal impresión en mí, que cuando pasó la tormenta dejé de lado todos los trabajos, la construcción y la fortaleza, a fin de dedicarme a hacer sacos y cajas para separar la pólvora en pequeñas cantidades, confiando en que, si algo ocurría, no se encendiera toda al mismo tiempo. Luego, distribuí los paquetes de modo que el fuego no pudiera propagarse de paquete en paquete, en caso de que uno de ellos ardiese. Este trabajo me llevó cerca de una quincena y calculo que la pólvora, más de doscientas cuarenta libras en total, fue distribuida en no menos de un centenar de paquetes. En cuanto al barril que estaba húmedo, no me suscitaba temor alguno, de forma que decidí colocarlo en mi nueva caverna, a la que mi fantasía consideraba como la cocina. El resto lo oculté aquí y allá, en diversos huecos entre las rocas, para que la humedad no los alcanzara y señalé cuidadosamente el sitio donde los guardaba.

En ese lapso, mientras me hallaba dedicado a esta tarea, por lo menos una vez todos los días, salía con mi escopeta a fin de distraerme y ver al mismo tiempo si podía cazar alguna presa comestible, enterándome asimismo de cuanto se producía en la isla. En mi primera exploración descubrí la presencia de unas cabras, lo cual me procuró gran satisfacción. Pero enseguida sobrevino el desaliento: eran animales tan temerosos, tan sensibles y veloces, que acercarse a ellos constituía la empresa más difícil del mundo. Pero no me desanimé, sabiendo que de vez en cuando podría matar alguna con el fusil. Así ocurrió al poco tiempo, porque, después de haber observado un poco sus hábitos, me dispuse a abordarlas de la siguiente manera: comprobé que, si estaban en las rocas y advertían mi presencia en el valle, salían como disparadas, espantadas: pero si yo estaba en las rocas y ellas pastaban en el valle, no se daban cuenta de mi presencia. De ahí deduje que, dada la posición de sus ojos, dirigían siempre la mirada hacia abajo y no advertían con rapidez la presencia de los objetos que estuvieran por encima de ellas. Por tanto, en adelante opté por este método: primero, trepaba a las rocas para situarme a cierta altura de ellas y, así, con frecuencia pude apuntarlas con buen resaltado. El primer disparo que hice sobre estas criaturas mató a una hembra que tenía un cabritillo al que daba de mamar, lo cual me entristeció el corazón. Pero cuando la madre cayó, el pequeño se quedó quieto a su lado, hasta que llegué y la levanté. Y no sólo eso, sino que, mientras yo cargaba a la cabra sobre los hombros, el cabritillo me seguía de muy cerca, así que decidí depositar al animal muerto en el suelo y coger al más pequeño en brazos para llevarlo a la fortaleza, con la esperanza de poder domesticarlo, pero se negó a tomar alimento y entonces me vi obligado a sacrificarlo y a comérmelo. Con la carne de estos dos

animales me alimenté largo tiempo, porque solía comer con moderación, economizando mis provisiones (especialmente el pan) en la medida de lo posible.



Una vez instalado, sentí la imperiosa necesidad de tener un sitio donde hacer fuego y de procurarme leña: relataré en su momento, con lujo de detalles, qué hice para lograrlo, cómo agrandé la caverna y qué otras mejoras introduje. Pero antes debo hacer un breve relato acerca de mí y de mis pensamientos sobre la vida, que, como es posible imaginar, no eran pocos.

La situación me ofrecía perspectivas funestas, puesto que, arrojado en aquella isla por una violenta tormenta, como he dicho, fuera de la ruta que había escogido nuestra embarcación y en una zona que acaso se encontraba a algunos centenares de millas de las rutas comerciales de la humanidad, tenía poderosas razones para temer que el cielo hubiese decidido que debía terminar mis días en aquella isla desierta y en medio de la desolación. Cuando me abandonaba a dichas reflexiones, las lágrimas caían copiosamente por mi rostro y a veces me rebelaba contra la providencia, preguntándome por qué llevaba a la más completa ruina a sus criaturas y las reducía a la mayor infelicidad, arrojándolas irremisiblemente al abandono, hasta el punto de que difícilmente parecía razonable sentirse agradecido por la existencia.

Por otra parte, a veces, otras reflexiones intervenían de pronto en el curso de mis pensamientos y me inducían a recriminarme. Un día, mientras caminaba por la orilla del mar con el fusil, estaba absorto en estos pensamientos sobre mi situación actual, cuando la razón, por así llamarla, me reprochó de la siguiente forma: «Pues bien, estás en una situación deplorable, es verdad; pero te ruego no olvides preguntarte dónde están los demás. ¿Acaso no erais once cuando estabais en el bote? ¿Dónde se encuentran los otros diez? ¿Por qué no se salvaron ellos y tú sí? ¿Por qué has sido tú el elegido para salvarse? ¿Es mejor estar aquí que donde se hallan los otros?». Y entonces apunté con un dedo hacia el mar. Todos los males deben ser juzgados junto con el bien que está en ellos, y con los males mayores que le acechan.

Entonces, volví a pensar en todo lo que poseía para mi subsistencia y en cuál hubiese sido mi suerte de no haber ocurrido —*había, acaso, cien posibilidades contra una*— que el barco, en lugar de quedarse flotando en el sitio del naufragio, se acercara a la costa y me diera tiempo para extraer todo lo que pude de él. ¿Qué hubiese sido de mí, si me hubiese visto obligado a vivir en las condiciones en que había llegado a tierra, sin las cosas indispensables para sobrevivir ni aquellas que se requerían para obtener el sustento?

—Sobre todo —dije en voz alta (aunque hablando conmigo mismo)—, ¿qué hubiese hecho sin un arma, sin municiones, sin herramientas para fabricar alguna cosa o asegurarme la posibilidad de trabajar, sin vestimentas ni lecho, ni tienda ni forma de protegerme?

Y ahora tenía todas aquellas cosas en cantidad suficiente y estaba en condiciones de abastecerme para poder vivir, aun en caso de que se me acabaran las armas y municiones.

En efecto, desde un principio había previsto la posibilidad de un accidente o de futuras dificultades, y de cómo abastecerme en ese caso: no sólo si llegaran a faltarme municiones, sino también en la eventualidad de que decayesen mis fuerzas o mi salud.

Confieso que nunca había pensado en la posibilidad de que mis municiones pudiesen ser destruidas de un golpe. Es decir, que mi pólvora se encendiera con un rayo, y por esa razón me sentí tan profundamente turbado cuando aquel relámpago y aquel trueno me indujeron a pensarlo.

Y ahora que estoy a punto de acceder al relato melancólico de una vida silenciosa, de una vida de la cual acaso nunca se oyó hablar en este mundo, comenzaré desde el principio para seguir la narración en su orden. Sería el 30 de septiembre, según mis cálculos, el día en que, tal como he referido antes, puse por primera vez mis pies en esta odiosa isla. Y en esa época del año, el sol, que en nuestra tierra encuentra el equinoccio en otoño, aquí se hallaba perpendicular a mi cabeza, porque, según mis observaciones, me encontraba a nueve grados, veintidós minutos de latitud norte.

Al cabo de diez o doce días me di cuenta de que perdería mi noción del tiempo por falta de libros, pluma y tinta y que terminaría confundiendo los días laborables

con los sabáticos. Para evitarlo, clavé sobre la playa un gran poste al que di forma de cruz en el punto donde había tocado tierra por primera vez, y allí grabe con letras mayúsculas la siguiente inscripción: «Aquí llegué a tierra el día 30 de septiembre de 1659». Luego, todos los días hacía una incisión con el cuchillo en los costados de esta estaca cuadrada, y cada siete hendiduras hacía una que medía el doble que el resto, y marcaba los comienzos de mes con otras más largas aún: de este modo hice mi calendario, o sea, el cómputo de mi tiempo, en semanas, meses y años.

Corresponde observar ahora que entre las muchas cosas que rescaté de la nave en los distintos viajes que hice hasta ella, tal como he referido antes, traje numerosos artículos de menos valor —pero, en efecto, no menos útiles para mí—, que he omitido mencionar. En especial, plumas, tinta y papel, de los cuales había varios paquetes al cuidado del capitán, del primer oficial y del carpintero: tres o cuatro compases, algunos instrumentos matemáticos, cuadrantes, binóculos, cartas o libros de navegación, todo lo cual había amontonado sin orden, por si acaso alguna vez tenía necesidad de ello.

También encontré tres Biblias en óptimas condiciones, que formaban parte del cargamento que me habían enviado de Inglaterra, y que había empaquetado junto con otras cosas: asimismo, algunos libros portugueses, entre ellos dos o tres devocionarios papistas^[26], y otros muchos volúmenes que conserve con todo cuidado. Y no debo olvidar que en el barco teníamos un perro y dos gatos, de cuya eminente historia me ocuparé eventualmente en su momento, ya que me llevé los dos gatos: y en cuanto al perro, saltó del barco por su cuenta y nadó hasta la costa para reencontrarme en tierra al día siguiente de mi desembarco con el primer cargamento. A partir de entonces, durante muchos años fue mi fiel servidor. Todas las cosas que quería me las traía y me hacía compañía: sólo deseaba que pudiese hablarme, pero eso no era posible. Como ya he dicho, encontré pluma, tinta y papel, que utilicé con máxima prudencia, y puedo comprobar que mientras duró la tinta, apunté las cosas con bastante exactitud: pero cuando se terminó no pude continuar, porque no logré encontrar ningún medio para fabricarla.

Esto me hizo advertir que, a pesar de todo lo que había podido reunir, me faltaban aún muchas otras cosas: además de la tinta, necesitaba una pala, un pico y una horquilla para transportar y remover la tierra: agujas, alfileres e hilo. En cuanto a mi ropa blanca, muy pronto aprendí a prescindir de ella sin dificultad.

La falta de herramientas volvía lento y fatigoso cualquier trabajo y me llevó casi un año completar la empalizada o recinto de mi habitación. Los postes o estacas, que tenían el peso que era capaz de levantar, me obligaron a invertir largo tiempo en los bosques, para cortar y preparar la madera y más aún para transportarla a mi morada, hasta el punto de que a veces podía pasar dos días íntegros para cortar y transportar un solo tronco y un tercer día para clavarlo en la tierra. Para este último propósito utilicé en un principio un pesado trozo de leña, pero por fin pensé en emplear las barras de hierro; sin embargo, esto no me alivió la fatiga y el tedio del trabajo.



Pero ¿qué razón tenía para preocuparme por la monotonía de cualquier obligación que me impusiera, si tenía tiempo suficiente para llevarla a cabo? Tampoco me esperaban otras ocupaciones cuando concluyese ésta, al menos ninguna que yo pudiese prever, si no era la de recorrer la isla en busca de alimento, cosa que hacía casi todos los días.

Ahora comencé a considerar seriamente mi situación y las circunstancias a las que estaba reducido y tracé un esbozo de mis asuntos por escrito, no tanto para dejarlos a aquellos que acaso vinieran después de mí, ya que no creía en la posibilidad de tener herederos, sino para liberar mi espíritu de los pensamientos que lo acosaban diariamente. Y a medida que la razón comenzaba a dominar mi desaliento, empecé a consolarme como pude, y a hacer un balance entre lo bueno y lo malo, de modo que me permitiese deslindar mi suerte de otra peor. Y así, distinguí con absoluta imparcialidad, como si se tratase de un deudor y un acreedor, las comodidades de que disfrutaba de las penurias a las que estaba sometido, de esta forma:

MALO

He sido arrojado a una horrible isla desierta, sin esperanza alguna de salvación.

BUENO

Pero estoy vivo y no me he ahogado, como el resto de mis compañeros de viaje.

De algún modo, he sido descartado y separado del inundo entero, para llevar una vida miserable.

Estoy separado de la humanidad, completamente aislado, desterrado de la sociedad humana.

No tengo ropas para cubrirme.

No tengo defensa alguna ni medios para resistir el ataque de hombre o bestia.

No tengo un alma con quien hablar o que pueda consolarme.

Pero he sido elegido entre todos los tripulantes del barco para conservar la vida, y Aquel que milagrosamente ha perdonado mi vida, puede liberarme de esta situación.

Pero no me muero de hambre ni padezco en una tierra estéril que no proporcione sustento.

Pero estoy en un clima cálido, donde, aunque tuviera ropas, apenas podría usarlas.

Pero he sido arrojado a una isla, donde no veo animales feroces que puedan agredirme, como los que vi en la costa de África. ¿Qué hubiese ocurrido de naufragar allí?

Pero Dios, por un milagro, me ha enviado el barco cerca de la costa, para que pudiese sacar de él todo lo que requería para mi sustento y mis necesidades, o para capacitarme a fin de abastecerme mientras viva.

En conjunto, se trataba de un indudable testimonio, según el cual no había en el mundo situación más miserable que la mía, pero que había algo negativo y algo positivo que merecía mi agradecimiento. Y que sirva, pues, esta actitud como una lección extraída de la más desgraciada de todas las circunstancias humanas: que siempre podemos encontrar algo para consolarnos que, en el balance de lo bueno y de lo malo, puede colocarse en el cómputo del acreedor.

Habiendo, por tanto, confortado ligeramente mi espíritu, renunciando a observar constantemente el mar con la esperanza de descubrir alguna nave, comencé a ocuparme de mejorar mi forma de vida, tratando de facilitarme las cosas en la medida de lo posible.

Ya he descrito mi morada, que era una tienda al amparo de una roca circundada por una robusta empalizada, hecha de estacas y cabos, y que más precisamente podría denominarse muro, ya que en el exterior levanté una especie de pared de hierba de unos dos pies de espesor. Más tarde, tal vez al cabo de un año y medio más o menos, coloqué unas vigas que se apoyaban sobre las rocas y que cubrí de ramas de árboles y

de todo aquello que pudiera protegerme de las lluvias, que caían muy violentas en ciertas épocas del año.

Ya he relatado de qué modo llevé todos mis bienes al interior de este recinto y a la cueva que construí en la parte posterior de mi morada. Sin embargo, debo decir que al principio se trataba de un confuso amontonamiento de cosas desordenadas que me ocupaban todo el lugar y no me dejaban espacio para moverme. Me dediqué entonces a excavar en profundidad, porque la roca era arenosa y cedía fácilmente a mis esfuerzos. Cuando me sentí bastante seguro contra los animales de presa, comencé a excavar caminos laterales en la roca, hacia la derecha y luego nuevamente a la derecha, lo cual me permitió contar con un pasaje por el cual podía salir al exterior de mi empalizada o fortificación.

Esto no sólo me proporcionó una salida y una entrada, algo parecido a un camino por detrás, sino un espacio más amplio para mis efectos.

Entonces comencé a dedicarme a la fabricación de las cosas que consideraba más necesarias, particularmente una silla y una mesa. Sin ellas no me era posible disfrutar de las escasas comodidades que tenía en el mundo. No podía escribir, ni comer, ni hacer muchas otras cosas sin una mesa.

Así, me puse a trabajar. Debo observar aquí que, del mismo modo que la razón es la esencia y el origen de las matemáticas, si se formulan y se encuadran las cosas dentro de la razón y se las juzga racionalmente, todo hombre puede, con el tiempo, dominar cualquier arte mecánica. Nunca en mi vida había manejado una herramienta. Sin embargo, al cabo de un tiempo, con trabajo, aplicación e ingenio, llegué a la conclusión de que no había cosa que necesitara que no me fuese posible hacer, si contaba con unas herramientas. Sin embargo, hice muchas cosas sin disponer de instrumentos o sirviéndome sólo de una azuela y un hacha, que quizá nunca antes habían sido empleadas de esa forma; todo con infinito esfuerzo. Por ejemplo, si quería una tabla no tenía otro medio de hacerla que cortando un árbol, acostarlo de canto frente a mí y aplanarlo a golpes de hacha por ambas partes hasta obtener el grosor de una plancha, y luego pulirlo con la azuela. Es verdad que con este procedimiento no podía extraer más que una sola tabla de un árbol entero, pero en ese sentido, del mismo modo que en relación con el tiempo y el esfuerzo prodigioso que me exigía hacer una tabla o plancha, el único remedio que me quedaba era la paciencia. Pero mi tiempo y mi esfuerzo tenían poco valor, puesto que daba igual emplearlos de una u otra forma.

Sin embargo, como he dicho, comencé fabricándome una mesa y una silla, utilizando para ello los escasos trozos de madera que había llevado a tierra con la balsa. Pero más tarde, después de haber utilizado algunas tablas como he mencionado antes, hice unos estantes largos, de un pie y medio de ancho, que puse uno sobre otro a lo largo de la cueva. Allí ordené todas mis herramientas, clavos y hierros: en una palabra, coloqué cada cosa en su lugar, por separado, a fin de poder encontrarlas

fácilmente, y clave algunos ganchos en la pared de la roca para colgar las armas y todo aquello que pudiese colgar.

De ese modo, mi cueva, si alguien pudiese verla, parecía un almacén general de todas las cosas necesarias, y todo estaba tan a mano, que me causaba gran placer ver mis cosas tan ordenadas y especialmente comprobar que disponía de gran número de provisiones.

Fue entonces cuando comencé a llevar un diario de mi ocupación de cada día, pues, en rigor, al principio tenía demasiada prisa, no sólo en cuanto al trabajo, sino también la mente confusa, de tal forma que mi diario se hubiese llenado de cosas sumamente lúgubres. Por ejemplo, hubiese escrito cosas así: «*Septiembre 30*. Después de alcanzar la costa y de haberme salvado de morir ahogado, en lugar de dar gracias a Dios por haberme librado de la muerte, habiendo vomitado todo el agua salada que me había entrado en el estómago y, una vez repuesto un poco, corrí por la playa retorciéndome las manos y golpeándome la cabeza y la frente, maldiciendo mi suerte y gritando: “¡Estoy perdido! ¡Estoy perdido!” hasta que extenuado y desvanecido me vi obligado a dejarme caer sobre la tierra para descansar, pero sin ceder al sueño por temor a ser devorado».

Unos días más tarde y después de haber estado a bordo de la nave, extrayendo de ella todo lo que podía, no pude dejar de subir a la cima de la pequeña montaña para observar el mar, con la esperanza de ver algún barco, y luego fantasear que a mucha distancia divisaba una vela, recreándome con el placer que aquella esperanza me proporcionaba, y mirar fijamente hasta quedarme casi ciego, perdiéndola de vista, para después sentarme en el suelo y llorar como un niño, acrecentando así mi desgracia con la locura.

Pero una vez obtenidas en alguna medida todas estas cosas, instalada mi habitación y mis enseres domésticos, terminados mesa y silla, y todas las cosas en forma tan agradable como pude, comencé a llevar mi diario, que aquí les transcribiré (aunque en él vuelvan a narrarse todos estos detalles nuevamente), y que duró hasta que se acabó la tinta, lo cual me obligó a interrumpirlo.

30 de septiembre de 1659. Yo, pobre miserable Robinson Crusoe, después de haber naufragado durante una terrible tempestad, llegué a esta desdichada isla, que llamé Isla de la Desesperación. Toda la tripulación pereció, y yo estaba más muerto que vivo.

Pasé el resto del día en medio de la más profunda desolación, a causa de las trágicas circunstancias a las que me veía reducido. A saber: no tenía alimentos, ni casa, ni ropas, ni armas, ni sitio donde refugiarme y, careciendo de todo alivio, no veía otra perspectiva que morir devorado por los animales feroces, aniquilado por los salvajes o asediado por el hambre. Al llegar la noche, me subí a un árbol para protegerme de las fieras y dormí profundamente, aunque llovió toda la noche.

1 de octubre. Por la mañana, con gran sorpresa, advertí que la marea había hecho reflotar el barco, arrojándolo mucho más cerca de la costa. Por un lado, esta circunstancia representó un gran consuelo para mí, puesto que, al observar que estaba erguido y no hecho pedazos, pensé que cuando cesara el viento podría volver a bordo a buscar algunos alimentos y objetos que necesitaba. Por otro lado, este espectáculo renovó mi dolor por la pérdida de mis compañeros. Imaginé que, de habernos quedado a bordo, hubiésemos salvado el barco o, al menos, algunos hubiesen salvado la vida y quizá, de ese modo, con los restos del barco habríamos podido construir un bote que nos llevara a cualquier otro sitio del mundo. Pasé gran parte del día atormentado por estas penosas reflexiones. Finalmente, viendo que el barco estaba casi sobre seco, me acerqué cuanto pude por la arena y luego nadé hasta él. La lluvia continuó todo el día, pero no había nada de viento.

Del 1 al 24 de octubre. Pasé todos estos días haciendo numerosos viajes al barco, para sacar de él todo cuanto pude traer a tierra en las balsas, aprovechando las mareas. Durante estos días también llovió copiosamente, aunque con algunos intervalos de buen tiempo: sin embargo, al parecer, era la estación de las lluvias.

20 de octubre. Mi balsa volcó con toda su carga, pero, como el agua no era muy profunda y las cosas que había puesto sobre ella eran en su mayor parte pesadas, pude recuperar casi todas cuando se retiró la marea.

25 de octubre. Llovió todo el día y la noche y hubo algunas rachas de viento. Durante ese lapso, el viento sopló con mayor violencia y el barco se hizo trizas, y desapareció. Apenas pude encontrar algunos restos con la bajamar. Empleé este día

en cubrir y asegurar los efectos que había podido rescatar, para que el agua no los echara a perder.

26 de octubre. Estuve paseándome por la costa casi todo el día, buscando un sitio para instalar mi morada, muy preocupado por ponerme a salvo de un posible ataque nocturno de las fieras o de los salvajes. Hacia la noche me establecí en un sitio adecuado al pie de una roca y tracé un semicírculo para mi campamento, que resolví fortificar con una doble empalizada, hecha de estacas sujetas con cables y reforzadas en su exterior con tierra.

Del 26 al 30. Trabajé duramente transportando todos mis efectos a la nueva morada, aunque llovió durante mucho tiempo.

El 31 por la mañana salí con la escopeta para buscar alimento y explorar la isla. Maté una cabra cuya cría me siguió hasta mi morada, pero debí sacrificarla porque se negaba a comer.

1 de noviembre. Instalé mi tienda al pie de una roca y permanecí allí toda la noche. La hice tan espaciosa como pude, con las estacas que había llevado, para colgar de ellas mi hamaca.

2 de noviembre. Con las cajas y tablas y trozos de madera con que había construido las balsas hice una muralla a mi alrededor, dentro del semicírculo que había trazado para mi fortaleza.

3 de noviembre. Salí con la escopeta y maté dos aves semejantes a patos, que resultaron excelentes para comer. Por la tarde, comencé a hacer una mesa.

4 de noviembre. Esta mañana empecé a ordenar mis horas de trabajo y de salida, mi tiempo de reposo y de recreación. Todas las mañanas, si no llovía, salía de caza dos o tres horas; luego me dedicaba a trabajar hasta alrededor de las once, después comía lo que tuviese y desde las doce a las dos descansaba, ya que para entonces el calor era excesivo, y por la tarde trabajaba nuevamente. Las horas de trabajo de este día y del siguiente las empleé íntegramente en hacer la mesa, porque aún era yo un triste trabajador, aunque el tiempo y la necesidad hicieron de mí, en breve, un excelente artesano, como creo le hubiese ocurrido a cualquier otro en mi lugar.

5 de noviembre. Salí con mi escopeta y mi perro y cacé un pato salvaje: tenía piel muy suave pero su carne no servía para nada. Desollaba todos los animales que mataba y conservaba su piel. Al regresar por la playa, vi muchas especies de aves acuáticas que desconocía, pero quedé sorprendido y casi asustado por la presencia de

dos o tres focas^[27]. Mientras las observaba sin saber qué clase de animales eran, se echaron al mar y escaparon.

6 de noviembre. Después de mi caminata de la mañana, seguí trabajando en mi mesa y la concluí, aunque no a mi satisfacción. Muy pronto aprendí a arreglarla.

7 de noviembre. El tiempo comenzó a mejorar. Los días 7, 8, 9, 10 y parte del 12 (puesto que el 11 era domingo) los empleé en hacer una silla, y con dificultad logré darle una forma pasable, aunque no satisfactoria, pese a que la había deshecho varias veces. *Nota:* Pronto descuidé la observancia de los domingos, porque, al no haber hecho una raya en el poste que los indicara, olvidé cuándo caía ese día.

13 de noviembre. Llovió. Esto enfrió la tierra y me refrescó mucho, pero la lluvia vino acompañada de terribles truenos y relámpagos que me hicieron temer por la pólvora. Apenas terminó el temporal resolví separar mi provisión de pólvora en tantos pequeños paquetes como fuese posible, a fin de que no corriesen peligro.

14, 15, 16 de noviembre. Dedicué estos tres días a hacer pequeñas cajas o cofres cuadrados que pudieran contener una o dos libras de pólvora como máximo, y las coloqué en sitios seguros tan distantes entre sí como fue posible. Uno de esos días maté un gran pájaro cuya carne resultó buena para comer, pero cuyo nombre desconocía.

17 de noviembre. Comencé a cavar en la roca detrás de la tienda a fin de hacer más espacio.



Nota: Para este trabajo me faltaban tres cosas indispensables: un pico, una pala, una carretilla o un cesto. Debí suspender el trabajo para reflexionar sobre la forma de suplir esta falta y fabricar algunas herramientas. Utilicé las barras de hierro como pico: sirvieron bastante bien, aunque eran más pesadas. Pero necesitaba una pala u horca. Esto era absolutamente indispensable, ya que nada podía hacer sin ella; pero no sabía cómo reemplazarla.

18 de noviembre. Al día siguiente, explorando los bosques, encontré un árbol cuya madera, si no era la que en Brasil llaman árbol de hierro por su excesiva dureza, al menos resultaba muy semejante. Logré cortar un trozo del mismo, a costa de mucho esfuerzo y de estropear mi hacha, y lo llevé hasta mi refugio con grandes dificultades, pues era muy pesado.

La excesiva dureza de la madera y la falta de instrumentos me obligaron a invertir mucho tiempo en trabajarla, cosa que hice poco a poco, dándole forma de pala o azada. El mango era igual al que se usa en Inglaterra, sólo que al no tener cubierta de hierro la parte más ancha no duraría mucho. Sin embargo, servía para el uso que le di, cuando tuve ocasión de emplearla. Nunca, creo yo, se había hecho una pala de esta forma ni se había tardado tanto en su fabricación.

Mis deficiencias no concluían ahí. Necesitaba un cesto o una carretilla. No podía hacer en modo alguno un cesto sin mimbre o algo que tuviese la flexibilidad suficiente para la cestería, y aún no había encontrado nada que sirviese. En cuanto a

la carretilla, imaginé que podría fabricar todo menos la rueda. No tenía la menor noción de cómo hacerla ni de cómo comenzarla siquiera. Además, carecía de medios para hacer la barra que debía atravesar el eje o centro de la rueda, de forma que renuncié a ello, y, para transportar la tierra que sacaba de la cueva, hice algo parecido a una artesa, como la que usan los albañiles para transportar la argamasa.

La fabricación de este último utensilio no me presentó menos dificultad que el hacer la pala; en todo caso, entre uno y otro, más el vano intento de construir una carretilla, me ocuparon no menos de cuatro días, exceptuando por supuesto el paseo que daba por la mañana con mi escopeta, cosa que rara vez dejé de hacer, así como también rara vez dejé de traer algo para comer.

23 de noviembre. Había suspendido mi otro trabajo para fabricar estas herramientas y volví a emprenderlo cuando las terminé. Todos los días trabajaba en la medida de mis fuerzas y de mi tiempo, empleando dieciocho días completos para ampliar y profundizar la cueva, de modo que pudiese alojar mis efectos cómodamente.

Nota: Durante todo este período, trabajé a fin de convertir la cueva en un sitio lo suficientemente amplio como para que sirviera de depósito o almacén, de cocina, comedor y bodega. En cuanto a mi habitación, conservaba la tienda, salvo en días lluviosos, durante la estación húmeda, que no me permitían mantenerme seco y que me obligaban a cubrir toda la superficie del recinto con largos palos, colocados a modo de traviesas y apoyados contra la roca, sobre los cuales disponía unos juncos y anchas hojas de árboles, formando una especie de tejado.

10 de diciembre. Creía ya concluida mi cueva o bodega cuando súbitamente (parece que la había hecho demasiado grande) se produjo un gran desmoronamiento de tierra que cayó sobre un costado. Me sentí sobrecogido y no sin razón, porque, si me hubiese encontrado debajo en ese momento, no hubiese necesitado enterrador. Me costó mucho reparar este desastre, porque tuve que quitar la tierra que se había desprendido y, algo más importante aún, apuntalar la cueva para evitar otro desmoronamiento.

11 de diciembre. En vista de lo sucedido, me puse a trabajar y coloqué dos puntales o estacas contra el techo de la cueva, con dos tablas cruzadas sobre cada uno. Terminé este trabajo al día siguiente: luego agregué más puntales y tablas y, al cabo de una semana, tuve la bóveda asegurada. Como estos postes estaban colocados en hileras, me sirvieron para dividir mi morada en distintas estancias.

17 de diciembre. Desde este día hasta el 20 coloqué anaqueles y clavos en las estacas para colgar de allí todo lo que pudiese, y entonces comencé a poner cierto orden en la habitación.

20 de diciembre. Llevé todos mis efectos a la cueva y comencé a amueblar mi casa. Con dos trozos de tabla hice una especie de aparador de cocina, donde puse mis provisiones. Las tablas comenzaron a escasear: sin embargo, hice otra mesa.

24 de diciembre. Llovió copiosamente toda la noche y todo el día. No salí.

25 de diciembre. Llovió todo el día.

26 de diciembre. Sin lluvia: la tierra está más fresca y el tiempo más agradable.

27 de diciembre. Maté una cabra joven y herí otra, que pude acarrear con una cuerda. En casa, amarré y entablillé su pata rota. *Nota:* Le proporcioné tantos cuidados, que sobrevivió. Su pata sanó y se la veía tan saludable como nunca. Al haberla atendido tanto tiempo se domesticó y se alimentaba del césped que crecía junto a la entrada. No se escapó: fue la primera vez que pensé en criar algunos animales para domesticarlos, a fin de tener con qué alimentarme cuando se acabaran la pólvora y las municiones.

28, 29 y 30 de diciembre. Grandes calores y nada de brisa. Por tanto, no salía sino al anochecer para ir en busca de alimento. Me dediqué a poner orden en el interior de mi morada.

1 de enero. El calor excesivo persistía, de modo que salí muy temprano por la mañana y luego por la tarde. Descansé en medio del día. Aquella tarde avancé en dirección a los valles centrales de la isla y encontré muchas cabras, pero muy ariscas, de modo que resultaba difícil acercarse a ellas. No obstante, resolví volver con el perro para darles caza.

2 de enero. En efecto, al día siguiente salí con el perro y lo incité hacia las cabras. Pero fue un error, porque éstas se le enfrentaban y el perro, sabiéndose en peligro, no quería aproximarse a ellas.

3 de enero. Comencé a construir la muralla o pared. Aún me sentía intranquilo con respecto a posibles ataques, de modo que decidí hacerla muy gruesa y fuerte.

Nota: Como ya he hecho la descripción de este muro, omito deliberadamente en el diario lo que ya he dicho. Baste señalar que la construcción, el acabado y perfeccionamiento del muro, me llevaron por lo menos desde el 3 de enero al 14 de abril, aunque no tenía más de veinticuatro yardas de largo y era un semicírculo que iba desde un punto a otro de la roca, entre los que había una distancia de unas ocho yardas, con la puerta de la cueva en el centro.

Durante este lapso trabajé duramente, pese a que las lluvias me estorbaron muchos días o, mejor, semanas enteras a veces. Pero pensé que no estaría totalmente defendido hasta que hubiese concluido el muro. Apenas resulta verosímil el increíble esfuerzo que me costó hacer todo esto, especialmente transportar las maderas de los bosques y clavarlas en la tierra, porque las hice más grandes de lo necesario.

Cuando este muro estuvo terminado, y el exterior defendido con una doble muralla y un declive de tierra que se elevaba junto a él, me convencí de que, si alguien llegaba a estas tierras, no descubriría nada que pudiese parecerse a una morada. E hice muy bien, como podrá observarse más adelante en una circunstancia muy notable.

Durante este período, todos los días iba a cazar a los bosques cuando la lluvia no me lo impedía, y en estas caminatas hice varios descubrimientos que me fueron ventajosos. Particularmente, encontré una especie de paloma salvaje que no anidaba en los árboles como las torcaces, sino en las cavidades de las rocas como las palomas domésticas. Cogí algunos pichones y traté de amansarlos, lo cual logré hacer, pero cuando crecieron se echaron a volar quizá por falta de comida, pues no tenía con qué alimentarlos. Sin embargo, con frecuencia encontré sus nidos y cogí los pichones, pues tenían muy buena carne.

Mientras arreglaba mis asuntos domésticos, advertí que necesitaba muchas cosas cuya fabricación, al principio, me pareció imposible llevar a cabo, como en verdad ocurrió con algunas. Por ejemplo, nunca logré hacer un tonel con argollas. Como ya he dicho antes, tenía uno o dos barriles, pero nunca llegué a fabricar uno, aunque empleé varias semanas intentándolo. No conseguía colocar los fondos ni unir las duelas de modo que el agua no se saliese, razón por la cual renuncié a ello.

Además, sufría de una gran falta de luz. Por lo cual, tan pronto como anochecía —generalmente alrededor de las siete— me veía en la obligación de acostarme. Recordaba aquel trozo de cera con el que había hecho unas velas en mi aventura africana: pero ahora no tenía nada parecido. El único recurso que me quedaba era conservar el sebo de las cabras cuando mataba alguna, y hacerme una lámpara con un pequeño plato de arcilla, que cociné al sol, y al que agregué una mecha de estopa. Esto me proporcionaba luz, aunque no tan clara y constante como la de una vela. En medio de todas mis tareas, en una ocasión, registrando mis cosas, encontré un pequeño saco que, como he insinuado anteriormente, contenía grano para alimentar a los pollos, no del último viaje, sino del anterior; creo que fue cuando el barco vino de Lisboa. Lo poco que quedaba del grano había sido devorado por las ratas, y no encontré en él más que cáscaras y polvo. Como deseaba dar otro destino al saco —si no me equivoco usarlo para poner en él la pólvora, cuando la dividí en paquetes por temor a los rayos, o para algún otro fin—, sacudí las cáscaras de grano debajo de una roca, en uno de los costados de la fortificación.

Fue poco antes de las grandes lluvias, a las que acabo de aludir, cuando vacié el contenido del saco sin advertir nada ni recordar que había arrojado algo allí. Cuando,

al cabo de un mes más o menos, vi que asomaban largos tallos verdes de la tierra, pensé que se trataba de alguna planta que no había visto, pero cuál sería mi sorpresa y mi absoluto asombro cuando, poco tiempo después, vi salir alrededor de diez o doce espigas del mismo tipo de nuestra cebada europea, más aún, de la propia Inglaterra^[28].

Es imposible expresar mi asombro y la confusión de mis pensamientos en esa circunstancia. Hasta entonces, mis actos carecían totalmente de fundamentos religiosos; en verdad, tenía pocas nociones religiosas en la cabeza y había atribuido todo lo que me había sucedido al azar o, como suele decirse con ligereza, a la voluntad de Dios, sin tratar de indagar en la intervención de la providencia en esos casos, o en su orden para gobernar los acontecimientos de este mundo. Pero cuando vi crecer aquella cebada, en un clima que yo sabía inadecuado para los cereales, sin sospechar cómo había llegado hasta allí, me sentí extrañamente maravillado y comencé a pensar que Dios había dado lugar al origen milagroso de aquel cereal, que crecía sin la ayuda de la semilla, únicamente para contribuir a mi sustento en ese miserable desierto.

Esto me llegó al corazón e hizo saltar lágrimas a mis ojos. Comencé entonces a felicitarme por el prodigio que se había operado en mi favor. Pero más asombroso fue cuando advertí que, cerca de la cebada, a lo largo de la roca, había unos tallos desparramados, que parecían tallos de arroz, y que reconocí por haberlos visto cuando estuve en las costas de África.



No sólo pensé que eran producto de la providencia, sino que no dudé en que encontraría más en otros sitios y recorrí la parte de la isla donde había estado antes, atisbando en todos los rincones y debajo de cada roca, con la esperanza de encontrar

más plantas de aquéllas: pero fue en vano. Por último se me ocurrió pensar que en aquel sitio había sacudido el saco que contenía el alimento de los pollos, y el milagro comenzó a disiparse y también, debo confesarlo, mi agradecimiento religioso a la providencia de Dios sufrió alguna merma, al descubrir que todo aquello no era sino un acontecimiento natural. Sin embargo, se trataba de una providencia tan extraña e inesperada, que merecía mi agradecimiento, tanto como si se hubiese tratado de un milagro. En efecto, era realmente obra de la providencia el haber dispuesto o permitido que aquellos diez o doce granos permanecieran intactos (cuando las ratas habían destruido todo lo demás) como si hubiesen caído del cielo. También, el que yo los hubiese arrojado precisamente en aquel sitio donde, bajo la sombra de una alta roca, lograron germinar con tal rapidez, mientras que, si hubiesen caído en cualquier otro sitio, se habrían quemado o deteriorado con el sol.

Como se puede suponer, tuve el cuidado de recoger las espigas del cereal en la estación adecuada, que era alrededor de finales de junio, y conservé todo el grano a fin de cosecharlo nuevamente, con la esperanza de que, con el tiempo, recogería una cantidad suficiente para abastecerme de pan. Debieron pasar cuatro años antes de que pudiera comer algún grano de este cereal y, aun así, escasamente, como relataré más tarde, porque perdí mi primera cosecha por no observar el tiempo adecuado y sembrar precisamente antes de la estación seca, de modo que no llegó a crecer, al menos no como lo hubiese hecho de haberlo sembrado en el momento propicio.

Además de la cebada había, según he dicho, veinte o treinta espigas de arroz que conservé con igual cuidado y cuyo fin era el mismo o servía a igual propósito: es decir, hacer pan u otra clase de alimento, ya que encontré formas de cocinarlo sin necesidad de horno: aunque más tarde construí uno. Pero volvamos a mi diario.

Trabajé con suma dureza por espacio de tres o cuatro meses para erigir el muro que cerré el 14 de abril, ingeniándomelas para entrar en el recinto, no ya por una puerta, sino usando una escalera de mano que me permitía pasar por encima del muro, a fin de que nadie pudiese advertir rastros de mi morada desde el exterior.

16 de abril. Concluí la escalera mediante la cual pasaba por encima del muro, retirándola luego para colocarla en el interior. Mi albergue parecía estar completo, ya que en el interior tenía espacio suficiente, y nadie podía penetrar en él desde fuera, a menos que atravesase mi muralla.

Al día siguiente de concluir el muro, faltó poco para ver destruidos todos mis esfuerzos de un golpe y estuve a punto de perder la vida. El caso fue el siguiente: trabajaba detrás de la tienda, justamente a la entrada de la cueva, cuando me sobrecogí de espanto a causa de algo verdaderamente aterrador. De pronto, la tierra del techo de la cueva y del flanco de la montaña que tenía sobre mi cabeza se desplomó, y dos de los pilares que había asegurado dentro de la cueva crujieron de manera estremecedora. Sentí un pánico terrible, al no conocer la verdadera causa del desastre y al pensar que se trataba de un desprendimiento de la bóveda de mi cueva,

como había ocurrido antes. Temiendo quedar sepultado allí, corrí a la escalera y, no considerándome seguro aún, pasé por encima del muro por miedo a que los trozos que se desprendían de la montaña me arrollasen. Apenas pisé terreno firme, advertí claramente que se trataba de un horrible terremoto, porque tres veces tembló la tierra que se hallaba bajo mis pies, en intervalos de ocho minutos, con tan violentas sacudidas, que ni las más sólidas construcciones hubiesen resistido, y un gran trozo de la cima de la roca próxima al mar, que se encontraba a media milla de donde yo estaba, cayó con un estrépito que nunca antes había oído en mi vida. Observé entonces que también el mar se agitaba violentamente. Pienso que las sacudidas eran aún más fuertes debajo del agua que en la isla.

Como nunca había experimentado nada así, ni oído hablar de algo semejante, estaba tan sobrecogido, que me encontraba como muerto o estupefacto y las convulsiones de la tierra me provocaban náuseas, como alguien que se marea en el mar. Pero el estrépito de la caída de la roca, por así decirlo, me despertó, volviéndome de mi estupor. No pensaba más que en los desprendimientos de la montaña que se desplomarían sobre mi tienda y sobre mis efectos, sepultando todo en un momento, y esta idea volvió a sumergir mi espíritu en el mayor espanto.

Después de la tercera sacudida hubo una tregua y comencé a recobrar coraje. Sin embargo, no tenía valor suficiente para volver a atravesar la muralla, por temor a ser sepultado vivo. Me quedé, pues, inmóvil, sentado sobre la tierra, profundamente abatido y desolado y sin saber qué hacer. Durante todo este tiempo no tuve el menor pensamiento religioso, nada que no fuese la usual invocación: *Dios, ten piedad de mí*, súplica que también olvidé al concluir el peligro.

Mientras estaba en esta posición, advertí que el cielo se oscurecía y se nublaba como si fuese a llover. Más tarde, poco a poco, comenzó a levantarse viento y en media hora soplaba en la forma del más espantoso huracán. Súbitamente, el mar se cubrió de espuma, las olas inundaron la playa y los árboles eran arrancados de raíz. Era una tormenta atroz que duró cerca de tres horas, al cabo de las cuales comenzó a apaciguarse. Y tras dos horas más, todo quedó en calma y comenzó a llover copiosamente.

Todo este tiempo permanecí sentado sobre la tierra, muy aterrorizado y afligido, cuando de pronto se me ocurrió pensar que los vientos y la lluvia eran las consecuencias del terremoto, que ya había pasado, de modo que podía aventurarme nuevamente dentro de mi cueva. Estos pensamientos reanimaron mi espíritu y la lluvia terminó de persuadirme. Entré y me senté dentro de la tienda, pero la lluvia era tan violenta que corría el riesgo de sucumbir junto con ella, así que tuve que refugiarme en la cueva, aunque muy asustado e inquieto, temiendo que se desmoronara sobre mí.

Esta violenta lluvia me obligó a realizar un nuevo trabajo: abrir un canal a través de la fortificación a modo de sumidero, a fin de dar salida a las aguas, que, de otro modo, inundarían la cueva. Después de haber permanecido dentro de la cueva sin

advertir nuevos temblores, comencé a recobrar la calma, y para asistir a mi espíritu —que se encontraba muy necesitado—, acudí a mi pequeño almacén para beber algo de la reserva de ron, cosa que hacía muy de vez en cuando, sabiendo que cuando se acabara no tendría posibilidad de reponerlo.

Toda la noche y gran parte del día siguiente continuó lloviendo, de modo que no me fue posible salir al exterior, pero ya estaba más tranquilo y comencé a pensar en qué era lo más conveniente hacer. Llegué a la conclusión de que, si la isla estaba sometida a estos terremotos, no debía quedarme en la cueva, sino que debía considerar la construcción de una pequeña choza en un sitio descubierto, que podría rodear de un muro, como el que había edificado, y asegurarme así contra los animales feroces y los hombres. Porque, según deduje, si permanecía donde estaba, con certeza, en un momento u otro, quedaría enterrado vivo.

Con estos pensamientos resolví alejar mi tienda de aquel sitio, que se encontraba precisamente bajo el peñasco colgante de la montaña, y que con otra sacudida caería seguramente sobre mi tienda. Empleé los dos días siguientes, que eran el 19 y el 20 de abril, en calcular dónde y cómo trasladaría mi vivienda.

El temor de quedar enterrado vivo me impedía dormir tranquilo y era tan grande como el miedo que me provocaba dormir fuera sin protección alguna. Y cuando miraba en derredor y veía cuánto orden había allí y cuán cómodo y al abrigo de cualquier peligro me encontraba, sentía un gran desagrado ante la idea de mudarme.

Mientras tanto, pensé que me exigiría mucho tiempo hacerlo, y que debía resignarme a correr el riesgo de quedarme donde estaba, hasta que hiciese un campamento lo suficientemente seguro como para hacer el traslado. Con esta resolución me tranquilicé por un tiempo y resolví ponerme a trabajar a toda prisa en la construcción de un muro con pilotes y cables, como el que había hecho la primera vez, formando un círculo dentro del cual armaría mi tienda, cuando estuviese terminado. Sin embargo, pese al riesgo, me quedaría donde estaba, hasta que terminase y pudiera mudarme. Esto ocurrió el 21.

22 de abril. Al día siguiente comencé a reflexionar en los medios de ejecutar esta resolución, pero carecía de las herramientas necesarias. Tenía tres grandes hachas y una multitud de pequeñas (llevábamos hachas para nuestro tráfico con los indios^[29]), pero, a fuerza de cortar y tallar maderas duras y nudosas, se habían mellado y estaban desafiladas. Es verdad que tenía una piedra de afilar, pero no sabía cómo hacerla girar al mismo tiempo que manipulaba las herramientas. Esta dificultad me costó tanta reflexión como la que un hombre de Estado puede destinar a un punto esencial de la política, o un juez a una cuestión de vida o muerte. Por fin, imaginé una rueda con una cuerda, que podría mover con el pie y que me dejaría ambas manos en libertad.

Nota: Nunca había visto nada semejante en Inglaterra, ni había visto cómo se hacía, pese a que, según he observado luego, es algo muy común allí; además, la

piedra de afilar era muy grande y pesada. El perfeccionamiento de este mecanismo me llevó una semana entera de labor.

28, 29 de abril. Estos dos días afilé mis herramientas; el mecanismo para hacer girar la piedra de afilar funcionaba perfectamente.

30 de abril. Al registrar mi provisión de pan advertí que había disminuido considerablemente, por lo cual me limité a una galleta por día, cosa que me provocó mucho pesar.

1 de mayo. Por la mañana, al mirar la playa con la bajamar, vi algo sobre la arena que tenía grandes proporciones y que parecía un tonel. Cuando me acerqué, supe que se trataba de un pequeño barril y de dos o tres restos de un naufragio, que habían sido arrojados allí por el último huracán. Y al dirigir mi mirada hacia el casco de la embarcación, me pareció que sobresalía de la superficie del agua algo más que de costumbre. Examiné el barril que había sido arrastrado hasta la playa y pronto supe que contenía pólvora, pero que había absorbido tanta agua que estaba apelmazada y dura como una piedra. No obstante, hice rodar el barril por la playa y me aproximé por la arena a la malograda embarcación para observarla mejor.

Cuando llegué a ella encontré que su posición había cambiado de forma extraña. El castillo de proa, antes enterrado en la arena, se había elevado más de seis pies, y la popa, hecha pedazos y separada del resto del casco por la acción del mar poco después de que yo comenzara mi exploración, estaba inclinada, por así decirlo, sobre un costado. La arena se había amontonado a tan grande altura junto a la popa, que, aunque no me podía acercar al barco sin nadar un cuarto de milla, podía caminar hasta él cuando bajara la marea.

Aquello, al principio me sorprendió, pero enseguida comprendí que la causa era el terremoto y que la violencia del mar lo había destrozado y fragmentado más de lo que estaba, de modo que todos los días llegaban hasta la costa las cosas que el mar iba arrastrando y que los vientos y el agua lanzaban gradualmente a tierra.

Este suceso me distrajo totalmente del proyecto de mudar mi morada. Mi ocupación fundamental aquel día fue buscar un medio para alcanzar el barco, pero comprendí que no podía abrigar la esperanza de lograrlo porque su interior estaba obturado por la arena. Sin embargo, como había aprendido a no desesperar por nada, decidí arrancar todos los trozos de embarcación que pudiese, sabiendo que cuanto obtuviera me sería de alguna utilidad.

3 de mayo. Comencé a serrar un tablón que sostenía, según supuse, la parte superior de la cubierta de popa. Cuando terminé, quité toda la arena que pude para dejar libre la parte más elevada, pero la marea me obligó a renunciar por esta vez.

4 de mayo. Salí a pescar, pero no pude coger ningún pez que me atreviese a comer: aburrido de este deporte, cuando me disponía a abandonarlo, atrapé un pequeño delfín. Sin embargo, a menudo lograba sacar suficientes peces como para saciarme, que ponía al sol y que comía cuando se secaban.



5 de mayo. Trabajé en los restos del barco, corté otro tablón y extraje tres grandes planchas de pino del puente; las amarré y las hice flotar hacia la costa con la ayuda de la marea.

6 de mayo. Trabajé en los restos del naufragio. Encontré numerosos tornillos y otras piezas de hierro: trabajé con ahínco y volví a casa muy fatigado y con ganas de renunciar a esta tarea.

7 de mayo. Volví a la embarcación pero sin propósito de trabajar. Encontré que el casco se había roto por su propio peso y, por haberle cortado los tablones, que había numerosos trozos sueltos y que la cala estaba tan al descubierto, que se podía ver el interior lleno de agua y arena.

8 de mayo. Fui a la embarcación y llevé una barra de hierro con el propósito de desencajar el puente, desembarazado ya de agua y arena. Arranqué dos planchas y las conduje a la costa con la marea. Dejé allí la barra de hierro para el día siguiente.

9 de mayo. Fui a la embarcación y con la barra perforé el casco del barco: palpe numerosos toneles y los removí, pero sin romperlos. También advertí un rollo de plomo de Inglaterra y logré levantarlo, pero era demasiado pesado para transportar.

10, 11, 12, 13, 14 de mayo. Fui todos los días al barco y extraje gran número de piezas de madera, planchas o tablas y doscientas o trescientas libras de hierro.

15 de mayo. Llevé dos pequeñas hachas para intentar cortar un trozo del rollo de plomo, aplicando el filo de una de ellas y golpeando con la otra, pero, como estaban bajo un pie y medio de agua, no pude golpear ni una sola vez.

16 de mayo. Durante la noche había soplado el viento con mucha fuerza y la embarcación parecía más destrozada por la acción del agua. Pero permanecí tanto tiempo en el bosque cazando palomas para comer, que la marea me impidió llegar a ella.

17 de mayo. Encontré algunos trozos del naufragio sobre la playa a gran distancia, a unas dos millas de donde estaba y resolví inspeccionar de qué se trataba. Observé que era una parte de la proa pero demasiado pesada para que pudiera llevármela.

24 de mayo. Todos los días hasta hoy trabajé en la embarcación y con gran esfuerzo desprendí algunas cosas con la barra de hierro. Con la primera marea vinieron flotando varios toneles y dos cofres de marino. Pero el viento soplaba desde la costa y no llegaron a tierra más que trozos de madera y un barril que contenía cerdo del Brasil, pero que el agua salada y la arena habían echado a perder.

Continué este trabajo hasta el 15 de junio, dejándome sólo el tiempo necesario para comer, cosa que hacía cuando subía la marea, a fin de estar preparado en el momento de la bajamar. Había reunido maderas, tablones y hierros suficientes para construir un buen barco, si hubiese sabido cómo hacerlo. Asimismo, al cabo de unos cuantos viajes tenía cerca de 100 libras en láminas de plomo, cortadas en varios trozos.

16 de junio. Al bajar a la playa encontré una gran tortuga. Era la primera que veía, lo cual se debía sólo a mi mala fortuna y no a un defecto del lugar ni a la escasez de estos animales, ya que, como pude comprobar más tarde, me hubiese bastado ir a la costa opuesta de la isla para encontrar centenares de ellas. Pero acaso me hubiesen costado demasiado caras.

17 de junio. Empleé el día en cocinar la tortuga. Dentro de ella encontré sesenta huevos y su carne me resultó lo más sabroso y agradable que había probado en mi vida, pues sólo había comido carne de cabra y aves desde que llegué a este horrible sitio.

18 de junio. Llovió todo el día y no salí. La lluvia me pareció fría y me había enfriado, cosa insólita en aquellas latitudes.

19 de junio. Estuve muy enfermo y tiritando como si hiciese mucho frío.

20 de junio. Durante la noche me fue imposible descansar. Fuertes dolores de cabeza y fiebre.

21 de junio. Me encontré muy mal, asustado de muerte viéndome en este lamentable estado, enfermo y sin ayuda. Por primera vez desde el temporal de Hull recé a Dios pero casi sin saber qué decía y por qué, tan confusos eran mis pensamientos.

22 de junio. Algo mejor, pero con grandes temores a la enfermedad.

23 de junio. Nuevamente muy mal, escalofríos y luego muy violenta jaqueca.

24 de junio. Mucho mejor.

25 de junio. Violenta fiebre que duró siete horas, con accesos de frío y calor seguidos por un sudor que me extenuaba.

26 de junio. Mejor. Como no tenía víveres, cogí la escopeta pero me sentí demasiado débil. Sin embargo, maté una cabra y con gran dificultad la traje a casa. Asé unos trozos y comí. Hubiese deseado hervirla para hacer caldo, pero no tenía olla.

27 de junio. Acceso de fiebre tan violento que permanecí todo el día en cama sin comer ni beber. Estaba dispuesto a morir de sed, porque me sentía tan débil que no tenía fuerzas para levantarme a buscar agua. Invoqué nuevamente a Dios: pero deliraba y, cuando no lo hacía, era tan ignorante que no sabía qué decirle. Sólo atiné a quedarme acostado y gritar:

—Señor, mírame, ten piedad de mí; Señor, concédeme tu misericordia.

Creo que no hice otra cosa por espacio de dos o tres horas, hasta que pasó el acceso y me dormí. Desperté a altas horas de la noche y me encontré bastante aliviado, aunque débil y muy sediento. Sin embargo, como no tenía agua en mi habitación, me vi obligado a aguardar hasta la mañana y volví a dormirme. Entonces tuve un sueño espantoso.

Creí estar sentado sobre la tierra en la parte exterior de la muralla, en el mismo sitio donde permanecí durante la tormenta que siguió al terremoto, cuando vi descender a un hombre de una gran nube negra, en medio de un torbellino de luz y de

fuego. Esparcía en derredor un brillo deslumbrante como el de una llama que me impedía mirarlo. Su aspecto era tan espantoso que resulta imposible describirlo. Cuando puso los pies sobre la tierra me pareció sentir que ésta se estremecía, como antes con el terremoto, y el aire, según mi imaginación, parecía llenarse de rayos de fuego.

Tan pronto como bajó a tierra avanzó hacia mí para matarme con una larga lanza o arma que llevaba en la mano y, cuando llegó a un montículo de tierra, que se hallaba a corta distancia, me habló o yo escuché una voz tan terrible, que me causó indecible espanto. Todo lo que puedo decir es que esto fue lo que comprendí: «En vista de que todo lo que te ha ocurrido no ha suscitado tu arrepentimiento, morirás». Cuando terminó de pronunciar estas palabras me pareció ver que levantaba la lanza para matarme.



Nadie que lea este relato puede esperar que sea capaz de describir los padecimientos de mi alma ante semejante aparición, que me hacía sufrir aun en sueños. Tampoco es posible describir la impresión que quedó en mi espíritu, al despertar y comprender que se trataba solamente de un sueño.

Pero ¡ay de mí! Carecía de todo conocimiento religioso; las lecciones que había recibido de la buena instrucción de mi padre se habían agotado en ocho años

consecutivos de ininterrumpidos desarreglos, propios de la gente de mar, y la sola frecuentación de incrédulos y profanos en sumo grado, como yo mismo. No recuerdo haber tenido en todo ese tiempo un pensamiento que me elevara hacia Dios o me hiciera penetrar en mi alma para meditar acerca de mi conducta. Una cierta estupidez del alma, sin voluntad de bien ni conciencia del mal, me embargaba totalmente y yo era la criatura más empedernida, caprichosa y perversa entre todos los marinos, sin el menor sentimiento ni temor de Dios en el peligro ni gratitud en la salvación.

Esto se entenderá, con mayor facilidad cuando rememore la parte pasada de mi historia y agregue que, pese a la serie de desgracias que hasta este día me habían ocurrido, nunca había pensado que era la mano de Dios la que me golpeaba ni que era un justo castigo por mi pasado, por mi comportamiento rebelde contra mi padre o por mis actuales y tan enormes pecados, o por el curso general de mi vida depravada. Cuando me encontraba en aquella desesperada expedición en las desiertas costas de África no pensé ni por un instante en lo que habría de sucederme, ni deseé que Dios guiara mis pasos o me preservara de los peligros que, sin duda, me acechaban, como la voracidad de las fieras o los crueles salvajes. No tenía la menor idea de Dios o de la providencia y actuaba como una bestia, según mi naturaleza o los dictados del buen sentido, cosa esta última que en realidad utilizaba poco.

Cuando fui recogido en el mar y salvado por el capitán portugués, que me había tratado tan generosamente, empleando para conmigo tanta equidad y benevolencia, no había tenido el menor sentimiento de gratitud. Después de mi segundo naufragio, arrojado y a punto de ahogarme en aquella isla, estaba muy lejos de cualquier remordimiento o de considerar aquel suceso como un castigo y sólo me decía con frecuencia que era un perro desgraciado nacido para ser siempre miserable.

Es verdad que cuando me encontré por primera vez en tierra y supe que toda la tripulación se había ahogado y que yo era el único sobreviviente, caí en una especie de éxtasis o conmoción del alma que, asistida por la gracia de Dios, hubiese podido convertirse en sincero reconocimiento. Pero estos accesos cesaron apenas comenzaron, transformándose en un mero sentimiento de trivial alegría por haber salvado la vida, carente de la menor reflexión acerca de la bondad de la mano que me había preservado de la muerte, que aniquiló a todos los demás: tampoco me preguntaba por qué la providencia había sido misericordiosa conmigo. Se trataba de una alegría, parecida a la que experimentan comúnmente los marinos al llegar sanos y salvos a tierra, después de un naufragio, cuyo recuerdo ahogan en un jarro de ponche, olvidándolo apenas termina de ocurrir: y todo el resto de mi vida transcurría así.

Cuando con posterioridad, al meditar acerca de mi situación, comprendí que había sido arrojado en un sitio espantoso, fuera del alcance de la humanidad, sin esperanza de consuelo o perspectivas de redención, apenas entreví una posibilidad de sobrevivir y de no morir de hambre, todo el sentimiento de mi aflicción se desvaneció, comencé a tranquilizarme y me dediqué a las tareas que me imponían mi conservación y mi necesidad de sustento, sin afligirme por las circunstancias que no consideraba como

un castigo del cielo ni como producto de la mano de Dios. Eran éstos unos pensamientos a los que no estaba acostumbrado mi espíritu.

Al principio, la germinación del grano a la que hice referencia en mi diario había ejercido una pequeña influencia sobre mí y comenzó a afectarme seriamente por tanto tiempo, que creí ver algo milagroso en ello: pero apenas desapareció aquella idea, la impresión que había recibido se desvaneció con ella, como lo he señalado anteriormente.

Ocurrió lo mismo con el terremoto, aunque no hay nada más terrible en la naturaleza y que pueda revelar con mayor claridad ese poder invisible que gobierna todas las cosas. Apenas sobrepuesto al temor inicial, olvidé también inmediatamente la impresión que había provocado en mí. No tenía más conciencia de Dios y del peso de su voluntad, ni de su influencia en mi actual estado de aflicción, de la que hubiese poseído en la más próspera de las circunstancias de la vida.

Pero ahora que comenzaba a sentirme enfermo y lentamente aparecía ante mis ojos la imagen de una muerte miserable, cuando mis fuerzas empezaban a sucumbir bajo el peso de un poderoso desaliento, y la naturaleza se encontró exhausta por la violencia de la fiebre, la conciencia, tanto tiempo dormida, comenzó a despertar. Entonces volví sobre mi vida pasada, cuya increíble perversidad evidentemente había hecho que la justicia de Dios se descargase con inusitados golpes contra mí y me tratara de forma tan cruel.

Estos pensamientos me atormentaron durante el segundo y el tercer día de mi enfermedad, y en medio de la violencia de la liebre y de terribles remordimientos de conciencia, surgieron de mi algunas palabras, una especie de plegaria en la que invocaba a Dios, aunque no puedo decir que se trataba de una oración fundada en el deseo o la esperanza o si era sólo la expresión única del miedo y de la desolación.

La confusión de mis pensamientos, las recriminaciones despiadadas de mi conciencia y el horror de morir en aquel estado deplorable en medio de desdichadas aprensiones llenaron de brumas mi cabeza, y en esta inquietud de mi alma no sabía que palabras pronunciaba mi lengua, ya que eran más bien exclamaciones tales como: «Dios, ¿qué clase de miserable criatura soy? Si me enfermo, seguramente moriré por falta de ayuda. ¡Señor, que será de mí!». Luego las lágrimas anegaban mis ojos y pasaba largo rato sin poder decir nada más.

En este intervalo volvieron a mi recuerdo los buenos consejos de mi padre y su predicción, de la que he hablado al comienzo de esta historia: que, si daba aquel paso insensato. Dios me negaría su bendición y yo tendría mucho tiempo para reflexionar sobre las consecuencias de haber subestimado sus consejos, cuando nadie pudiese contribuir a mi salvación.

—Entonces —dije en alta voz— se han cumplido las palabras de mi querido padre: la justicia de Dios me ha alcanzado y no tengo a nadie que me ayude o me escuche. He desoído la voz de la providencia, que generosamente me había permitido ocupar una posición o rango de vida en el que podría haberme sentido dichoso y

cómodo. Pero no lo supe reconocer, así como tampoco aprendí de mis padres la felicidad que dicha condición de vida involucraba. Los dejé llorando mi locura y ahora soy yo quien lamenta sus consecuencias. Rechacé su ayuda y su apoyo, que me habrían permitido progresar en este mundo facilitándome todo. Y ahora las dificultades que debo enfrentar son demasiado graves hasta para la propia naturaleza del hombre, y carezco de asistencia, de ayuda, de consejo y alivio.

Y luego exclamé:

—¡Dios, ayúdame, pues estoy sumido en la más grande aflicción!

Esta fue la primera oración, si es que así puedo llamarla, que hice en muchos años. Pero vuelvo a mi diario.

28 de junio. Algo aliviado por el sueño, y superado el acceso, me levanté. Aunque mi miedo por el sueño que había tenido era muy intenso, pensé que el acceso de fiebre volvería nuevamente al día siguiente y que era el momento de procurarme algo refrescante que me ayudara cuando me sintiera enfermo. Lo primero que hice fue llenar una gran botella cuadrada con agua y colocarla sobre la mesa junto a la cama, y para quitarle la sensación escalofriante y de crudeza, le agregué cerca de un cuarto de pita de ron y la mezclé. Después asé un trozo de carne de cabra sobre los carbones, mas apenas pude probar bocado. Salí a dar un paseo pero me sentía muy débil y melancólico, tenía el corazón oprimido por el sentimiento de mi deplorable situación y temía el regreso de mi enfermedad al día siguiente. Por la noche hice la comida con tres huevos de tortuga, que cociné sobre las ascuas y que comí en su caparazón. Este fue el primer bocado de comida para el cual, según recuerdo, pedí la bendición de Dios en toda mi vida.

Después de comer intenté caminar, pero me sentí tan débil, que apenas podía llevar la escopeta (nunca salía sin ella), de modo que hice un breve recorrido y me senté sobre la arena mirando en dirección al mar, que se extendía en calma y suave ante mis ojos. Mientras allí estaba, me asaltaron algunos pensamientos.

¿Qué es esta tierra y este mar de los cuales he visto tanto? ¿Cómo se han producido? ¿Y qué soy yo y todos los demás seres, salvajes o domésticos, humanos o bestiales? ¿De dónde venimos?

Con seguridad todos somos el fruto de un secreto poder, que creó tierra y mar, aire y cielo. ¿Y quién es ese poder?

Luego inferí naturalmente que era Dios el que había creado todo aquello. Pues bien, entonces el razonamiento se complicaba, puesto que, si Dios había hecho todas aquellas cosas, también Él las guiaba y conducía a todas ellas en la medida en que, quien tiene el poder de crear todas las cosas, sin duda debe tener poder para guiarlas y dirigirlas.

Si así era, nada puede ocurrir en el gran circuito de sus obras sin su conocimiento. Él sabe que yo estoy aquí en esta terrible situación y, si nada sucede sin su decisión. Él ha ordenado que esto me ocurra.

No se presentó en mi espíritu nada que se opusiera a una sola de estas conclusiones. Por tanto, nada podía hacerme dudar de mi certeza según la cual Dios habría decidido que todo esto me ocurriese y yo estaba en esta horrible situación por su voluntad, siendo Él el único poder, no sólo sobre mí sino sobre todo lo que acontecía en este mundo. Inmediatamente, deduje la siguiente reflexión: «¿Por qué Dios ha actuado así conmigo? ¿Qué he hecho para ser tratado de esta forma?».

Mi conciencia puso coto a esta pregunta, como si hubiese sido una blasfemia, y me pareció oír una voz que decía: «¡Infeliz! ¿Preguntas qué has hecho? Echa una mirada hacia atrás, sobre tu vida culpable y disipada, y pregúntate qué *no* has hecho. Pregunta por qué no has sido destruido hace mucho tiempo. ¿Por qué no pereciste ahogado en las radas de Yarmouth? ¿Muerto en la batalla en que el corsario de Salé capturó la nave? ¿Devorado por las fieras en las costas de África? ¿O ahogado aquí, cuando murió toda la tripulación menos tú? ¿Y aún preguntas qué has hecho?».

Estas reflexiones me dejaron estupefacto, atónito, y no tenía nada que decir. No, ninguna respuesta a mí mismo. Me levanté pensativo y triste, regresé a mi refugio y trepé por mi muralla, como si estuviese dispuesto a irme a la cama, pero mi espíritu, gravemente perturbado, no sentía deseos de dormir, de modo que tomé asiento en la silla y encendí la lámpara, pues comenzaba a oscurecer.

Ahora, como estaba muy preocupado pensando en que la fiebre volvería, recordé que los brasileños no toman otra medicina que su tabaco para todas sus enfermedades y que en uno de mis arcones tenía una parte de un rollo de tabaco bastante curado y algo más aún verde.

Fui en su busca conducido sin duda por el cielo, ya que dentro del arcón encontré remedio, tanto para el cuerpo como para el alma. Abrí el arcón y comprobé que allí estaban el tabaco y también algunos libros que había rescatado. Cogí una de las Biblias, a las que he hecho referencia, y que no había abierto nunca hasta entonces por falta de tiempo o indolencia, y la llevé a la mesa junto con el tabaco.

No sabía cómo utilizar el tabaco ni si era conveniente o no para mi enfermedad, pero lo ensayé en diversas formas, como si hubiese resuelto que alguna de ellas tendría buen resultado. Primero me puse una hoja en la boca y la masqué, lo cual en verdad me provocó una especie de aturdimiento en el cerebro, puesto que el tabaco era verde y fuerte y yo no estaba habituado a él. Luego lo dejé macerar una o dos horas en un poco de ron, para beber una dosis de la infusión cuando me acostara, y por último quemé una porción del mismo en un brasero y puse la nariz sobre el humo tanto tiempo como el humo y el calor me lo permitieron, hasta que me sentí sofocado.

Durante estas operaciones cogí la Biblia y comencé a leer, pero mi cabeza estaba tan trastornada por el tabaco que no pude proseguir, al menos por esta vez. Había abierto el libro al azar y las primeras palabras que leí fueron las siguientes: *Invócame en el día de tu aflicción y yo te salvaré y tú me glorificarás*^[30].

Estas palabras se aplicaban perfectamente a mi caso y en aquel momento causaron gran impresión en mi espíritu, aunque no tanto como la que me suscitaron

más tarde. Porque la palabra liberado no tenía sentido para mí, si así puedo expresarlo. Era algo remoto y de tan imposible comprensión que, como hicieron los hijos de Israel cuando se les prometió carne para comer, insinué: *¿Puede Dios servir una mesa en el desierto?* *¿Puede Dios liberarme de este sitio?* Y como hacía muchos años que no tenía la menor esperanza, este pensamiento acudió muy a menudo a mi espíritu. Sin embargo, aquellas palabras causaron gran impresión en mí y las medité con frecuencia.



Se había hecho tarde y el tabaco, como he dicho, me había aturdido tanto que sentí deseos de dormir, de modo que dejé la lámpara encendida dentro de la cueva, por si acaso necesitaba algo durante la noche, y me fui a la cama: pero antes de recogerme le rogué a Dios que cumplierse su promesa, que me liberase cuando yo lo invocara en el día de mi aflicción. Una vez concluida mi imperfecta y brusca plegaria, bebí el ron impregnado de tabaco, que era muy fuerte y estaba tan cargado que apenas pude ingerirlo, y me metí en la cama. Sentí que la pócima subía inmediatamente a mi cabeza con violencia, pero caí en un profundo sueño y no me desperté hasta las tres de la tarde del día siguiente, según pude juzgar por el sol. Más aún, mi opinión es que dormí todo el día y la noche siguientes, hasta cerca de las tres del otro día, puesto que si así no hubiese sido no sé cómo pude haber perdido un día en el cómputo de los días de la semana, cosa que comprendí años más tarde: porque, si había cometido este error al trazar la misma línea dos veces, debía haber perdido más de un día. Pero lo cierto es que perdí un día de mi cuenta y nunca supe cómo.

Fuese así o de otra forma, de todas maneras al despertar me encontré muy renovado y con el ánimo dispuesto y alegre. Cuando me levanté me sentí más fuerte que el día anterior: mi estómago también estaba mejor, puesto que sentí hambre. En

suma, al día siguiente no tuve ningún acceso y fui mejorando paulatinamente. Esto ocurrió el 29.

El 30 fue un buen día y salí con la escopeta, aunque no me alejé demasiado. Cacé una o dos aves acuáticas semejantes a gansos salvajes y las llevé a mi morada, pero no eran muy agradables para comer, de modo que preferí los huevos de tortuga, que tenían mejor sabor. Esta noche repetí la medicina a la que atribuí mi mejoría del día anterior; a saber, el tabaco impregnado de ron, sólo que no ingerí tanto como la primera vez, ni mastique ninguna hoja ni respiré el humo. Sin embargo, al día siguiente. 1 de julio, no me sentí tan bien como esperaba y tuve algunos amagos de escalofríos, aunque no fueron gran cosa.

2 de julio. Repetí la medicina de las tres formas y me las administré como la primera vez: en esta ocasión bebí doble cantidad.

Día 3. La fiebre pasó definitivamente; pese a ello, recuperé mis fuerzas sólo tres semanas más tarde. Mientras juntaba energías reflexioné mucho sobre la expresión *te liberaré* y acerca de la imposibilidad de mi salvación, lo cual me impedía cultivar esperanza alguna. Pero mientras me desanimaba con dicho pensamiento, comprendí que me había preocupado tanto por mi principal aflicción que había desconocido el favor que había recibido, y comencé a interrogarme de la siguiente forma: ¿Acaso no me he salvado milagrosamente de la enfermedad y de la situación más deplorable que tanto me atemorizaba? ¿Acaso lo he tenido en cuenta? ¿He cumplido mis deberes? Dios me ha salvado y yo no lo he glorificado, es decir, no le he reconocido ni agradecido esta salvación: ¿y cómo podría esperar otra más grande que ésta?

Aquellas reflexiones penetraron en mi corazón con tanta fuerza que inmediatamente me puse de rodillas y di gracias a Dios por haberme salvado de la enfermedad.

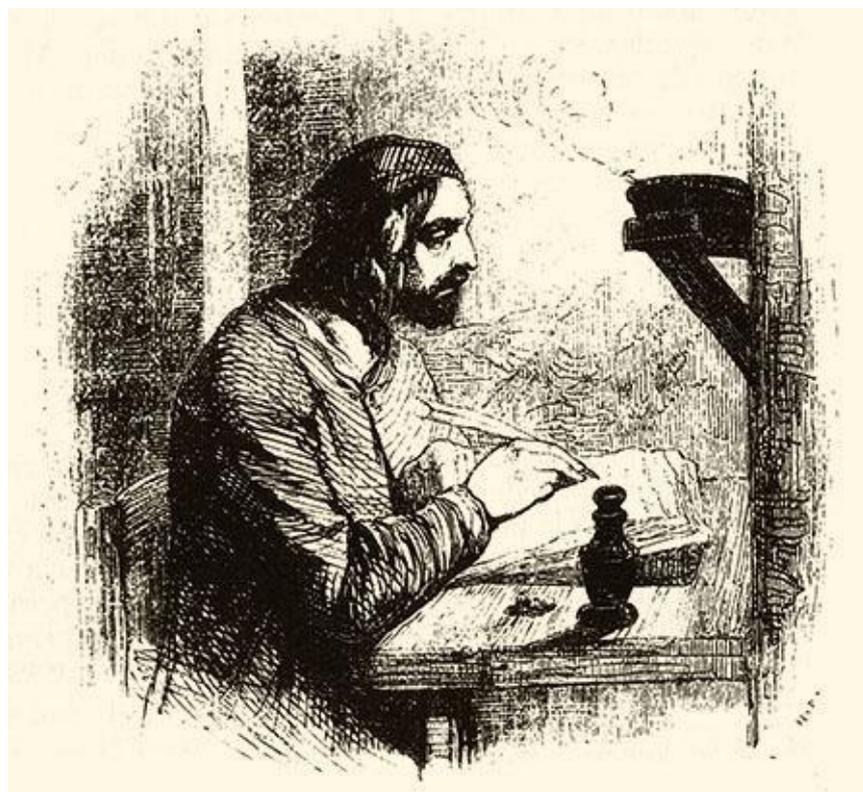
4 de julio. Por la mañana cogí la Biblia y comencé por el Nuevo Testamento. Me apliqué seriamente a su lectura y me impuse leerlo a ratos todas las mañanas y las noches sin subordinarme al número de capítulos, sino a mi interés por seguir leyendo. Al cabo de un tiempo de observar seriamente esta práctica, sentí que mi corazón estaba sincera y profundamente contrito por la perversidad de mi vida pasada. Reviví entonces la presión del sueño, y las palabras *Todas estas cosas no han suscitado tu arrepentimiento* afectaron gravemente mi espíritu. Estaba rogando a Dios insistentemente que me concediese el don del arrepentimiento, cuando providencialmente, ese mismo día, leyendo las Escrituras, me encontré con estas palabras: *El exaltado como Príncipe y Salvador para dar el arrepentimiento y el perdón*^[31]. Dejé el libro y elevé mi corazón y mis manos al cielo en una especie de éxtasis, exclamando en voz alta:

—¡Jesús, Tú, hijo de David, Jesús, Tú que eres glorificado como Príncipe y Salvador, concédeme el arrepentimiento y el perdón!

Podría decir que era la primera vez en mi vida que rezaba en el verdadero sentido de la palabra, puesto que ahora lo hacía con pleno conocimiento de mi situación y con una real esperanza evangélica, fundada en la palabra de aliento de Dios; y por primera vez, puedo afirmarlo, comencé a confiar en que Dios me escucharía.

Ahora comencé a interpretar las palabras mencionadas. *Invócame y te liberaré*, en un sentido diferente del que lo había hecho antes, puesto que entonces no tenía la menor noción de nada que pudiese llamarse salvación, si no se refería a la condición de cautiverio en la que me encontraba. Sin duda, aunque había pasado largo tiempo en aquel sitio, la isla era una verdadera prisión para mí, en el peor sentido del término, pero ahora aprendí a verlo desde otra perspectiva. Ahora repasaba mi vida pasada con tanto horror, y mis pecados me parecían tan tremendos, que mi alma no buscaba en Dios otra cosa que el perdón, por el peso de las culpas que me impedían todo consuelo. En cuanto a mi vida solitaria, ya no era nada; ya no rogaba a Dios que me salvara de ella ni lo pensaba, puesto que no significaba nada en comparación con aquello. Y agrego esto aquí para sugerir a quien lo lea que, cuando se llega a aceptar el verdadero sentido de las cosas, el perdón por el pecado es una bendición más grande que la liberación del dolor.

Pero dejemos esto aquí y volvamos a mi diario.



Si mi vida siguió siendo miserable, mi situación espiritual comenzó a mejorar, y mis pensamientos, puesto que estaban orientados por una constante lectura de las Sagradas Escrituras y por la plegaria, comenzaron a elevarse y a proporcionarme gran

consuelo, cosa que hasta entonces desconocía. Además, a medida que iba recuperando salud y energía, decidí procurarme todo lo que necesitaba y darle a mi vida la mayor regularidad posible.

Desde el 4 al 14 de julio, me ocupé fundamentalmente de salir con la escopeta en la mano, poco a poco, como un hombre que está juntando fuerzas después de una enfermedad, pues no puede uno imaginar cuán disminuido me encontraba y cuán débil. El remedio que había utilizado era absolutamente nuevo y quizá nunca haya curado a nadie de la calentura ni lo puedo recomendar para que sea puesto en práctica. Y pese a que había interrumpido la fiebre, había contribuido a debilitarme, pues durante un tiempo seguí padeciendo de frecuentes temblores nerviosos y convulsiones en las extremidades.

En particular, esta experiencia me enseñó que salir durante la estación lluviosa era lo más nocivo para la salud, en especial con aquellas lluvias que venían acompañadas de tempestades y huracanes, y como las lluvias de la estación seca siempre se producían junto con dichas tormentas, eran más peligrosas que las que caían en septiembre y octubre.

Hacía ya cerca de diez meses que habitaba en esta desdichada isla y, al parecer, no me quedaba posibilidad alguna de salvación. Además, tenía la firme convicción de que jamás criatura alguna con forma humana había puesto sus pies en este lugar. Ya había asegurado perfectamente mi habitación y tenía grandes deseos de emprender una exploración más completa de la isla, y descubrir los productos que allí se daban, de los cuales no tenía conocimiento todavía.

Fue el 15 de julio cuando comencé a realizar una inspección minuciosa de la isla. Primero, me dirigí hacia el río, del que ya he hablado, y adonde llegué con mis balsas. Recorrí unas dos millas y comprobé que la marea no iba más arriba y que no se trataba más que de un pequeño curso de agua dulce, muy fresca y buena, pero, al ser ésta la estación seca, apenas tenía agua en algunas partes: al menos no la suficiente como para que se formara una corriente más o menos perceptible.

En sus orillas encontré numerosas y bellas praderas y sabanas, lisas, suaves y cubiertas de hierba, y en las partes más elevadas próximas a las tierras más altas, acaso nunca inundadas por el torrente de agua, encontré gran cantidad de tabaco verde, que crecía en robustos y fuertes tallos. Había allí muchas otras plantas que no conocía y que tal vez tuvieran virtudes que no podía imaginar.

Busqué raíces de mandioca, con las que los indios de aquella región hacían pan, pero no encontré. Observé enormes plantas de áloe, pero en aquel momento no supe cuáles eran sus propiedades. Vi también varias cañas de azúcar silvestre, imperfectas porque carecían de cultivo. Por esta vez, me conformé con estos descubrimientos y regresé pensando cómo podría llegar a conocer las virtudes y bondades de estos frutos o plantas que había encontrado, pero no llegué a conclusión alguna, pues diré brevemente que durante mi estancia en Brasil no había observado casi nada y conocía

muy poco las plantas silvestres, como para que ahora pudiera servirme de ellas para mi enfermedad.

Al día siguiente, día 16, volví a recorrer el mismo camino y, después de haber avanzado un poco más allá que el día anterior, observé que el río y la pradera concluían y que la campiña comenzaba a poblarse de bosques. Allí encontré diferentes frutos y particularmente abundancia de melones por el suelo y uvas^[32] en los árboles. Las viñas, en efecto, se habían extendido sobre los árboles, y los racimos, en plena maduración, estaban muy buenos y jugosos. Este sorprendente descubrimiento me llenó de alegría, pero, por experiencia, sabía que debía ser moderado con aquella fruta; recordaba que, cuando había estado en Berbería^[33], muchos de los ingleses esclavos murieron a consecuencia de las uvas, que les causaron fiebres y disentería. Pero encontré un medio para hacer de ellas un excelente uso, secándolas al sol y conservándolas como suelen guardarse las uvas secas o pasas. Pensé que de esta forma constituirían ciertamente un alimento agradable y sano, para cuando no pudiera cogerlas frescas, y así fue.



Pasé allí toda la tarde y no volví a la habitación; fue, por otra parte, la primera vez que me quedaba fuera de casa. Por la noche tomé la antigua precaución de trepar a un árbol, donde dormí muy bien, prosiguiendo mi exploración por la mañana. Recorrí cerca de cuatro millas, según pude juzgar por la longitud del valle, siempre en dirección al norte, teniendo la cadena de montañas por el sur y por el norte. Al final de esta marcha llegué a un descampado en el que el terreno parecía descender hacia el oeste y donde había una pequeña fuente de agua dulce, que surgía del flanco de una colina cercana y cuyo curso se deslizaba hacia el punto contrario, es decir, hacia el este. Esta región parecía tan fresca, verde y floreciente, y todo allí tenía un verdor tan inmutable y un aspecto tan primaveral, que parecía un jardín artificial.

Descendí un trecho por el declive de aquel delicioso valle, observándolo con una especie de secreto placer, aunque mezclado con otras reflexiones dolorosas, al pensar que todo aquello era mío, que yo era el rey y señor irrevocable de aquel sitio, sobre el que tenía plenos derechos de posesión; y que si hubiera podido transmitirlos, serían un bien hereditario tan sólido como el de cualquier señor feudal en Inglaterra. Vi multitud de cocoteros, naranjos, limoneros y cidros, todos silvestres, pero tenían pocos o ningún fruto, al menos en aquel momento. Sin embargo, recogí algunas limas que no sólo tenían buen sabor, sino que eran saludables. Mezclé luego su zumo con agua, obteniendo una bebida muy sana y refrescante.

Me di cuenta entonces de que me llevaría mucho trabajo recoger y transportar a casa aquella fruta, así que resolví separar una provisión de uvas, limas y limones para disponer de ellos durante la estación húmeda que, como sabía, se aproximaba.

Con este propósito, hice un gran montón de uvas en un sitio, luego otro más pequeño en otro sitio y por fin uno más grande de limas y limones. Luego cogí un poco de cada montón y me encaminé a casa, con el propósito de volver de nuevo, pero con una bolsa, saco o algo similar para llevarme el resto.

De acuerdo con este propósito, y después de haber empleado tres días en el viaje, regresé a casa —así debo llamar a mi tienda y mi cueva—; pero antes de llegar, las uvas se echaron a perder. La abundancia y el peso de los frutos y del zumo las había magullado y triturado y servían para poco o nada. En cuanto a las limas, estaban en buen estado, pero había podido traer sólo unas pocas.

Al día siguiente, es decir el 19, volví con dos pequeños sacos que confeccioné para ese fin, para traer en ellos la cosecha, pero al llegar a los montones de uvas tan apetecibles y maduras cuando las recogí, quedé sorprendido al encontrarlas todas desparramadas, deshechas y tiradas por el suelo aquí y allá y en su mayor parte comidas o mordidas. Deduje que sería obra de algún animal salvaje, pero ignoraba a qué especie pertenecía.

Sin embargo, al comprobar que no era posible hacer montones ni llevarlos en un saco, porque, en el primer caso, serían destruidas por los animales, y en el segundo, se aplastarían por su propio peso, tomé otra decisión. Junté una gran cantidad de

racimos y los colgué de las ramas de los árboles, para que se curaran secándose al sol, y me llevé tantas limas y limones como pude con mis fuerzas.

Cuando regresé a casa del viaje, recordé con gran placer la fecundidad de aquel valle y su feliz situación, al abrigo de las tempestades, cercano al río y al bosque, y llegué a la conclusión de que el sitio donde había establecido mi morada era sin duda el peor de toda la isla. En consecuencia, empecé a considerar la idea de mudar mi habitación y buscar un lugar tan seguro como el que tenía, situado, si era posible, en aquella parte fértil y agradable de la isla.

Este pensamiento siguió dando vueltas en mi cabeza largo tiempo, ya que estaba excesivamente prendado de aquel sitio tentador. Pero, cuando me puse a examinar minuciosamente la situación, comprendí que me encontraba junto a la costa, donde por lo menos existía una posibilidad de que ocurriese algo en mi favor, y que el mismo lamentable destino que me había arrojado allí podría traer a otro desgraciado al mismo sitio que yo, y que, pese a que las posibilidades de que ello ocurriese fuesen escasas, recluirme en las montañas o en los bosques de la parte central de la isla era aceptar de antemano mi cautiverio, haciendo que un hecho probable se transformara en imposible, y que por tanto no debía trasladarme bajo ningún concepto.

No obstante, estaba tan enamorado de aquel sitio que pasé allí gran parte del resto del mes de julio y, a pesar de haber decidido no trasladarme, según he dicho anteriormente, construí una especie de pequeña glorieta y la rodeé, a cierta distancia, con un fuerte vallado de doble fila de estacas, tan altas como me fue posible, y lo rellené de maleza. De este modo me sentí defendido y dormí allí dos o tres días seguidos, pasando por arriba del cerco con una escalera de mano, como en el primer caso. Mi fantasía consistía en que ahora era poseedor de una casa en el campo y de otra a orillas del mar; esta tarea me ocupó hasta comienzos de agosto.

Acababa de terminar mi cercado y comenzaba a alegrarme de mi labor, cuando vinieron las lluvias que me obligaron a recluirme en mi primera morada, puesto que en la nueva, aunque también tenía una tienda hecha con un trozo de vela y muy bien extendida, carecía del amparo de la montaña que me protegía de las tormentas, y de la cueva, donde podía refugiarme en caso de lluvias extraordinarias.

Como he dicho, terminé la glorieta a primeros de agosto, cosa que me causó gran alegría. El día 3 de agosto, observé que los racimos que había colgado de los árboles estaban perfectamente secos y que se habían convertido en excelentes pasas de uva, de forma que empecé a descolgarlos, lo cual fue una verdadera suerte, porque las lluvias que cayeron a continuación los hubiesen estropeado, haciéndome perder así lo mejor de mi alimento invernal, pues tenía más de doscientos racimos. Apenas los descolgué, llevándome la mayor parte a casa, comenzó a llover, y desde entonces, 14 de agosto, llovió casi todos los días hasta mediados de octubre, y a veces con tanta violencia, que no pude salir de la cueva durante varios días.

En este período tuve la sorpresa de ver aumentada mi familia. Estaba yo muy preocupado por la desaparición de una de mis gatas; supuse que había escapado o que

estaba muerta, ya que no sabía nada de ella, cuando con gran asombro la vi aparecer con tres cachorros, hacia fines de agosto. Esto me resultó sumamente extraño, pues, aunque con la escopeta había dado caza a un gato salvaje, como lo denominé, pensé sin embargo que se trataba de una especie muy diferente a la de nuestros gatos europeos. Pero estas crías eran iguales a los gatos domésticos y yo sólo tenía dos hembras, de modo que lo consideré como un fenómeno muy raro. Pero más tarde aquellos tres gatos se reprodujeron en tal cantidad, que me vi literalmente infestado de gatos, viéndome en la obligación de matarlos como piojos o animales dañinos, o de llevarlos tan lejos de mi casa como fuese posible.



Desde el 14 hasta el 26 de agosto llovió incesantemente, de modo que no pude salir y me cuidé muy bien de la humedad. Durante este confinamiento empecé a verme escaso de víveres, por lo cual me aventuré dos veces a salir. La primera maté una cabra y la segunda, que fue el 26, encontré una gran tortuga que resultó una verdadera fiesta para mí. Así, pude regularizar mis comidas: comía un racimo de uvas como desayuno, un trozo de carne de cabra o tortuga asada a la hora del almuerzo, pues por desgracia carecía de vasijas para hervirla o guisarla, y dos o tres huevos de tortuga para la cena.

Mientras duró mi reclusión a causa de la lluvia, trabajé diariamente dos o tres horas en agrandar la cueva, y gradualmente la fui profundizando en la misma dirección, hasta desembocar en el exterior, haciendo una puerta de salida situada fuera de la muralla, por donde podía entrar y salir. Sin embargo, no me sentía cómodo estando tan al descubierto. Antes estaba defendido con un sistema perfectamente cerrado, mientras que ahora me hallaba expuesto a cualquiera que quisiese atacarme, pese a que aún no había advertido ninguna criatura viviente que pudiese causarme temor, ya que los animales más grandes que vi en la isla eran cabras.

30 de septiembre. Había llegado el funesto aniversario de mi llegada a la isla. Conté las hendiduras practicadas en el poste y comprobé que yo había pasado

trescientos sesenta y cinco días en aquellas costas. Mantuve una solemne abstinencia en este día, dedicándolo a ejercicios religiosos. Me postré humildemente y confesé a Dios mis pecados, reconociendo su justicia en el castigo que me había deparado y le rogué en una plegaria que tuviese misericordia de mí, en el nombre de Jesucristo. No probé ningún alimento durante doce horas, hasta el crepúsculo, en que comí una galleta y un racimo de uvas y me acosté, concluyendo el día como lo había comenzado.

Hasta entonces jamás había celebrado los domingos, puesto que al principio carecía de sentimientos religiosos. Al cabo de un tiempo había dejado de diferenciar las semanas, mediante una raya más larga que de costumbre para señalar los domingos, hasta que no pude ya distinguir los unos de los otros. Pero ahora, después de haber computado los días, como he relatado anteriormente, y comprobado que había pasado un año, dividí este período en semanas, señalando cada siete días el domingo, aunque al final supe que había perdido uno o dos días en mi cómputo.

Poco tiempo después mi tinta comenzó a escasear, así que me limité a usarla con mucho cuidado y no escribía sino los acontecimientos más notables de mi vida, sin llevar un diario de lo demás.

Comencé a observar la sucesión regular de la estación húmeda y de la seca y aprendí a distinguirlas, a fin de preverlas y abastecerme en consecuencia. Pero debí pagar muy cara mi experiencia, ya que lo que voy a relatar a continuación fue uno de los hechos más desalentadores que he experimentado. He dicho ya que había conservado algunas pocas espigas de cebada y de arroz que tan milagrosamente habían germinado. Tendría cerca de treinta espigas de arroz y veinte de cebada y pensé que ahora, pasadas las lluvias, era el momento adecuado para sembrar, ya que el sol se encontraba más hacia el sur respecto de mí.

Por tanto, cavé tan bien como pude un trozo de tierra con la pala de madera, la dividí en dos partes y sembré la semilla. Pero en medio de esta operación, se me ocurrió pensar que no debía sembrarla toda la primera vez, porque no sabía cuándo era el tiempo conveniente para hacerlo. No arriesgó, pues, más de dos tercios de la semilla, apartando un puñado de cada especie.



Más tarde, comprobé que esta precaución resultó providencial, pues de aquella siembra no germinó ni un solo grano, ya que los meses siguientes correspondían a la estación seca y la tierra no recibió lluvia después de sembrar, de tal modo que faltaba la humedad necesaria para su crecimiento. No germinó, pues, absolutamente nada

hasta que volvió la estación lluviosa y sólo entonces germinó como si la semilla hubiese sido recién sembrada.

Cuando advertí que la semilla no crecía, fue fácil imaginar que era a causa de la sequía, de forma que busqué un terreno húmedo para hacer allí un nuevo ensayo. Cavé un fragmento de tierra cerca de mi nueva glorieta y sembré el resto de la semilla en febrero, un poco antes del equinoccio de primavera. Esta siembra, regada por las lluvias de marzo y abril, creció perfectamente y dio una buena cosecha. Pero, como me quedaba sólo una parte de la semilla y no me atreví a sembrarla en su totalidad, obtuve una pequeña cosecha que no ascendía a más de medio celemín de cada especie.

Pero este experimento me había hecho experto en la materia. Sabía cuál era la estación propicia para la siembra, y también que podía hacer dos siembras y dos cosechas al año.

Mientras crecía el grano hice un pequeño descubrimiento que luego me rindió gran provecho. Apenas pasaron las lluvias y el tiempo comenzó a mejorar, lo cual ocurrió hacia el mes de noviembre, visité la glorieta en el campo, después de varios meses de ausencia, y encontré las cosas tal como las había dejado. El círculo o doble empalizada que había edificado no sólo se veía sólido e íntegro, sino que las estacas que había cortado de algunos árboles cercanos habían brotado y poseían largas ramas, como hubiese podido ocurrir con un sauce al año siguiente de la poda. Ignoraba el nombre del árbol de donde había cortado las estacas. Sorprendido y a la vez contento de ver crecer aquellas jóvenes plantas, las podé para que crecieran tan iguales entre sí como fuese posible. Resulta difícil dar una idea cabal de su belleza al cabo de tres años: pues si el cercado trazaba un círculo de cerca de veinticinco yardas de diámetro, los árboles, ya que podía darles ese nombre, formaron una densa sombra bajo la cual podía refugiarme durante la estación seca.

Esto me decidió a cortar otras estacas para hacer una hilera como la primera, formando un semicírculo alrededor del muro; me refiero a mi primera morada. Planté los árboles o estacas en doble fila a unas ocho yardas de distancia del primer vallado: pronto crecieron y, si en un principio constituían un techado para mi habitación, más tarde sirvieron también de defensa como se verá en su tiempo y orden.

Entonces observé que las estaciones del año podían dividirse no en invierno y verano como en Europa, sino en estaciones húmedas y secas que se sucedían generalmente de esta forma:

*Mediados de febrero
marzo
mediados de abril*

Lluvioso, estando el sol muy próximo al equinoccio.

*Mediados de abril mayo
junio
julio
mediados de agosto*

Seco, estando el sol hacia el norte del ecuador.

*Mediados de agosto
septiembre
mediados de octubre*

Lluvioso, el sol vuelve al equinoccio.

*Mediados de octubre
noviembre
diciembre
enero
mediados de febrero*

Seco, el sol se encuentra al sur del ecuador.

La estación lluviosa era algunas veces más larga y otras más corta, según soplaran los vientos; sin embargo, en general, observaban el ciclo mencionado. Después de haber experimentado en mí mismo las perjudiciales consecuencias de las lluvias, traté de proveerme con anticipación de las cosas necesarias, a fin de no verme obligado a salir, permaneciendo dentro tanto como fuese posible durante los meses húmedos.

Para este período encontré una ocupación que se adecuaba perfectamente a esta estación, puesto que me faltaban multitud de cosas que sólo podía obtener mediante una ardua labor y constante aplicación. En particular, intenté varios medios para hacer un cesto, pero los tallos que encontré para ese propósito resultaron demasiado frágiles y no pude lograrlo. En aquella ocasión, fue de gran utilidad para mí el hecho de que, cuando niño, solía experimentar gran placer observando cómo trabajaba el cesterero del pueblo donde vivía mi padre. Y, como suele ocurrir con los niños, siempre estaba dispuesto a prestar ayuda y miraba con gran atención las técnicas del trabajo, y, a veces, se me permitía brindar mis servicios, por lo que aprendí perfectamente los métodos de esta labor para la cual sólo necesitaba los materiales. Pensé entonces que los vástagos de aquel árbol, del que había cortado las estacas que más tarde brotaron, podrían tener la flexibilidad del mimbre o del sauce de Inglaterra y resolví probarlo.

En consecuencia, al día siguiente fui a mi casa de campo, como la llamaba, corté algunas pequeñas ramas y las encontré tan adecuadas a mis propósitos como deseaba. Por tanto, volví nuevamente, esta vez con un hacha, para cortar una cantidad mayor, lo cual resultó muy fácil por la abundancia de estos árboles. Luego las dejé secar dentro de mi recinto o vallado y, cuando estuvieron listas para ser utilizadas, las llevé a la cueva donde, durante la siguiente estación lluviosa, me dediqué a hacer numerosos cestos para llevar tierra o transportar o colocar cosas, según la ocasión. Y aunque su terminación no era demasiado satisfactoria, servían adecuadamente a mis propósitos. Desde entonces, tuve cuidado de que nunca me faltaran y, a medida que el mimbre se deterioraba con el uso, hacía otras nuevas. Procuré especialmente que fuesen cestos fuertes y profundos, a fin de usarlos en lugar de sacos para guardar el grano, si es que llegaba a recoger mucho.

Habiendo dominado esta situación, que me exigió larguísimo tiempo, comencé a estudiar la posibilidad de procurarme dos cosas que necesitaba. No disponía de recipientes para poner líquido, a excepción de dos barriles que contenían ron y algunas botellas cuadradas para agua, licores y otras bebidas. No tenía ni siquiera una vasija para hervir nada, salvo una especie de marmita que rescaté del barco y que era

demasiado grande para el uso que quería darle, es decir, hacer caldo y hervir algún trozo de carne. La segunda cosa que deseaba era una pipa para fumar, pero no me fue posible hacerla. Sin embargo, por fin también para esto encontré un procedimiento.

Me dediqué a plantar la segunda hilera de estacas o pilotes, y a la cestería todo el verano o estación seca, cuando otro acontecimiento vino a ocuparme más tiempo del que había imaginado.

Ya he dicho que tenía pensado recorrer toda la isla y que ya había llegado hasta el río, y más tarde hasta el sitio donde había construido la glorieta, donde había una apertura a través de la cual podía ver la ribera opuesta de la isla hasta el mar. Ahora, resolví atravesarla toda hasta la otra orilla. Cogí entonces la escopeta, un hacha, el perro y una cantidad más grande de pólvora y munición de la que solía llevar y, con dos galletas y un gran racimo de pasas en el saco, emprendí el viaje. Cuando crucé el valle donde se erguía la glorieta, divisé el mar hacia el oeste y, como el día era muy diáfano, logré observar una línea de tierra, que no podría describir ni decir con certeza si era una isla o continente. De todos modos se trataba de un territorio muy alto que se extendía de oeste a oeste-suroeste a gran distancia; imaginé que a no menos de unas quince o veinte millas.



No sabía qué parte del mundo era aquélla, pero estaba seguro de que pertenecía a América y, sobre la base de mis observaciones, deduje que debía estar cerca de los dominios españoles, habitada tal vez por salvajes, y que si hubiese naufragado allí me habría encontrado en peor situación. Me resigné, pues, a los deseos de la providencia, que, según había comenzado a reconocer, ordenaba las cosas para lo mejor. Quiero

decir que con esto tranquilicé mi espíritu y renuncié a afligirme con el vano deseo de encontrarme en ella.

Por otra parte, al cabo de una mayor reflexión acerca de este acontecimiento, terminé por convencerme de que si aquella era costa española, tarde o temprano vería pasar alguna embarcación en uno u otro sentido. De lo contrario se trataría de la costa salvaje que se encuentra entre los dominios españoles y Brasil, región habitada por los más feroces de los salvajes, los caníbales, es decir, los que comen hombres, que matan y devoran a todo el que cae en sus manos.

Mientras así meditaba, proseguí tranquilamente mi camino y tuve la oportunidad de observar aquella parte de la isla, que me resultó mucho más agradable que la mía, con fragantes praderas o sabanas adornadas de flores y césped y pobladas de hermosos bosques. Vi numerosos loros y deseé capturar alguno para amaestrarlo y enseñarle a hablar. Después de algunas penurias, logré atrapar un loro joven, que cayó aturdido por un golpe que le di, y que, una vez repuesto, llevé a mi casa. Pero pasaron algunos años antes de que pudiese hablar. Sin embargo, por fin, le enseñé a llamarme familiarmente por mi nombre; más tarde se produjo un incidente que, aunque sea insignificante, será en cambio muy divertido.

El viaje me resultó muy entretenido. En las tierras bajas descubrí liebres, o por lo menos creí que lo eran, y zorros, pero eran muy diferentes de los que había visto hasta entonces. Tampoco eran agradables para comer, aunque maté varios de ellos. Pero no me hacía falta comida: más aún, la tenía y de muy buen sabor; por ejemplo, estas tres especies de carne: de cabra, de paloma y de tortuga. Si a ello añadía las uvas, podría afirmar que ni el propio Leadenhall^[34] hubiese podido servir una mesa más rica que la mía, y aunque mi situación era bastante deplorable, sin embargo tenía motivos para estar agradecido al cielo, porque alimento no me faltaba; más aún, lo tenía en abundancia y hasta de gran delicadeza.

Nunca recorrí más de dos millas al día en este viaje, pero daba tantas idas y vueltas en busca de nuevos descubrimientos, que llegaba muy fatigado al sitio donde decidía pasar la noche. Entonces, o trepaba a un árbol o me tendía en el suelo, rodeado por una hilera de estacas que clavaba de un árbol a otro, de modo que ninguna fiera pudiese acercarse a mí sin despertarme.

Apenas llegué a la orilla del mar, tuve la sorpresa de comprobar que me había tocado en suerte la parte más ingrata de la isla, porque aquí la playa estaba poblada de innumerables tortugas o quelonios, mientras que del otro lado sólo había encontrado tres en un año y medio. También había infinidad de aves de todo tipo, algunas de las cuales conocía y otras que no había visto nunca, pero ignoraba el nombre de todas a excepción de los pingüinos.

Hubiese podido cazar tantas como desease, pero debía ahorrar pólvora y munición, pues había pensado matar una cabra, con la cual podía alimentarme mejor. Pero, pese a que había muchas más en esta parte de la isla, resultaba más difícil

acercarme a ellas a causa del terreno llano y uniforme, cosa que les permitía verme con más rapidez que en la colina.

Debo admitir que esta región era mucho más placentera que la mía, pero aun así no sentía deseo alguno de trasladarme, pues, ya instalado en mi habitación, me había acostumbrado a ella, y durante todo el tiempo que pasé aquí tuve la sensación de estar de viaje, lejos de casa. Sin embargo, marché por la orilla en dirección al este, recorriendo cerca de doce millas y luego clavé un gran poste en la playa como señal y decidí regresar a casa, resolviendo asimismo que en mi próximo viaje exploraría la parte opuesta, es decir, hacia el este de mi morada, cumpliendo en sentido inverso el recorrido de la isla, hasta llegar al palo que había puesto como marca, lo cual me ocuparé de relatar en su momento.

Al regreso, seguí un camino distinto del anterior, pensando que fácilmente podía abarcar gran parte de la isla con mi mirada, y que orientándome por el paisaje no tendría dificultades en encontrar mi refugio; pero fue un error. Al cabo de dos o tres millas, me encontré en un gran valle rodeado de colinas, tan pobladas de bosques que no podía saber cuál era mi camino, ni la dirección que debía seguir. La referencia era el sol, pero no me servía si desconocía la posición del mismo a esa hora del día.

Para colmo de mi desgracia, el cielo se nubló durante tres o cuatro días, mientras me encontraba en el valle, y, sin la posibilidad de ver el sol, anduve a la deriva con mucho malestar, hasta que por último me vi forzado a buscar la playa, volver a mi poste y regresar por el mismo camino que había escogido a la ida.

Así, me encaminé hacia mi casa, en breves jornadas, a causa del clima excesivamente caluroso y del peso de la escopeta, municiones, hacha y otras cosas que llevaba.

En este viaje el perro sorprendió a un cabrito y lo apresó. Yo corrí en su auxilio con presteza, liberándolo del perro. Me sentía muy atraído por la idea de llevarlo a casa, pues a menudo había pensado en la forma de atrapar uno o dos a fin de hacer un rebaño de cabras domésticas, que me asegurasen alimento, cuando la pólvora y la munición se hubiesen agotado.

Hice un collar para este pequeño animal y, con un cordel que siempre llevaba conmigo, logré conducirlo, no sin dificultad, hasta la glorieta y allí lo encerré y lo dejé, pues estaba muy impaciente por volver a casa, de donde faltaba desde hacía más de un mes.

No puedo expresar cuál fue mi satisfacción al regresar a mi vieja ratonera y recostarme en mi hamaca. Este breve y azaroso viaje, sin sitio estable para descansar, me había resultado fatigante, y mi casa, como la llamaba en mi fuero íntimo, era una morada perfecta en comparación con aquello y tenía todo tan a mano y dispuesto de manera tan confortable, que decidí no volver a alejarme tanto de ella, mientras debiese permanecer en la isla.

Pasé una semana entera descansando y concediéndome ciertos halagos después de mi largo viaje, en el curso de la cual me dediqué a la farragosa tarea de hacer una

jaula para mi *Poli*^[35], que ya comenzaba a domesticarse y a establecer una fuerte relación conmigo. Luego pensé en el pobre cabrito que había encerrado en el pequeño recinto de la glorieta, y resolví ir a buscarlo y traerlo a casa o darle algún alimento. Tal como lo había decidido, me encaminé hacia la glorieta y lo encontré donde lo había dejado, porque, por supuesto, no podía escaparse; pero estaba casi muerto de hambre. Corté todas las hojas de los árboles y arbustos que encontré y se las di. Después de alimentarlo, traté de llevármelo como la vez anterior, pero estaba tan manso por el hambre que, sin atarlo, me siguió como un perro. Seguí alimentándolo regularmente y el animal se volvió tan amable, cariñoso y tierno, que entró en el círculo doméstico y ya no me abandonó.

Había llegado la estación lluviosa del equinoccio de otoño y, con la misma solemnidad, observé el 30 de septiembre, fecha de mi llegada a la isla, donde, después de transcurridos dos años, no tenía más perspectivas de salvación que las del primer día.

Dediqué el día entero a dar humildes gracias al cielo por los innumerables y maravillosos beneficios que habían aliviado mi existencia solitaria, y sin los cuales me hubiese sentido infinitamente más desgraciado. Di humildes y fervientes gracias a Dios por haberme concedido la capacidad de descubrir que acaso podía sentirme más feliz, en esta situación solitaria, que gozando de libertad en la vida social, rodeado por todos los placeres del mundo; le agradecí también que hubiese compensado las deficiencias de mi soledad y la necesidad de compañía humana con su presencia y la comunicación de su gracia, asistiéndome, reconfortándome y alentándome a descansar aquí en la tierra, bajo su providencia, en la esperanza de gozar de su eterna presencia en la otra vida.

Fue entonces cuando comencé a darme cuenta de cuánto más feliz era mi vida, pese a todas las lamentables circunstancias, que la existencia sórdida, perversa y abominable que había llevado en el pasado. Ahora se había modificado la índole de mis penas y alegrías, se habían alterado mis deseos, mis afectos cambiaban su sentido y mis deleites eran absolutamente nuevos, comparados con los que sentí a mi llegada o en el curso de los últimos dos años.

Antes, cuando salía a cazar o a explorar la isla, la angustia que me provocaba la situación irrumpía súbitamente en mi alma. Sentía entonces que desfallecía mi corazón dentro de mi pecho, al pensar en los bosques, montañas y desiertos en los que me encontraba, y en mi condición de prisionero, encerrado tras los barrotes y cerrojos del océano, en una isla desierta y sin posibilidades de evasión. Estos pensamientos me asaltaban de golpe, como una tempestad que se abatía sobre mí, en los momentos de mayor serenidad espiritual, haciéndome retorcer las manos y sollozar como un niño. A veces me sorprendía en medio del trabajo y me sentaba inmediatamente suspirando con los ojos bajos durante una o dos horas, y esto era aún peor, pues si hubiese podido irrumpir en lágrimas o expresarme en palabras, habría podido desahogarme, y el dolor se hubiese agotado por sí solo.

Pero ahora comenzaba a ejercitarme con nuevos pensamientos. Todos los días leía la palabra de Dios y aplicaba su consuelo a mi situación. Una mañana, sintiéndome muy triste, abrí la Biblia y mis ojos recayeron sobre estas palabras: *Nunca jamás te dejaré, ni te abandonaré*¹³⁶. Inmediatamente pensé que ellas se dirigían a mí, ¿a quién si no podían referirse en forma tan pertinente, en el preciso instante en que me sentía tan triste y abandonado por Dios y por los hombres?

«Pues bien —me dije—, si Dios no me abandona, ¿qué importancia tiene el que todo el mundo me haya abandonado, teniendo en cuenta que, si contase con el mundo y perdiese el favor y la bendición de Dios, mi pérdida sería incomparable?».

Desde este momento comencé a convencerme de que era posible que fuese más feliz en esta situación solitaria y abandonada de lo que hubiese sido en cualquier otra circunstancia particular, y con este pensamiento iba a dar gracias a Dios por haberme conducido a este sitio. Pero no sé qué ocurrió, que de pronto me sentí turbado por un sentimiento que me impidió pronunciar las palabras de agradecimiento.

—¿Cómo puedes ser tan hipócrita —me dije en alta voz— y fingirte agradecido por una situación de la cual deseas ser liberado de todo corazón, por grandes que sean tus esfuerzos para resignarte a ella?

Allí me detuve y, si no puedo decir que me sentía agradecido a Dios por estar allí, sinceramente le daba gracias por haberme abierto los ojos —aunque las providencias de las cuales se había servido eran muy dolorosas— induciéndome a considerar mi vida anterior bajo otra luz, y a purgar su vileza con mi arrepentimiento. No abrí ni cerré nunca la Biblia sin bendecir a Dios desde lo más profundo de mi alma, por haber inspirado a mi amigo de Inglaterra a incluirla entre mis cosas, sin que yo se lo hubiese pedido, y por haberme ayudado luego a rescatarla del naufragio del barco.

De este modo, y con dicha disposición de ánimo, inicie mi tercer año, y, si bien no he querido abrumar al lector con un relato minucioso de los trabajos que realicé durante este año, como lo había hecho con el anterior, en general, puede observarse que raramente me dedicaba al ocio, habiendo dividido regularmente mi tiempo, según las diversas ocupaciones cotidianas que debía desempeñar, tales como, en primer lugar, mis deberes con Dios y la lectura de las Escrituras, para lo cual había destinado un tiempo tres veces al día; en segundo lugar, salir de caza con la escopeta para buscar comida, lo cual generalmente me ocupaba tres horas todas las mañanas, cuando no llovía: y en tercer lugar, ordenar, curar, conservar y cocinar la presa que hubiese matado o atrapado para mi sustento, lo que también me ocupaba gran parte del día. Además, debe tenerse en cuenta que a mediodía, cuando el sol estaba en el cénit, la violencia del calor era tan grande que resultaba imposible salir, de modo que sólo me quedaban cuatro horas por la tarde, durante las cuales podía trabajar, salvo cuando a veces cambiaba mis horas de caza y labores, y trabajaba por la mañana y salía con la escopeta por la tarde.

A este poco tiempo que podía dedicar al trabajo, deseo agregar la extrema laboriosidad del mismo, las muchas horas que debía invertir en cualquier actividad a

la que me aplicase, por falta de herramientas, ayuda o experiencia. Por ejemplo, me hicieron falta cuarenta y dos días para fabricar una tabla destinada a servir de anaquel en mi cueva, mientras que dos aserradores en medio día hubiesen cortado seis del mismo árbol.

Mi situación era la siguiente: el árbol que debía cortar tenía que ser grande, porque así lo exigían las dimensiones de la tabla que quería extraer de él. Empleaba tres días en cortar el árbol y dos más para quitarle las ramas y reducirlo a un trozo o tronco de madera. A fuerza de hachazos y golpes, lo iba afinando por ambos lados, hasta reducir su peso y poder transportarlo. Luego lo hacía tan liso y plano de un lado como una tabla, de uno a otro extremo: por último, le daba la vuelta y cortaba el otro lado hasta que obtenía una plancha de cerca de tres pulgadas de espesor, lisa por ambos lados. Cualquiera puede juzgar el esfuerzo que debía hacer con mis manos para realizar este trabajo, pero con igual esfuerzo y paciencia conseguí hacer aquella y muchas otras cosas. Sólo me refiero a este ejemplo para explicar por qué empleaba tanto tiempo en tan poco trabajo: es decir, que aquello que con ayuda y herramientas podía ser una insignificancia, sin éstas se convertía en una enorme labor, que exigía una inversión prodigiosa de tiempo.

Pero pese a ello, con paciencia y laboriosidad, llevé a cabo innumerables cosas, en realidad todas las que las circunstancias exigían como necesarias, tal como se verá a continuación.

En este lapso, es decir, en los meses de noviembre y diciembre, esperaba recoger mi cosecha de cebada y arroz. El terreno que había cultivado y cavado con este propósito no era muy vasto, puesto que, como he dicho, la semilla de la que disponía no superaba un medio celemín para cada especie, habiendo perdido una cosecha entera al sembrar en la estación seca.

Pero esta vez que mi cosecha prometía ser buena, de pronto me vi amenazado nuevamente con su pérdida, a causa de enemigos de diversa índole, a los cuales me resultaba muy difícil combatir. Primero fueron las cabras y lo que llamo liebres salvajes, que, habiendo probado aquella dulce hierba, permanecían allí día y noche, mordiéndola tan de raíz a medida que iba creciendo, que impedía la formación de la espiga.

El único remedio que me quedaba era hacer un cercado, a lo cual me dediqué con gran despliegue de herramientas, sobre todo porque debía hacerlo muy de prisa. Sin embargo, como la tierra arada era escasa y se ajustaba a las dimensiones, de mi cosecha, logré cercarla totalmente en unas tres semanas. Además, durante el día hice fuego contra varios de aquellos animales, y por la noche dejé al perro para defenderla, atándolo a un poste del cercado, donde se quedaba ladrando toda la noche. Así logré que en poco tiempo los enemigos abandonaran el sitio, y de ese modo el grano creció con vigor y comenzó a madurar aceleradamente.



Pero así como estos animales habían intentado arruinar mi grano cuando aún era hierba, los pájaros estuvieron a punto de destruirlo cuando ya era espiga. En efecto, cuando recorría el sitio para ver cómo prosperaba la cosecha, vi que el pequeño sembrado estaba rodeado por aves de toda especie, que parecían aguardar a que yo me marchase. Inmediatamente las espanté con la escopeta (que siempre llevaba conmigo). Apenas hice fuego se elevó una pequeña nube de pájaros, que no había visto porque estaban ocultos en el sembrado.

Esta circunstancia me inquietó sensiblemente, porque presentía que en pocos días estas aves podían devorar todas mis esperanzas, dejándome sin alimento e incapacitado para volver a obtener cosecha alguna. Además, no sabía qué hacer, pero resolví no perder la semilla, aunque tuviese que vigilar día y noche. En primer lugar, decidí recorrer el campo para reconocer los daños y encontré que habían estropeado gran parte del grano, pero como las espigas aún estaban verdes, la pérdida no era tan

importante como para impedir que el resto me asegurase una buena cosecha, si lograba salvarlo.

Me detuve a cargar la escopeta y mientras tanto pude ver fácilmente a los ladrones sobre las ramas de los árboles cercanos, como si sólo esperasen que me marchara. Y así era; porque, apenas me alejé y estuve fuera de su alcance, volvieron a lanzarse uno por uno sobre la cosecha. Me sentí tan irritado que no tuve paciencia para esperar que bajasen todos, pensando en que cada grano que echaban a perder significaba, por así decirlo, un trozo menos de pan en el futuro. Por tanto, volviendo hacia la empalizada, disparé de nuevo, y maté a tres de ellos. Era precisamente lo que deseaba, pues los recogí y los traté como a los ladrones famosos en Inglaterra: es decir, los dejé colgando para inspirar terror en los demás. Resulta difícil imaginarse el buen resultado de este procedimiento, porque las aves no sólo no volvieron al sembrado, sino que al poco tiempo abandonaron aquella parte de la isla y nunca vi ninguna por allí mientras las muertas hacían de espantapájaros.

Esto me causó gran alegría, como puede suponerse, y hacia finales de diciembre recogí la segunda cosecha del año.

Pero me encontré en graves dificultades por falta de una hoz o guadaña para cortarlo, y el único remedio que me quedaba era fabricármela con una de las espadas o machetes que había rescatado de las armas que se encontraban en el barco. Sin embargo, como mi primera cosecha era escasa, no tuve grandes dificultades para cortarla. Por fin, repetí el procedimiento anterior, pues sólo corté las espigas y las transporté en un gran cesto que había fabricado, desgranándolas con las manos. Al concluir la recolección comprobé que podía extraer aproximadamente dos celemines de arroz y más de dos y medio de cebada. Es decir, según calculé, porque no tenía forma de comprobarlo con certeza.

No obstante, esto me proporcionó un estímulo, pues suponía que, con el tiempo. Dios me permitiría abastecerme de pan. Y sin embargo, he aquí que me encontraba nuevamente perplejo, porque no sabía cómo moler el grano para transformarlo en harina ni cómo limpiarlo ni cernirlo, y, en fin, tampoco sabía cómo hacer pan. Todas estas cosas, sumadas al deseo de contar con una cantidad para almacenar a fin de asegurarme el sustento, me decidieron a conservar la cosecha entera sin probar ni un grano, a los efectos de sembrarlo al año siguiente, mientras ocupaba todo mi esfuerzo y mis horas de labor en la tarea de abastecerme de pan y semillas.

Podría decir en verdad que había trabajado para obtener mi pan, lo cual era algo maravilloso, y que resultaba sorprendente la multitud de pequeñas cosas que hacían falta para proveer, producir, cuidar, preparar, disponer y terminar un solo pan, cosa que seguramente pocos se han detenido a pensar.

En cuanto a mi situación, reducido al simple estado natural, me encontré frente a todas aquellas dificultades que día a día advertía, no sin desaliento, desde que había obtenido el primer puñado de semilla que, como he dicho, surgió inesperadamente y para mi asombro.

En primer lugar, carecía de arado para remover la tierra y de azada o pala para labrarla. Es verdad que reemplacé esta falta fabricando una pala de madera, a la cual ya he hecho referencia; pero este instrumento cumplía su función de manera insuficiente, y pese a que el hacerla me había llevado varios días de labor, al no estar reforzada con hierro se desgastaba rápidamente y hacía que mi trabajo fuese más penoso e imperfecto.

Pero me había habituado a estas contrariedades y me conformaba con trabajar pacientemente y sobrellevar las imperfecciones de mi labor. Cuando terminé de sembrar el grano, me faltó un rastrillo, que reemplacé con una gruesa rama de árbol con la cual, más que rastrillar la tierra, sólo lograba arañarla.

Mientras el grano crecía y hasta recogerlo, ya he dicho todo lo que era necesario hacer: cercarlo, segarlo o cosecharlo, prepararlo y transportarlo a casa, trillar, limpiarlo y guardarlo. Luego necesitaba un molino para moler el grano, un tamiz para la harina, levadura y sal para convertirlo en pan y horno para cocerlo. Y sin embargo, como se verá, logré arreglármelas sin estas cosas. Con todo, el grano constituía una inestimable ventaja y comodidad para mí. Todo este procedimiento, como he dicho, hacía tedioso y arduo el trabajo, pero no había otro remedio. Tampoco significaba una gran pérdida de tiempo para mí, porque tal como lo había dividido, una parte del día estaba destinada a estas labores, y como decidí no usar el grano para hacer pan hasta que obtuviese una cantidad más grande del mismo, conté con los seis meses siguientes para aplicarme totalmente, mediante gran esfuerzo e ingenio, a procurarme los útiles adecuados para realizar las operaciones requeridas para la siembra del grano (cuando lo tuviese) que se ajustasen a mi necesidad.

Pero primero debía preparar un terreno más grande, ya que ahora tenía semilla suficiente para sembrar un acre de tierra. Antes de hacerlo, dediqué por lo menos una semana a fabricar una azada, que resultó tan deplorable y pesada, que me exigía doble esfuerzo trabajar con ella. Sin embargo, proseguí mi labor y sembré la semilla en dos grandes fragmentos de tierra llana, situados tan cerca de casa como pude: y los cerqué con una fuerte empalizada, cuyas estacas corté de los árboles que había utilizado antes, y que crecerían de forma tal que en un año tendría un seto de plantas vivas que no necesitaría arreglos. Este trabajo me llevó no menos de tres meses, porque gran parte de aquel período coincidió con la estación de las lluvias, durante la cual no me fue posible salir.

Confinado en casa mientras llovía, pasaba los días como relataré a continuación. Al tiempo que trabajaba me entretenía hablando con el loro, enseñándole a hablar, y pronto aprendió su propio nombre, y a decir muy fuerte: *Poli*, que fue la primera palabra que oí emitir en aquella isla por boca distinta que la mía. Sin embargo, ésta no era mi labor, sino sólo un pasatiempo, porque, como he dicho, debía hacer uso constante de mis manos, como voy a relatar. Había estudiado detenidamente la manera de fabricar algunas vasijas de barro, que me hacían falta, pero no sabía cómo hacerlo. Sin embargo, teniendo en cuenta que el clima era caluroso, no dudaba de

que, si encontraba la arcilla adecuada, podría intentar fabricar algún cacharro que, dejándolo secar al sol, resultaría lo suficientemente fuerte como para que pudiese manejarlo y conservar en su interior cualquier cosa que quisiera preservar de la humedad. Y como esto era necesario para la preparación del grano, de la harina, etc., que era lo que me ocupaba, resolví fabricar algunos cacharros tan grandes como fuese posible, que sirviesen como cubas para conservar lo que pusiese en ellas.

Hablar de los torpes medios de que me serví para levantar estas piezas, y de lo feas y desairadas que resultaron: de cómo se hundieron hacia dentro o hacia fuera a causa de la excesiva blandura del barro, sería una forma de provocar la compasión o la risa del lector. Muchas, expuestas al calor excesivamente violento del sol de manera precipitada, se resquebrajaron: otras se hicieron pedazos apenas intenté moverlas, antes o después de secas. En una palabra, después de haber trabajado duramente para encontrar la arcilla, extraerla, amasarla, transportarla y elaborarla, no pude hacer más que dos grandes objetos informes, que no me atrevo a llamar tinajas, empleando para ello dos meses de labor.

Sin embargo, cuando el sol las secó hasta dejarlas muy duras, las levanté con mucho cuidado y las coloqué en dos grandes cestos de mimbre, que había fabricado para ellas, a fin de que no se rompieran, y como entre el cacharro y el cesto había un pequeño espacio vacío, lo rellené de paja de arroz y de cebada. Pensé que, conservándolas secas, podrían servir para guardar el grano seco y acaso también la harina, cuando hubiese molido el grano.

Aunque mi proyecto para fabricar grandes cacharros se había malogrado, pude hacer numerosos objetos pequeños con mejor resultado, tales como vasijas redondas, platos, cántaros, y todo cuanto pudieron hacer mis manos y que el calor del sol secaba hasta volverlos extrañamente sólidos.

Pero nada de esto respondía a mi propósito esencial, que era obtener una vasija de barro que pudiera contener líquido y que fuese resistente al fuego. Al cabo de un cierto tiempo, un día, me encontraba haciendo una gran lumbre para cocinar la carne, cuando, en el momento de retirar los carbones, encontré un trozo de los cacharros de barro en el fuego, quemado y duro como una piedra y rojo como las tejas. Este descubrimiento me sorprendió agradablemente, y me dije que, con seguridad, si podían cocerse en trozos, también podían hacerlo enteros.

Este hecho me llevó a estudiar la forma de disponer el fuego, a fin de poder cocer algunos cacharros de barro. No tenía noción de cómo podía fabricar un horno, como los que usan los alfareros, ni de esmaltar los cacharros con plomo, pese a que esto último no me faltaba. Pero apile tres grandes ollas y dos o tres cacharros, unos sobre otros, y dispuse el fuego de leña a su alrededor, dejando un gran montón de ascuas debajo; alimenté el fuego con nuevos leños que puse en la parte de fuera y sobre la pila, hasta que vi que el interior de las vasijas adquiría un color rojizo, y comprobé que no se quebraban. Cuando estuvieron claramente rojas, las dejé en la lumbre cerca de cinco o seis horas, hasta que verifiqué que una de ellas no se quebraba, sino que se

fundía o derretía, porque la arena mezclada con el barro se fundía por la violencia del calor, y de haber seguido así, se hubiese convertido en vidrio. Entonces, fui disminuyendo gradualmente el fuego hasta que se apaciguó el color rojo, y me quedé observándolas toda la noche, a fin de que el fuego no se apagara demasiado aprisa, y por la mañana poseía tres ollas, no diré hermosas, y dos cacharros de barro, pero tan resistentes como era de desear, y una de ellas esmaltada por la fundición de la arena.

No hace falta decir que, una vez realizado este experimento, no tuve necesidad de ningún cacharro de arcilla que no pudiese fabricarme, pero debo señalar que, en cuanto a las formas, no se distinguían mucho unas de otras, pues, como es fácil de imaginar, las hacía del mismo modo que los niños hacen sus tortas de barro, o como lo haría una mujer que nunca haya aprendido a preparar la masa de un pastel.

Nunca hubo alegría tan grande como la mía, causada por razón tan insignificante, cuando comprendí que había logrado hacer un cacharro de arcilla que podía poner al fuego. No tuve paciencia para esperar a que se enfriaran y puse uno de ellos, que llené de agua, al fuego para hervir un trozo de carne, lo que conseguí admirablemente; y con un poco de cabra me hice un caldo muy sabroso, aunque hubiese querido tener harina de avena y otros muchos ingredientes para hacerlo tan bueno como deseaba.



Mi siguiente preocupación fue procurarme un mortero de piedra para moler o triturar el grano, porque en cuanto al molino no era el caso de pensar que, contando sólo con un par de manos, podía llegar a tanta perfección de arte. Me encontraba muy desvalido para suplir este requisito, ya que si había un oficio en el mundo para el cual no tenía la menor cualificación era para el de picapedrero. Por otra parte, tampoco contaba con los instrumentos necesarios. Pasé más de un día buscando una piedra lo suficientemente grande como para operar un hueco en ella que sirviera de mortero,

pero no pude encontrar ninguna, excepto las que se encontraban en la roca, pero no tenía forma de extraer ninguna, ni de cortarla. Tampoco las rocas de la isla tenían dureza suficiente, pues todas eran de consistencia arenosa y blanda, y no habrían soportado los golpes de un mazo, ni tampoco molido el grano sin llenarlo de arena. De modo que, al cabo de un largo tiempo perdido en la búsqueda de una piedra, renuncié, resolviéndome a buscar un gran bloque de madera dura, lo que resultó mucho más fácil. Pronto encontré uno tan grande como mis fuerzas podían levantar, que redondeé por fuera con el hacha, y al que luego le hice una cavidad, con ayuda del fuego, como hacen los indios en Brasil para construir sus canoas.

Después hice una mano de mortero o triturador, para lo que utilicé la madera llamada palo de hierro, y guardé todos aquellos utensilios hasta mi próxima cosecha, al cabo de la cual me proponía moler el grano o, más bien, machacarlo hasta convertirlo en harina para hacer pan.

La siguiente dificultad fue hacer un tamiz o cedazo para cernir la harina y separarla del salvado y de la cáscara, sin lo cual no veía cómo era posible obtener pan. Ni siquiera tenía valor para pensar en ello, por la dificultad que suponía, ya que en realidad carecía de todo lo necesario para hacer algo parecido, es decir, de una tela o tejido delgado con una trama que permitiese el cernido de la harina. Pasé varios meses sin llegar a ningún resultado y sin saber qué hacer; no me quedaba más lienzo que algunos jirones: tenía pelo de cabra, pero no sabía cómo tejerlo o hilarlo y, aunque lo hubiese sabido, no tenía instrumentos para ponerlo en práctica. Por fin, recordé que entre las ropas de los marineros que había rescatado del naufragio había algunos pañuelos de calicó o muselina, y con algunos trozos que saqué de ellos hice tres pequeños cedazos, bastante adecuados para la labor. Me serví de ellos durante muchos años, y en su momento relataré que hice para reemplazarlos.

A continuación tenía que ocuparme del problema de la cocción y preparado del pan, para cuando tuviese el grano. En primer lugar no tenía levadura, pero, como no podía remediar esa falta, no me preocupó mucho: pero necesitaba un horno y debía imaginar la forma de construirlo. Por último, ideé el siguiente procedimiento: hice algunas vasijas de barro muy anchas pero no profundas, es decir, de unos dos pies de diámetro y no más de nueve pulgadas de profundidad, y las quemé en el fuego, como había hecho con las otras: luego, cuando quería hornear el pan, hacía un gran fuego sobre el hogar, que había cubierto con algunas baldosas cuadradas, hechas a mi modo y quemadas de la misma forma, pero que no puedo decir que fuesen perfectamente cuadradas.

Cuando la leña formaba un buen montón de ascuas o carbones encendidos, los ponía en el hogar como para llenarlo totalmente y allí los dejaba hasta que éste se calentaba intensamente. Luego barría todos los carbones y colocaba la hogaza u hogazas, y las cubría con la vasija de barro, rodeándola con carbones para mantener y avivar el calor y, de ese modo, como si se hubiese tratado del mejor horno del mundo, cociné mis hogazas de cebada y en poco tiempo me convertí en un verdadero

pastelero, pues confeccioné diversas tartas de arroz y budines, aunque no llegué a hacer empanadas, ya que no tenía con qué rellenarlas, si no era con carne de aves o de cabras.

No es de extrañar que todas estas cosas me ocupasen la mayor parte de mi tercer año de permanencia en la isla. Debe observarse además que en los intervalos entre estas actividades debía ocuparme de mi nueva cosecha y de la recolección. De este modo, en el momento adecuado repetía la siembra del grano y lo transportaba a casa lo mejor que podía y lo dejaba dentro de grandes cestos con la espiga, hasta que llegaba el momento de desgranarlo, porque no tenía ni trillo ni instrumento alguno para hacerlo.

Y ahora que mi provisión de grano aumentaba, necesitaba realmente agrandar los graneros, porque la cosecha había sido tan abundante que tenía veinte celemines de cebada y otros tantos o más de arroz. Decidí entonces usarlos sin limitaciones, puesto que mi reserva de pan se había agotado hacía mucho tiempo. Asimismo resolví calcular la cantidad que usaba en el curso de un año, para sembrar sólo una vez.

En total, llegué a la conclusión de que cuarenta celemines de cebada y de arroz eran más de lo que yo podía consumir en un año, y, por tanto, decidí sembrar al año la misma cantidad que había sembrado anteriormente, con la esperanza de que dicha cantidad me alcanzara para hacer pan y otros alimentos.

Mientras hacía todas estas cosas, puedo afirmar que mis pensamientos volaban con frecuencia hacia la tierra que había visto desde el otro lado de la isla, y alimentaba secretos deseos de estar en aquella costa, imaginando que desde allí divisaría el continente, que sería un país habitado, en el cual encontraría formas de salir adelante, y daría con los medios para escapar.

Pero, al mismo tiempo, no tenía en cuenta los riesgos implícitos en aquella situación, la posibilidad de caer en manos de los salvajes, que debía considerar, con razón, más peligrosos que los leones y tigres de África, puesto que, de caer en su poder, tenía mil probabilidades contra una de ser muerto, y tal vez devorado, ya que, según he oído decir, los habitantes de la costa del Caribe eran caníbales, es decir, devoradores de hombres, y por la latitud sabía que no debía estar muy lejos de aquella costa. Y aun suponiendo que no fuesen caníbales, también podían matarme, como a muchos europeos que cayeron en sus manos, aun cuando no habían llegado solos, sino en grupos de diez o veinte: con más razón debía ocurrirme a mí, que era uno solo, y apenas podía defenderme. Repito que todas estas cosas, que debería haber considerado con detenimiento, como lo hice después, al principio no las tuve en cuenta, pues mis pensamientos perseguían insistentemente la idea de llegar hasta la costa opuesta.

Hubiese deseado ahora tener conmigo a mi buen Xury y la chalupa con su vela de lomo de carnero, con la cual había navegado más de mil millas por la costa africana, pero era en vano recordarlo. Luego pensé en ir a inspeccionar el bote de la nave que, como he dicho, fue arrojado muy lejos sobre la playa por la tempestad que nos había hecho naufragar. Todavía estaba casi en el mismo sitio donde se encontraba al principio, pero la fuerza de las olas y del viento lo habían dado vuelta casi totalmente contra un alto arrecife de arena dura, pero ya no estaba rodeado de agua.



Si hubiese tenido ayuda, habría podido repararlo y echarlo al agua, y el bote hubiese servido perfectamente para volver a Brasil con relativa tranquilidad. Pero debería haber advertido que mi capacidad para darle vuelta y ponerlo sobre su quilla era la misma que podía tener para trasladar la isla de un punto a otro. No obstante, fui a los bosques, corté maderos que me sirviesen de palancas y rodillos, y los trasladé hasta el bote; había decidido ver qué podía hacer, diciéndome a mí mismo que, si lograba darle vuelta, fácilmente podría reparar los daños que hubiese recibido, y que constituiría una excelente embarcación, con la cual podría lanzarme al mar tranquilamente.

En efecto, no ahorré esfuerzos en esta labor infructuosa e invertí, creo, tres o cuatro semanas en ella, hasta que por fin me convencí de que era imposible levantarlo con mis escasas fuerzas y decidí excavar la arena por debajo, para socavarlo y hacerlo caer, colocando trozos de madera para empujarlo y guiarlo en su caída.

Pero cuando hube terminado de hacer esto, advertí que nuevamente me veía imposibilitado de moverlo, que tampoco podía meterme debajo y mucho menos deslizarlo hacia el agua, de modo que debía abandonar la idea. Sin embargo, aunque renuncié a las esperanzas del bote, mi deseo de aventurarme hacia el continente no sólo no decrecía, sino que aumentaba, a medida que los medios para lograrlo demostraban su imposibilidad.

Por último, esto me hizo pensar en construir una canoa o piragua, como las que suelen hacer los nativos de aquellas regiones, incluso sin herramientas ni ayuda, con

un gran tronco de árbol. Esto no sólo era posible, según mi criterio, sino fácil, y me complacía en sumo grado la idea de construirla, creyendo contar con más recursos que los indios o los negros, pero sin considerar las peculiares dificultades que tenía dicha tarea, mayores que las que podían encontrar los indios, a saber, la necesidad de ayuda para llevarla hasta el agua cuando estuviese terminada; obstáculo mucho más difícil de superar en mi perspectiva, que todas las consecuencias que surgían de la falta de instrumentos en el caso de ellos. Porque ¿de qué me servía a mí cortar un gran árbol en los bosques, lo cual podía hacer sin demasiadas dificultades, si, después de modelar y alisar la parte exterior para darle la forma de bote, y cortar y quemar el interior para hacerlo hueco; después de todo esto, debía dejarlo donde lo había encontrado, incapaz de arrastrarlo hasta el agua?

Se podría deducir que, mientras construía la canoa, no había hecho la menor reflexión acerca de mis circunstancias, ya que debía haber pensado inmediatamente en cómo llevarla hasta el agua, pero mis pensamientos estaban tan absortos en el viaje por el mar, que ni una vez me detuve a considerar cómo lograría arrastrarla hasta el agua. Y naturalmente, me resultaba mucho más fácil guiarla cuarenta y cinco millas por el mar que hacerla recorrer las cuarenta y cinco brazas de tierra, que era la distancia entre la orilla del mar y el sitio en que se hallaba la embarcación.

Empeñé mis esfuerzos en la construcción de esta canoa, como el más estúpido de los hombres, o como si tuviese todos los sentidos embotados. Estaba encantado con el proyecto y no me detenía a considerar si era capaz de llevarlo a cabo. No se trataba de que la idea de botar la canoa no acudiera con frecuencia a mi mente, pero puse punto final a mis interrogantes con la estúpida respuesta, según la cual me decía: «Hagámosla primero y, cuando esté terminada, ya encontraré la forma de llevarla hasta el agua».

Este era un método sumamente insensato, pero prevalecía en mí el estado de exaltación de mi fantasía y proseguí con la labor. Corté un cedro: a menudo me pregunto si Salomón encontró uno de dimensiones semejantes para construir el templo de Jerusalén^[37]. En la base, junto a las raíces, medía cinco pies y diez pulgadas de diámetro y a los veintidós pies de altura, cuatro pies once pulgadas, después de lo cual disminuía el grosor hasta dividirse en las ramas. Me costó infinito trabajo abatir este árbol. Estuve veinte días talando y cortando la base, catorce más cercenando las ramas, los brotes y el vasto y extenso follaje, del que di cuenta con un hacha, e igual esfuerzo. Después me llevó un mes darle forma y reducir sus proporciones, hasta transformarlo en algo que podía ser el casco de un bote que pudiera flotar como era debido. Tres meses más invertí en excavar su interior, trabajándolo hasta que adquiriese las formas precisas de un bote. Por otra parte, llevé a cabo esta labor sin recurrir al fuego, usando un mazo y un formón, y, al cabo de un arduo trabajo, logré hacer una bella piragua, lo suficientemente grande como para llevar veintiséis hombres y, por tanto, de dimensiones para transportarme a mí y mi cargamento.

Cuando terminé la labor me sentí maravillado. La embarcación era realmente mucho más grande que cualquier otra canoa o piragua, hecha con un solo árbol, que había visto en toda mi vida. ¡Cuántos hachazos me había costado! Sólo quedaba llevarla hasta el agua: si lo lograba, sin duda, iniciaría el viaje más delirante y más inusitado que jamás se haya realizado.

Pero todos mis recursos para conducirla al mar fracasaron, aunque también me exigieron infinitos esfuerzos. La canoa estaba a no más de un centenar de yardas del agua, pero el primer inconveniente era una colina que se elevaba hacia el río. Pues bien, para evitar el desaliento, resolví cavar en la superficie de la tierra a fin de hacer un declive. Comencé a hacerlo, y me costó un trabajo inmenso: pero ¿quién se queja de fatiga viendo la posibilidad de salvarse? No obstante, cuando terminé el trabajo y superé esta dificultad, me encontré como al comienzo, pues, al igual que con el bote, no pude mover la canoa.

Más tarde medí la distancia que separaba la piragua del mar y decidí abrir una especie de canal o dársena, para llevar el agua hasta la piragua, ya que no lograba llevar la piragua hasta el agua. Puse manos a la obra pero, apenas comencé la labor y calculé la profundidad de la excavación que debía realizar, el ancho de la misma y las formas de quitar el material que extraía, comprendí, por el número de manos con que contaba, que no eran sino las propias, que pasarían diez o doce años antes de poder llevarlo a cabo: ya que, como la costa allí era elevada, mi zanja debía tener no menos de veinte pies de profundidad en lo más alto, por lo que, a pesar mío, debí renunciar también a este intento.

Esto me causó gran dolor, y ahora advertía, aunque demasiado tarde, la locura que suponía iniciar un trabajo sin calcular los costos, y sin medir la fuerza con que se cuenta para realizarlo.

Cumplí el cuarto año de permanencia en esta isla en medio de este trabajo, y observé el aniversario con la misma devoción y serenidad que las veces anteriores, pues, en virtud de un estudio constante y de una verdadera aplicación de la palabra de Dios, y gracias a su ayuda, alcancé una comprensión distinta de la que tenía hasta entonces, y una concepción diferente de las cosas. Ahora contemplaba el mundo como algo remoto, con lo que no tenía nada en común, en lo que no depositaba esperanza alguna y, ciertamente, de lo cual no tenía deseos: en una palabra, algo con lo que no tenía nada que ver, ni tendría nunca, de modo que se me aparecía como algo que acaso se podía considerar desde el más allá, es decir, como un lugar donde había vivido, pero al que había abandonado. En verdad, podía decir, como el padre Abraham al hombre rico: *Entre tú y yo hay un profundo abismo*^[38].

En primer lugar, me encontraba lejos de la perversidad del mundo. No sentía ni *la concupiscencia de la carne, ni la concupiscencia de los ojos, ni el fasto de la vida*. No tenía nada que envidiar, puesto que poseía todo aquello de lo que podía disfrutar y era el señor de toda la finca: podía, si eso me complacía, llamarme rey o emperador de esta tierra, de la que era poseedor. No tenía rivales ni competidores, nadie que disputase conmigo su dominio o su soberanía. Podía llenar barcos enteros de grano, pero no me hacía falta, de modo que sólo sembraba el que consideraba suficiente para mi sustento. Tenía multitud de tortugas o quelonios, pero sólo podía consumir una de vez en cuando. Tenía madera suficiente para construir una flota de barcos, que, una vez terminada, podía cargar con el vino y los racimos de pasas de mis abundantes viñas.

Pero aquello de lo que podía hacer uso, sólo para mí era valioso. Tenía lo suficiente para comer y cubrir mis necesidades: y ¡qué me importaba el resto! Si me procuraba más carne que la que podía consumir, sólo el perro o los gusanos podían dar cuenta de ella. Si sembraba más grano del que podía comer, el resto se echaba a perder. Los árboles que había cortado se pudrían sobre la tierra, ya que sólo podía usarlos como leña, y de ella sólo tenía necesidad para hacer la comida.

En una palabra, al cabo de una justa reflexión, comprendí que la naturaleza y la experiencia me habían enseñado que todas las cosas buenas de este mundo no son buenas más que por el uso que hacemos de ellas: y que las disfrutamos tanto cuando nos sirven como cuando las juntamos para dárselas a otros, pero no más. El más codicioso y rapaz avaro de este mundo se hubiese curado del vicio de la ambición, si hubiese estado en mi lugar, pues yo poseía infinitamente más cosas de las que me era posible disponer. No deseaba nada, como no fuesen algunas cosas insignificantes que,

desde luego, tenían gran utilidad para mí. Como he señalado anteriormente, poseía una suma de dinero tanto en oro como en plata: cerca de treinta y seis libras esterlinas. Y ¡ay de mí!, allí yacía aquella desagradable e inútil porquería con la cual nada podía hacer, y de la cual hubiese entregado con gusto un puñado a cambio de algunas pipas para tabaco o de un molino para moler el grano. Más aún, lo hubiese dado todo por seis peniques de semillas de nabos y zanahorias de Inglaterra o por un puñado de guisantes y habas, y un frasco de tinta. En mi situación, no podía sacar ningún beneficio ni ventaja de ella y allí estaba dentro de un cajón, cubriéndose de moho con la humedad de la cueva durante la estación de las lluvias. Y si hubiese tenido el cajón lleno de diamantes, hubiese ocurrido lo mismo: habrían carecido de valor alguno para mí, a causa de su inutilidad.

Ahora había conducido mi vida a un estado más feliz que al comienzo y mucho más cómodo, tanto para mi espíritu como para mi cuerpo. A menudo, me sentaba a comer agradeciendo y admirando la mano de la providencia divina, que había servido mi mesa en medio del desierto. Aprendí a considerar más el aspecto brillante de mi situación que su lado sombrío, y a valorar más lo que disfrutaba que lo que me faltaba, y este recurso, a veces, me proporcionó tan inefable consuelo, que apenas puedo expresarlo. Sin embargo, deseo subrayar esto aquí para inculcárselo en el espíritu a quienes se sientan descontentos y no sepan disfrutar confortablemente de lo que Dios les ha concedido, porque vuelven su mirada y su ambición hacia aquello que Él no les ha otorgado. Me parecía que todo nuestro descontento por aquello de lo que carecemos procede de nuestra falta de gratitud por lo que tenemos.

Otra reflexión de gran provecho para mí, y que sin duda lo sería para cualquiera que cayera en una desventura como la mía, fue comparar mi condición actual con la que imaginé al principio, o bien con la que ciertamente hubiese sido, si la buena providencia de Dios no hubiese dispuesto milagrosamente que el barco se acercase a la orilla y yo no sólo pudiese alcanzarlo, sino extraer de él todo lo que logré llevar hasta la playa, que ahora constituía mi salvación y mi bienestar, y sin lo cual no hubiese contado con herramientas para trabajar, con armas para defenderme ni con pólvora y municiones para conseguir mi alimento.

Pasé horas, por no decir días enteros, representándome con los más vivos colores de qué modo hubiese debido actuar, de no haber rescatado nada del barco, imaginando que no hubiese podido alimentarme más que con pescado y tortugas, y que como hubiese pasado mucho tiempo antes de encontrarlos, habría perecido antes: y que, de no morir, hubiese vivido como un verdadero salvaje: que, si hubiese matado una cabra o un ave mediante alguna estratagema, no habría podido despedazarla, ni abrirla, ni desollarla, ni sacarle las entrañas o trocearla, sino que me hubiese visto obligado a roerla con los dientes y a desgarrarla con las uñas como una bestia.

Estas reflexiones me hicieron muy sensible a la bondad de la providencia para conmigo, y me llevaron a reconocer especialmente mi actual situación con todas sus miserias y penurias. Aquí también debo recomendar la reflexión a aquellos que tienen

la tendencia de comentar acerca de su desventura: «¿Acaso hay aflicción como la mía?». Que ellos consideren cuánto más nefasta es la situación de algunas gentes y cuánto peor hubiese sido su suerte, si la providencia lo juzgara conveniente.

Me hacía otra reflexión que también contribuía a alimentar mis esperanzas. Comparaba mi situación actual con la que hubiese merecido y que, en consecuencia, tenía derecho a esperar de la justicia divina. Había llevado una vida malvada, absolutamente desprovista de todo conocimiento y temor de Dios. Había sido bien educado por mi padre y mi madre: ni uno ni otro habían dejado de inculcar en mi espíritu desde muy temprano un respeto religioso hacia Dios, un sentido de mi deber y de aquello que la naturaleza y la meta de mi vida exigían de mí. Pero ¡pobre de mí! Al haber caído muy pronto en la vida de marinero, que de todas era la existencia más desprovista de temor a Dios, aunque deba enfrentarse tan a menudo con sus cóleras: repito que, al haber caído muy pronto en la vida marinera y en la frecuentación de los marinos, el pequeño sentimiento religioso que había alimentado hasta entonces sucumbió a la sorna de mis compañeros, al endurecido desprecio por los peligros y a las visiones de la muerte, cada vez más habituales, a medida que me iba alejando paulatinamente de toda oportunidad de conversar con nadie que fuese distinto de mí o de oír algo respecto del bien o que tendiese a él.

Tan vacío estaba de cualquier sentimiento bueno, o del mínimo sentido de cómo era o debía ser, que hasta en ocasión de mis mayores alegrías de salvación, como fueron mi huida de Salé, mi rescate por el capitán portugués, mi feliz establecimiento en Brasil, o cuando recibí el cargamento de Inglaterra y cosas por el estilo, nunca dije ni pensé: «Gracias a Dios»: ni en el colmo de mi desventura le dirigía una plegaria a Dios o le decía por ejemplo: «Dios, ten piedad de mí». No, ni se me ocurría pronunciar el nombre de Dios, a menos que fuese para blasfemarle o jurar.

Y, como ya he dicho, pasé muchos meses en medio de terribles reflexiones que se referían a mi perversa e indigna vida pasada: y cuando miraba en derredor y consideraba los dones especiales que había recibido desde mi llegada a esta isla, de qué modo Dios me había tratado generosamente, no sólo al haber castigado mi inquietud con menos severidad de la que merecía, sino al otorgarme lo necesario con tanta prodigalidad, esto me daba la esperanza de que mi arrepentimiento hubiese sido aceptado, y que Dios aun guardaba para mí algo de su misericordia.

Con estos pensamientos hice que mi espíritu no sólo se resignase a la voluntad divina en las actuales circunstancias de mi vida, sino que hasta diese sinceras gracias a Dios por ella, teniendo en cuenta que aún estaba vivo y no debía quejarme, ya que no había recibido siquiera el justo castigo por mis pecados y gozaba de tantos privilegios como nunca hubiese podido esperar en un sitio como aquél; que no debía volver a lamentarme de mi condición, sino regocijarme por ella, y dar gracias a Dios por el pan cotidiano que sólo milagrosamente me había sido concedido. Debía recordar asimismo que había recibido alimento por obra de un milagro, casi tan grande como el de los cuervos que habían alimentado a Elías^[39], o por una serie de

milagros. Además, difícilmente hubiese podido elegir otro sitio desierto de la tierra con más ventajas, que aquel a donde había sido arrojado; un sitio donde, si bien no tenía compañía, lo cual constituía una de mis desventuras, tampoco había encontrado animales feroces, ni furiosos lobos, ni tigres que amenazaran mi vida, ni criaturas venenosas o nocivas, con las que me hubiese perjudicado en caso de alimentarme con ellas, ni salvajes dispuestos a matarme y devorarme.

En una palabra, si por un lado mi vida era desventurada, por otro era una vida de gracia; y, para transformarla en una vida confortable, sólo debía encontrar motivo de cotidiano consuelo en la conciencia de la bondad y misericordia de Dios para conmigo en mi situación. De este modo, después de haber meditado con justicia todas estas cosas, seguí adelante sin volver a sentirme triste.

Había transcurrido tanto tiempo aquí, que muchas de las cosas que había llevado a tierra para mi provecho se habían acabado, o estaban muy deterioradas o inservibles.

Como ya he observado, la tinta se había agotado casi totalmente, y sólo quedaba un poco que fui mezclando con agua, hasta que se volvió tan pálida que apenas dejaba trazos negros sobre el papel. Mientras duró, la usé para llevar la cuenta de los días en que me ocurría algo significativo. Recuerdo que al principio había notado una extraña coincidencia de fechas en los diversos acontecimientos que me tocaba vivir, y que, si hubiese sido supersticioso y hubiese experimentado la tendencia de atribuir a los días un valor auspicioso o fatal, habría tenido motivos para reflexionar sobre las circunstancias que me rodeaban con peculiar curiosidad.

En primer lugar, había observado que el mismo día en que había abandonado a mis padres y a mis amigos, huyendo a Hull a fin de embarcarme, era el mismo en que, más tarde, había sido capturado por el corsario de Salé y reducido a la esclavitud.

El mismo día del año en que me salvé del naufragio del barco en la rada de Yarmouth, ese día, un año después, huí de Salé con la chalupa.

El mismo día de mi nacimiento. 30 de septiembre, fue el día en que, veintiséis años más tarde, salvé mi vida milagrosamente cuando fui arrojado a las costas de esta isla, de modo tal que mi vida perversa y mi vida solitaria comenzaron ambas en la misma fecha.

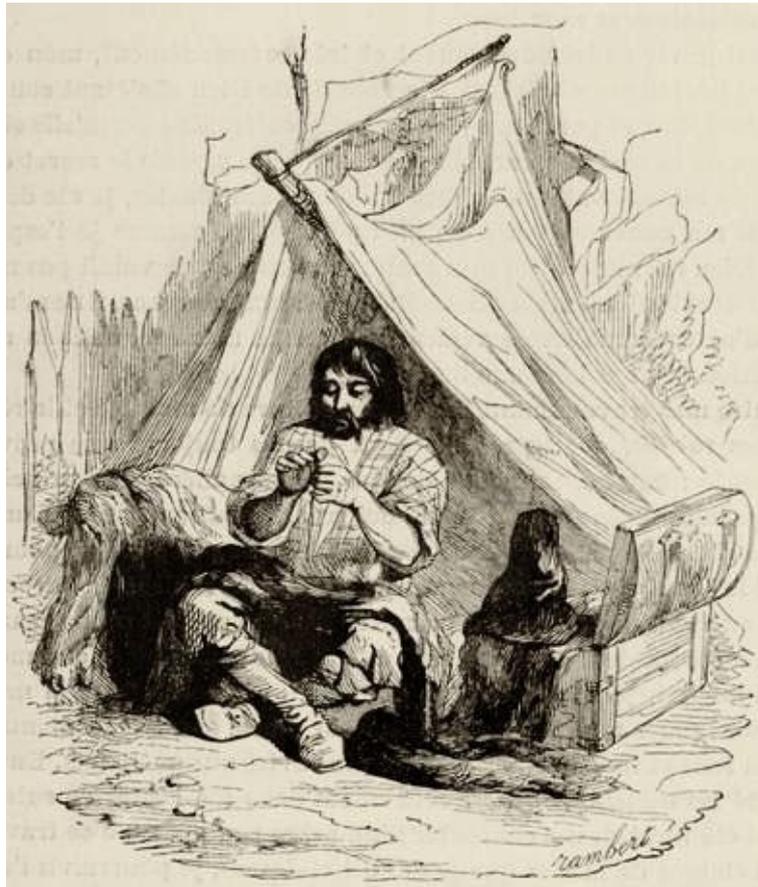
Inmediatamente después de la tinta, lo primero que se acabó fue el pan, es decir, la galleta que había rescatado de la nave, y que había consumido con suma frugalidad, permitiéndome comer sólo una por día durante un año, y aun así, me pasé casi un año sin pan hasta que pude contar con mi propio grano; y tenía grandes razones para sentirme agradecido por tenerlo, ya que, como he observado, su obtención fue casi milagrosa.

También mis ropas comenzaban a decaer notablemente. Al cabo de un tiempo me quedé sin lienzo; sólo conservaba algunas camisas a cuadros que había encontrado en los arcones de los otros marinos y que guardé con cuidado, porque a menudo eran las

únicas prendas que podía tolerar, y fue una gran suerte para mí que hubiese casi tres docenas de ellas entre las ropas de los marineros del barco. También había numerosos capotes gruesos, pero que eran demasiado pesados y, aunque en verdad el clima era tan caluroso que no tenía necesidad de ropas, no podía andar totalmente desnudo. No, aun cuando me hubiese sentido inclinado a hacerlo, lo que no era así, porque no podía siquiera tolerar la idea de pensarlo, aunque estuviese solo.

La razón por la cual no podía estar completamente desnudo era que el calor del sol me resultaba más difícil de soportar cuando estaba desnudo, que cuando llevaba alguna prenda encima. En realidad, los rayos del sol a menudo me producían ampollas en la piel, mientras que con una camisa el aire se movía un poco dentro del tejido, y me procuraba una sensación de frescura mucho mayor que cuando no la tenía. Tampoco pude nunca exponerme a los rayos del sol sin gorra o sombrero. El calor del sol, que en aquellas regiones golpea con tanta violencia, me hubiese provocado dolor de cabeza, al caer tan directamente sobre ella, si no me hubiese protegido con una gorra o sombrero, de modo que, como no lo soportaba, con la cabeza cubierta evitaba esas consecuencias.

Por tanto, comencé a considerar la posibilidad de ordenar los pocos harapos que tenía y que solía llamar mis vestidos. Había gastado todos los chalecos y ahora mi tarea consistía en tratar de hacer chaquetas con los capotes y con otros materiales que tenía. Empecé, pues, a hacer de sastre, pero los resultados fueron lastimosos. Sin embargo, logré confeccionar dos o tres chaquetas, que esperaba me durasen mucho tiempo. En cuanto a los pantalones o calzones, los resultados fueron aún más desastrosos hasta más adelante.



He dicho que solía conservar la piel de todos los animales que mataba, me refiero a los cuadrúpedos, y como las colgaba al sol, extendiéndolas con ayuda de palos, algunas estaban tan secas y duras que apenas servían para nada, pero otras me resultaron muy útiles. Lo primero que hice con ellas fue un gran sombrero, con la piel hacia fuera para que no se filtrase la lluvia, lo que logré hacer con tan buen resultado, que luego me confeccioné una vestimenta completa, es decir, una casaca, calzones abiertos en las rodillas, ambos muy amplios, que me sirvieron fundamentalmente para el calor más que para el frío. No debo dejar de reconocer que su hechura era desastrosa y que si era un mal carpintero, era aún peor sastre. Sin embargo, me rindieron gran provecho, y cuando estaba fuera y por casualidad llovía, la piel de la casaca y del sombrero me mantenían perfectamente seco.

Luego empleé mucho tiempo y esfuerzos para fabricar una sombrilla que me hacía mucha falta y que había proyectado hacer. Las había visto confeccionar en Brasil, donde resultan de gran utilidad, a causa del excesivo calor, y el que yo debía soportar en mi isla era tanto o más fuerte, ya que me encontraba más cerca del equinoccio. Además, como me veía forzado a salir constantemente, constituía algo muy útil para mí, tanto para las lluvias como para los calores. La emprendí con infinito trabajo y pasé mucho tiempo sin poder hacer nada que se le pareciese; más bien, cuando creí haber encontrado la forma, eché a perder dos o tres antes de alcanzar la que imaginaba mi fantasía; pero, por fin, fabriqué una que cumplía sus propósitos igualmente bien. La principal dificultad consistió en que pudiese cerrarse. Hubiese podido conformarme con dejarla abierta, pero de esa forma tenía que llevarla

siempre sobre la cabeza, lo cual no resultaba cómodo. Finalmente, repito, logré hacer una bastante adecuada y la cubrí de piel, con el pelo hacia fuera, de manera que, a modo de tejado, me protegiera de la lluvia y del sol tan eficazmente como para que pudiese salir con el más tórrido de los climas, y me sintiese aún mejor que con el tiempo fresco; y que, cuando no necesitase de ella, tuviese la posibilidad de cerrarla y llevarla bajo el brazo.

Vivía, pues, cómodamente, con el espíritu absolutamente sereno y resignado a la voluntad de Dios y por entero a disposición de su providencia. Por tanto, mi vida era aún mejor que la vida social, puesto que cuando me lamentaba de la falta de conversación me preguntaba si no era preferible conversar con mis pensamientos y —si me es lícito decirlo— con el mismo Dios, a través de mis plegarias, que disfrutar de la sociedad humana.

No puedo decir que después de esto, durante cinco años, me ocurriese nada extraordinario. Mi vida siguió el mismo curso, en el mismo sitio de siempre. Además de mi cultivo anual de cebada y arroz, y de la recolección de pasas de uva —de ambas cosas guardaba una provisión suficiente para un año—, como iba diciendo, además de esto y de mis salidas cotidianas con la escopeta, tenía una ocupación primordial: la construcción de mi canoa, que por fin terminé y logré acercar al río una media milla mediante un canal que cavé, y que tenía seis pies de ancho y cuatro de profundidad. En cuanto a la primera, era desmesuradamente grande, ya que había emprendido su construcción sin pensar —como debí haber hecho antes— en la forma de ponerla en el agua. De modo que, como nunca pude llevarla hasta el agua ni llevar el agua hasta ella, me vi forzado a dejarla donde estaba, como un recordatorio que me enseñase a ser más precavido la próxima vez. En efecto, en esta ocasión, aunque no pude encontrar un árbol conveniente que estuviera a menos de una milla de distancia hasta donde pudiese conducir el agua, me di cuenta que mi proyecto no era impracticable y decidí no abandonarlo. Pese a haber invertido dos años en él, nunca lo hice con desgana, sino con la esperanza de poder finalmente contar con un bote para lanzarme al mar.

Sin embargo, cuando mi pequeña piragua estuvo terminada, advertí que sus dimensiones no respondían al propósito que me había fijado al emprender la fabricación del primer bote: es decir, aventurarme hacia la tierra firme que se encontraba a más de cuarenta millas de distancia. De forma que la pequeñez de mi embarcación puso fin a mi proyecto y no pensé más en ello, pero resolví usar la piragua para hacer un recorrido por la isla, pues como ya había estado por el otro lado en un solo punto, y había emprendido la travesía por tierra, tal como lo he relatado ya, los descubrimientos que había hecho en aquel breve viaje me despertaron intensos deseos de ver otras partes de la costa, y ahora que tenía un bote, sólo pensaba en navegar alrededor de la isla.

Con este proyecto, y a fin de actuar de la forma más segura y regular posible, adapté un pequeño mástil a la piragua y confeccioné una vela con algunos trozos de los que había rescatado del barco, y que tenía guardados en gran cantidad.

Una vez ajustados el mástil y la vela, hice un ensayo con la piragua y advertí que navegaba muy bien. En sus extremos, construí pequeños armarios o cajones para conservar secos mis suministros y municiones, protegiéndolos de la lluvia o de las salpicaduras del mar; luego practiqué una larga hendidura en el interior de la piragua para colocar la escopeta, agregando una tapa para asegurarla contra la humedad.

A popa, aseguré la sombrilla al mástil para que me defendiera de los rayos del sol, como si fuese una tienda: así equipado, de vez en cuando hacía una pequeña excursión por mar, pero nunca me internaba demasiado ni me alejaba del río: pero al fin, ansioso por ver la circunferencia de mi pequeño reino, decidí emprender el viaje, y aprovisioné mi embarcación en consecuencia. Embarqué dos docenas de panes (que debería llamar más precisamente bollos) de cebada, una vasija de barro llena de arroz seco, alimento que solía consumir en gran cantidad, una pequeña botella de ron, media cabra, pólvora y municiones para matar otras y dos grandes capotes que, como he dicho, había rescatado de los arcones de los marineros, uno de los cuales usaba para acostarme encima y el otro para cubrirme por la noche.



Era el 6 de noviembre del sexto año de mi reinado, o de mi cautiverio, como gustéis, cuando emprendí mi viaje, que resultó más largo de lo que yo había calculado, pues, aunque la isla en sí no era muy grande, al llegar a su costa oriental me encontré con un gran arrecife que se extendía más de dos leguas mar adentro. Algunas rocas asomaban por encima del agua, mientras que otras se encontraban por debajo de ella y más allá había un banco de arena seco que se prolongaba más de media legua, de modo que para salvar este escollo debía internarme en el mar.

Cuando vi las rocas por primera vez, estuve a punto de renunciar a mi empresa y regresar, puesto que no sabía hasta dónde me vería obligado a internarme y, sobre todo, porque no sabía cómo volver; así que eché anclas, pues había hecho una especie de ancla con un trozo de arpón roto que había extraído del barco.

Una vez asegurada la piragua, cogí la escopeta y me encamine hacia la costa; subí una colina que parecía dominar aquel punto y desde allí pude observar toda su

extensión, después de lo cual resolví aventurarme.

Cuando observé el mar desde la colina, advertí una fuerte corriente, verdaderamente furiosa, que corría en dirección este y que llegaba casi hasta los escollos. La observé minuciosamente porque me di cuenta del peligro que involucraba, ya que una vez llegado allí podría ser arrastrado mar adentro por su impulso, sin posibilidad de volver a la isla. Sin duda alguna, así hubiese ocurrido, si no hubiese trepado antes a la colina, porque la misma corriente dominaba el otro lado de la isla, sólo que a mayor distancia. Asimismo, vi un vertiginoso remolino subterráneo, de modo que apenas evitase la primera corriente, me encontraría con el remolino.

Sin embargo, aquí me quedé dos días porque el fuerte viento que soplaba del este-sureste, es decir, en dirección opuesta a la corriente, levantaba un gran oleaje en aquel punto, de forma que no era seguro mantenerse demasiado cerca de la costa ni demasiado lejos de ella, a causa de la corriente.

Al tercer día por la mañana, el viento se había calmado durante la noche y el mar estaba tranquilo, así que me aventure. Que este acontecimiento sirva de experiencia a los pilotos ignorantes y temerarios, pues no me había alejado de la costa a una distancia mayor que el largo de mi embarcación, cuando me encontré en aguas profundas y en medio de una corriente, tan ligera y vertiginosa como las aspas de un molino, que arrastró el bote con una violencia que, pese a todos mis esfuerzos, apenas me permitía mantenerlo en los márgenes de la corriente, y que me alejaba cada vez más del remolino, situado a mi izquierda. No había viento que pudiese ayudarme y todas mis energías con los remos no significaban nada, de tal forma que comenzaba a darme por vencido, ya que, como la corriente estaba a los dos lados de la isla, sabía que a pocas leguas ambos cursos debían unirse y entonces yo me vería irremisiblemente perdido. Tampoco veía posibilidad alguna de evitarlo y no me quedaba otra alternativa que perecer, no a causa del mar, que se mostraba muy calmado, sino de hambre. En verdad, en la costa había encontrado una tortuga tan pesada que apenas pude levantarla y que puse dentro de la piragua; tenía una gran vasija (mejor dicho, uno de mis cacharros) llena de agua fresca, pero ¿qué significaba todo esto en medio de la inmensidad del océano, donde con seguridad no encontraría ni tierra ni islas antes de mil leguas?

Y ahora comprendía con cuánta facilidad podía la providencia de Dios convertir la situación más terrible en otra aún más deplorable. Ahora recordaba mi desolada isla como el sitio más agradable de la tierra, y la única felicidad a la que aspiraba mi corazón era a poder volver nuevamente allí. Extendía las manos hacia ella exclamando:

—¡Oh, feliz desierto!, ¿no volveré a verte? ¡Oh, miserable criatura!, ¿adónde voy?

Después me reprochaba por mi naturaleza ingrata y por haberme lamentado de mi soledad; y ahora, ¡qué no hubiese dado por estar nuevamente en la costa! Así es: no

valoramos el verdadero estado de nuestra situación hasta que lo vemos ilustrado por una circunstancia más desfavorable, ni sabemos apreciar lo que disfrutamos hasta que no lo tenemos. Es difícil imaginar la consternación en la que me encontraba sumido, al verme arrastrado lejos de mi amada isla (pues así la sentía ahora), a casi dos leguas de distancia y en medio del enorme océano, desolado ante la idea de no poder volver a ella.

No obstante luché con todas mis fuerzas hasta quedar exhausto, tratando en lo posible de mantener el bote en dirección al norte, es decir, hacia el margen de la corriente donde se encontraba el remolino, hasta que, cerca de mediodía, me pareció sentir en el rostro una levísima brisa que se elevaba desde el sur-sureste. Esto me alentó un poco, especialmente cuando alrededor de media hora después la brisa se transformó en un pequeño ventarrón. Para entonces me encontraba a una sobrecogedora distancia de la isla. Si se hubiese producido la menor neblina, otro hubiese sido mi destino, porque no llevaba brújula a bordo y no hubiese sabido en qué dirección avanzar para alcanzar la isla, si acaso la perdía de vista. Pero el tiempo se mantenía diáfano y entonces me dispuse a erigir el mástil y a extender la vela, siempre tratando de mantenerme en dirección al norte para evitar la corriente.

Apenas terminé de poner el mástil y la vela, y en cuanto el bote comenzó a deslizarse más de prisa, advertí por la transparencia del agua que acababa de producirse un cambio en la corriente, porque donde ésta era más violenta, el agua era más turbia; pero, ahora que el agua se veía límpida, comprendí que la corriente había disminuido su violencia y que, a cerca de media legua en dirección al este, había una rompiente sobre unas rocas que dividían la corriente en dos brazos; el principal, fluía hacia el sur, dejando los escollos al nordeste, mientras que el otro se dirigía hacia las rocas, giraba sobre sí mismo y generaba un flujo intenso que retrocedía hacia el noroeste en un curso sumamente veloz.

Quienes hayan experimentado el perdón al pie del cadalso, o hayan sido liberados de los delincuentes cuando éstos estaban a punto de quitarle la vida, sólo aquellos que se hayan encontrado en este extremo peligro, pueden comprender el sentimiento de gozo y alivio que sentí en el momento en que dirigí mi embarcación hacia la corriente de este remolino, y con qué alegría extendí las velas al viento que impulsaba el bote hacia adelante, con una fuerte marea o remolino debajo de la quilla.

Este remolino me llevó cerca de una legua en dirección a mi ruta inicial hacia la isla, pero me impulsó dos leguas más al norte con respecto a la primera corriente, que me había arrastrado a la deriva, de modo que cuando me aproximé a la isla me encontré frente a la costa septentrional de la misma; es decir, en la ribera opuesta a aquella de donde había salido.

Cuando había recorrido poco más de una legua con la ayuda de esta corriente o remolino, advertí que ésta se había agotado y que ya no me serena más. Sin embargo, estaba entre las dos grandes corrientes, es decir, la del sur, que me había alejado, y la del norte, que estaba a cerca de una legua al otro lado: repito: entre estas dos

corrientes, en dirección a la isla, el agua permanecía en calma y no me impulsaba en ningún sentido, y gracias a una brisa que me resultaba favorable seguí avanzando hacia la costa, aunque no tan velozmente como antes.

Hacia las cuatro de la tarde, cuando estaba a cerca de una legua de la isla, divisé las rocas que ocasionaron este desastre, que se extendían, como he descrito antes, hacia el sur, y que por supuesto, al impulsar la corriente en dirección a este punto, habían formado otra corriente hacia el norte, que según podía observar era muy fuerte pero que no se encontraba en mi rumbo, que apuntaba hacia el oeste, sino casi completamente al norte. Sin embargo, con la ayuda del viento crucé esta corriente hacia el noroeste, en dirección oblicua, y en una media hora me encontré a una milla de la costa, y desde allí, navegando en aguas serenas, no tardé en alcanzar la playa.

Cuando puse los pies en tierra, caí de rodillas y di gracias a Dios por haberme salvado y resolví dejar de lado todos los propósitos de escapar sirviéndome de un bote. Me repuse con los alimentos que había traído conmigo, acerqué el bote hasta la costa, colocándolo en una pequeña ensenada que descubrí entre los árboles y me eché a descansar, porque estaba extenuado por los esfuerzos y la fatiga del viaje.

Ahora no sabía con certeza qué dirección tomar para volver a casa con el bote. Había corrido tantos riesgos y conocía tan bien la situación, que no estaba dispuesto a intentar nuevamente el camino por donde había venido. Tampoco sabía qué podía hallar en la ribera opuesta (me refiero a la occidental) ni tenía ánimos para ir al encuentro de nuevos peligros. De forma que, a la mañana siguiente, resolví recorrer la costa en dirección al oeste y ver si lograba encontrar algún río donde pudiera dejar a salvo la piragua, para disponer de ella cuando la necesitara. Al cabo de tres millas más o menos, mientras iba avanzando por la costa, llegué a una excelente ensenada o bahía, que tendría cerca de una milla de profundidad y que se estrechaba hasta la desembocadura de un riachuelo, que sirvió de puerto a mi embarcación, y donde podía dejarla como si fuese una pequeña dársena construida especialmente para ella. Penetré en la bahía y, después de haber asegurado mi bote, me encaminé hacia la costa para explorar el sitio y ver dónde me encontraba.

Pronto advertí que no había avanzado mucho más allá del lugar donde había estado anteriormente, cuando hice la travesía a pie hacia aquella costa, de modo que sólo saqué del bote la escopeta y la sombrilla, pues hacía un calor intenso, e inicié mi marcha. El viaje me resultó muy agradable, comparado con el que acababa de llevar a cabo, y llegué a mi vieja glorieta por la tarde, encontrando todo tal como lo había dejado, ya que siempre la mantenía ordenada, considerándola, como he dicho antes, mi casa de campo.

Atravesé la muralla y me recosté a la sombra para descansar mis miembros, pues estaba extenuado, y me dormí. Pero juzgad, vosotros que leéis mi historia, cuál sería mi sorpresa cuando me desperté al oír una voz que me llamaba repitiendo: «Robin, Robin, Robin Crusoe, pobre Robin Crusoe, ¿dónde estás, Robin Crusoe? ¿Dónde estás? ¿Dónde has estado?».

Al principio estaba tan profundamente entregado al sueño, por la fatiga de haber remado, o bogado, como suele decirse, durante la primera parte del día, y por la caminata de la tarde, que no lograba despertarme totalmente, sino que oscilaba entre el sueño y la vigilia, soñando que alguien me hablaba. Pero como la voz siguió repitiendo: «Robin Crusoe, Robin Crusoe», finalmente me desperté y al principio me asusté terriblemente y me puse de pie consternado. Pero apenas abrí los ojos vi a mi *Poli* apoyado en el borde del cercado e inmediatamente comprendí que era él quien me hablaba, porque era en ese tono plañidero, que yo le había enseñado y él lo había aprendido con tanta perfección, en el que, posándose en mi dedo y acercando el pico a mi rostro, repetía: «Pobre Robin Crusoe, ¿dónde estás? ¿Dónde has estado? ¿Cómo has llegado hasta aquí?», y cosas por el estilo que yo le había enseñado.



No obstante, aun sabiendo que se trataba del loro y que sin duda no podía ser ningún otro, pasó un buen rato hasta que me repuse del susto. Primero, no sabía cómo había podido llegar tan lejos, y segundo, cómo se encontraba allí y no en otra parte, pero como ya me había serenado al comprender que no podía ser otro que mi fiel *Poli*, lo llamé por su nombre y la amistosa criatura se me acercó y se apoyó en mi pulgar, como de costumbre, y acercando el pico a mi rostro, exclamó: «Pobre Robin Crusoe, ¿dónde estás? ¿Dónde has estado?», como si se alegrara de verme nuevamente: y así, lo llevé conmigo de regreso a casa.

Por mucho tiempo no experimenté el menor deseo de volver al mar, y me quedé en paz meditando sobre el peligro vivido. Hubiera deseado tener nuevamente la piragua a este lado de la isla, pero no sabía cómo podía traerla hasta allí. En cuanto a la costa oriental de la isla en la que había estado, sabía que no volvería a arriesgarme, ya que mi corazón se estremecía y se helaba mi sangre ante la sola idea de pensarlo. Y no sabía que podía encontrar en la otra costa de la isla, pero, en el supuesto de que la corriente la golpease con la misma violencia con que azotaba la otra orilla, el riesgo de ser arrastrado por el agua y alejado de la isla como ya me había sucedido era el mismo. Todas estas razones me hicieron resignarme a la idea de no tener la piragua, pese a que me había costado tantos meses de trabajo hacerla, y luego tantos otros para lanzarla al mar.

En este estado de ánimo pasé un año de vida serena y retirada, como es fácil imaginar. Mis pensamientos se acomodaban perfectamente a mi situación y me sentía

plenamente resignado a las disposiciones de la providencia, en la convicción de que llevaba una vida completamente feliz, si no tenía en cuenta la ausencia de sociedad.

Durante este período me perfeccioné en todas las tareas mecánicas a las que debía aplicarme según mis necesidades, y creo que podía considerarme como un buen carpintero, teniendo en cuenta las pocas herramientas de que disponía.

Además, llegué a hacer con sorprendente perfección mis objetos de alfarería y busqué un medio para moldearlos con una especie de torno, lo cual mejoraba y reducía el trabajo infinitamente, pues logré dar formas redondas y bien proporcionadas a aquellas cosas que antes resultaban tan desagradables a la vista. Pero creo que nunca me enorgullecí tanto de mi obra ni me sentí tan alegre como cuando descubrí la forma de hacer una pipa. Y pese a que, una vez terminada, resultaba una pieza tosca y lea, hecha de barro rojo, como mis otros cacharos de arcilla, era fuerte y sólida y tiraba bien el humo, proporcionándome gran satisfacción, porque yo estaba acostumbrado a fumar. A bordo de la nave había numerosas pipas, pero al principio las deseché, no sabiendo que encontraría tabaco en la isla, y, más tarde, cuando revisé nuevamente el barco, no pude encontrar ninguna.

También hice grandes progresos en cestería y confeccioné, tan bien como la imaginación me lo permitió, multitud de canastos, que si bien no eran muy elegantes, resultaban muy útiles y convenientes para ordenar algunas cosas en ellos y transportar otras a casa. Por ejemplo, si mataba una cabra, la colgaba de un árbol, la desollaba, la cortaba en trozos y la traía a casa en un cesto. Lo mismo hacía con las tortugas: las cortaba, les sacaba los huevos y separaba uno o dos pedazos de carne, que eran suficientes para mí y traía todo esto a casa en un cesto, abandonando el resto. Los canastos grandes y profundos me servían para guardar el grano, que siempre desgranaba apenas estaba seco, y que luego conservaba en otros grandes cestos.

Ahora comencé a advertir que la pólvora disminuía considerablemente y ésta era una pérdida que me resultaba imposible de reemplazar, de modo que empecé a considerar seriamente qué hacer cuando se acabara, es decir, cómo debía hacer para matar una cabra. Como ya he dicho, en mi tercer año de permanencia en la isla apresé una pequeña cabra y la domesticué con la esperanza de encontrar un macho cabrío, pero no pude lograrlo. Luego, la que tenía creció y no tuve corazón para matarla hasta que por fin murió de vieja.

Pero estaba en el undécimo año de mi residencia y, como he señalado, la munición comenzaba a escasear, de forma que me dediqué a estudiar algún medio para atrapar o cazar unas cabras y ver si podía capturarlas vivas, especialmente una cabra hembra con cría.

Con este propósito hice algunas redes y creo que más de una cayó en ellas, pero como mis lazos no eran eficaces —pues no tenía alambre— siempre los encontraba rotos y el cebo comido.

Por último intenté una trampa: cavé numerosos fosos en la tierra en sitios donde, según había observado, solían pacer las cabras y sobre ellos puse unos cestones hechos por mí, con un gran peso encima. Además, muchas veces dejé espigas de cebada o arroz seco sin colocar la trampa y pude observar, por las huellas de sus patas, que las cabras se las habían comido. Por último, tendí tres trampas en una noche y a la mañana siguiente las encontré intactas, aunque el cebo había sido devorado. Esto me resultó muy desalentador; sin embargo, modifiqué mis trampas y, para no aburrir con detalles, diré que por fin, cuando fui a verlas, en una de ellas encontré un macho cabrío y en otras, tres cabritos, uno macho y dos hembras.



En cuanto al más viejo, no sabía qué hacer con él porque era muy arisco y no me atrevía a descender al foso para tratar de llevármelo vivo, que era lo que tanto deseaba. Hubiese podido matarlo, pero que no era mi propósito ni respondía a mi objetivo, de modo que lo liberé y huyó, como si hubiese estado loco de espanto. Yo aún no sabía lo que aprendí más tarde: que el hambre puede amansar a un león. Si lo hubiera dejado tres o cuatro días allí, sin comida, y luego le hubiese llevado agua y un poco de grano, se habría vuelto tan manso como los más pequeños, pues estos animales son muy sagaces y dóciles cuando uno sabe tratar con ellos.

Como quiera que sea, lo dejé marchar, sin saber de nada mejor en aquel momento. Luego cogí a los más pequeños, uno por uno, y los amarré a todos juntos con un cordel, llevándomelos a casa, no sin dificultades.

Pasó un tiempo antes de que quisieran comer, pero tentados por el buen grano comenzaron a domesticarse. Ahora comprendía que, si mi intención era alimentarme con carne de cabra, cuando se acabara la munición y la pólvora, no tendría más

remedio que criarlas y domesticarlas para tenerlas en los alrededores de mi casa, como si fuesen un rebaño de ovejas.

Pero luego pensé que debía separar las cabras domésticas de las salvajes, pues de lo contrario, cuando crecieran se volverían salvajes, y que para ello tenía que cercar una extensión de tierra, mediante una valla o empalizada que impidiera salir a las que estuviesen dentro y no permitiera entrar a las de fuera.

La empresa era demasiado ambiciosa para un solo par de manos. Sin embargo, como comprendía la absoluta necesidad de hacerlo, en primer lugar me ocupé de buscar un terreno adecuado donde hubiera hierba para que se alimentaran, agua para beber y sombra para protegerlas del sol.

Los que conocen este tipo de cercado pensarán que tuve poco ingenio al elegir como sitio adecuado una pradera o sabana (como las llamamos los ingleses en las colonias de occidente^[40]) lisa y abierta, sombreada por árboles en uno de sus extremos, por donde serpenteaban dos o tres hilos de agua. Como digo, se sonreirían con mi plan, sabiendo que el cercado de este predio suponía construir una valla o empalizada de por lo menos dos millas. Por otra parte, mi locura no era solamente ignorar la dimensión del terreno, ya que tal vez hubiese tenido tiempo suficiente para cercar un recinto de hasta diez millas, sino no tener en cuenta que en una extensión semejante las cabras hubiesen seguido siendo tan salvajes como si se encontraran desparramadas por toda la isla, y que si debía perseguirlas en un espacio de aquellas dimensiones nunca podría darles caza.

Cuando llegué a esta conclusión, ya había iniciado la construcción del cercado, que tenía unas cincuenta yardas. Lo interrumpí de inmediato, y para empezar, decidí cercar un terreno de alrededor de 150 yardas de largo por 100 de ancho, donde podía mantener a los animales que pudiera reunir en un tiempo relativamente breve; si más tarde deseaba aumentar el rebaño, podía ampliar la superficie del recinto.

Esto significaba actuar con cierta prudencia y me puse a trabajar con denuedo. Empleé unos tres meses en cercar el primer fragmento: mientras, mantuve a los tres cabritos amarrados en la mejor parte del terreno, haciéndolos pacer tan cerca de mí como fuese posible, con el objeto de que se fueran habituando. Con frecuencia les llevaba algunas espigas de cebada o un puñado de arroz y comían de mi mano, así que cuando terminé la valla y los dejé en libertad, me seguían de un lado a otro, balando por un puñado de grano.

Había cumplido mi propósito y, al cabo de un año y medio, me encontré con un rebaño de doce cabras, contando también las crías; dos años más tarde, tenía cuarenta y tres, sin contar las que había matado para comer. Con posterioridad cerqué otros cinco predios, donde se alimentaban, e hice pequeños corrales, donde las conducía cuando necesitaba coger alguna, y puertas que comunicaban un predio con otro.

Pero esto no es todo, porque ahora no sólo tenía carne de cabra para comer cuando quería, sino también leche, algo en lo que ni siquiera había pensado en un principio, y que cuando lo descubrí me proporcionó una sorpresa verdaderamente

agradable. Ahora tenía mi lechería y a veces sacaba uno o dos galones de leche por día. Y como la naturaleza, que al proporcionar alimentos a todas las criaturas les enseña también naturalmente cómo hacer uso de ellos, yo, que jamás había ordeñado una vaca y mucho menos una cabra, ni había visto hacer mantequilla ni queso, logré hacer ambas cosas con fluidez y presteza, después de varios ensayos y fracasos, y en adelante nunca me faltaron.

¡Cuán misericordioso puede ser nuestro Creador con sus criaturas, aun en condiciones en que parecen estar agobiadas y al borde de la destrucción! ¡Hasta qué punto puede El dulcificar las más amargas circunstancias y darnos motivo para alabarlo, aun en calabozos y prisiones! ¡Y qué mesa me había sido servida en medio del desierto, donde al comienzo sólo imaginé morir de hambre!

El más estoico hubiese reído, al verme sentado a la mesa rodeado por mi pequeña familia: allí estaba yo, su majestad el príncipe y señor de toda la isla. La vida de todos mis vasallos estaba sometida a mi absoluta voluntad: podía apresarlos, destriparlos, darles o quitarles la libertad y no había un solo rebelde entre mis súbditos.

Y al igual que un rey, comía absolutamente solo, asistido por todos mis servidores. *Poli*, como si fuese mi favorito, era el único que estaba autorizado para hablarme. El perro, que ya estaba viejo y maltrecho y no había encontrado ningún otro de su especie para multiplicarse, siempre se sentaba a mi derecha, y los dos gatos uno a cada lado de la mesa, esperando que de vez en cuando les diera algo de comer en la mano, como señal de favor especial.

Pero éstos no eran los dos gatos que había traído de la nave, ya que aquéllos habían muerto y yo mismo los había enterrado cerca de la casa. Uno de ellos había tenido cría con algún animal, cuya especie yo desconocía, y éstos eran dos ejemplares de la prole que había conservado conmigo, mientras que los demás habían huido a los bosques y se habían vuelto salvajes, hasta el punto de convertirse en criaturas realmente fastidiosas para mí, pues a menudo venían a casa y me saqueaban, hasta que por fin me vi obligado a matarlos, y maté a varios para que me dejaran en paz.

Vivía, pues, en la abundancia y acompañado como he dicho, de modo que no podía lamentarme de que me faltase nada, como no fuese la compañía de otros hombres, pero en cuanto a esto, poco después no pude decir lo mismo.

Ya he señalado que estaba algo impaciente por recuperar el bote, aunque no estuviese dispuesto a correr nuevos riesgos, y a veces, me sentaba a imaginar la forma de traerlo por la costa, y otras, me resignaba a la idea de no tenerlo conmigo. Pero sentía una extraña inquietud de espíritu ante la posibilidad de volver a aquel punto de la isla donde, como he dicho, durante mi último viaje había trepado a una colina para observar la costa y la dirección de la corriente, a fin de decidir qué debía hacer. Esta tentación iba creciendo día a día y por fin me decidí a hacer la travesía por tierra, siguiendo la costa. Y así lo hice. Cualquiera que en Inglaterra se hubiese topado con alguien como yo, se habría asustado o reído a carcajadas, y como frecuentemente me observaba a mí mismo, no podía dejar de sonreír ante la sola idea

de pasear por Yorkshire con un equipaje y una indumentaria como los míos. Puedo dar una idea de mi aspecto con la siguiente descripción:

Llevaba un gran sombrero informe, hecho de cuero de cabra con un colgajo en la parte de atrás, que servía para protegerme la nuca de los rayos del sol o de la lluvia, teniendo en cuenta que no hay nada más nocivo en estos climas que la lluvia que se filtra a través de las ropas.

Tenía una casaca corta hecha de cuero de cabra, cuyas faldas me llegaban hasta la mitad de los muslos, y un par de calzones abiertos en las rodillas, del mismo material. Estos calzones estaban confeccionados con la piel de un viejo macho cabrío, cuyo pelo colgaba a cada lado, tan largo que a modo de pantalón llegaba hasta mis pantorrillas. No tenía medias ni zapatos, pero me había fabricado un par de una cosa que no sé cómo llamar, una especie de bota que me cubría la pierna y se abrochaba a los lados como polainas, pero de forma tan extravagante como la del resto de mi indumentaria.

Llevaba un grueso cinturón de cuero de cabra desecado, cuyos extremos unía mediante dos correas del mismo material, en lugar de hebilla, y a guisa de puñal o espada, usaba de un lado una pequeña sierra y del otro, un hacha. Tenía otro cinturón más delgado que se abrochaba de la misma forma y que colgaba de los hombros, de cuyo extremo pendían bajo mi brazo izquierdo dos sacos también de cuero de cabra, en uno de los cuales cargaba pólvora y en el otro, munición. A mis espaldas acarreaba un cesto, y una escopeta al hombro, y sobre la cabeza una enorme y horrible sombrilla de cuero de cabra, que, después de todo, era lo más necesario que llevaba, aparte del arma. En cuanto a mi rostro, era tan oscuro como el que puede esperarse de un hombre que no tenía el menor cuidado de sí y que vivía a nueve o diez grados del ecuador. En una ocasión dejé crecer la barba hasta que llegó a un cuarto de yarda de largo, pero luego, como tenía suficientes tijeras y navajas, la corté muy corta, dejándome sólo el pelo que crecía sobre los labios superiores y que había arreglado a la manera de un par de bigotes mahometanos, como los que había visto usar a los turcos de Salé, puesto que a diferencia de los moros, los turcos los llevan así. De estos mostachos o bigotes diré que eran lo suficientemente largos como para colgar de ellos un sombrero de una longitud y forma lo bastante monstruosa como para que en Inglaterra fuesen considerados espantosos.



Pero, dicho sea de paso, como no había mucha gente que pudiese contemplar mi aspecto, no era algo importante para mí, motivo por el cual no hablaré más de ello. Con esta indumentaria emprendí mi nuevo viaje, que duró cinco o seis días. Primero recorrí la costa, directamente hasta el sitio donde había anclado el bote la primera vez, para subir luego a las rocas; pero ahora, como no tenía bote para cuidar, hice el trayecto por tierra, y escogí un camino más corto para llegar a la misma colina, desde donde había observado los arrecifes que había tenido que doblar con la piragua, como dije antes, y me sorprendí al ver que el mar estaba completamente en calma y suave: ninguna agitación, ningún movimiento, ninguna corriente fuera de las habituales.

Aquel cambio me causó una extraña perplejidad, y resolví quedarme un tiempo observando para ver si había sido ocasionado por la marea. No tardé en advertir que el reflujo, que partía del oeste y se unía con el curso de agua de algún gran río procedente de la costa, debía ser el origen de esta corriente: y según que la fuerza del

viento soplara del oeste o del norte, la corriente se acercaba o se alejaba de la costa. Me quedé en los alrededores hasta la noche: pasado el reflujo, volví a subir a la roca, y desde allí pude ver que la corriente se comportaba como la primera vez, sólo que se deslizaba a media legua de la playa y con más fuerza, mientras que en mi caso, al encontrarse muy cerca de la costa, me arrastró junto con la canoa, lo que en otra ocasión no hubiese ocurrido.

Esta inspección me convenció de que lo único que tenía que hacer era observar el flujo y reflujo de la marea, y así podría fácilmente volver a conducir el bote en dirección a la isla. Pero cuando decidí poner en práctica este plan, sentí tanto terror en el alma ante el recuerdo del peligro pasado, que no pude pensar en ello sin sobresaltarme. Entonces adopté otra resolución más segura, aunque también más laboriosa, que consistía en construir o hacer otra piragua o canoa y de esta forma tener una a cada lado de la isla.

Podéis imaginaros que ahora, por así decirlo, tenía dos fincas en la isla: una, mi pequeña fortificación o tienda rodeada por la muralla, al pie de la roca, con la cueva detrás, que para entonces ya había ampliado con nuevas cámaras que se comunicaban entre sí. En una de ellas, la más seca y espaciosa, que tenía una puerta al exterior de la muralla o fortificación, es decir, que daba fuera del muro que se unía a la roca, tenía los grandes cacharros de barro, de los cuales he hablado detalladamente, y catorce o quince cestos de gran tamaño, que podían contener cinco o seis celemines cada uno, donde guardaba mis provisiones, especialmente el cereal desgranado o en espigas, que ya había sido separado de la paja.

En cuanto al muro, edificado con largas estacas o pilotes que brotaban como árboles, éstos ya habían crecido y se habían extendido tanto, que a nadie podría ocurrírsele pensar que detrás de ellos había una habitación.

Cerca de mi morada, pero algo más hacia el centro de la isla y sobre terrenos menos elevados, estaban los dos predios de grano que cultivaba y sembraba oportunamente y que oportunamente me proporcionaban la cosecha en la estación debida: y si tenía necesidad de obtener más grano, tenía otros terrenos adyacentes igualmente adecuados para ello.

Además, tenía mi casa de campo, que también era una finca aceptable, pues allí estaba mi pequeña glorieta, como solía llamarla, que yo conservaba en buen estado; es decir, mantenía el seto que la circundaba a la misma altura, dejando la escalera de mano del lado de dentro; cuidaba los árboles que al principio no eran más que estacas, pero que habían crecido y ahora eran sólidos y firmes, cortándolos de modo que crecieran y desarrollaran un follaje vigoroso y denso que diera una sombra agradable, lo que sucedió de acuerdo con mis deseos. En medio de este ámbito se erigía la tienda, que era un trozo de tela extendida sobre estacas, y que jamás necesité reparar o renovar. Y debajo de la tienda había hecho un lecho o cama con las pieles de los animales que mataba y con otros materiales suaves, una manta que pertenecía a una de las camas de la nave, y un gran capote que servía para cubrirme. Cada vez que

podía ausentarme de mi residencia principal, pasaba un tiempo aquí en mi casa de campo.

Junto a ella tenía los corrales para el ganado, es decir, mis cabras. Y como había hecho inconcebibles esfuerzos por cercar y limitar el terreno, cuidaba con infinito celo que el cercado se mantuviese entero, evitando que las cabras lo rompiesen, y no me detuve hasta que, con infinito trabajo, logré llenar su parte exterior de pequeñas estacas, tan próximas unas de otras, que más que un cerco era una empalizada, ya que quedaba poco espacio para pasar la mano a través de él. Más tarde, durante la próxima estación lluviosa, cuando las estacas brotaron y crecieron, formaron un cercado fuerte como una pared o quizá más.

Estas cosas dan testimonio de que no permanecía ocioso y que no ahorraba esfuerzos en hacer todo lo que me parecía necesario para mi bienestar. En verdad, pensaba que tener a mano un rebaño de animales domésticos significaba disponer de una reserva viviente de carne, leche, mantequilla y queso, reserva que no se agotaría mientras viviese allí, aunque pasaran cuarenta años, y cuya posibilidad de conservarla dependía exclusivamente de mi capacidad de perfeccionar los cercados para evitar que los animales se dispersasen: y este procedimiento sin duda garantizaba mi propósito. Tanto es así que cuando las estacas comenzaron a crecer, las había plantado tan cerca unas de otras, que me vi obligado a arrancar algunas.

En este sitio también crecían mis uvas, de las que dependía especialmente para mi provisión de pasas destinadas al invierno, y que preservaba con gran cuidado, como el mejor y más agradable bocado de mi dieta. Y en realidad, no sólo eran agradables sino ricas, nutritivas y refrescantes en sumo grado.

Como la glorieta quedaba a mitad de camino entre mi otra morada y el sitio donde había dejado la piragua, generalmente me quedaba a dormir allí, cuando hacía el recorrido entre uno y otro punto, pues con frecuencia visitaba la piragua y conservaba todas sus cosas en muy buen orden. A veces iba a visitarla sólo por divertirme, pero ya no realizaba viajes azarosos: apenas si me atrevía a alejarme a uno o dos tiros de piedra de la costa, tan aprensivo estaba ante la idea de ser arrastrado nuevamente por la corriente, los vientos o cualquier otro accidente. Pero heme aquí en una nueva escena de mi vida.

Ocurrió una mañana, hacia mediodía, cuando me dirigía hacia la piragua. Ante mi enorme sorpresa descubrí las huellas perfectamente nítidas de un pie desnudo sobre la arena. Me detuve estupefacto, como golpeado por un rayo, o como si hubiese visto un fantasma. Escuché, miré en derredor, no oí ni vi nada. Subí a un gran montículo para observar desde allí, recorrí la playa a lo largo y a lo ancho, pero no encontré ningún otro vestigio. Volví, pues, a observarlas nuevamente y a examinar alrededor para asegurarme de que no habían sido producto de mi fantasía: pero no, allí estaba muy precisa la huella de un pie, los dedos, el talón, todas sus partes. No sabía ni tampoco podía imaginarme cómo había llegado hasta allí. Después de infinitas ideas confusas, como las que se le pueden ocurrir a un hombre absolutamente perplejo y fuera de sí, volví a mi fortificación, sin saber, por así decirlo, adonde iba, aterrado hasta lo indecible, mirando para atrás a cada dos o tres pasos, confundiendo cada arbusto y cada árbol, cada tronco a lo lejos con un hombre. No es posible describir las formas diversas que atribuía a todos los objetos mi imaginación trastornada, cuántas ideas extravagantes se me ocurrieron y cuántos pensamientos extraños y absurdas elucubraciones me pasaron por la cabeza en aquel camino.



Cuando llegué a mi castillo, pues así lo denominé siempre desde entonces, entré en él como a quien lo persiguen. Si lo hice utilizando la escalera o por la abertura de la roca que llamo puerta, no puedo recordarlo. No, no recuerdo ni siquiera qué hice por la mañana, ya que jamás una liebre o un zorro asustados huyeron a ocultarse con mayor terror que el mío a su refugio.

Aquella noche no pude dormir. A medida que me alejaba de la causa de mi miedo, crecían mis aprensiones, contrariamente a lo que suele ocurrir en esos casos, y sobre todo, al proceso usual del miedo en los animales. Pero estaba tan confuso con los terrores que yo mismo alimentaba en mí, que no pensaba más que en siniestras fantasías, pese a que en aquel momento me encontraba lejos del motivo de mi terror. A veces me imaginaba que era el demonio y la razón me apoyaba en mi supuesto: pues ¿cómo puede llegar otra cosa con forma humana a este lugar? ¿Dónde estaba la nave que los había traído? ¿Acaso había huellas de otros pies? ¿Y cómo es posible que un hombre haya llegado hasta allí? Pero por otra parte me preguntaba con la misma perplejidad por qué Satán asumiría forma humana en este sitio, sin otro propósito que dejar su rastro, cosa que en realidad tampoco era un objetivo, puesto que no podía saber si yo lo encontraría. Pensaba además que el diablo debía tener multitud de otros medios más convincentes para aterrorizarme que la simple marca de un pie: y que, si yo vivía en el otro lado de la isla, no podía ser tan ingenuo como

para dejar la huella en un sitio donde había diez mil posibilidades contra una de que yo no la descubriera, más aún, cuando bastaba una ráfaga de viento para que las olas la borrarán totalmente. Todo esto parecía incoherente en sí mismo y respecto de todas las nociones comúnmente admitidas sobre la sutileza del demonio.

Multitud de razones similares me ayudaron a disipar mis aprensiones con relación al demonio. Por tanto, pensé que acaso se trataba de alguna criatura más peligrosa aún, por ejemplo, algunos salvajes de la tierra firme que rondaban el mar en sus canoas y que, impulsados por la corriente o por los vientos contrarios, habían llegado a la isla, habían estado en la playa y con seguridad habían vuelto a partir hacia el mar, tan poco dispuestos a quedarse en esta isla desierta como yo a tenerlos cerca.

Mientras estas reflexiones giraban por mi cabeza, di gracias al cielo por no haberme encontrado allí en aquel momento, y porque ellos no hubiesen visto mi embarcación, que, sin duda, les habría advertido de mi presencia y acaso les hubiese decidido en el sentido de ponerse en mi busca. Luego me asaltaron terribles pensamientos: imaginaba que habían descubierto mi embarcación y que, por tanto, sabían que la isla estaba habitada: si así era, con seguridad pronto aparecerían en gran número y me devorarían. Que si no lograban encontrarme, de todos modos descubrirían mi refugio, destruirían mi grano, se llevarían el rebaño de cabras domésticas y yo perecería de hambre.

De este modo, el miedo borró toda mi esperanza religiosa: toda mi anterior confianza en Dios, fundada en la maravillosa prueba de su bondad, se desvanecía ahora, como si Él, que hasta entonces me había nutrido milagrosamente, no tuviese fuerzas para proteger los bienes que su bondad me había permitido poseer. Me reproché por mi comodidad, al no haber sembrado más grano que el necesario para un año, como si no pudiese ocurrir ningún accidente que destruyera la cosecha, y consideré tan merecido este reproche, que resolví en lo sucesivo proveerme de antemano con dos o tres años de grano, a fin de no exponerme a morir de hambre.

¡Qué extraña y variada obra de la providencia es la vida de un hombre! ¡Y qué secretos y contradictorios impulsos mueven nuestros afectos, según las diferentes circunstancias! Hoy amamos lo que mañana odiamos. Hoy buscamos lo que mañana evitamos: hoy deseamos lo que mañana nos dará miedo: más aún, lo que mañana nos hará temblar de horror. Yo era un ejemplo manifiesto y viviente de esta verdad en este momento, pues yo, un hombre cuya mayor aflicción era haber sido borrado de toda sociedad humana, solo, rodeado por el ilimitado océano, separado de la humanidad y condenado a una vida silenciosa: yo, que era un hombre a quien el cielo había considerado indigno de vivir entre los hombres o de figurar entre las criaturas del Señor, un hombre a quien el solo hecho de ver a uno de su especie le hubiese parecido renacer, pasar de la muerte a la vida, como la mayor bendición que el cielo podía acordarme, después del don supremo de la salvación eterna: digo que, ahora, podía temblar de miedo ante la visión de un ser humano, y estaba dispuesto a

meterme bajo la tierra, sólo a causa de una sombra o de la inteligible presencia de un hombre que había dejado las huellas de sus pies en esta isla.

He aquí las vicisitudes de la vida humana: he aquí lo que para mí fue motivo de numerosas y peculiares especulaciones, apenas me sentí algo repuesto de la sorpresa inicial. Pensé que era la condición de vida decretada para mí por la providencia de Dios, infinitamente sabia y bondadosa; que, como yo no podía prever los fines que perseguía con esto su divina sabiduría, no debía disputar su soberanía, ya que, por ser mi Creador, tenía derecho incontestable y absoluto sobre mí, y, por tanto, poseía el poder legal de condenarme al castigo que considerase conveniente, así como yo debía resignarme a soportar su cólera, porque había pecado contra Él.

Luego pensé que Dios, no sólo justo sino omnipotente, así como había considerado conveniente castigarme y afligirme, también podía salvarme, y que si a Él no le parecía justo hacerlo, mi deber era resignarme enteramente a su voluntad. Además, también era mi deber tener esperanzas en Él, implorarle y esperar tranquilamente los dictados y órdenes de la providencia de cada día.

Estos pensamientos me ocuparon horas, días. Podría decir semanas y meses, y no puedo omitir este efecto particular de mis meditaciones: una mañana muy temprano, estando en la cama, con el alma oprimida por la preocupación de los salvajes y profundamente abatido, de pronto, volvieron a mi memoria las palabras de las Sagradas Escrituras: *Invócame en el día de tu aflicción y yo te salvaré y tú me glorificarás*^[41].

Me levanté entonces alegremente de la cama, con el corazón no sólo lleno de confianza sino de aliento, y dispuesto a rogar sinceramente a Dios por mi liberación. Cuando terminé de rezar, cogí la Biblia y, al abrirla, las primeras palabras que se ofrecieron a mi vista fueron las siguientes: *Aguarda al Señor y ten coraje y Él fortalecerá tu corazón; aguarda, he dicho, al Señor*^[42].

Resulta imposible expresar hasta qué punto me reconfortaron estas palabras. Lleno de reconocimiento, dejé el libro y no me sentí más triste: al menos, no por esta razón.

En medio de estas meditaciones, miedos y reflexiones, un día se me ocurrió que todo esto podía ser sólo una simple quimera creada por mi imaginación y que aquel pie bien podía ser la huella de mi propia pisada, cuando me dirigía hacia la piragua. Esta idea contribuyó a reanimarme y comencé a persuadirme de que todo era una ilusión, que sólo se trataba de mi pie, ¿acaso no había podido escoger aquel camino, tanto al ir como al venir de la piragua? Por otra parte, reconocí que no me sería posible recordar cuál era la ruta que había escogido: y comprendí asimismo que si esta huella pertenecía a mi pie, había desempeñado el papel de los tontos que se esfuerzan por contar historias de espectros y apariciones que terminan asustándolos a ellos más que a los que las escuchan.

Ahora comencé a sentirme más seguro y a asomarme fuera de mi refugio. Hacía tres días y tres noches que no salía de mi castillo y comencé a sentir necesidad de

alimento porque dentro sólo tenía agua y algunas galletas de cebada. Además, también recordé que debía ordeñar mis cabras, lo cual solía constituir mi entretenimiento de la noche, y que las pobres criaturas debían estar sufriendo a causa de este abandono. Y en efecto, algunas tuvieron grandes inconvenientes, pues se les secó la leche.

Aferrado a la convicción de que se trataba de las huellas de mis propios pies — podía, pues, decir con rigor de verdad que tenía miedo de mi propia sombra—, me arriesgué a salir hasta mi casa de campo para ordeñar mi rebaño: pero si alguien hubiese visto con qué miedo avanzaba, mirando a menudo hacia atrás, dispuesto a cada instante a dejar el cesto y huir para salvar la vida, me hubiese tomado por un hombre acosado por la mala conciencia, o bajo el efecto de un reciente pavor; lo cual, en realidad, era cierto.

Empero, al cabo de dos o tres días de salir y sin haber visto nada, comencé a sentir más valor, y a pensar que en realidad no era más que el producto de mi imaginación. Pero no logre convencerme totalmente hasta que fui nuevamente a la playa y observé si la huella tenía alguna similitud con la de mi pie. Cuando llegué al sitio comprobé, *primero*: era evidente que cuando me alejé de la piragua no pude haber pasado por allí ni por los alrededores: *segundo*: al medir la huella encontré que era mucho más grande que la de mi pie. Este doble motivo de desaliento me llenó la cabeza de nuevas fantasías y sumió mi corazón en la más profunda melancolía. Un escalofrío me recorrió, como si tuviese fiebre, y regresé a casa con la idea de que uno o varios hombres habían desembarcado en aquellas costas: en una palabra, que la isla estaba habitada y que podía ser cogido de improviso. Pero no sabía qué medidas tomar para mi seguridad.



¡Oh, qué absurdas resoluciones adopta un hombre poseído por el miedo! Este le priva del uso de los medios que la razón le proporciona para su alivio. Lo primero que me propuse fue destruir todos los corrales y devolver mis rebaños a los bosques, a la vida salvaje, para que mi enemigo no los encontrara, y con este fin comenzara a frecuentar la isla en busca de un botín similar. A continuación, debía excavar mis dos campos de cereal, para que no encontraran el grano y frecuentaran la isla con igual propósito. Luego, demoler la glorieta y la tienda para que no descubrieran vestigios de mi morada, y de ese modo se vieran obligados a buscar en otra parte para encontrar a los habitantes de la isla.

Este fue el tema de mis reflexiones durante la noche que siguió a mi regreso a casa, cuando las aprensiones que se habían apoderado de mi mente, así como los vapores de mi cerebro, poseían aún todo su vigor. El miedo al peligro es diez mil veces más terrible que el peligro mismo, y el peso de la ansiedad es mayor que el mal que la provoca. Pero aún peor que todo aquello era que en mi inquietud no podía encontrar alivio en la resignación cosa que antes solía practicar, y de la cual me creía capaz. Me parecía a Saúl, que no sólo se quejaba de la persecución de los filisteos, sino de que Dios le había abandonado. No empleaba los medios adecuados para recomponer mi espíritu, gritando a Dios mi desventura y confiando a su providencia, como lo había hecho antes, mi seguridad y salvación. Si hubiese procedido así, al menos hubiese soportado con más entereza esta nueva alarma, y quizá habría luchado con más resolución.

Esta confusión de mis pensamientos me mantuvo despierto toda la noche, pero por la mañana me dormí. La fatiga de mi alma y el agotamiento de mi espíritu me procuraron un sueño profundo y un despertar más tranquilo. Comencé a razonar con más calma y al cabo de un largo debate conmigo mismo llegué a la conclusión de que esta isla, tan agradable, tan fértil y tan próxima a la tierra firme como ya lo había comprobado, no estaba tan abandonada como lo había creído. Que si en verdad no había habitantes estables en sus costas, a veces llegaban hasta aquí algunas embarcaciones, sea porque así lo habían decidido, o porque habían sido impulsadas por vientos contrarios.

Habiendo vivido quince años en este sitio, y no habiendo encontrado aún ni el menor rastro de criatura humana, lo más probable era que si alguna vez habían llegado hasta aquí, se hubiesen marchado tan pronto como les fue posible, ya que no habían juzgado conveniente establecerse allí hasta ahora.

El mayor peligro que podía imaginar era el de un posible desembarco accidental de gentes de la tierra firme que, según todas las apariencias, estaban en la isla contra su voluntad, de modo que se alejarían raudos de ella apenas pudiesen, pasando sólo la noche en la playa para emprender el regreso de día, ayudados por la marea. Con lo cual, lo único que yo debía considerar era un refugio seguro, en caso de ver desembarcar a los salvajes.

Ahora comenzaba a arrepentirme de haber profundizado mi cueva hasta hacer una puerta exterior, que se abría más allá de donde la muralla de mi fortaleza se unía a la roca. Después de madurar esto concienzudamente, resolví construir una segunda fortificación, en forma de semicírculo, a cierta distancia de la muralla, precisamente donde, doce años atrás, había plantado una doble hilera de árboles, de los cuales ya he hecho mención. Estos árboles habían sido plantados tan próximos unos de otros, que si se agregaban unas cuantas estacas fuertes y gruesas, cruzadas entre ellos, podría obtenerse muy pronto una sólida muralla.

De modo que ahora tenía una doble muralla, la de fuera había sido reforzada con pedazos de madera, viejos cables y todo lo que consideré conveniente para consolidarla, y tenía siete perforaciones lo suficientemente grandes como para que me permitiese pasar un brazo a través de ellas. En la parte interior mi muro llegó a tener un espesor de diez pies, con la tierra que continuamente extraía de la cueva y que iba amontonando y apisonando al pie del muro. A través de las siete perforaciones trate de colocar los mosquetes, de los cuales había rescatado siete del naufragio. Como digo, los dispuse como si fuesen cañones, y los ajusté a un armazón que los sostenía, de suerte que en el espacio de dos minutos pudiese disparar toda mi artillería. Empleé un mes en terminar fatigosamente esta pared, y hasta entonces no me sentí seguro.

Luego, fuera de mi muralla, en una gran extensión de tierra y en todas las direcciones posibles planté infinidad de estacas o palos de una madera parecida al sauce, que, según había comprobado, crecía fácilmente. Creo que planté cerca de

veinte mil, dejando entre ellas y la muralla espacio suficiente para descubrir al enemigo, de modo que no pudiese ocultarse entre estos jóvenes árboles, si pretendía acercarse a mi muralla exterior.

Conque al cabo de dos años tuve un espeso bosquecillo y en cinco o seis años crecía un verdadero bosque delante de mi morada, tan denso y fuerte que resultaba en verdad inexpugnable: ningún alma viviente podía suponer que detrás de él había algo y menos aún una morada. Como no había dejado un camino para entrar, me servía de dos escaleras. Con la primera pasaba a un sitio donde la roca era más baja y donde podía colocar la segunda, y cuando retiraba ambas escaleras, era imposible que un hombre viniera tras de mí sin lastimarse: y aun cuando pudiese pasar, se encontraba nuevamente fuera de mi muralla exterior.

Así, tomé todas las medidas de humana prudencia, necesarias para mi conservación; luego se verá que no fueron enteramente inútiles, aunque en aquel momento no se trataba más que de mi propio miedo.

Mientras cumplía con estas tareas, no olvidaba mis demás asuntos: me preocupaba sobre todo mi pequeño rebaño de cabras, pues no sólo eran mi reserva de alimentos para cualquier eventualidad, sino que me abastecían sin necesidad de gastar pólvora y municiones, además de ahorrarme la fatiga de cazarlas, de forma que en modo alguno quería perder este beneficio, y verme obligado a criarlas nuevamente.

Después de una larga consideración, encontré dos medios para preservarlas. Uno era buscar otro sitio conveniente para excavar una gruta subterránea y llevarlas allí por la noche, y el otro era cercar dos o tres predios lejanos unos de otros y tan ocultos como fuese posible, en los cuales pudiese encerrar una media docena de cabras jóvenes; si algún desastre ocurría al rebaño en general, podría criarlas nuevamente sin demasiado esfuerzo ni tiempo. Esto, sin embargo, exigiría mucho tiempo y trabajo, pero era, sin duda, el plan más racional.

En consecuencia, pasé un tiempo buscando las partes más retiradas de la isla, hasta que di con una tan apartada como deseaba: era un pequeño predio húmedo en medio del monte espeso, donde, como ya he dicho, una vez estuve a punto de perderme cuando intentaba regresar a casa desde la parte oriental de la isla. Aquí encontré una extensión de tierra clara de cerca de tres acres, tan rodeada de bosques que constituía casi un corral natural, o al menos no exigía tanto trabajo hacerlo, si lo comparaba con los otros terrenos que tanto esfuerzo me habían llevado cercar.

Inmediatamente me puse manos a la obra y en menos de un mes lo había cercado íntegramente, de modo que aseguré allí a mi ganado o rebaño, llamadlo como queráis, que ya no era tan salvaje como se podía suponer al principio. Sin más demora, llevé allí diez jóvenes cabras y dos machos cabríos mientras seguía perfeccionando el cerco, hasta que resultó tan seguro como el otro, aunque me permití trabajar con más calma, por lo cual me ocupó bastante tiempo.

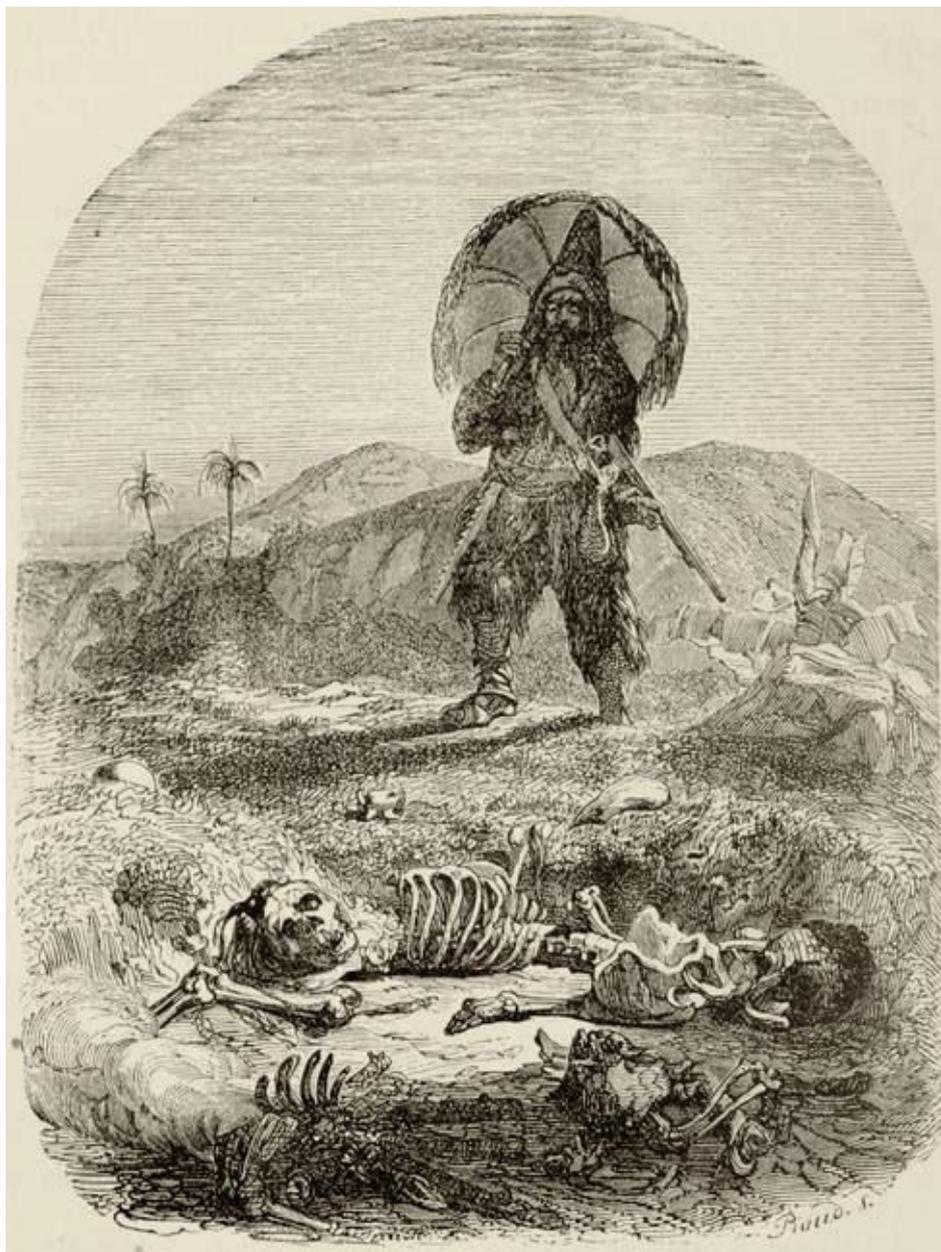
La causa de todo este trabajo surgía únicamente del hecho de haber visto las huellas del pie de un hombre, que me provocaron grandes aprensiones. Pues, como

hasta entonces no había visto acercarse a la isla a ningún ser humano, ahora desde hacía dos años vivía con esta inquietud, que había restado tranquilidad a mi existencia, como bien puede imaginar cualquiera que sepa lo que significa vivir bajo la insidia constante del miedo a los hombres. Asimismo, debo confesar con dolor que la turbación de mi espíritu había influido grandemente en mis pensamientos religiosos, y que el terror y el espanto de caer en manos de salvajes y caníbales me oprimía de tal modo, que rara vez me encontraba con el ánimo propicio para dirigirme a mi Creador; al menos no tenía la calma y resignación en el alma que solía tener. Más bien, sólo le rezaba a Dios bajo los efectos de un gran abatimiento y de una dolorosa opresión, acechado por el peligro y temeroso cada noche de ser devorado antes de la mañana. Y debo afirmar por propia experiencia que una actitud de paz, reconocimiento, amor y afecto es un marco mucho más adecuado para orar que el sentimiento de terror y confusión, y que bajo la amenaza de una desgracia próxima un hombre no es más capaz de cumplir sus deberes para con Dios que aquel que se arrepiente, cuando yace enfermo en su lecho: ya que estas inquietudes afectan a la mente como otras afectan al cuerpo, y el desorden mental necesariamente debe constituir una incapacidad tan grave como la del cuerpo y aún más: rezar es precisamente un acto espiritual, no corporal.

Pero prosigamos. Una vez asegurada una parte de mi pequeño rebaño, recorrí casi toda la isla en busca de otro sitio apartado que sirviera para hacer el otro depósito. Un día, avanzando hacia la costa occidental de la isla como no lo había hecho antes, mientras miraba el mar, creí ver un barco a gran distancia. Había rescatado uno o dos catalejos en los arcones de los marineros, pero no los tenía conmigo, y el barco estaba tan distante que apenas podía distinguirlo, aunque lo miré fijamente hasta que mis ojos no pudieron resistir más. Si era o no un bote, no sabría decirlo. Sólo sé que resolví no volver a salir sin mi catalejo en el bolsillo.

Cuando estuve al pie de la colina en la extremidad de la isla, donde en verdad no había estado jamás, me convencí de que las huellas de un pie no eran algo tan extraño en aquel sitio como yo imaginaba, y que, si por una providencia especial, yo no hubiera sido arrojado en la parte de la isla donde los salvajes no venían nunca, me hubiese sido fácil saber que no había nada más frecuente que sus canoas procedentes de tierra firme, cuando por azar se internaban demasiado en el mar y venían a descansar en aquella parte de la isla. Además, a menudo estos salvajes combatían a bordo de sus canoas, y los vencedores traían a sus prisioneros a estas costas donde, según sus pavorosas costumbres, los mataban y los comían, como veremos más tarde.

Cuando descendí de la colina hacia la playa, estando como he dicho en el extremo suroeste de la isla, me sentí totalmente perplejo y sorprendido. Asimismo, sería imposible expresar el horror que me produjo ver la playa llena de calaveras, manos, pies y otros huesos humanos; y en particular, un sitio donde habían hecho una fogata rodeada por un entarimado semejante a un ruedo, donde acaso aquellos innobles salvajes se sentaron a consumir sus festines inhumanos con los cuerpos de sus semejantes.



Estaba tan estupefacto ante aquel descubrimiento, que durante un buen rato no pensé en los peligros que me acechaban. Todos mis temores fueron sepultados bajo la impresión que me suscitó este abismo de tan infernal brutalidad y el horror de una degradación de la naturaleza humana. A menudo había oído hablar de aquello, pero hasta entonces nunca había estado tan cerca de tan horrible espectáculo. En suma, volví el rostro, sintiendo un profundo malestar en el estómago, y estaba a punto de desmayarme cuando la naturaleza me ayudó a descargar el estómago, y vomité con una inusitada violencia, lo cual me alivió, pero no pude permanecer en aquel sitio ni un momento más, de modo que remonté la colina para volver rápidamente a mi morada.

Cuando me alejé un poco de aquella parte de la isla, me detuve un rato como sorprendido. Luego me repuse y con todo el sentimiento de mi alma y los ojos llenos de lágrimas elevados al cielo, le agradecí a Dios por haberme hecho nacer en una parte del mundo tan extraña a seres tan abominables como aquellos, y por los muchos

privilegios que tenía aún en mi situación que yo había considerado miserable. En efecto, tenía más cosas que agradecer que motivos de queja, y sobre todo, le agradecí a Dios que aun en esta desventurada situación me hubiese reconfortado con su conocimiento y con la esperanza de su bendición, que era una felicidad más que equivalente a todas las desventuras que había sufrido o podía sufrir.

En este estado de reconocimiento volví a mi castillo, y desde entonces todo comenzó a ser mucho más fácil en lo que concernía a mi seguridad, pues observé que aquellas criaturas abominables nunca venían a la isla en busca de algo, ni querían ni esperaban encontrar nada allí, y que con seguridad habían estado en la parte boscosa, sin encontrar nada que respondiese a sus necesidades. Hacía dieciocho años que vivía allí y nunca había visto trazas de ser humano anteriormente; sabía, pues, que podía pasar otros dieciocho más, tan oculto como estaba hasta ahora, si no les descubría mi presencia, para lo cual no habría ocasión, puesto que lo único que debía hacer era mantenerme totalmente escondido, a menos que encontrase otra especie mejor de criaturas que los caníbales, a quienes no podía hacer partícipe de mi existencia.

Sin embargo, 'albergaba un sentimiento tan horrible respecto de aquellos feroces salvajes y de sus inhumanas y despreciables costumbres de matarse y devorarse unos a otros, que durante dos años estuve sumido en un estado pensativo y melancólico, encerrado en mis dominios. Cuando me refiero a mis dominios, hablo de mis tres fincas, es decir, mi castillo, mi casa de campo que llamaba glorieta y mi corral en los bosques. Tampoco seguí buscando otro recinto para las cabras, pues la aversión que sentía hacia aquellas criaturas demoníacas era tan grande, que temía tanto verlas como al diablo en persona. Tampoco volví a visitar mi piragua en todo aquel lapso, sino que pensé en construir otra, porque no podía pensar siquiera en intentar traerla por la costa, pues, si me topaba con alguno de aquellos seres en el mar y caía en sus manos, sabía cuál sería mi destino.

Sin embargo, el tiempo y la tranquilidad de saber que no había peligro de ser descubierto por aquellos seres, comenzó a disipar mi inquietud y seguí viviendo con la misma calma que hasta entonces. Con una sola diferencia: era más cauteloso, y tenía los ojos más abiertos que antes por si acaso encontraba alguno y, en particular, era más prudente para disparar el arma por si había alguno de ellos en la isla que pudiese oírme. Era una suerte para mí contar con un rebaño de cabras domésticas, pues no necesitaba cazarlas ni disparar en los bosques. Y si capturé alguna después de aquel episodio, fue mediante lazos y trampas, como lo había hecho anteriormente. De manera que durante dos años no disparé el arma ni una vez, aunque nunca salía sin ella. Más aún, como tenía tres pistolas que había rescatado de la nave, siempre llevaba por lo menos dos de ellas conmigo, aseguradas a mi cinturón de cuero de cabra. Asimismo, limpié uno de los machetes que tenía y me hice otro cinturón para poder llevarlo también. Conque ahora, cuando salía, tenía el aspecto más estrafalario que se pueda imaginar, si se añade a la descripción anterior el detalle de las dos

pistolas y la gran espada de ancha hoja colgando de un costado de mi cinturón, pero sin vaina.

Como he dicho, las cosas transcurrieron de esta forma por espacio de un tiempo y, al parecer, exceptuando aquellas precauciones, mi vida había vuelto a su calma y tranquilidad anteriores. Todas estas cosas me demostraban cada vez con más claridad que la suerte no había sido tan desventurada conmigo como lo había sido con otros; más aún, que en muchos aspectos la mía había sido mejor que el destino que Dios hubiese podido reservarme si así lo hubiese dispuesto. De lo cual deduje que, si los hombres comparasen su situación con la de otros que están en peores circunstancias y no con los que están mejor, se sentirían agradecidos y no se quejarían de sus males.

Como en mi situación actual, en realidad, no había muchas cosas que necesitara, pensé que los temores padecidos a causa de aquellos salvajes y la inquietud que me había suscitado mi salvación habían disminuido mi capacidad de invención aplicada a mi bienestar, y había olvidado el proyecto en el que tanto había reflexionado de hacer malta con la cebada y luego intentar obtener cerveza. Esta era, en verdad, una idea caprichosa y a menudo me reprochaba por su trivialidad, pues me daba cuenta de que para hacer cerveza necesitaba varias cosas que no podría procurarme, como barriles para conservarla, que, como he observado ya, era algo que me fue imposible lograr, aunque empleé muchos días: no, mejor dicho, semanas y meses intentándolo sin resultado. En segundo lugar, me faltaba el lúpulo para que se conservase y no tenía levadura para que fermentase ni marmita u otro recipiente de cobre para hervirla. Y pese a todas estas cosas, creo sinceramente que, si estos terrores y miedos a los salvajes no me hubiesen interrumpido, me habría ocupado de hacerla y quizá con éxito, pues raras veces renunciaba a una idea, una vez que había reflexionado lo suficiente como para emprenderla.

Pero ahora mi invención tenía otro sentido. Día y noche pensaba cómo podía exterminar a algunos de aquellos monstruos en uno de sus crueles y sanguinarios festines, y si era posible, salvar a la víctima que ellos se disponían a sacrificar. Sería necesario hacer otro libro, más voluminoso que éste, para ilustrar todos los métodos que urdí o tramé en mis pensamientos para destruir a estas criaturas, o por lo menos para asustarlas y evitar que volviesen otra vez; pero todas se revelaban inservibles; todas las estratagemas para ser eficaces requerían de mi presencia, y ¿qué podía hacer un solo hombre contra ellos, que quizá fuesen veinte o treinta, armados de lanzas, arcos y flechas con las que tenían tanta puntería como yo con mi escopeta?

A veces pensaba en cavar un pozo bajo el sitio donde hacían fuego y colocar cinco o seis libras de pólvora dentro, que arderían apenas ellos encendieran el fuego haciendo volar todo lo que estuviese cerca. Pero, en primer lugar, no estaba dispuesto a gastar tanta cantidad de pólvora en ellos, más aún cuando mis suministros cabían en un solo barril; y en segundo lugar, no podía estar seguro de que la explosión se produjera en el momento preciso: y por último, quizá sólo lograra chamuscarlos un poco y asustarlos, lo cual no hubiese sido suficiente para decidirlos a abandonar el

sitio. De modo que descarté este procedimiento y decidí emboscarme en un sitio adecuado, con tres escopetas de doble carga, y cuando estuviesen en medio de su sangrienta ceremonia hacer fuego, asegurándome de matar o herir por lo menos a dos o tres con cada disparo, y luego caer sobre ellos con mis tres pistolas y mi machete; no dudaba en exterminar a todos aunque fuesen veinte. Esta fantasía me halagó por espacio de unas semanas, y estaba tan complacido con ella que a menudo lo soñaba y a veces en el sueño me veía a punto de hacer volar a algunos de ellos.

Llegué tan lejos en mi fantasía que empleé varios días en encontrar sitios convenientes para emboscarme a fin de espiarlos, y frecuentaba tan asiduamente aquel sitio que ya se había vuelto familiar para mí, especialmente en los momentos en que estaba lleno de sentimiento de venganza, y me encarnizaba con la idea de pasar a veinte o treinta de ellos por mi espada, como puedo llamarla; pero mi animosidad retrocedía ante el horror que me suscitaba aquel sitio por los rastros de los miserables bárbaros, devorándose entre sí.

Por fin, encontré un sitio conveniente sobre el declive de la colina, donde podía aguardar a salvo la llegada de sus piraguas y entonces, aun antes de que se acercaran a la playa, avanzar ocultándome en la espesura de los árboles, en uno de los cuales había un agujero lo suficientemente grande como para alojarme íntegramente, y donde podía sentarme y observar sus fechorías sangrientas y dispararles a la cabeza cuando se encontraran más próximos unos de otros y fuese prácticamente imposible errar el tiro o no herir a tres o cuatro de un solo disparo.



Resolví entonces escoger aquel sitio, y para ejecutar mi plan preparé dos mosquetes y la escopeta de caza. Cargué los dos mosquetes con dos lingotes de cinco balas de calibre de pistola y la escopeta con un puñado de municiones de las de mayor tamaño: también cargué las pistolas con cuatro balas cada una. En esta situación, bien provisto de municiones para una segunda y tercera descarga, me preparé para la expedición.

Una vez dispuesto el esbozo de mi proyecto y puesto en práctica por mi imaginación, todas las mañanas, regularmente, me encaminaba hacia la cima de la colina, que estaba a unas tres millas o más de mi castillo, para ver si descubría sus embarcaciones en el mar o aproximándose a la isla. Pero al cabo de tres meses, después de haber llevado a cabo esta ardua labor de observación de manera constante, no había descubierto nada no sólo en la costa, sino en toda la porción de océano que mis ojos o catalejo podían abarcar.

Mientras hacía mi paseo diario hasta la colina, mi proyecto mantuvo todo su vigor y mi ánimo parecía encontrarse siempre dispuesto a ejecutar la desaforada matanza de los veinte o treinta salvajes sin defensa, por un delito cuya discusión no me había detenido a pensar más allá del alcance de mi cólera, encendida por el horror que concebí en la monstruosa costumbre de la gente de aquella región, a quienes al parecer la providencia había permitido, en su sabia disposición del mundo, no tener otra guía que sus propias pasiones abominables y perversas y en consecuencia, quizá desde hacía siglos, gozaban de la libertad de practicar actos tan horribles que recibían por tradición y que obedecían a una naturaleza enteramente abandonada por el cielo y promovida por una infernal depravación. Pero ahora que, como he dicho, comenzaba a fatigarme de mis infructuosas excursiones matutinas, que desde hacía tanto tiempo realizaba en vano, mi opinión comenzó a alterarse y empecé a considerar de manera más fría y calmada la empresa que había decidido llevar a cabo. ¿Qué autoridad o qué misión tenía yo para pretender juzgar y ejecutar a estos hombres como si fuesen criminales, cuando Dios había decretado conveniente dejarlos sin castigo durante tantos siglos, para que fuesen de algún modo los ejecutores recíprocos de sus propios juicios? ¿Hasta qué punto estos seres me ofendían, y qué derecho tenía yo de inmiscuirme en la querrela de sangre que ellos sostenían promiscuamente? A menudo mantuve esta discusión conmigo mismo: ¿Cómo conocer el juicio de Dios para este caso particular? Con seguridad, esta gente no comete esta acción como un delito, no lo hacen contra los remordimientos de su conciencia, ni contra su entendimiento. No lo consideran una ofensa, y sin embargo lo cometen desafiando a la divina justicia, como nosotros cometemos nuestros pecados. Ya que para ellos matar a un prisionero de guerra es tan grave como para nosotros matar un buey: y comer carne humana tan lícito como para nosotros comer carnero.

Al cabo de estas reflexiones, llegué a la conclusión de que estaba equivocado, que estos seres no eran criminales en el sentido en que antes los había condenado en mi pensamiento: no eran más criminales que los cristianos que a menudo dan muerte a

los prisioneros que caen en combate, o que con frecuencia, en varias oportunidades, pasan por las armas tropas enteras de hombres, sin darles cuartel, aunque éstos hayan bajado sus armas y se hayan rendido.

Enseguida pensé que, por más brutal e inhumana que fuese la costumbre de devorarse entre sí, no significaba nada para mí: esta gente no me había ofendido. Que si lo intentaban o yo lo consideraba necesario para mi preservación, caería sobre ellos: pero como no me encontraba en su poder y ellos, en rigor, no tenían idea de mi existencia y, por consiguiente, no tenían proyectos en cuanto a mí concernía, no sería justo asaltarlos. Esto justificaría la conducta de los españoles y todas las atrocidades que practicaban en América, donde exterminaron millones de estos seres que, pese a ser bárbaros e idólatras y observar varios ritos sangrientos en sus costumbres, como el sacrificio de seres humanos a sus ídolos, con relación a los españoles eran inocentes. Así es que hoy los mismos españoles y todas las otras naciones cristianas de Europa hablan de este exterminio como de una verdadera masacre, de una sangrienta y monstruosa muestra de crueldad, injustificable ante los ojos de Dios y de los hombres. Por ello, el nombre de español se ha vuelto odioso y terrible para todas las almas plenas de humanidad o compasión cristiana: como si España se hubiese destacado por haber producido una raza de hombres sin principios de piedad y sin entrañas para con los infelices: sentimiento que con razón es considerado como el signo esencial de la generosidad humana.

En realidad, estas consideraciones me detuvieron. Hice una suerte de alto y comencé poco a poco a declinar mi proyecto y a considerar que me había equivocado en la resolución de atacar a los salvajes, que no debía entrometerme en sus asuntos a menos que me atacasen, lo cual debía evitar si fuese posible. Yo sabía cuál era mi deber si ellos me descubrían y me atacaban.

Por otra parte, reconocí que este proyecto era el medio más seguro de no alcanzar mi salvación, sino mi ruina y mi perdición, a menos que tuviese la certeza de matar no solamente a los que se encontraban en la playa, sino a todos los que pudiesen aparecer más tarde, pues si alguno de ellos escapaba para contar lo ocurrido a sus semejantes, vendrían millares de ellos a vengar la muerte de sus compañeros, y yo provocaría así mi destrucción total, que en este momento no me amenazaba.

En resumen, llegué a la conclusión de que, ni desde el punto de vista moral ni político, debía entrometerme en este asunto, que lo único que debía hacer era ocultarme de ellos por todos los medios, y no dejar el menor rastro que pudiese hacerles sospechar la presencia en la isla de una criatura viviente, es decir, con forma humana.

La religión me asistía en la prudencia y yo estaba absolutamente convencido de que faltaba a todos mis deberes, cuando concertaba planes sangrientos para la destrucción de aquellas inocentes criaturas: inocentes respecto a mí, desde luego. En cuanto a sus crímenes, eran culpables entre ellos y yo nada tenía que ver con eso. Eran delitos nacionales y debían ser juzgados por Dios, que gobierna las naciones y

sabe cómo castigar las ofensas nacionales con justas condenas nacionales, ya que es Él quien debe decidir, como más le plazca, los juicios públicos a quienes le hayan ofendido públicamente.

Ahora todo esto me resultaba tan claro, que fue una gran satisfacción para mí el haber sido preservado de cometer una acción que habría sido, lo veía ahora con razón, tan pecaminosa como un crimen premeditado. Me arrodillé y di humildes gracias a Dios por haberme librado del pecado de sangre: le imploré que me acordara la protección de su providencia, a fin de no caer en manos de los bárbaros, ni pusiese las mías sobre ellos a menos que hubiese recibido del cielo la clara misión de hacerlo en defensa de mi vida.

Con este estado de ánimo pasé cerca de un año. Tan lejos estaba de mí el deseo de encontrar una oportunidad para caer sobre los infelices, que en todo este periodo no subí ni una sola vez a la colina, para ver si había alguno de ellos a la vista, o para saber si habían venido o no a la playa, a fin de no renovar mis proyectos contra ellos, ni verme tentado de asaltarlos aprovechando alguna ocasión ventajosa. Me limité a buscar la piragua que estaba en la otra costa de la isla, para llevarla al extremo oriental. Allí la dejé en una pequeña ensenada que encontré bajo unas rocas muy altas, donde sabía que los salvajes no se atreverían en modo alguno a causa de la corriente, o al menos no lo harían con sus canoas.

Junto con la piragua llevé todas las cosas que había dejado allí, aunque no me eran necesarias para hacer aquel breve recorrido. Es decir, un mástil y una vela y aquella cosa semejante a un ancla, pero que en rigor no podía llamarse ni anchi ni arpón, aunque fue lo más parecido que logré hacer. Transporté todas estas cosas a fin de que nada pudiese suscitar un descubrimiento, ni hiciese pensar en el vestigio de una embarcación o morada en la isla.

Además, como he dicho, me mantuve más apartado que nunca y apenas salía de mi celda para cumplir con mis ocupaciones habituales, vale decir ordeñar mis cabras o cuidar el pequeño rebaño del bosque, que al estar en la otra parte de la isla se hallaba fuera de peligro: pues, con certeza, los salvajes que a veces merodeaban por la isla nunca venían con el objetivo de encontrar nada allí, y por tanto jamás se alejaban de la costa. No dudo que debían haber estado varias veces en la costa tanto antes como después de mis temores y precauciones. Y no podía reflexionar sin horror en cuál hubiese sido mi suerte si me hubiese encontrado con ellos y hubiese sido descubierto antes, cuando, desnudo y desarmado y sin otra defensa que una escopeta, cargada a menudo únicamente con pequeñas municiones, exploraba todos los rincones de la isla para ver qué podía encontrar. ¡Qué sorpresa me hubiese llevado si en lugar de descubrir la huella de un pie humano me hubiese encontrado con quince o veinte salvajes decididos a darme caza, y de los cuales me hubiese sido difícil escapar a causa de la velocidad de su carrera!



Estos pensamientos a menudo oprimían mi alma y angustiaban tanto mi corazón, que no podía recuperar la calma, pensando en qué hubiese hecho, no sólo al verme incapaz de oponerles resistencia, sino sin la menor capacidad como para encontrar los medios de defenderme: medios muy inferiores a los que ahora poseía, después de tantas consideraciones y preparativos. Sin duda, estos graves pensamientos me sumían en un estado de profunda melancolía que a veces duraba largo tiempo, pero que por fin se resolvían en sentimientos de gratitud hacia la providencia, que me había salvado de tantos invisibles peligros y preservado de tantas desventuras que no podría haber superado nunca, en la medida en que no tenía la menor sospecha de su inminencia o posibilidad.

Todo esto hizo resurgir una consideración que a menudo me había hecho antes, cuando comencé a comprender las generosas disposiciones del cielo ante los peligros que atravesamos en esta vida. ¡Cuántas veces somos salvados sin saberlo! ¡Cuántas veces nos encontramos, como suele decirse, en un aprieto, y dudamos o nos sentimos inseguros acerca del camino a seguir y una sugerencia secreta nos exhorta a escoger este camino, cuando nosotros nos inclinábamos hacia el otro! O a veces, cuando el buen sentido o nuestra natural tendencia o acaso nuestros intereses personales nos invitan a escoger el otro camino, sin embargo, un impulso interior cuyo origen ignoramos nos empuja a elegir el primero, y luego advertimos que, si hubiésemos seguido el otro camino, según el dictamen de nuestra imaginación, estaríamos perdidos y arruinados. Estas y muchas otras reflexiones parecidas me decidieron en el sentido de atenerme a una cierta norma, y de obedecer a esta inspiración secreta cada vez que mi espíritu se encontraba en la incertidumbre de hacer o no hacer algo, de seguir o no determinado camino, sin tener otra razón que el sentimiento o la presión de dicho presentimiento sobre el espíritu. Podría dar muchos ejemplos que ilustrarían

el buen resultado de esta conducta en el curso de mi vida, en especial en la última parte de mi permanencia en la isla, sin contar algunas otras ocasiones que probablemente hubiese visto si hubiese mirado con los mismos ojos con que hoy observo. Pero nunca es tarde para ser sabio y no puedo sino aconsejar a los hombres prudentes, cuyas vidas hayan experimentado incidentes tan extraordinarios como los míos, o no tan extraordinarios, a no subestimar las secretas insinuaciones de la providencia, cuya naturaleza no puedo discutir ni interpretar, pero que sin duda constituyen una prueba de la existencia del espíritu y de la secreta comunicación entre los espíritus encarnados y los inmateriales, prueba irrefutable de la cual puedo dar fe en diversas instancias acaecidas durante el resto de mi residencia solitaria en este sitio fatal.

Pienso que el lector no encontrará extraño que confiese estas ansiedades, estos peligros constantes, y la preocupación que me acechaba que puso fin a mi inventiva y a todos los esfuerzos destinados a mi futuro bienestar. Ahora debía velar por mi seguridad más que por mi sustento. No me atrevía a clavar un clavo ni a cortar un trozo de leña por miedo a hacer ruido; y por la misma razón me guardé de disparar con mi escopeta; y sobre todo, me inquietaba hacer fuego, temiendo que el humo, visible a gran distancia, me traicionase. Por este motivo trasladé la parte de mi tarea que necesitaba del fuego, como podía ser la fabricación de cacharros, pipas y otros objetos, a mi nueva habitación del bosque, donde al cabo de un cierto tiempo encontré, para mi indecible satisfacción, una caverna natural de gran extensión, donde ni un salvaje ni hombre alguno osaría penetrar, aunque encontrase su apertura, a menos que se encontrara como yo en la absoluta necesidad de recurrir a un refugio seguro.

La boca de la caverna estaba al pie de una gran roca donde por casualidad (diría esto, si no tuviese abundantes razones para atribuir estas cosas a la providencia) me encontraba cortando algunas gruesas ramas de árboles para hacer carbón. Antes de proseguir, debo señalar la razón por la cual hacía este carbón: tenía miedo de hacer fuego cerca de mi morada, como ya he dicho: sin embargo, como no podía vivir sin cocinar el pan y la carne y otros alimentos, intenté el método que había visto utilizar en Inglaterra, que consistía en quemar la madera en el bosque y cubrirla luego con una capa de tierra, hasta que se carbonizara. Luego apagaba el fuego y llevaba a casa el carbón obtenido, que usaba para todos los servicios en que el fuego resultaba indispensable, sin incurrir en el peligro del humo.

Pero esto era incidental. Mientras allí me encontraba cortando madera, advertí una especie de cavidad detrás de la rama muy gruesa de un arbusto. Sentí curiosidad por mirar en su interior. Una vez alcanzada la entrada, no sin dificultad, vi que era muy amplia: es decir, suficiente para alojarme de pie, y acaso también a otra persona. Pero debo confesaros que tuve que salir con más prisa de la que había entrado, pues al mirar hacia el fondo, que estaba absolutamente oscuro, vi dos grandes ojos

brillantes. Si eran de diablo o de hombre, no lo sabía, pero parpadeaban como dos estrellas y reflejaban la débil luz que entraba por la puerta de la caverna.

Sin embargo, después de una pausa, me repuse y comencé a recriminarme, a decirme que era un idiota, que, si había vivido veinte años solo en una isla, no podía tener miedo del diablo, y que debía creer que no había nada más estremecedor que yo mismo en aquella caverna. Enseguida, retomé aliento, hice una gran tea y volví a entrar con la rama ardiendo en la mano. No había dado tres pasos hacia el interior de la caverna, cuando me sentí sobrecogido como antes, pues oí un profundo suspiro, como el de un alma en pena, seguido por un rumor que parecían palabras desarticuladas o dichas a medias, y luego otro profundo suspiro. Retrocedí y estaba tan estupefacto, que me recorrió un sudor frío y, si hubiese tenido un sombrero puesto, no habría podido responder por él, pues mis cabellos erizados lo hubiesen elevado en el aire. Pero junté fuerzas como pude, y me reanimé un poco con la idea de que el poder y la presencia de Dios estaban en todas partes, y que me protegerían. Avancé, pues, nuevamente y gracias a la luz de la antorcha, que sostenía un poco más arriba de mi cabeza descubrí tumbado en la tierra un viejo y monstruoso macho cabrío, que parecía, como he dicho, estar a punto de morir de puro viejo.



Le hostigué un poco para ver si lo podía sacar de allí y el animal intentó ponerse de pie, pero fue en vano. Entonces pensé que bien podía quedarse donde estaba, pues así como me había asustado a mí, también, mientras le quedase un soplo de vida, podía espantar a los salvajes, si alguno de ellos era tan intrépido como para entrar en la caverna.

Una vez repuesto de mi sorpresa comencé a mirar en derredor y advertí que la caverna era pequeña. Tendría tal vez unos doce pies, pero no tenía una forma regular, ni redonda ni cuadrada, ya que las únicas manos que la habían trabajado eran las de la naturaleza. También observé que había un sitio en un costado, una apertura que continuaba hacia adentro, pero tan baja que me obligaría a arrastrarme con pies y manos. Tampoco sabía adonde me llevaba, de modo que, sin luz, resolví postergarlo y volver al día siguiente con una vela y una yesca, que había hecho en la empuñadura de un mosquete donde puse un poco de pólvora.

Por tanto, al día siguiente volví con seis grandes velas hechas por mí, pues ahora hacía muy buenas velas con el sebo de las cabras, y andando a gatas, como he dicho, avancé por dicha cavidad una diez yardas, lo cual, dicho sea de paso, era una aventura bastante arriesgada, teniendo en cuenta que ignoraba hasta dónde llegaba aquel pasaje y qué podría encontrar más adelante. Cuando llegué al final de este desfiladero, me encontré en un recinto de unos veinte pies de alto. Me atrevo a afirmar que en toda la isla no había asistido nunca a espectáculo más maravilloso. Las paredes y la bóveda de esta gruta o caverna reflejaban mis velas de cien formas distintas. ¿Qué habría en la roca? Podrían ser diamantes, oro u otras piedras preciosas. Es lo que yo estaba dispuesto a suponer, pero que no sabía con certeza.

Aunque absolutamente en sombras, era la gruta más deliciosa que pueda imaginarse. El suelo estaba seco y llano, cubierto de una especie de grava fina y suelta: no se veían animales venenosos ni nauseabundos: no había agua ni humedad en las paredes ni en el techo. La única dificultad estaba en el ingreso, dificultad que consideraba como una ventaja, ya que me proporcionaba el refugio que buscaba. Me sentí verdaderamente regocijado por el descubrimiento y resolví transportar allí, sin dilación, algunas de las cosas cuya conservación más me inquietaba. En especial, la pólvora y todas las armas de reserva: es decir, dos escopetas de caza y tres mosquetes: tenía ocho en total. Es decir, dejé cinco en mi castillo, montados como verdaderos cañones en mi fortificación exterior, y de los cuales podía disponer igualmente en caso de hacer alguna expedición.

Para transportar las municiones me vi obligado a abrir el barril de pólvora que había sacado del mar y que estaba húmedo. Encontré que el agua había penetrado por todos los costados hasta cubrir una profundidad de tres o cuatro pulgadas y que la pólvora, al secarse y endurecerse, había formado una corteza que preservaba el interior, como una fruta dentro de su cáscara: de modo que tenía cerca de sesenta libras de buena pólvora en el centro del casco. Este descubrimiento me proporcionó una agradable sorpresa en aquel momento. La llevé toda a la gruta, salvo dos o tres

libras de pólvora que conservé en el castillo por temor a cualquier contratiempo. Asimismo, llevé todo el plomo que había reservado para las balas.

Me sentía como uno de esos antiguos gigantes que, según dicen, vivían en cuevas y cavernas de rocas inaccesibles, pues, mientras estaba en aquel refugio, me convencí de que podría despistar a los salvajes, aunque fuesen quinientos en mi búsqueda: y que si me descubrían, no se atreverían a atacarme en aquel sitio.

El viejo macho cabrío que había encontrado expirando murió a la entrada de la caverna al día siguiente de mi descubrimiento. Me pareció más fácil cavar un hoyo para arrojarlo allí y cubrirlo con tierra, que sacarlo fuera, así que lo enterré para preservarme del olor infecto.

Hacía veintitrés años que residía en la isla, y estaba tan familiarizado con el lugar y con la forma de vivir que, si hubiese tenido la seguridad de que los salvajes no vendrían a perturbarme, me habría resignado a capitular y pasar allí el resto de mis días, hasta el último momento, hasta que me echara a morir, como el viejo macho cabrío en la gruta. Contaba además con algunos pequeños entretenimientos y diversiones, que me hacían pasar el tiempo con más rapidez y placer que anteriormente. En primer lugar, tal como he dicho, le había enseñado a hablar a mi *Poli*, y éste lo hacía de un modo tan familiar y hablaba de manera tan articulada y distinta, que me proporcionaba un gran placer. Estuvo nada menos que veintiséis años conmigo: ¿Cuánto tiempo más viviría? En Brasil dicen que viven cien años. Acaso el pobre *Poli* aún siga existiendo y llamando al pobre Robin Crusoe hasta hoy. Espero que ningún inglés tenga la mala suerte de llegar hasta allí para escucharlo, porque si así sucediese, con seguridad creería que se trata del demonio. El perro fue para mí una agradable y cariñosa compañía durante cerca de dieciséis años, y murió de puro viejo. En cuanto a los gatos, se multiplicaron, como he dicho, hasta el punto de verme obligado a matar muchos de ellos al principio, a fin de evitar que me devorasen a mí y todas mis provisiones. Pero por fin, después de la muerte de los dos mayores que había traído conmigo del navío, al perseguirlos constantemente y privarlos de alimento, huyeron a los bosques y se volvieron salvajes, excepto dos o tres favoritos que domesticué, y cuyas crías ahogaba apenas nacían: ellos formaban parte de mi familia. Además, siempre conservaba dos o tres cabras domésticas, que aprendieron a comer de mi mano, y otros dos loros más, que hablaban bastante bien y que me llamaban Robin Crusoe. Pero ninguno como el primero, aunque en verdad tampoco me preocupé tanto de ellos. También tenía algunas aves marítimas, cuyo nombre desconozco. Las cacé en la playa y les corté las alas, y como las pequeñas estacas que había plantado delante del castillo crecieron hasta formar un denso follaje, estas aves vivían en las copas de estos árboles bajos y allí se alimentaban, lo cual me resultaba muy agradable. Así es que, tal como acabo de decir, estaba muy complacido con la vida que llevaba, si no me hubiese sentido amenazado por los salvajes.

Pero estaba dispuesto que ocurriera de otro modo. Acaso no sea inútil para quienes lean mi historia hacer esta justa observación: cuántas veces en el curso de

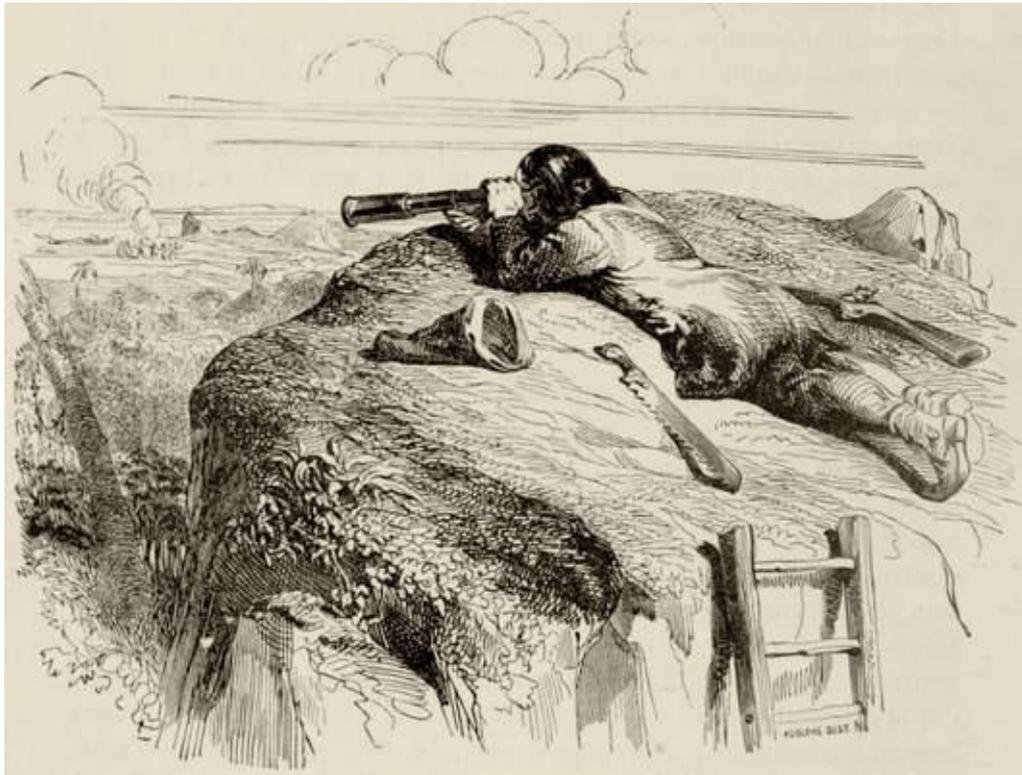
nuestra vida ocurre que el mal que procuramos evitar, y que nos parece terrible cuando se nos viene encima, resulta a menudo el verdadero camino de nuestra salvación, el único a través del cual podemos salir de nuestra desventura. Podría dar numerosos ejemplos de ello, en el curso de mi inexplicable vida, pero en nada fue más notable que en los últimos años de mi residencia en esta isla.

Era el mes de diciembre del año vigésimo tercero de mi permanencia, como he dicho, época del solsticio austral —pues no puedo llamarlo de invierno—, tiempo especial para mi cosecha, que requería casi todos los días mi presencia en los campos. Una mañana muy temprano, casi antes de la salida del sol, advertí con sorpresa el resplandor de un fuego en la playa, a unas dos millas de distancia de donde me hallaba, en dirección al extremo de la isla, donde ya había observado que antes habían estado los salvajes: pero esta vez, no en el lado opuesto, sino para mi gran aflicción, en el mismo lado de la isla en que yo vivía.

Fue tal el terror que se apoderó de mí ante el espectáculo, que no me atreví a salir del bosquecillo por temor a ser sorprendido, y aun así no estaba en paz, pues si los salvajes en sus incursiones por la isla descubrían mi cereal, sembrado o segado, o cualquiera de mis obras y mejoras, deducirían inmediatamente que la isla estaba habitada y no descansarían hasta encontrarme. Sumido en esta angustia, regresé directamente al castillo y retiré la escalera dándole a todo mi entorno un aspecto tan agreste y natural como pude.

Luego me preparé para la defensa. Cargué toda mi artillería, como la llamaba, es decir, los mosquetes montados sobre la nueva fortificación y todas las pistolas, y decidí defenderme hasta el último suspiro. No olvidé encomendarme con fervor a la divina protección y rogar a Dios que me librara de caer en manos de los bárbaros. Permanecí en esa posición más de dos horas, pero más tarde comencé a sentirme muy impaciente por saber lo que ocurría fuera, pues no tenía espías para que fuesen a hacer un reconocimiento.

Después de haber estado sentado allí un tiempo más, pensando en lo que debía hacer en este caso, no pude seguir soportando ya mi ignorancia. Puse entonces la escalera sobre el flanco de la roca para subir hasta donde se formaba una especie de plataforma, luego la retiré y la volví a poner, hasta que llegué a la cima de la colina. Allí me puse boca abajo sobre la tierra, cogí el catalejo que había llevado con ese propósito, y comencé a observar el sitio. Descubrí que había no menos de nueve salvajes desnudos, sentados alrededor de una hoguera, no para calentarse, porque no tenían necesidad de hacerlo, ya que el clima era excesivamente caluroso, sino, como supuse, para preparar algunos de aquellos horribles festines de carne humana de los hombres que habían traído con ellos, no pude saber si vivos o muertos.



Tenían dos canoas junto a la costa, y como era el momento de la marea menguante, me pareció que esperaban el retorno de la creciente para volverse. No es fácil imaginarse la inquietud que me provocó este espectáculo, especialmente su presencia en aquel lado de la isla tan próximo a mí. Sin embargo, cuando observé que siempre desembarcaban con la marea menguante, me tranquilicé un poco, sabiendo que podría salir sin peligro durante el tiempo de la creciente, si no habían llegado antes a la playa, observación que me permitió proseguir mi trabajo en la cosecha con la mayor tranquilidad.

Sucedió, en efecto, lo que esperaba. Apenas la marea comenzó a desplazarse hacia el oeste, los vi meterse en sus canoas y alejarse bogando con la ayuda de los remos. Debería haber señalado que, cerca de una hora antes de partir, se pusieron a bailar y que, con la ayuda de mi catalejo, logré observar sus posturas y gesticulaciones. Reconocí, mediante la más minuciosa observación, que estaban completamente desnudos, sin el menor vestigio de ropas sobre su cuerpo; pero me fue imposible distinguir si eran mujeres u hombres.

Tan pronto como se embarcaron y partieron, salí con mis dos escopetas al hombro, dos pistolas en la cintura y mi gran sable sin vaina, colgando a un costado, y con toda la celeridad que pude, me dirigí hacia la colina donde los había visto por primera vez. Tardé dos horas en llegar, pues no podía ir más de prisa a causa del peso de las armas. Comprobé que había tres canoas más de los salvajes; y al contemplar a lo lejos, los vi a todos juntos en el mar rumbo al continente.

Fue un terrible espectáculo el que pude observar cuando descendí a la playa y advertí las huellas de su horrible festín de sangre, de huesos y trozos de carne humana comida y devorada con alegría y diversión por aquellos miserables. Estaba tan lleno

de indignación ante este hallazgo, que comencé a premeditar la masacre de los que volvieran a aparecer por allí, sin importarme quiénes o cuántos fuesen.

Me pareció evidente que sus visitas a la isla no eran muy frecuentes, pues pasaron más de quince meses antes de que volvieran, es decir, que durante todo ese período no volví a encontrar pisadas ni rastros de ellos, puesto que en época de lluvia sabían que no podían salir de sus moradas, o al menos alejarse tanto. No obstante, durante todo este tiempo viví inquieto a causa del constante temor de ser sorprendido. De ahí deduzco que la expectativa del mal es peor que su padecimiento, especialmente si no se encuentra la forma de deshacerse de esta espera o de las aprensiones.

Durante todo este lapso me invadió un humor mortal y empleaba todas mis horas, que podía haber utilizado mejor, en imaginar cómo cercarlos y caer sobre ellos la próxima vez que los viera. En especial si, como la última vez, se dividían en dos grupos. No tenía en cuenta que si mataba una de las bandas, según mis cálculos, formada por diez o doce salvajes, al día siguiente o a la semana o al mes debía matar otra y así *ad infinitum*, hasta convertirme en un criminal de igual especie que la de los caníbales, o aún peor.

Pasaba los días en medio de una gran perplejidad e inquietud de espíritu, esperando que un día u otro caería en manos de estas despiadadas criaturas. Si alguna vez me aventuraba a salir, lo hacía mirando con el mayor cuidado y todas las precauciones imaginables a mi alrededor. Ahora advertía, para mi consuelo, cuán acertada había sido la decisión de tener un rebaño o manada de cabras domésticas, pues no me atrevía a hacer fuego con la escopeta, sobre todo en el extremo de la isla donde solían venir los salvajes, por temor a alertarlos. Tal vez les habría hecho huir, pero, con seguridad, habrían vuelto al cabo de algunos días con dos o tres centenares de canoas, y yo sabría entonces a qué atenerme.

Sin embargo, pasaron un año y tres meses antes de que volviera a ver a los salvajes, y luego tuve con ellos un encuentro del que daré cuenta en su momento.

La perturbación de mi espíritu fue muy intensa durante estos quince o dieciséis meses. Dormía inquieto, tenía sueños horribles, y a menudo me despertaba sobresaltado. Durante el día, me sentía oprimido por grandes preocupaciones, y por la noche soñaba que mataba a los salvajes y buscaba las razones que justificaban mi decisión. Pero dejemos esto por un momento.

Fue hacia mediados de mayo, creo que el día 16, según me indicó mi pobre almanaque de madera, pues seguía registrando los días en el poste. Digo que sería el 16 de mayo, cuando un violento huracán sopló todo el día acompañado de abundantes truenos y relámpagos. La noche siguiente fue espantosa. No sé cuál fue el motivo, pero estaba leyendo la Biblia y haciendo graves reflexiones acerca de mi situación, cuando fui sorprendido por lo que pensé era un estampido de cañón disparado en el mar.

Esta era para mí una sorpresa muy distinta de todas las que había experimentado hasta entonces, pues despertó en mi espíritu cavilaciones de otra índole. Me levanté con la celeridad imaginable y en un momento apoyé la escalera contra la roca: subí a la plataforma y la retiré luego, montando enseguida hasta la cima de la colina, en el momento en que un resplandor de fuego me anunció un segundo cañonazo, que, en efecto, llegó hasta mis oídos medio minuto más tarde. Por el sonido supe que provenía de aquella parte del mar donde la corriente había arrojado mi chalupa.

Inmediatamente pensé que debía ser una nave en peligro, y que alguna otra embarcación la acompañaba, pues disparaba los cañones en señal de desesperación para pedir socorro. En ese momento, tuve la presencia de espíritu suficiente para pensar que, si yo podía auxiliarlos, acaso ellos podrían ayudarme a mí. De modo que junté toda la madera seca que encontré a mano, hice una voluminosa pila con ella y le prendí fuego en la cima de la colina. Como la madera estaba seca, se quemó con facilidad y, aunque el viento soplaba intensamente, ardió a la perfección. Ahora tenía la certidumbre de que, si se trataba de un navío, advertirían el fuego sin lugar a dudas, pues, apenas ardió la llama, oí otro cañonazo y después varios más, todos procedentes del mismo punto. Alimenté el fuego toda la noche hasta el amanecer, y cuando se hizo de día y el aire se aclaró, vi algo en el mar, a una gran distancia, situado precisamente al este de la isla. Ni con la ayuda del antejo pude distinguir, a causa de la enorme distancia, si se trataba de una vela o del casco de un navío.



Durante todo el día miré con frecuencia en aquella dirección, y pronto advertí que el objeto estaba inmovilizado. Deduje entonces que se trataba de un barco anclado, pero ansioso por saberlo, como puede suponerse, cogí la escopeta y corrí hasta la costa sur de la isla, a las rocas adonde había sido arrastrado antes por la corriente. Trepé a ellas y, como el día estaba completamente diáfano, pude ver claramente, y para mi desconsuelo, el naufragio de un barco, arrojado durante la noche contra aquellas rocas sumergidas que había encontrado cuando mi excursión con la piragua, que, al resistir a la violencia de la corriente, formaban una especie de contracorriente o remolino que me había salvado de la situación más desesperada y desventurada de toda mi vida.

Así, pues, lo que constituye la salvación de un hombre representa la destrucción de otro; pues, al parecer, el navío, sea de quien fuere, al no tener conocimiento alguno de aquellas rocas totalmente ocultas por el agua, había sido empujado contra ellas durante la noche por un violento huracán del este y del este-noreste. Si su tripulación hubiese visto la isla, cosa que no puedo suponer, necesariamente habría intentado llegar a tierra con una chalupa. Los disparos de cañón que habían hecho pidiendo socorro, especialmente cuando vieron mi fogata, tal como imagino, me llenaron la cabeza de un sinnúmero de conjeturas. Primero, pensé que al ver mi fuego se habrían lanzado en la chalupa para ganar, la costa; pero acaso la fuerte marea los había arrastrado en otra dirección; otras veces imaginaba que acaso habrían comenzado por

perder la chalupa, cosa que ocurre a menudo cuando las olas azotan la nave, lo cual muchas veces obliga a los hombres a destrozar o hacer pedazos la embarcación, para arrojarla por la borda. A veces me imaginaba que tenían otro navío o navíos acompañantes que, gracias a las señales de socorro, habían rescatado a la tripulación. Finalmente, en otros momentos pensaba que todos los hombres que estaban a bordo habían embarcado en la chalupa y habían sido arrastrados por la corriente, cosa que yo conocía, hacia la inmensidad del océano, donde los aguardaba la agonía y la muerte, o acaso, al verse acosados por el hambre, el devorarse entre sí.

Pero como todo aquello no eran más que conjeturas, en mi situación no podía hacer otra cosa que lamentar la desgracia de aquellos pobres hombres y apiadarme de ellos. Lo cual, sobre mí tenía el efecto de hacerme sentir cada vez más reconocido a Dios, que con tanta felicidad y abundancia me había provisto en mi desolada situación, y que había permitido que, de dos tripulaciones perdidas en aquellas costas, fuese yo el único superviviente. Comprendí nuevamente que es muy raro que Dios nos arroje en una situación tan deplorable, en una miseria tan grande, como para que no nos permita encontrar algún motivo de gratitud o considerar a quienes están en peores circunstancias que las nuestras.

Aquella había sido, sin duda, la suerte de estos hombres, de la cual no tenía razón para suponer que se hubiese escapado ninguno. Nada podía hacerme suponer que no habían perecido todos; salvo que hubiesen sido rescatados por otra embarcación, y esto representaba sólo una remota posibilidad, pues no había visto ninguna señal ni vestigio de algo semejante.

No puedo encontrar palabras bastante enérgicas para expresar los ardientes y extraños deseos que este naufragio suscitó en mi alma y que me hacían exclamar: «¡Oh, si uno o dos, o, al menos, solo un alma se hubiese salvado de este naufragio, o hubiese podido escapar para tener un compañero, un semejante con quien poder hablar y conversar!». En todo el transcurso de mi vida solitaria nunca deseé tan ardientemente la sociedad humana, ni sentí tan profunda pena por haber sido apartado de ella.

Existen en nuestras pasiones algunos recursos secretos que, reanimados por algún objeto presente o ausente, que se nos aparece ante nuestro espíritu por la fuerza de la imaginación, conmocionan nuestra alma con tanto ímpetu hacia los objetos de sus deseos, que la ausencia de los mismos se vuelve insoportable.

Tal era el ferviente deseo que sentía por la conversación de un solo hombre, que repetía una y otra vez las siguientes palabras: «¡Oh, que alguien se haya salvado: oh, aunque sólo fuese uno!». Y estaba tan trastornado por este deseo, que mis manos se entrelazaban y los dedos presionaban en las palmas de mis manos con tanta vehemencia, que, si hubiese tenido algo frágil entre ellas, lo hubiese quebrado involuntariamente. Y los dientes castañeteaban y se apretaban con tanta fuerza dentro de la boca, que a veces no podía separarlos.

Dejemos que los naturalistas expliquen estas cosas, su razón y su naturaleza; en cuanto a mí, lo único que puedo hacer es describir el hecho, que me resultó sorprendente y cuya procedencia ignoraba. Era, sin duda, el efecto de los ardientes deseos y de la energía de mis ideas al comprender el consuelo que me hubiese proporcionado compartir una conversación con un cristiano como yo.

Pero no sería así: el destino de ellos o el mío o de ambos lo impedía, pues hasta mi último año de permanencia en esta isla ignoré si alguien se había salvado del naufragio. Sólo pude lamentarme algunos días más tarde, ante el cuerpo de un joven marinerito que fue arrojado en un extremo de la isla próximo al sitio del naufragio. Toda su vestimenta consistía en una casaca marinera, un par de calzones de paño abiertos en las rodillas y una camisa de lienzo azul: pero nada que me permitiese adivinar de qué nación provenía: en sus bolsillos no tenía más que dos piezas de a ocho y una pipa: esto último tenía para mí diez veces más valor que el dinero.

Ahora el mar estaba sereno y tenía pensado aventurarme en la piragua con el fin de llegar hasta el navío, en la seguridad de que a bordo encontraría cosas de utilidad: pero no era tanto aquel motivo el que me impulsaba, sino la idea de encontrar algún ser cuya vida no sólo podía salvar, sino que contribuiría a reconfortar la mía en sumo grado. Esta idea se aferró con tanta tenacidad a mi corazón, que no encontré reposo ni de día ni de noche, pensando en aventurarme a bordo de la nave. Me abandoné entonces a la providencia de Dios, convencido de que siendo un impulso tan fuerte no podía resistirme a él: y que sin duda provenía éste de un invisible designio que debía llevar a cabo, si no quería sentirme, culpable ante mí mismo.

Dominado por esta impresión, me apresuré a regresar al castillo a fin de preparar todo lo necesario para mi viaje. Cogí una buena porción de pan, una gran vasija de agua fresca, una brújula para orientarme, una botella de ron, del que aún tenía bastante en reserva, y un cesto lleno de pasas de uva. Con este cargamento me dirigí hacia la piragua, de la cual desalojé toda el agua, y la boté al mar depositando en ella la carga, para volver enseguida a casa a recoger el segundo cargamento, que consistía en un gran saco de arroz, la sombrilla, a fin de colocarla sobre la cabeza para que me diera sombra, otra vasija llena de agua, y cerca de dos docenas de panes o tortas de cebada, una botella de leche de cabra y un queso. Llevé todo esto hasta la embarcación, no sin esfuerzo y sudor, y, rogándole a Dios que guiara mi viaje, me puse en marcha. Remé a lo largo de la costa hasta llegar al punto más extremo de la isla en la costa noreste. Ahora se trataba de lanzarme al océano, de aventurarme o no aventurarme. Observé las rápidas corrientes que a cierta distancia reinaban a ambos lados de la isla, y que eran tan terribles para mí por el recuerdo del peligro en que me había encontrado, que el corazón comenzó a fallarme, porque advertí que, de ser arrojado en alguna de ellas, sería arrastrado mar adentro y acaso perdería de vista la isla, Y en ese caso, como mi piragua era demasiado pequeña, con la menor ráfaga de viento, estaría perdido irremisiblemente.

Estas reflexiones oprimieron de tal manera mi alma, que comencé a pensar en abandonar la empresa. Conduje mi embarcación a una pequeña ensenada, desembarqué y me senté sobre un montículo de tierra, muy pensativo y ansioso, indeciso ante el miedo y el deseo de realizar el viaje. Mientras reflexionaba observé que la marea crecía, lo cual, por algunas horas, volvía impracticable mi viaje. Pensé entonces que debía subir a la parte de tierra más alta que pudiera hallar, a fin de observar los movimientos de la marea o corrientes durante la creciente, para poder juzgar si, llevado lejos de la isla por alguna de ellas, había alguna otra que pudiese arrastrarme con la misma rapidez. No bien hube pensado esto, advertí una pequeña colina que dominaba suficientemente ambos lados, y desde donde podía ver claramente la dirección de la marea y la ruta que debía seguir para mi regreso: la corriente de bajamar partía del extremo sur de la isla y la de pleamar venía por el norte. A mi regreso, sólo tenía, pues, que dirigirme hacia la punta septentrional de la isla.

Animado por esta observación, resolví partir a la mañana siguiente con la primera marea, y así lo hice después de reposar durante la noche en la canoa, abrigado con el gran capote que ya he mencionado. Primeramente, me interné en el mar un corto trecho hacia el norte, hasta que me sentí arrastrado por la corriente que llevaba al este y que me impulsó con fuerza, aunque no con tanta como lo había hecho anteriormente la corriente del sur: es decir, sin desplazarme del mando de la embarcación. Ayudándome enérgicamente con los remos, me aproximé a gran velocidad hasta el navío y en menos de dos horas lo abordé.

Era aquél un triste espectáculo: el barco, que por su construcción era español, estaba enclavado entre dos rocas. La popa y una parte del casco habían sido destrozados por el mar, y como el castillo de proa se había estrellado contra las rocas, el palo mayor y el trinquete se habían quebrado, pero el bauprés seguía intacto y también la proa parecía firme. Cuando me acerqué, apareció un perro que, al verme venir, comenzó a aullar y a llorar: apenas lo llamé, saltó al mar para venir hacia mí y lo llevé al bote; estaba muerto de hambre y sed. Le di un pan y lo comió como si fuese un lobo famélico que ha pasado quince días hambriento en medio de la nieve. Después le di un poco de agua y la pobre criatura la bebía de tal forma, que de haberlo dejado habría reventado.



Luego subí a bordo. Lo primero que encontré fueron dos hombres ahogados en la cocina, sobre el castillo de proa, que estaban abrazados. Deduje que lo más probable era que, en el momento de la tormenta, cuando el barco encalló, las olas serían tan altas y se sucederían con tanta rapidez, que aquellos hombres no habían podido resistir y se habían ahogado con el constante choque de las olas, como si hubiesen estado bajo el agua. Exceptuando el perro, no había otro ser viviente en el barco, y todo su cargamento, según pude comprobar, estaba estropeado por el agua. Había algunos toneles de licor, no sabría decir si de vino o *brandy*, que estaban en el fondo de la bodega y que pude ver al retirarse el agua: pero eran demasiado grandes para transportar. Vi varios cofres, que seguramente pertenecían a los marineros: y puse dos de ellos en la piragua sin examinar su contenido.

Si se hubiese destrozado sólo la proa y no la popa, con seguridad mi viaje hubiese sido provechoso, porque por el contenido de estos dos cofres, tuve motivos para suponer que el barco llevaba muchas riquezas a bordo. Presumo, por la ruta que llevaba, que debía haber partido de Buenos Aires o del Río de la Plata en la América meridional, más allá de Brasil y que se dirigía a La Habana, en el golfo de México y de allí, acaso a España. Sin duda, transportaba un gran tesoro, aunque ahora fuese inútil para todo el mundo. No sabía tampoco qué había sido del resto de la tripulación.

Además de los cofres, encontré un pequeño barril lleno de licor, de aproximadamente veinte galones, que puse en mi piragua con gran dificultad; había numerosos mosquetes en una cabina y un gran cuerno que contenía unas cuatro libras de pólvora. Como los mosquetes no me servían, los dejé, pero me llevé el cuerno de pólvora. Cogí una pala y tenazas, que me hacían mucha falta, así como dos pequeñas vasijas de bronce, una chocolatera de cobre y una parrilla. Con este cargamento y el perro, me puse en marcha cuando la marea comenzó a impulsar hacia la isla, de tal forma que esa misma tarde, más o menos una hora después de oscurecer, llegué a tierra agotado y fatigado en extremo.

Aquella noche descansé en la piragua y por la mañana resolví llevar mis bienes a la nueva gruta, y no al castillo. Después de refrescarme, llevé todo el cargamento a la playa y comencé a hacer el inventario. El tonel de licor contenía una especie de ron, pero no como el que tenemos en Brasil; en una palabra, de mala calidad. Pero cuando abrí los cofres encontré muchas cosas de gran utilidad para mí. Por ejemplo, una caja de botellas de forma extraordinaria y llenas de excelentes y finos licores muy agradables. Cada botella tenía tres pintas y estaban recamadas en plata. Encontré dos botes de excelentes dulces, tan bien cerrados, que el agua salada no los había podido deteriorar; otros dos más iguales, estropeados por el agua, algunas camisas en buen estado que fueron muy bienvenidas y cerca de una docena y media de pañuelos de lino blanco y de corbatas de colores; los primeros también eran bienvenidos, porque resultaban muy refrescantes para secarme el rostro en días de calor. Además, cuando llegué al fondo del cofre, encontré tres grandes sacos con piezas de a ocho, que contenían unas mil cien piezas en total; y en uno de ellos, envuelto en papel, seis doblones de oro y algunas barras de oro que pesarían cerca de una libra.

En el otro cofre encontré algunas ropas, pero de poco valor, aunque por las circunstancias debía de haber pertenecido al artillero, pese a que no contenía pólvora, sino cerca de dos libras de una pólvora muy fina^[43] encerrada en tres pequeños frascos y probablemente destinada para armas de caza. En conjunto, esta breve travesía me proporcionó muy pocas cosas de utilidad, pues, en cuanto al dinero, no podía hacer nada con él; era para mí como el polvo bajo mis pies, y de buen grado lo hubiese cambiado por tres o cuatro pares de zapatos y medias inglesas, de las cuales tenía real necesidad. Hacía años que carecía de ellos. Ahora, es verdad, tenía dos pares de zapatos que les había quitado a los dos hombres ahogados que había descubierto a bordo, y para mi alegría encontré dos pares en uno de los cofres, pero no eran como nuestros zapatos ingleses, ni por su comodidad ni por su resistencia. Se trataba más bien de lo que comúnmente llamamos escaarpines. En el segundo cofre encontré cincuenta piezas de a ocho reales, no en oro, por lo cual supuse que pertenecía a un hombre más pobre que el primero, que al parecer debía de ser algún oficial.



Sin embargo, llevé este dinero a la gruta y lo guardé, como había hecho antes con el que había traído de nuestra embarcación. Pero era una lástima, como he dicho, que la otra parte del navío no fuese accesible, porque con seguridad habría podido traerme tanto dinero como para cargar varias veces la piragua; dinero que de poder escapar a Inglaterra algún día podría quedar a salvo en la caverna, hasta que pudiese volver a buscarlo.

Después de haber desembarcado todas mis cosas en sitio seguro, regresé a la piragua y remé a lo largo de la costa hasta la vieja rada donde la dejé, y regresé lo más rápidamente que pude a mi morada, donde encontré todo en paz y orden. Comencé a reponerme y a vivir según mis antiguas costumbres, ocupándome de mis tareas domésticas. Por un tiempo, llevé una existencia placentera y reposada; sin embargo, estaba más en guardia que de ordinario y no salía tanto. Si alguna vez me decidía a salir con alguna libertad, era siempre a la parte oriental de la isla, adonde, estaba casi seguro, los salvajes no venían y adonde podía ir sin tomar demasiadas precauciones, ni cargarme de armas y municiones, que siempre llevaba conmigo cuando iba en la otra dirección.

Viví cerca de dos años más en esta situación, pero mi desdichada cabeza, que parecía haber nacido para hacer sufrir a mi cuerpo, estuvo todo ese período llena de proyectos y elucubraciones, dirigidas a huir de la isla. A veces pensaba en hacer otro viaje hasta el navío naufragado, aunque la razón me demostraba que no encontraría nada que pudiese compensar los riesgos del viaje: otras veces acariciaba la idea de ir aquí o allá, y creo en verdad que, si hubiese contado con la chalupa con la que huí de Salé, me habría aventurado a navegar para ir a parar quién sabe dónde.

He sido, en todas las circunstancias de mi vida, un vivo ejemplo para aquellos que padecen de esta plaga general de la humanidad, de donde proceden, a mi entender, la

mitad de las desgracias. Me refiero a aquellos que nunca están satisfechos con las circunstancias que Dios y la naturaleza les han destinado, sin hablar de mi estado inicial y de mi oposición a los excelentes consejos de mi padre, que considero como mi pecado original, y de los errores de la misma índole que cometí posteriormente y que me llevaron, sin duda, a esta miserable situación. Si esta providencia, que tan felizmente me había destinado a establecerme en Brasil como hacendado, hubiese puesto límites a mis deseos: si me hubiese conformado avanzando paso a paso, ahora podría haber sido (me refiero al tiempo de permanencia en la isla) uno de los hacendados más prósperos de Brasil; pues estoy seguro, por los progresos que hice en el breve lapso de mi permanencia allí, y por los que hubiese hecho probablemente si me hubiese quedado, que me habría enriquecido con cien mil moidores^[44]. ¿Y qué había conseguido dejando una fortuna establecida, una plantación bien provista, que crecía y prosperaba, para marcharme como sobrecargo a buscar negros a Guinea, cuando con paciencia y tiempo hubiese acrecentado mi fortuna de modo tal que me hubiese permitido comprarlos a las gentes que se ocupan del tráfico de negros, en el mismo puesto donde me encontraba? Y aunque nos hubiese costado algo más, no valía la pena salvar esta diferencia por tanto riesgo.

Pero la locura es de ordinario el destino de las jóvenes mentes, y la reflexión sobre ella suele ser el ejercicio de una edad más avanzada o de una experiencia que se paga caro. Yo me encontraba en esta etapa, y sin embargo, el error se había afianzado con tan profundas raíces en mi naturaleza, que no podía contentarme con mi situación y me dedicaba con asiduidad a pensar en los medios y posibilidades de huir de este sitio. Para poder relatar el resto de mi historia con el mayor placer para el lector, sería pertinente dar cuenta de mis primeros planes sobre el tema de mi alocado plan de huida y de cómo y sobre qué bases lo proyecté.

Volvamos, pues, al momento en que me había retirado al castillo, después del último viaje al barco naufragado. Tenía la fragata desmantelada y puesta a salvo bajo el agua, como de costumbre, y mi situación había vuelto a sus anteriores circunstancias. Gozaba, es cierto, de mayor opulencia, pero no era rico, pues mi riqueza era tan inútil para mí como para los indios del Perú antes de la llegada de los españoles.

En una de aquellas noches de la estación lluviosa de marzo, el año vigésimo cuarto de mi vida solitaria, me encontraba en mi lecho o hamaca, despierto, pero con perfecta salud; no tenía dolores ni indisposiciones ni malestar en el cuerpo; tampoco mayor inquietud de espíritu que de ordinario, pero era incapaz de cerrar los ojos, es decir, no podía dormir. No pude pegar un ojo en toda la noche, logrando sólo adormecerme con lo que voy a narrar.

Sería tan imposible como inútil relatar la infinita multitud de pensamientos que giraban aquella noche en mi memoria, ese gran camino del cerebro. En el espacio de aquella sola noche me representé toda la historia de mi vida en miniatura o en resumen, por así decirlo, antes y después de mi llegada a la isla.

Al reflexionar sobre lo que me había ocurrido desde que llegué a las costas de esta isla, llegué a comparar el carácter afortunado de mis asuntos durante los primeros años de mi permanencia aquí, con el estado de ansiedad, miedo y precaución en el que vivía desde que descubrí las huellas de un pie sobre la arena. No se trataba de creer que los salvajes no hubiesen frecuentado la isla antes de este acontecimiento; acaso habían llegado centenares de ellos hasta la costa, pero, como yo no lo sabía, no podía sentirme atemorizado por ello. Mi satisfacción, pues, era perfecta, aunque el peligro fuese el mismo, y me sentía tan feliz de no conocer mi riesgo como si no hubiese estado amenazado por él. Este hecho hizo nacer en mi espíritu numerosas reflexiones muy provechosas y, en particular, la siguiente: cuán infinitamente buena es esta providencia, que en su sabiduría ha puesto tan estrechos límites a la visión y a la ciencia del hombre, que aunque marche en medio de tantos miles de peligros, cuya existencia, de ser descubierta, turbaría su espíritu y ahogaría su ánimo, conserva su calma y serenidad, en virtud de que el acaecer de las cosas se oculta a su mirada, y desconoce por completo los peligros que le rodean.

Después de que estos pensamientos me distrajeran por un tiempo, comencé a considerar seriamente los verdaderos peligros a los que había estado expuesto durante tantos años en esta misma isla, que había recorrido con gran seguridad y una tranquilidad tan completa, cuando tal vez el mero declive de una colina, un árbol gigantesco o la indiferente caída de la noche se habían interpuesto entre mí y la peor suerte de destrucción; es decir, el caer en manos de los salvajes, caníbales que me hubiesen atrapado con el mismo propósito con que yo cogía una cabra o una tortuga, y que me habrían muerto y devorado, sin pensar en cometer un crimen mayor que el que yo realizaba al comerme una paloma o un chorlito. Sería una injusta calumnia para conmigo mismo no decir que me sentía sinceramente agradecido a mi divino protector, a cuya singular protección confieso con la mayor humildad debía mi salvación, y sin la cual hubiese caído inevitablemente en las despiadadas manos de los salvajes.

Estas consideraciones me llevaron a reflexionar sobre la naturaleza de aquellas miserables criaturas, me refiero a los salvajes, y a preguntarme cómo era posible que el sabio creador de todas las cosas hubiese abandonado a algunas de sus criaturas a una tal inhumanidad, es decir, a algo más bajo aún que la brutalidad misma, como es devorarse dentro de su propia especie. Sin embargo, como esto no me llevaba sino a vanas especulaciones, me puse a pensar en qué parte del mundo vivían estos desgraciados, a qué distancia se hallaba la tierra de donde provenían; por qué se aventuraban tan lejos de sus moradas; qué clase de embarcaciones poseían y por qué no podía arreglarme de manera que pudiese ir a ellos como ellos venían hasta mí.

No me detuve a considerar qué sería de mí cuando hubiese llegado allí, cuál sería mi suerte si caía en manos de los salvajes, ni cómo podría escapar si me atrapaban. No; sólo pensaba en cómo era posible alcanzar la costa sin ser sorprendido por ellos, de forma que pudiese salvarme; en cómo haría si no caía en su poder, para

procurarme el sustento y en qué dirección me orientaría. Ninguno de estos pensamientos, digo, cruzó por mi mente, dominada por la idea de cruzar al continente con la piragua. Juzgaba tan miserable mi situación actual, que no podía imaginarme nada peor, como no fuese la muerte. Esperaba llegar al continente, que sería mi consuelo, siguiendo la costa, como había hecho en África, hasta encontrar algún territorio habitado donde pudiese ser acogido. Después de todo, no era imposible que encontrase alguna embarcación cristiana que me recogiese a bordo y, en el peor de los casos, sólo me quedaría morir, lo cual pondría fin a todas mis penurias. Es preciso advertir que todo esto era el fruto del desorden de mi alma y de mi espíritu vehemente, exasperado de alguna manera por la persistencia de mis sufrimientos y la decepción que había experimentado a bordo del barco naufragado, en el que estuve tan cerca de obtener lo que deseaba ardientemente desde hacía tanto tiempo: alguien con quien hablar, alguien que me dijese dónde estaba y me mostrase los medios posibles de mi liberación. Digo que estaba completamente trastornado por estos pensamientos. Toda la calma de mi espíritu, impulsada por mi resignación a la providencia y mi sumisión a la voluntad del cielo, parecía haberse interrumpido, y de alguna forma no tenía la fuerza suficiente para distraer mis pensamientos del proyecto del viaje al continente, deseo que me invadía con tanta fuerza e ímpetu, que me resultaba imposible resistirme a él.

Una vez que esta pasión hubo agitado durante dos horas o más mis pensamientos, con tal violencia que hacía bullir mi sangre y latir mi pulso, como si el extraordinario fervor de mis deseos me hubiese provocado fiebre, la naturaleza fatigada, exhausta, me arrojó en un profundo sueño. Se podría pensar que mis sueños giraron alrededor de este proyecto, pero no fue así. No soñé con nada que se relacionase con él. Soñé que, saliendo de mi castillo una mañana, como de costumbre, veía dos canoas en la costa y once salvajes desembarcando y llevando con ellos a otro salvaje a quien iban a matar para luego comérselo, cuando de pronto, el salvaje a quien iban a sacrificar dio un salto y huyó para salvar su vida. Me pareció ver en mi sueño que corría a ocultarse en la espesa arboleda delante de mi fortaleza, y que, advirtiéndome que estaba solo y que los otros no lo buscaban en esa dirección, le descubría mi presencia y le sonreía alentándolo; que se arrodillaba a mis pies como pidiéndome ayuda. Entonces yo le mostraba la escalera, le indicaba que subiese, le llevaba a la cueva y él se convertía en mi servidor. Apenas lo tuve conmigo me dije: «Ahora puedo ciertamente aventurarme hacia el continente, pues este compañero me servirá de piloto, me dirá qué debo hacer, dónde aprovisionarme y dónde no debo ir, si no quiero ser devorado. En suma, me señalará los sitios hacia donde puedo dirigirme y de los que debo huir». Me desperté con esta idea; aún me encontraba bajo la indecible impresión de alegría que me había causado en sueños la perspectiva de mi libertad, pero, al volver en mí y descubrir que se trataba solamente de un sueño, sentí un desaliento no menos extraño que me provocó un gran abatimiento.



Sin embargo, llegué a la conclusión de que el único medio de llevar a cabo una tentativa de huida era tener algún salvaje a mi disposición, y si era posible, debía ser alguno de los prisioneros condenados a morir devorados, algunos de los que los salvajes traían para darles muerte. Pero quedaba en pie una dificultad. Era imposible ejecutar mi plan sin atacar y masacrar toda una caravana de salvajes: y este verdadero golpe de desesperación podía fracasar. Por otra parte, tenía grandes escrúpulos acerca de la legitimidad de este acto, y mi corazón temblaba ante la sola idea de derramar tanta sangre, aunque fuese para mi liberación. No necesito repetir los argumentos que se oponían a este plan; son los mismos que he mencionado antes; aunque ahora tenía aún otras razones, a saber, que aquellos hombres constituían una amenaza para mi vida y que me devorarían si pudiesen; que era realmente para mi propia conservación para lo que debía liberarme de esta muerte en vida, y que actuaba en mi defensa como si en verdad me atacasen; y pese a que, como digo, contaba con todos estos argumentos, la idea de derramar sangre humana para salvarme me resultaba tan terrible, que no logré reconciliarme con ella por ningún medio durante largo tiempo.

No obstante, por fin, después de secretas disputas conmigo mismo, y al cabo de una gran perplejidad —pues todos estos argumentos de una u otra forma se agitaron largamente dentro de mi cabeza— mi vehemente deseo de liberación prevaleció sobre todo lo demás, y resolví echar mano a alguno de aquellos salvajes, costase lo que costase. La cuestión ahora era saber cómo hacerlo y esto era más difícil de determinar. Pero, como no podía optar por ningún medio seguro, resolví instalarme y

acecharlos cuando desembarcasen, dejando el resto a lo que aconteciese y a las decisiones que debería adoptar según las circunstancias.

Con esta resolución me dediqué a observar la costa; con demasiada frecuencia, sin embargo, pues llegué a sentir una profunda fatiga; durante un año y medio casi todos los días iba a la extremidad oeste y suroeste de la isla para descubrir sus canoas, pero no aparecieron. Esto me desalentó verdaderamente y comencé a sentir una gran inquietud, aunque en este caso no podría decir, como en otras oportunidades tiempo ha, que mi deseo hubiese disminuido. Más aún, cuanto más se demoraba, más crecía mi ansiedad: en una palabra, mi preocupación inicial de sustraerme a la mirada de los salvajes y evitar que me descubrieran no había sido tan fuerte como mi actual deseo de caerles encima.

Además, me imaginaba que si lograba atrapar a uno, mejor dicho, acaso a dos o tres salvajes, era capaz de dominarlos enteramente, convertirlos en mis esclavos y someterlos a mi absoluta voluntad quitándoles para siempre los medios de hacerme daño. Acaricié esta idea largamente, pero nunca se presentó nada. Todas mis fantasías y proyectos se redujeron a nada, porque durante mucho tiempo no apareció ni un salvaje.

Había transcurrido cerca de un año y medio desde que concebí estas ideas, y tras una larga meditación se habían quedado en nada, por no tener ocasión para ponerlas en práctica, cuando una mañana muy temprano fui sorprendido por no menos de cinco canoas, todas reunidas en la playa en el lado que yo ocupaba de la isla. La gente que las tripulaba había desembarcado y estaba fuera del alcance de mi vista. Su número desbarataba todas mis previsiones, pues sabiendo que solían venir cuatro o cinco, a veces más, en cada embarcación, no supe qué pensar ni qué debía hacer para atacar yo solo a veinte o treinta hombres. Permanecía, pues, en mi fortaleza, perplejo y abatido. Sin embargo, con la misma actitud que había adoptado antes, me preparé para responder a un ataque: estaba listo para actuar ante cualquier eventualidad que se presentara. Por último, muy impaciente, después de aguardar un buen rato prestando atención a todos los ruidos, puse mis armas al pie de la escalera y trepé a lo alto de la colina en dos etapas, como de costumbre. Allí apostado, de forma que mi cabeza no pudiera ser vista, observé con la ayuda de mi catalejo que no eran menos de treinta hombres, que habían encendido una fogata y que preparaban su comida: qué tipo de alimento y cómo lo cocinarían, no lo sabía, pero los vi danzar alrededor del fuego según sus hábitos, haciendo no sé cuántos gestos y contorsiones.

Mientras los observaba con el catalejo vi que sacaban a dos infelices de los botes, donde sin duda los habían tenido hasta que decidieron sacrificarlos. Advertí que uno de ellos cayó al instante, abatido por un mazo o machete de madera, conforme a las costumbres de aquellos salvajes, y que otros dos o tres de ellos se pusieron inmediatamente a despedazarlo para cocinarlo, mientras que la otra víctima permanecía a la espera de su turno. En ese mismo instante la naturaleza inspiró a aquel pobre infeliz que, viéndose aún con cierta libertad y en la esperanza de salvar su vida, huyó de ellos echando a correr con increíble velocidad a lo largo de la arena, derecho hacia mí, es decir, hacia la parte de la isla donde se encontraba mi morada.

Debo confesar que me sentí terriblemente espantado cuando le vi escoger aquel camino, y especialmente cuando me imaginé que sería perseguido por toda la horda; y ahora esperaba que se cumpliera mi sueño y que se refugiara, en efecto, en mi cueva: pero no podía suponer en modo alguno que se realizara el resto de mi sueño, es decir, que los otros salvajes no lo persiguieran y lo encontraran. Sin embargo, permanecí en mi puesto y pronto recobré el ánimo, cuando vi que sólo lo perseguían tres hombres y que él les llevaba gran ventaja, de modo que se les escaparía sin duda, si sostenía su carrera por espacio de media hora.

Entre ellos y mi morada se encontraba el río que mencione a menudo en la primera parte de mi historia, cuando desembarqué mi cargamento de la nave. Vi con

claridad que el infeliz debía necesariamente dejarse llevar por el agua, porque de lo contrario sería atrapado. Mas cuando el salvaje llegó allí, se zambulló y, aunque la marea estaba alta, ganó la ribera opuesta en unas treinta brazadas aproximadamente, y luego echó a correr con una velocidad y un vigor extraordinarios. Cuando sus tres enemigos llegaron al río, vi que sólo dos de ellos sabían nadar. El tercero se detuvo, miró hacia la otra orilla, pero no prosiguió. Enseguida se volvió lentamente, lo cual ocurrió felizmente para él.

Observé que los dos que sabían nadar tardaban dos veces más tiempo para atravesar el río que el que había empleado el fugitivo. Entonces mi espíritu concibió, ardientemente y de forma irresistible, que había llegado la hora de tener un servidor, acaso un compañero o un amigo, y que había sido claramente llamado por la providencia para salvar la vida de esta pobre criatura. Inmediatamente bajé lo más velozmente posible por las escaleras, cogí las dos escopetas que estaban, tal como he dicho antes, al pie de la escalera, y volviendo a subir la colina con la misma precipitación, avancé en dirección al mar. Habiendo escogido el camino más corto por el pie de la montaña, caí entre los perseguidores y el perseguido y llamé a éste en alta voz. Él se volvió y tal vez se sintió más atemorizado por mí que por los otros; pero le hice señas con la mano para que volviese, y al mismo tiempo avancé lentamente hacia los dos perseguidores. Me precipité súbitamente sobre uno de ellos y le hice caer de un culatazo. No me atrevía a disparar, por miedo a que los demás lo oyesen, aunque a tanta distancia no sería fácil, y no pudiendo ver el humo hubiesen ignorado de dónde provenía. El segundo, al ver caer a su compañero se detuvo espantado. Avancé rápidamente hacia él, pero, cuando estuve cerca, advertí que me apuntaba con su arco y su flecha, de modo que me vi en la necesidad de apuntarle con el arma, matándolo con el primer disparo. El pobre fugitivo, aunque vio caer muertos a sus dos enemigos, tal como creyó, estaba tan espantado por el ruido y el humo de mi arma, que quedó inmóvil sin atreverse a avanzar ni a retroceder, aunque parecía más inclinado a huir que a acercarse.



Lo llamé nuevamente haciéndole señas para que se aproximara, lo cual comprendió claramente. Dio entonces algunos pasos, se detuvo nuevamente, avanzó un trecho más y volvió a detenerse. Lo vi temblar como si hubiese caído prisionero y estuviese a punto de ser muerto como sus dos enemigos. Volví a llamarlo e hice todas las señales que pude imaginar para alentarlo. Poco a poco se fue acercando, arrodillándose cada diez o doce pasos para manifestarme su reconocimiento por haberle salvado la vida. Le sonreí y lo miré amablemente, invitándole a seguir avanzando. Por último, habiendo llegado ya muy cerca de mí, volvió a arrodillarse, besó la tierra, apoyó su cabeza sobre ella, cogió mi pie y lo puso sobre su cabeza: se trataba, al parecer, de una muestra mediante la cual juraba ser mi esclavo para siempre. Lo levanté y lo acaricié alentándolo como pude. Pero mi faena no había concluido aún, pues advertí que el salvaje a quien creía muerto con el culatazo, no estaba más que aturdido y comenzaba a volver en sí. Lo señalé con el dedo para mostrarle a mi salvaje que no estaba muerto. Entonces me dijo algunas palabras que no pude comprender, pero que me resultaron muy dulces, ya que era el primer sonido de voz humana, exceptuando la mía, que había oído en más de veinticinco años. Pero no era el momento para abandonarme a semejantes reflexiones; el salvaje aturdido se había despabilado tanto que estaba sentado sobre la tierra y advertí que el mío comenzaba a sentir miedo. Cuando vi esto, le mostré mi otra escopeta como si fuese a dispararle; entonces, mi salvaje, pues así podía llamarle, me pidió con un gesto que le prestase el sable que colgaba desnudo de mi cinturón. Se lo di y, apenas lo tuvo en sus manos, se lanzó sobre su enemigo y de un golpe le cortó la cabeza, con tanta perfección como no lo hubiese hecho ni el más rápido y diestro verdugo de

Alemania^[45]. Esto me pareció muy sorprendente por parte de alguien que no había visto nunca en su vida un sable, como no fuese de madera. Sin embargo, según supe más tarde, los sables de los salvajes son tan afilados, tan pesados y de madera tan dura, que pueden cortar cabezas o brazos de un solo golpe. Después de este hecho, vino hacia mí riéndose en señal de triunfo, y haciendo innumerables gestos que no comprendí, y puso la cabeza del salvaje muerto y la espada a mis pies.

Mas lo que le asombró sobremanera fue cómo yo había podido dar muerte al otro indio desde lejos y, señalándomelo, me hizo señas para que le permitiese ir a verlo. Le respondí lo mejor que pude que se lo consentía. Cuando se acercó a él, quedó como azorado, mirándolo, luego lo volvió hacia un lado y hacia otro y observó la herida de la bala, que al parecer le había atravesado el pecho, haciéndole un agujero del que manaba no mucha sangre: sin duda se había producido un derrame interno, pues estaba bien muerto. Por fin, mi salvaje le quitó el arco y las flechas y vino hacia mí. Me dispuse entonces a partir y le invité a seguirme, dándole a entender que acaso podrían venir más salvajes.

Entonces me hizo señas de que los enterraría en la arena para que los demás no pudieran encontrarlos. Le respondí también por señas que lo hiciera y se puso a trabajar. En un instante había hecho un hoyo con las manos en la arena, lo suficientemente grande como para enterrar al primero, que enseguida arrastró y cubrió para luego hacer lo mismo con el segundo. Creo que no tardó más de un cuarto de hora para enterrar a ambos. Entonces lo llamé y lo conduje no al castillo, sino a la gruta en la parte más lejana de la isla: es decir, no consentí que se cumpliese aquella parte de mi sueño en la que él se refugiaba en mi bosquecillo.

Allí le ofrecí un pan y un racimo de pasas para que comiese y un poco de agua, de la cual tenía verdadera necesidad a causa de la carrera. Una vez repuesto, le hice señas para que se acostara a dormir, señalándole un sitio donde tenía un montículo de paja de arroz con una manta que lo cubría y que yo mismo utilizaba con frecuencia para descansar. La pobre criatura se acostó y se durmió.

Era un joven bello, perfectamente formado, con piernas rectas y robustas, no demasiado largas: alto y esbelto, tendría unos veintiséis años. Su semblante era agradable, sin asperezas, y había un rasgo muy viril en su rostro, aunque a la vez tenía la expresión dulce y suave de un europeo, especialmente cuando sonreía. Su pelo era largo y negro, no crespo como la lana: su frente era alta y despejada y tenía una gran vivacidad en los ojos, ardientes y perspicaces. El color de su piel no era negro sino muy tostado, sin aquel desagradable tinte amarillo de los brasileños o de los nativos de Virginia u otros aborígenes de América: era más bien un ligero color oliva oscuro, más agradable que fácil de describir. Su rostro era redondo y claro: su nariz pequeña, pero no chata como la de los negros: una hermosa boca de labios finos, los dientes fuertes, bien alineados y blancos como el marfil. Al cabo de media hora de haber dormitado, más que dormido, se despertó y salió de la gruta para reunirse conmigo. Yo estaba ordeñando las cabras que tenía en un cercado próximo.

Cuando me vio, se aproximó corriendo y se dejó caer en el suelo, haciendo toda clase de ademanes de humilde agradecimiento, que manifestaba en profundas gesticulaciones. Por último, apoyó su cabeza en el suelo muy cerca de mi pie, que cogió e hizo descansar sobre su cabeza, como había hecho antes. Después hizo todas las señales imaginables de sumisión y servidumbre, para hacerme comprender que estaba dispuesto a obedecerme mientras viviese. Comprendí muchas cosas y le di a entender que estaba muy contento con él. En poco tiempo, comencé a hablarle y a enseñarle a que él también lo hiciera conmigo. Y en primer lugar le hice saber que su nombre sería Viernes, que era el día en que le había salvado la vida. Asimismo le enseñé a decir amo, y le hice saber que ése sería mi nombre. Le enseñé a decir sí y no, y a comprender el significado de esas palabras. Luego le di un poco de leche de un cacharro de barro, le hice observar cómo bebía y mojaba mi pan y le di otro para que me imitara, cosa que hizo, dándome a entender que le gustaba.

Permanecí allí con él toda la noche, pero apenas amaneció le hice comprender que debía seguirme, y que le daría algunas vestimentas: se mostró encantado, pues estaba absolutamente desnudo. Cuando pasamos por el sitio donde estaban enterrados los dos hombres, él me lo señaló exactamente, mostrándome las marcas que había hecho para reconocerlo, indicándome por gestos que debíamos desenterrarlos para comérmolos. Entonces me mostré sumamente encolerizado, le expresé el horror que me causaba tal idea, haciendo como si vomitara, y le ordené seguir andando. Me obedeció inmediatamente con gran sumisión. Luego lo conduje hasta la cumbre de la colina para ver si sus enemigos se habían marchado. Y con mi catalejo divisé claramente el sitio donde habían estado, pero no descubrí rastro de ellos ni de sus canoas. Era, por tanto, evidente que habían partido, abandonando a sus camaradas sin buscarlos.

Sin embargo, este descubrimiento no me dejó satisfecho: con más coraje y, consiguientemente, mayor curiosidad, llevé a Viernes conmigo, le puse el sable en la mano y el arco y las flechas a la espalda, para las cuales lo sabía muy diestro, e hice que me llevara una de las escopetas. Yo me encargué de las otras dos y marchamos hacia el sitio donde habían estado aquellas criaturas, pues deseaba saber más de ellos. Cuando llegamos, la sangre se me heló en las venas y desfalleció mi corazón ante el horror del espectáculo. Era en verdad algo pavoroso, al menos para mí, puesto que a Viernes no le afectó en absoluto. El lugar estaba totalmente cubierto de huesos humanos, la tierra teñida con sangre, grandes trozos de carne diseminados aquí y allá devorados a medias, asados y mutilados; en una palabra, todos los restos de un festín de triunfo que habían celebrado allí, después de una victoria sobre sus enemigos. Vi tres cráneos, cinco manos y los huesos de tres o cuatro piernas y pies, y otras numerosas partes de cuerpos. Viernes, por señas, me dio a entender que habían traído cuatro prisioneros para la ceremonia, que tres de ellos habían sido devorados y que él, dijo señalándose a sí mismo, era el cuarto. Que había una gran batalla entre ellos y un rey vecino —uno de cuyos súbditos al parecer era él—, que habían hecho muchos

prisioneros, que luego fueron conducidos a diferentes sitios por los vencedores de la batalla, para ser devorados, como lo habían hecho allí con aquellos desgraciados.

Ordené a Viernes que juntara cráneos, huesos, carne, y todo lo que quedara; que los apilara y les prendiera fuego hasta convertirlos en cenizas. Advertí que Viernes aún sentía un violento deseo por aquella carne y que era un caníbal por naturaleza, pero le mostré tanto horror ante esta idea o cualquier manifestación de ella, que no se atrevió a descubrirlo, pues le había hecho comprender que si lo manifestaba le mataría.

Cuando terminó con esto, volvimos a nuestro castillo y allí me puse a trabajar para mi servidor Viernes. En primer lugar, le di un par de calzones de lienzo que había encontrado en el cofre del pobre artillero que ya he mencionado, y que había rescatado del naufragio. Con un ligero arreglo, le sentaron perfectamente. Luego, lo mejor que pude, le confeccioné una casaca con cuero de cabra: me había convertido en un sastre tolerable. Le di una gorra de piel de liebre, muy cómoda y elegante. De ese modo, quedó pasablemente vestido y encantado al verse casi tan bien vestido como su amo. En verdad, al principio se le notaba torpe; los calzones le resultaban muy molestos y las mangas de la chaqueta le incomodaban en los hombros y debajo de los brazos. Pero aflojándole las partes donde decía dolerle, y con el uso, terminó por acomodarse a ellas bastante bien.

Al día siguiente de llegar con él a mi ratonera, comencé a pensar dónde debía alojarlo. A fin de que fuese cómodo para él y absolutamente conveniente para mí, le hice una pequeña tienda en un sitio vacío entre las dos fortificaciones, dentro de la última y fuera de la primera; y como allí había una puerta o apertura que daba a mi caverna, hice un marco y una puerta de tablas que coloqué en el pasaje un poco más adentro de la entrada. Esta puerta se abría desde el interior. Por la noche la atrancaba y retiraba las dos escaleras de forma que Viernes no pudiese llegar hasta mí, que estaba en el fondo de la última fortificación, sin hacer mucho ruido que necesariamente me despertaría, pues mi primera muralla tenía entonces un techo hecho de largas vigas que cubrían toda mi tienda y se apoyaban en las rocas que, a su vez, tenían pequeñas ramas entrelazadas a guisa de listones, reforzadas por un gran espesor de paja de arroz que era tan fuerte como las cañas. Y en la apertura o sitio que había dejado para entrar o salir con la escalera, había colocado una especie de puerta-trampa que, en caso de ser atacado desde el exterior, no se hubiese abierto, sino que habría caído con gran estrépito. En cuanto a las armas, las llevaba todas conmigo por las noches.

Pero todas estas precauciones eran innecesarias, pues jamás hombre alguno tuvo un servidor más fiel, cariñoso y sincero que Viernes. Sin pasiones, sin obstinación ni proyectos, totalmente complaciente y sumiso, su afecto para conmigo era el de un niño por su padre. Me atrevo a decir que hubiese sacrificado su vida para salvar la mía en cualquier momento. Me dio tantas pruebas de ello, que disipó todas mis dudas y me convenció de la inutilidad de mis precauciones hacia él.

Esto con frecuencia me permitió observar con asombro que, si Dios había querido, en su sabiduría y gobierno de las obras de sus manos, privar a tantas criaturas del buen uso que podían dar a sus facultades y a sus fuerzas, sin embargo les había dotado de las mismas capacidades, la misma razón y los mismos afectos, los mismos sentimientos de bondad y reconocimiento, las mismas pasiones y resentimientos para las injurias, el mismo sentido de gratitud, sinceridad, lealtad y todas las facultades de hacer y recibir el bien que nos había dado a nosotros. Y que cuando Él se complace en darles la oportunidad de ejercerlos, están tan dispuestos, mejor aún, más dispuestos que nosotros a aplicarlos al buen uso para el cual están dotados. Y a veces me causaba gran melancolía pensar en el empleo mediocre que generalmente hacemos de nuestras facultades, aun cuando nuestra inteligencia estuviese iluminada por la gran llama de la instrucción, el espíritu de Dios y el conocimiento de su palabra añadido a nuestra comprensión. ¿Por qué —me preguntaba— Dios se había complacido en ocultar este saludable conocimiento a tantos millones de seres que, según podía juzgar por este pobre salvaje, hubiesen hecho mejor uso del mismo que nosotros?

De ahí que, a veces, me internara demasiado en los dominios de la providencia y, de algún modo, acusara a su justicia de una disposición tan arbitraria, que ocultaba la luz a algunos y la revelaba a otros y, sin embargo, esperaba igual devoción de ambos. Pero puse coto a estos pensamientos, reprimiéndolos con la siguiente conclusión: 1) que no sabíamos según qué luz ni ley serían condenadas estas criaturas, ya que Dios, por esencia infinitamente santo y justo, no podía haber condenado a estos seres por no haber reconocido su presencia, sino por pecar contra aquella luz que, como dicen las Escrituras, era ley para ellos^[46], y por aquellos preceptos que su conciencia considera justos, aunque nosotros no podamos reconocer sus fundamentos: 2) que todos somos como la arcilla en manos del alfarero y que ninguna vasija podía interpelar a Dios diciéndole: ¿Por qué me has hecho así^[47]?

Pero volvamos a mi nuevo compañero. Estaba encantado con él, y me dediqué a enseñarle todo aquello que contribuiría a hacerlo útil, diestro y provechoso, especialmente a hablarme y hacer que me entendiera cuando yo lo hacía; fue el mejor discípulo que se pueda imaginar. Era tan alegre, tan constantemente aplicado y tan gozoso cuando podía entenderme o hacerse entender, que me resultaba verdaderamente agradable hablar con él. Mi vida comenzó, pues, a ser tan dulce que solía decirme: si no fuese por el peligro de los salvajes, me quedaría de buena gana en este sitio toda mi vida.

Tres o cuatro días después de mi regreso al castillo, pensé que a fin de apartar a Viernes de su habitual alimento y liberarlo de su apetito caníbal, debía hacerle probar otra carne, por lo que una mañana lo conduje al bosque. Mi propósito era matar un cabrito del rebaño para llevarlo y prepararlo en casa. Pero en el camino encontré una cabra echada a la sombra con dos cabritos a su lado. Hice detener a Viernes.

—Espera —le dije—. Quédate quieto —y le hice señas para que no se moviera. Inmediatamente, saqué mi escopeta, disparé y maté a una de las crías.

El pobre diablo, que ya me había visto matar desde lejos al salvaje, su enemigo, y no podía imaginar cómo lo había hecho, se asustó tanto y se puso a temblar y a sacudirse de tal forma y tema un aire tan consternado, que creí que se caería desmayado. No miró al cabrito al que yo había disparado, ni advirtió que le había muerto, sino que abrió su chaqueta para ver si no estaba herido y me di cuenta de que creyó que estaba decidido a darle muerte, pues se arrodilló junto a mí y, abrazándome las rodillas, dijo muchas cosas que no comprendí, pero deduje fácilmente que me suplicaba que no lo matase.

Pronto encontré una forma para convencerlo de que no le haría daño alguno: le di la mano para que se pusiese en pie y me sonreí, señalándole el cabrito al que había dado muerte, dándole a entender que fuese a buscarlo. Obedeció y, mientras estaba ocupado en examinar con admiración cómo había sido muerto el animal, volví a cargar la escopeta y en aquel mismo instante vi, apoyado en la rama de un árbol a tiro de fusil, un gran pájaro semejante a un halcón. Para que Viernes comprendiera un poco lo que iba a hacer, lo llamé nuevamente y le mostré el pájaro que, en realidad, era un papagayo y no un halcón, como había creído. Señalando entonces al papagayo y luego mi escopeta, y a la tierra que estaba debajo del pájaro para hacerle ver que allí caería, le hice comprender que dispararía y mataría al pájaro. En consecuencia, hice fuego; le ordené que mirara e inmediatamente él vio caer al papagayo. A pesar de todo lo que le había dicho, se lo veía nuevamente asustado. Imaginé que estaba asombrado porque no había visto meter nada dentro de la escopeta y suponía que en ella debía de haber una fuente milagrosa de muerte y destrucción que podía matar hombres, bestias, pájaros o cualquier otra cosa próxima o lejana.



El estupor en que quedó sumido al ver aquello le duró mucho tiempo y, si se lo hubiese permitido, me habría adorado a mí y a mi escopeta. En cuanto a la escopeta, no se atrevió siquiera a tocarla, pero le hablaba y conversaba con ella como si ésta le respondiese. Luego él mismo me hizo saber que le había implorado que no le diese muerte.

Cuando su asombro se disipó un poco, le hice señas para que fuese a buscar el pájaro muerto. Me obedeció, pero tardó en volver, pues el papagayo, que no estaba del todo muerto, se había arrastrado a una gran distancia del sitio donde había caído. Sin embargo, lo encontró, lo recogió y me lo trajo. Como había advertido su ignorancia acerca de la escopeta, aproveché su ausencia para cargarla nuevamente sin que él me viera, a fin de tenerla preparada para otra ocasión; pero no se presentó ninguna. Llevé, pues, el cabrito a casa y aquella misma noche lo desollé y lo trocéé lo mejor que pude. Puse a hervir algunos trozos en una marmita que tenía para ese propósito e hice un buen caldo. Después de haber probado un poco de esta carne, le di un trozo a mi servidor, que se mostró muy contento y agradecido con aquel alimento. Pero lo que le resultó extraño fue que yo le pusiese sal. Me dio a entender que la sal no era buena para comer y, poniéndose un poco en la boca, mostró su disgusto escupiéndola y enjuagándose la boca con agua fresca. Por mi parte, tomé un

bocado de carne sin sal y fingí escupirla inmediatamente en forma tan rápida como lo había hecho él. Pero esto no lo decidió: nunca quiso poner sal en la carne ni en el caldo; al menos, no lo hizo por mucho tiempo, sino después y en muy pequeña cantidad.

Habiéndole alimentado con carne hervida y caldo, resolví agasajarle al día siguiente con un trozo de cabrito asado. Para cocinarlo, lo colgué de una cuerda junto al fuego, como había visto hacer a mucha gente en Inglaterra, y, clavando dos estacas, una a cada lado del fuego y otra atravesada arriba y atando la cuerda a esta última, di vueltas a la carne continuamente. Viernes se maravilló con la invención y, cuando probó la carne, me dio a entender de tantas formas lo mucho que le apetecía, que no pude dejar de comprenderlo. Por último, me manifestó que no volvería a comer carne humana, lo cual me llenó de contento.

Al día siguiente lo tuve ocupado en moler y tamizar el grano, según la forma que he mencionado anteriormente. Rápidamente aprendió a hacerlo tan bien como yo, una vez que comprendió su objeto, es decir, hacer pan, pues enseguida le mostré cómo lo amasaba y lo poma al horno. En poco tiempo, Viernes llegó a ejecutar todas estas tareas tan bien como yo mismo.

Comencé entonces a considerar que, siendo dos bocas para alimentar en lugar de una, debía procurarme más tierra para mi cultivo y plantar más cantidad de grano que el de costumbre. Elegí, pues, un fragmento de tierra más grande y comencé a cercarlo, como lo había hecho antes. Viernes no sólo trabajó con ganas y de todo corazón, sino alegremente. Le di a entender que debía obtener grano suficiente para él y para mí, ya que ahora él estaba conmigo. Se manifestó muy sensato en ese sentido y me comunicó que yo tenía mucho más trabajo a causa de él y que, por tanto, trabajaría duramente, si yo le decía qué debía hacer.

Este fue el año más agradable de toda mi vida en la isla. Viernes comenzó a hablar bastante bien y a comprender los nombres de casi todas las cosas que yo mencionaba, de todos los sitios donde le ordenaba ir, y hablaba mucho conmigo. En poco tiempo recuperé mi lengua, que durante tanto tiempo no había tenido ocasión de usar. Además del placer de hablar, era él quien me proporcionaba una singular satisfacción. Su sencillo e ingenuo candor se revelaba con más intensidad cada día. Comencé a sentir un verdadero cariño hacia esta criatura que, por su parte, creo, me amaba más que a todo cuanto le había sido dado amar hasta entonces.

Un día tuve curiosidad por saber si tenía deseos de volver a su país y, como había aprendido a hablar tan bien en inglés, podía responderme a casi todas mis preguntas: le pregunté si la nación a la que pertenecía había obtenido el triunfo en alguna batalla. Él se sonrió y dijo:

—Sí, sí, siempre luchamos mejor.

Y así iniciamos el siguiente diálogo:

—Si vosotros sois siempre los mejores en la batalla, ¿cómo es que tú caíste prisionero? —le dije.

Viernes: Mi nación vencer.

Amo: ¿Cómo vencer? Si tu nación venció, ¿cómo caíste prisionero?

Viernes: Ellos ser muchos más donde yo estaba. Ellos prendieron uno, dos, tres y yo. Mi nación vencer a todos en el sitio donde yo no estaba. Mi nación coger uno, dos, muchos miles.

Amo: Entonces, ¿por qué tu gente no va a rescataros de vuestros enemigos?

Viernes: Ellos llevar uno, dos, tres y mí en la canoa. Mi nación no tener canoa esta vez.

Amo: Pues bien, Viernes, ¿qué hace tu nación con los hombres que toma prisioneros? ¿Se los lleva y se los come como ellos?

Viernes: Sí, mi nación también comer hombres, comerse todos.

Amo: ¿Adónde los lleva?

Viernes: A otro sitio donde piensan.

Amo: ¿Vienen aquí?

Viernes: Sí, sí, vienen aquí y otros sitios.

Amo: ¿Has estado aquí con ellos?

Viernes: Sí, he estado (y señala el punto noroeste de la isla que, al parecer, era la región donde ellos desembarcaban).

Comprendí entonces que mi servidor Viernes había estado antes entre los salvajes que solían hacer incursiones en la extremidad más remota de la isla, para celebrar los mismos festines de carne humana, para los cuales, a su vez, había sido llevado hasta allí. Algún tiempo después, cuando me atreví a llevarlo conmigo a aquella parte de la isla, que era la que ya he mencionado, él reconoció el paraje y me dijo que había estado allí una vez en que habían devorado veinte hombres, dos mujeres y un niño. No sabía decir veinte en inglés, sino que puso varias piedras en fila y me las señaló para que las contara.



He narrado este diálogo porque servirá para introducir lo siguiente. Después de sostener esta conversación con él, le pregunté qué distancia había de nuestra isla a sus costas y si alguna vez se perdían las canoas. Me respondió que no había peligro alguno y que jamás se había perdido ninguna canoa. Pero que un poco mar adentro, por la mañana se encontraba una misma corriente y el mismo viento, y por la tarde un viento y una corriente opuestas.

Comprendí que esto no era otra cosa que los movimientos de la marea, pero luego supe que se originaban en el gran curso y reflujo del poderoso río Orinoco, en cuya boca o golfo, según supe más tarde, se encontraba nuestra isla. Y que esta tierra que yo veía hacia el oeste y el noroeste era la gran isla de Trinidad, al norte de la boca del río. Le hice miles de preguntas acerca del país, los habitantes, el mar, las costas y las naciones cercanas. Me contó todo lo que sabía con la mayor sinceridad imaginable. Le pregunté el nombre de los diferentes pueblos de sus semejantes, pero no pude obtener otro que el nombre de *caribs*, por lo cual deduje fácilmente que se trataba de las islas del Caribe que nuestros mapas sitúan en aquella región de América desde la desembocadura del río Orinoco a la Guayana y hasta Santa Marta. Me dijo que detrás de la luna, es decir, más allá del poniente de la luna, que debía ser al oeste de su país, había hombres de barba blanca como la mía, y me señaló los grandes bigotes a los que he hecho mención, y que ellos habían dado muerte a «muchos hombres». Así fue su expresión. Comprendí que se refería a los españoles, cuyas crueldades se han extendido a todos los países de América, y cuyo recuerdo todas las naciones transmiten de padres a hijos.

Le pregunté si sabía cómo podía ir desde mi isla hasta donde estaban aquellos hombres blancos. Me respondió que sí, que podía ir en «dos canoas». No pude comprender qué quería significar con esto, y por fin supe, no sin dificultad, que se refería a un bote tan grande como dos canoas.

Esta parte de la conversación con Viernes me proporcionó gran placer, pues esta vez concebí la esperanza de que en algún momento podría escapar de esta situación con la ayuda que este pobre salvaje me prestaría.

Desde que Viernes estaba conmigo y había empezado a hablarme y a comprenderme, no descuidé el intento de establecer en su alma los fundamentos del conocimiento religioso. Un día, le pregunté quién lo había creado. La pobre criatura no me entendió, sino que creyó que le preguntaba por su padre. Entonces le di otro giro a la cuestión y le pregunté quién había hecho el mar, la tierra que pisábamos, las montañas y los bosques. Me dijo que era el anciano Benamuckee, que vivía más allá de todo. No pudo decirme nada sobre este personaje, sólo que era muy viejo, mucho más viejo que el mar y la tierra, que la luna y las estrellas. Le pregunté entonces por qué aquel anciano, que había hecho todas las cosas de la tierra, no era venerado por ellas. Se mostró muy grave y con una mirada de perfecta inocencia dijo:

—Todas las cosas le dicen: «¡Oh!».

Preguntóle luego si las personas que morían en su país iban a alguna parte. Dijo que sí, que todos iban a Benamuckee. Enseguida le pregunté si también los que eran devorados, y me respondió que sí.

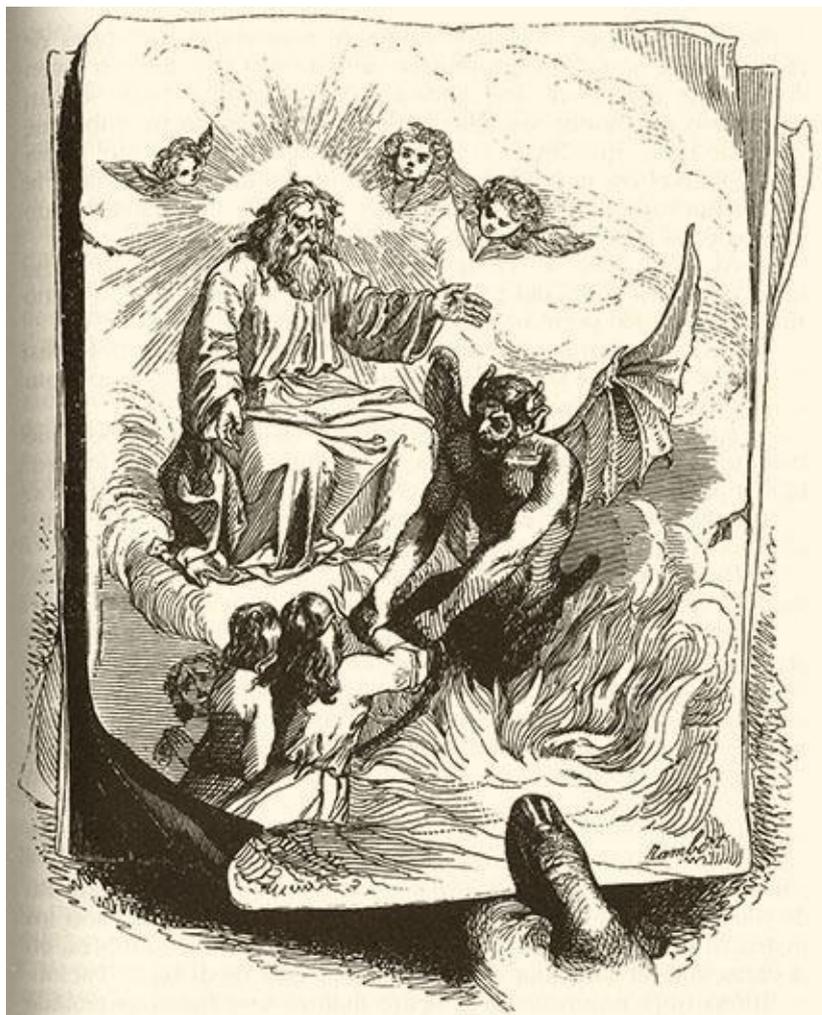
Aproveché la ocasión para instruirle en el conocimiento del verdadero Dios. Le dije que el Creador de todas las cosas vivía allá arriba, y le señalé el cielo. Que Él gobernaba el mundo con el mismo poder y la misma providencia con que lo había creado. Que era omnipotente y podía hacer y darnos todo o quitárnoslo todo: y así, poco a poco, fui abriendo sus ojos. Escuchaba con gran atención y recibió con placer la idea de que Jesucristo hubiese sido enviado para redimirnos y nuestra forma de orar a Dios, que podía oírnos, aunque estuviese en el cielo. Un día me dijo que si nuestro Dios podía escucharnos desde más allá del sol, debía ser un Dios más grande que su Benamuckee, que no vivía muy lejos y que, sin embargo, no podía oírlos a menos que ellos fuesen a hablarle a las grandes montañas donde moraba. Le pregunté si alguna vez había ido a hablarle. Me dijo que no, que los jóvenes nunca iban: sólo los ancianos que eran los *oowocakee*, es decir, como pude hacer que me explicara, sus religiosos o clérigos, que iban y decían «¡Oh!» (así designaba a las plegarias) y luego regresaban y les transmitían lo que Benamuckee había dicho. Observé entonces que las prácticas sacerdotales existen hasta entre los más ciegos e ignorantes paganos de la tierra y que la política de hacer una religión secreta, a fin de preservar la veneración del pueblo hacia su clero, no sólo se encuentra en la religión romana, sino acaso en todas las del mundo, aun entre los más irracionales y bárbaros salvajes.

Intenté aclarar esta superchería a mi servidor Viernes y le dije que su pretensión de ir a las montañas para decir «¡Oh!» a su dios Benamuckee era una impostura, así como las palabras que le atribuían. Que si allí encontraban alguna respuesta o hablaban con alguien, debía ser con un espíritu maligno. Y luego inicié una larga disertación acerca del diablo, su origen y su rebelión contra Dios, su odio por los hombres, la razón de dicho odio, su inclinación a hacerse adorar en las regiones más oscuras del mundo, en lugar de Dios y como si lo fuese, y la infinidad de estratagemas que usaba para inducir a la humanidad a su ruina: de su secreto acceso a nuestras pasiones y afectos para adaptar sus artimañas a nuestras inclinaciones, de modo que logra convertirnos en instrumentos de nuestras propias tentaciones y hacernos marchar a nuestra perdición por propia elección.

Grabar en su espíritu las justas nociones sobre el diablo no me resultó tan fácil como había sido darle idea de la existencia de Dios. La naturaleza apoyaba todos mis argumentos para demostrarle la necesidad de una causa primera, de un supremo poder y una secreta providencia y de la equidad y justicia de pagar tributo a Dios nuestro creador. Pero nada de esto aparecía en la noción de un espíritu maligno, de su origen, su existencia, su naturaleza y, sobre todo, de su inclinación a hacer el mal y arrastrarnos a hacer lo mismo. En una ocasión, la pobre criatura me desconcertó de tal manera con una pregunta puramente natural e inocente, que apenas supe qué decirle. Había estado hablando largamente del poder de Dios, de su omnipotencia y

de su atroz condena del pecado y del fuego devorador que preparaba para los agentes de la iniquidad: de cómo Él, que había creado todas las cosas, podía destruirnos a nosotros y a todo el mundo en un instante. Viernes me había escuchado todo el tiempo con gran seriedad.

Enseguida le conté cómo el diablo era el enemigo de Dios en el corazón de los hombres y de qué modo usaba toda su malicia y su habilidad para derrotar los buenos designios de la providencia y arruinar el reino de Cristo sobre la tierra:



—Pues bien —me dijo Viernes—, si decir que Dios es tan fuerte y tan grande, ¿acaso no es más fuerte y poderoso que el diablo?

—Sí, sí —le respondí—. Dios es más poderoso que el diablo, está por encima de él. Por eso, rogamos a Dios que lo ponga bajo nuestros pies y nos permita resistir a sus tentaciones y extinguir sus dardos ardientes.

—Pero, si Dios es mucho más fuerte —añadió Viernes—, mucho más poderoso que el diablo, ¿por qué no mata al diablo para que no haga más el mal?

Su pregunta me dejó extrañamente sorprendido. Después de todo, aunque yo no era un hombre viejo, no era más que un joven doctor que carecía de las calificaciones necesarias para ser un casuista o solucionar las dificultades. Y al principio no supe qué decir, de modo que fingí no haberle oído y le pregunté qué había dicho. Pero él

era demasiado sincero para olvidar su pregunta y la repitió nuevamente, con sus palabras quebradas. Yo había tenido tiempo para reponerme un poco, y le dije:

—Al final Dios lo va a castigar severamente. Él lo tiene reservado para el día del juicio, en que será arrojado a un abismo sin fondo, donde permanecerá en el fuego eterno.

Esto no conformó a Viernes, que volvió a repetir mis palabras.

—*Al final lo tiene reservado*, mí no entender: ¿por qué no lo mata ahora, por qué no mucho antes?

—Tú podrías preguntarme también —le respondí— por qué Dios no te mata a ti y a mí cuando hacemos cosas que le ofenden. Él nos preserva para que nos arrepintamos y seamos perdonados.

Después de haber reflexionado un momento, me dijo muy afectuosamente:

—Pues está bien; de modo que tú, yo, diablo, todos malos, todos preservados, arrepentirse, Dios perdonar todos.

Volví a caer en el mayor estupor. Aquello fue para mí una prueba de que, aunque las simples nociones de la naturaleza conducen a los seres responsables al conocimiento de Dios y a la adoración u homenaje de su esencia suprema, sin embargo sólo la divina revelación puede darnos el conocimiento de Jesucristo y de una redención realizada para nosotros, de un mediador, de un nuevo pacto y de un intercesor ante el trono de Dios. Digo que nada más que una revelación del cielo puede grabar estas nociones en el alma y, por consiguiente, el Evangelio de nuestro Señor y Salvador Jesucristo —me refiero a la palabra de Dios— y el Espíritu de Dios prometido a su pueblo para guiarlo y santificarlo, son los instructores absolutamente esenciales del alma de los hombres, en el conocimiento salvador de Dios y los medios de dicha salvación.

Interrumpí entonces el presente diálogo que había entablado con mi servidor y me puse en pie rápidamente, como si alguna súbita obligación me impulsase a salir; lo mandé bien lejos con cualquier pretexto, y me puse a rogar ardientemente a Dios para que me hiciera capaz de instruir salvadoramente a este pobre salvaje, para que Él preparara con su Espíritu el corazón de esta pobre ignorante criatura, a fin de que recibiese la luz del conocimiento de Dios en Cristo, reconciliándolo con Él y guiándome en la tarea de transmitirle la palabra de Dios, para poder abrir sus ojos, convencer a su conciencia y salvar su alma. Cuando regresó a mí, inicié una larga disertación acerca del tema de la redención del hombre por el Salvador del mundo y de la doctrina del Evangelio anunciada desde el cielo: es decir, del arrepentimiento hacia Dios y la fe en nuestro bendito Señor Jesucristo. Luego le expliqué lo mejor que pude por qué nuestro bendito Redentor no se había revestido con la naturaleza de los ángeles, sino con la raza de Abraham, y cómo por esta razón los ángeles caídos eran excluidos de la Redención, que había venido sólo por los corderos descarriados de la casa de Israel.

Había, Dios lo sabe, más sinceridad que sabiduría en todos los métodos que adopté para la instrucción de esta pobre criatura, y debo reconocer lo que cualquiera podrá comprobar en caso de actuar según el mismo principio: que, al exponerle las cosas abiertamente, me informé y me instruí a mí mismo en muchas cosas que antes ignoraba o no había considerado cabalmente, pero que se presentaban naturalmente en mi alma cuando las examinaba, para poder transmitírselas a este pobre salvaje. En esta ocasión puse en mi búsqueda de estas cosas más fervor que el que había sentido nunca. No sé si este pobre desgraciado había mejorado o no, pero yo tenía buenas razones para agradecer al cielo el habérmelo enviado: la pena que sentía se hizo más leve, mi morada se volvió excesivamente confortable. Y cuando pensaba que esta vida solitaria a la que estaba confinado, no sólo me había hecho volver mi mirada al cielo para buscar la mano que me había puesto allí, sino que ahora me había convertido en un instrumento de la providencia para salvar la vida y, sin duda, el alma de un pobre salvaje y conducirlo a la verdadera ciencia de la religión y de la doctrina cristiana, a fin de que pudiese conocer a Jesucristo, que es conocer la vida eterna: cuando, digo, reflexionaba sobre todas estas cosas, un secreto gozo recorría toda mi alma y, con frecuencia, me regocijaba el haber sido llevado a aquel sitio que a menudo había considerado como la más terrible de las desventuras que pudieran haberme ocurrido.

En este espíritu de reconocimiento pasé el resto de mi tiempo. Mis conversaciones con Viernes ocupaban tan bien mis horas, que los tres años que vivimos allí juntos fueron completa y perfectamente felices, si es que algo como una total felicidad es posible en un estado sublunar. El salvaje era ahora un buen cristiano, un cristiano mucho mejor que yo, aunque —Dios lo sabe— tengo razones para confiar en que ambos éramos igualmente penitentes, penitentes consolados y regenerados. Aquí teníamos la palabra de Dios para leer y su Espíritu que nos orientaba como si hubiésemos estado en Inglaterra.

Me aplicaba constantemente a la lectura de las Escrituras, para luego transmitirle lo que iba leyendo lo mejor que podía. Y él, nuevamente, con sus serias preguntas y cuestionamientos, como he dicho ya, me convertía en un conocedor mucho más hábil de las Escrituras que el que hubiese sido de hacer meramente una lectura privada. Hay aún otra cosa, fruto de la experiencia de esta parte de mi vida solitaria, que no puedo omitir: resulta una infinita e inexpresable bendición que el conocimiento de Dios y de la doctrina de la salvación por Jesucristo estén tan claramente explicados en su palabra, tan fácil de recibir y comprender, que bastó una simple lectura de las Escrituras para que me sintiese capaz de comprender cabalmente mi deber, para llevarme directamente a la gran obra del sincero arrepentimiento de mis pecados y conducirme —al remitirme al Salvador, fuente de vida y salud— a practicar una reforma y obedecer todos los dictados del Señor; y esto sin ningún maestro o instructor humano, se entiende. Esta simple instrucción fue asimismo suficiente para

iluminar a esta criatura salvaje y para convertirla en un cristiano como no he conocido ninguno en mi vida.

En cuanto a todas las disputas, controversias, rivalidades y argumentos que se han suscitado en el mundo en torno a la religión, fuesen sutilezas doctrinarias o proyectos de gobierno eclesiástico, eran totalmente inútiles para nosotros, como lo han sido, según puedo juzgar, para el resto del mundo. Nosotros teníamos una indudable guía para llegar al cielo en la palabra de Dios y estábamos iluminados por el Espíritu de Dios que nos instruía y nos enseñaba con su palabra, conduciéndonos hacia toda verdad y volviéndonos a ambos sumisos y obedientes a las enseñanzas de su ley. No veo cómo podríamos haber encontrado el menor provecho en el conocimiento más profundo de los puntos polémicos de la religión, que han creado tanta confusión en el mundo, si los hubiésemos tenido. Pero debo proseguir con la relación histórica de las cosas y seguirlas en su orden.

Una vez que Viernes y yo tuvimos una relación más íntima, cuando él comprendió casi todo lo que yo le decía y llegó a hablar con fluidez, aunque en un mal inglés, le conté mi historia, o al menos una parte de mis aventuras anteriores a la llegada a la isla, cómo había vivido allí y cuánto tiempo. Le inicié en el misterio —ya que efectivamente lo era para él— de la pólvora y las balas y le enseñé a tirar. Le di un cuchillo, lo cual le proporcionó un extremo placer, y le confeccioné un cinturón que llevaba suspendida una vaina, como las que se usan en Inglaterra para llevar los cuchillos de caza; pero en ella, en lugar de un cuchillo de caza llevaba una pequeña hacha, que no sólo era una buena arma para ciertas ocasiones, sino más útil en otras muchas.



Le hice una descripción de los países de Europa, particularmente de Inglaterra, de donde provenía; de cómo vivíamos y adorábamos a Dios y cómo nos comportábamos entre nosotros y cómo comerciábamos con todas las regiones del mundo con nuestros barcos. Le hice un relato del naufragio del barco en que viajaba y le mostré, aproximándome cuanto me fue posible a dicho lugar, el punto donde había encallado, pero el barco ya se había hecho añicos y había desaparecido hacía mucho tiempo.

Le mostré los restos de nuestro bote que habíamos perdido cuando escapamos, y que pese a todos mis esfuerzos no había podido mover jamás, pero que ahora estaba

casi totalmente deshecho. Cuando Viernes vio el bote se quedó meditando un buen rato y no dijo nada. Le pregunté qué pasaba y por fin me manifestó:

—Mí ver bote igual venir a mi nación.

Pasó un tiempo antes de que pudiese interpretarlo hasta que, por último, cuando lo hube examinado con más atención, comprendí que se trataba de un bote semejante a aquél que había llegado hasta las costas del país donde él vivía; es decir, que había sido arrastrado por la fuerza de una tempestad. Me imaginé entonces que algún barco europeo debía haber naufragado en aquellas costas y que su chalupa, sin duda, se habría desprendido y habría sido arrojada a la costa, pero fui tan tonto que no pensé en ningún momento en los hombres que pudiesen haber escapado del naufragio y mucho menos me informé de dónde provenían. Todo lo que pregunté se refirió a la descripción del bote.

Viernes lo describió bastante bien; pero me hizo entenderle mejor cuando agregó con vehemencia:

—Nosotros salvar hombres blancos de ahogarse.

Entonces le pregunté si había hombres blancos, como él los llamaba, en el bote.

—Sí —dijo—, el bote estar lleno de hombres blancos.

Le pregunté cuántos había y él contó con sus dedos hasta diecisiete. Entonces le pregunté qué había sido de ellos y respondió:

—Ellos vivir, habitar mi nación.

Esto me suscitó nuevos pensamientos, pues me imaginé que podría ser la tripulación perteneciente al barco que naufragó a la vista de mi isla, como la llamaba ahora: que esta gente, después de que el barco chocara contra las rocas, viéndose irremediamente perdida, acaso se había salvado en su bote desembarcando en aquella costa desierta entre los salvajes.

Además, le interrogué más minuciosamente acerca del destino de aquellos hombres. Me aseguró que aún vivían allí, desde hacía cuatro años: que los salvajes los habían dejado tranquilos y que les habían dado alimentos. Le pregunté cómo era que no habían sido muertos y devorados. Él dijo:

—No, ellos hacer hermanos.

Es decir, tal como pude entender, fraternizaron con ellos. Luego agregó:

—Ellos no comer hombres, sino cuando la guerra hacer pelear.

Es decir, que no se comían a ningún hombre que no hubiese combatido contra ellos y no fuese prisionero de guerra.

Sucedió, mucho tiempo después, que estando en la cima de la colina, en la parte oriental de la isla desde donde, como he dicho, un día diáfano había descubierto el continente de América: ocurrió, decía, que al ser un día sereno, Viernes miró fijamente hacia la tierra firme y, como por sorpresa, se puso a bailar y a saltar, llamándome, pues yo me encontraba a cierta distancia. Le pregunté qué ocurría.

—¡Oh, alegría! —dijo—. ¡Oh, contento! Allí ver mi país, allí ser mi nación.

Observé un sentimiento de extraordinario placer en su rostro, sus ojos brillaban y su aspecto descubría una extraña ansiedad, como si hubiese pensado en estar nuevamente en su país. Esta observación despertó en mí multitud de pensamientos que, al principio, me causaron una inquietud que no había sentido antes respecto de mi servidor Viernes. No dudaba de que si Viernes tenía ocasión de volver a su país, no sólo olvidaría su religión, sino todas sus obligaciones para conmigo y sería capaz de informar a sus compatriotas de todo lo que de mí sabía y acaso volver con uno o dos centenares de ellos para hacer un festín conmigo, lo cual le proporcionaría el mismo placer que sentía cuando se trataba de los enemigos que se convertían en sus prisioneros de guerra.

Pero cometía así una gran injusticia con aquella honrada criatura, de la que luego me arrepentiría. Sin embargo, a medida que aumentaban mis celos, que duraron algunas semanas, me volvía más circunspecto y me mostraba menos familiar y amable con él, lo cual era, sin duda, también un error: el honrado y agradecido Viernes no tenía un solo pensamiento que no comulgara con los mejores principios de un cristiano religioso y de un amigo agradecido, tal como luego se puso de manifiesto, para mi absoluta satisfacción.

Podéis estar seguros de que, mientras duró mi desconfianza, todos los días le sondeaba para ver si descubría en él algunas de las ideas que yo le atribuía. Pero todo lo que decía era tan sincero e inocente, que no encontré nada para alimentar mi sospecha. Por último, pese a toda mi inquietud, nuevamente me abandoné enteramente a él, que no se enteró en absoluto de mi malestar, lo cual me impedía pensar que me mentía.

Un día, paseando por la misma colina, con un tiempo brumoso en el mar, de modo que no se podía ver el continente, lo llamé y le dije:

—Viernes, ¿no deseas volver a tu país, a tu propia nación?

—Sí —me respondió—, mí estar muy contento de estar en mi propia nación.

—¿Y qué harías allí? —le dije—. ¿Te convertirías otra vez en un bárbaro, comerías carne humana y vivirías como un caníbal?

Me miró lleno de preocupación y meneando la cabeza replicó:

—No, no. Viernes decirles vivir bien, decirles rogar a Dios, decirles comer pan de grano, carne de rebaño, leche, no comer hombre otra vez.

—Pues entonces te matarán —le dije.

Él se mostró grave y luego exclamó:

—No, ellos no matarme, ellos amar mucho aprender.

Con esto quería decir que ellos estaban deseosos de aprender. Agregó que ellos aprendían mucho de los hombres con barba que habían venido en un bote. Entonces le pregunté si quería volver con los suyos. Él se sonrió y me dijo que no podía ir nadando hasta allí. Le respondí que le fabricaría una canoa. Y me dijo que iría si yo le acompañaba.

—Iré —le dije—. Pero ellos me comerán si voy.

—No, no —respondió Viernes—. Yo no dejar que coman a ti. Yo hacer que amar a ti.

Quería decir que les diría cómo yo había dado muerte a sus enemigos, salvándole la vida, y así haría que me quisiesen. Luego me dijo, lo mejor que pudo, cuán generosos habían sido con los diecisiete hombres blancos o con barba, como solía llamarlos, que habían llegado con tanta desventura hasta sus costas.

Desde aquel momento, lo confieso, sentí deseos de aventurarme y tratar en lo posible de reunirme con aquellos hombres barbudos, que debían de ser españoles o portugueses. No dudaba que, de encontrar algún medio para escapar, una vez en el continente y con numerosa compañía, podría arreglármelas mejor que desde una isla situada a cuarenta millas de la costa, solo y sin ayuda. De modo que algunos días después, reanudé el sondeo con Viernes, a través de la conversación, y le dije que le daría mi barca para regresar a su nación. Le conduje, pues, a mi piragua, que se encontraba al otro lado de la isla y, después de haberla sacado del agua, puesto que la tenía siempre sumergida, se la mostré y entramos los dos en ella.

Descubrí que era un compañero muy diestro en la maniobra y que hacía deslizar la piragua con tanta habilidad y ligereza como yo. Mientras avanzábamos, le dije:

—Pues bien, Viernes, ¿quieres que vayamos a tu nación?

Él se quedó estupefacto al oírme, seguramente porque pensaba que el bote era demasiado pequeño para llevarnos tan lejos. Le dije que tenía uno más grande y, al otro día, fui al sitio donde se encontraba el primer bote que había fabricado, pero que no había podido llevar hasta el agua. Él dijo que era suficientemente grande. Pero, como no había tenido ningún cuidado con él y había pasado veintidós o veintitrés años expuesto al sol, que lo había astillado y secado, parecía estar algo podrido. Viernes afirmó que con un bote semejante sería suficiente y llevaríamos «mucha bastante comida, bebida, pan»; así se expresaba.

En suma, estaba tan firme en mi resolución de marchar con Viernes al continente, que le dije que haríamos otra embarcación tan grande como aquella, para que él regresase a su casa. No me respondió y parecía triste. Le pregunté qué le pasaba y dijo:

—¿Por qué tú estar enfadado con Viernes? ¿Qué mí ha hecho?

Le pregunté qué quería decir, asegurándole que no estaba enfadado en absoluto.

—¡No enfadado! ¡No enfadado! —dijo él, repitiendo las palabras varias veces—. ¿Por qué enviar Viernes a casa a su nación?

—¿Me preguntas por qué, Viernes? ¿Acaso no has dicho que deseabas estar allí?

—Sí, sí —respondió él—. Desear que los dos estar allí, no Viernes allí, sin amo.

En una palabra, no podía pensar en marcharse sin mí.

—¿Yo ir allí Viernes? —le pregunté—. ¿Qué hago yo allí?

Se volvió con presteza:

—Tú hacer gran cantidad de bien —dijo—. Tú enseñar hombres salvajes ser buenos, hombres sobrios y dóciles. Tú decirles que conocer Dios, rezar a Dios y vivir

nueva vida.

—Ay de mí, Viernes —exclamé—. No sabes lo que dices, soy un hombre ignorante.

—Sí, sí —replicó él—, tú enseñar mí bien, tú enseñar ellos bien.

—No, Viernes —le respondí—. Tú te marcharás sin mí y me dejarás viviendo aquí solo, como antes.

Ante estas palabras se mostró nuevamente perplejo, y fue corriendo a buscar una de las pequeñas hachas que solía llevar consigo, la cogió con presteza y me la entregó.

—¿Qué debo hacer con ella? —le pregunté.

—Tú cogerla y matar Viernes —respondió.

—¿Por qué habría de matarlo? —le repliqué.

Él me respondió inmediatamente:

—¿Por qué tú enviar lejos Viernes? Tomar, matar Viernes, no mandar lejos.

Pronunció estas palabras tan sinceramente que sus ojos se llenaron de lágrimas. En una palabra, descubrí en él, claramente, un afecto tan intenso por mí y una resolución tan firme, que le dije, y más tarde con frecuencia se lo repetí, que nunca lo enviaría lejos de mí, si su deseo era quedarse conmigo.

En suma, en todas sus expresiones encontré un afecto tan sólido hacia mí, que nada podría separarlo, y descubrí asimismo que todos sus deseos de volver a su país surgían de su ardiente afecto por su pueblo, y de su esperanza de que yo les hiciera buenos, cosa que, dadas mis pocas luces, no tenía intención ni deseo de llevar a cabo.

Sin embargo, sentía todavía una fuerte inclinación a escapar, que se nutría, como he dicho, de la suposición que deduje de mi conversación; es decir, que había allí diecisiete hombres barbudos. Por consiguiente, sin más dilación, me puse a trabajar con Viernes en la búsqueda de un árbol lo bastante grande como para hacer una gran piragua o canoa para emprender el viaje. Había en la isla árboles suficientes para fabricar una pequeña flota, no de piraguas y canoas, sino de barcos grandes. Pero la condición principal que tuve en cuenta fue que el árbol estuviese cerca del mar, a fin de que, cuando la piragua estuviese terminada, pudiese ponerla en el agua, para no caer en el mismo error que había cometido al principio.

Por fin, Viernes escogió un árbol, ya que conocía mejor que yo el tipo de madera más conveniente para nuestro propósito. Ni aún hoy sería capaz de dar un nombre al árbol que derribamos. Sólo sé que se parecía bastante al que llamamos fustete^[48] y que estaba entre aquél y el nicaragua^[49], pues tenía el mismo color y olía igual. Viernes se proponía quemar el interior del árbol para hacer la cavidad del bote. Pero le demostré que era mejor trabajarlo con herramientas, lo cual hizo con gran destreza, una vez que le hube enseñado. Al cabo de un mes de ardua labor lo terminamos. Era un bote muy hermoso, especialmente porque con nuestras hachas, que yo enseñé a manipular a Viernes, cortamos y modelamos su parte exterior dándole la forma de una verdadera embarcación. Después, pese a todo, nos llevó casi quince días

desplazarla hasta el agua, pulgada a pulgada, por medio de grandes rodillos. Cuando lo logramos, supimos que ella podía transportar veinte hombres tranquilamente.



Cuando estuvo en el agua, me sorprendió ver con qué destreza y habilidad la manejaba mi servidor Viernes y cómo, pese a sus dimensiones, la hacía virar y avanzar. Entonces le pregunté si él creía que podíamos aventurarnos con ella.

—Sí —me dijo—. Aventurarnos con ella muy bien, aunque sople gran viento.

Sin embargo, yo tenía un proyecto que él no conocía y que consistía en hacer un mástil y una vela y agregarle también un ancla y cable. En cuanto al mástil, fue fácil obtenerlo, pues elegí un joven y erguido cedro que encontré cerca de allí, especie que abundaba en la isla, y le encargué a Viernes que lo cortara, impartándole instrucciones para que le diera forma y lo adaptase. Pero la vela era mi preocupación particular. Sabía que tenía suficientes viejas velas o más bien trozos de ellas, pero como hacía veintiséis años que las había apartado, sin tomar ninguna precaución para conservarlas, ya que no me imaginaba que alguna vez podría usarlas para un propósito semejante, no dudaba de que estarían todas podridas, y, en efecto, lo estaban en su mayor parte. Sin embargo, encontré dos trozos que me parecieron en bastante buen estado y me puse a trabajar con ellos; después de muchos esfuerzos (de esto podéis estar seguros), de coser lenta y dificultosamente por falta de agujas, hice por fin una cosa fea y triangular que se parecía a lo que en Inglaterra llamamos vela de *lomo de carnero*, que debía ir amarrada con un cordón abajo y llevaba una pequeña y breve botavara arriba. Las chalupas de nuestros navíos suelen navegar con una vela parecida, cuyo manejo precisamente yo conocía mejor, pues la barca en la que me había escapado de Berbería tenía una así, tal como he relatado en la primera parte.

Empleé casi dos meses en esta última parte del trabajo, es decir, en arreglar y ajustar mi mástil y las velas. Para completarlo hice un pequeño estay, al que agregué

una vela a modo de trinquete, que me ayudaría a aprovechar el viento: y por último fijé un timón a la popa para dirigirla. Aunque fuese un lamentable constructor, al conocer la utilidad y hasta la necesidad de hacerlo, me apliqué a ello con tanta dedicación que por fin alcancé mi meta. Sin embargo, teniendo en cuenta las tristes invenciones a las que había recurrido sin éxito, creo que me costó tanto trabajo como hacer todo el bote.

Una vez terminado todo esto, hice que mi servidor Viernes aprendiera todo lo que se relacionaba con la navegación de mi bote, pues si bien él sabía dirigirlo perfectamente con los remos, no conocía en absoluto el manejo de las velas ni del timón, y se quedó asombrado cuando me vio dirigir y hacer virar la piragua en el mar por medio del timón y cómo la vela rotaba, se tendía o se aflojaba en sentido opuesto al cambio de ruta. Repito que cuando vio esto, se quedó estupefacto y atónito. Sin embargo, con el tiempo, todas estas cosas se le hicieron familiares y se convirtió en un experto marino, excepto en el uso de la brújula, que no logré hacerle comprender. Por otra parte, como en aquellos climas es raro tener el cielo cubierto y casi nunca o nunca hay niebla, no había necesidad de brújula. Por la noche siempre se podían ver las estrellas, y durante el día, la costa; excepto en la estación lluviosa, cuando a nadie se le ocurre aventurarse ni por tierra ni por mar.

Había entrado ya en el año veintisiete de mi cautiverio en esta isla, aunque debería descontar los tres últimos años que había compartido con mi servidor Viernes, ya que mi vida, a partir de entonces, fue totalmente diferente a la que había llevado anteriormente. Celebré el aniversario de mi llegada a este sitio con el mismo reconocimiento hacia Dios por sus misericordias, y si al principio tenía motivos para sentirme agradecido, ahora tenía aún más, ya que la providencia me había dado nuevos testimonios de su solicitud para conmigo, y podía alimentar la esperanza de una pronta y segura liberación, pues tenía la ineludible impresión de que mi salvación estaba próxima y que no pasaría otro año en aquel sitio.

No obstante, proseguí con mi cultivo y, como de costumbre, sembraba, araba, plantaba, cercaba, recogía y dejaba secar mis racimos y me ocupaba igual que antes de todas las cosas necesarias.

La estación de lluvias, que me obligaba a permanecer en casa más que de costumbre, ya había llegado. Nuestra nueva embarcación estaba oculta en el sitio más seguro que pudimos encontrar, es decir, la habíamos hecho remontar el río donde, como ya he dicho al comienzo, había desembarcado con mis balsas. La habíamos arrastrado hasta la costa aprovechando la marea alta, e hice que mi servidor Viernes cavara una pequeña ensenada, lo suficientemente grande como para alojarla en su interior, y que fuese tan profunda como para que el bote pudiese mantenerse a flote; y luego, cuando se retiró la marea, hicimos una especie de dique muy fuerte, junto a su extremo, para que no le entrara el agua. Así, nuestra embarcación quedaba sobre seco y al abrigo de la marea. Y para preservarla de las lluvias, colocamos gran cantidad de ramas de árboles, con lo cual hicimos un techo tan espeso como el de una casa.

Esperamos entonces a noviembre y diciembre, que eran los meses que yo había destinado para nuestra aventura.

Cuando la estación establecida estuvo próxima y el pensamiento sobre mi proyecto renació con el buen tiempo, me ocupé día a día de los preparativos del viaje. Lo primero que hice fue reunir una cierta cantidad de provisiones que nos abastecerían en nuestro viaje. Me proponía, al cabo de una o dos semanas, abrir el dique y echar al agua nuestra embarcación. Una mañana, mientras estaba dedicado a alguna cosa de este tipo, llamé a Viernes y le pedí que fuese a la orilla del mar, para ver si podía encontrar alguna tortuga o quelonio, cosa que hacíamos generalmente una vez a la semana, para obtener huevos y carne. Hacía muy poco que se había marchado, cuando le vi regresar corriendo y franquear la fortificación exterior o muro, como si sus pies no tocasen tierra y, antes de que tuviese tiempo de hablarle, me gritó:

—¡Oh, amo! ¡Oh, amo! ¡Oh, pena! ¡Oh, malo!

—¿Qué ocurre Viernes? —le pregunté.

—Oh, allí, una, dos, tres canoas. ¡Una, dos, tres!

Por la forma en que se expresó, deduje que serían seis, pero después de interrogarle, supe que eran tres.

—Pues bien, Viernes —dije—. No tengas miedo.

Lo animé como pude. Pero el pobre muchacho estaba terriblemente asustado. Se había empeñado en pensar que habían venido a buscarlo y que lo destrozarían para devorarlo. La pobre criatura temblaba de tal forma que apenas supe qué hacer con él. Lo reconforté lo mejor que pude y le dije que yo corría tanto peligro como él, ya que también a mí me devorarían.

—Pero, Viernes, debemos estar dispuestos a combatirlos —le dije—. ¿Acaso no puedes luchar, Viernes?

—Yo tirar —dijo—, pero ellos venir muchos más.

—No te preocupes por eso —le repetí—. Nuestras armas espantarán a los que no podamos matar.

Le pregunté entonces si estaba resuelto a defenderse y a defenderme, a ayudarme y a hacer lo que yo le pidiera.

—Yo morir cuando tú morir, amo —me respondió.

Fui entonces a buscar un buen trago de ron y se lo di, pues había cuidado tanto de mi ron, que aún tenía gran cantidad. Cuando lo hubo bebido, le hice traer las dos escopetas de caza que siempre solíamos llevar con nosotros y las cargué con municiones grandes del tamaño de las de pistola. Luego, cogí cuatro mosquetes y los cargué con dos cartuchos y cinco balas cada uno. Me colgué el gran sable desnudo al costado, como de costumbre, y le di su hacha a Viernes.

Así preparado, cogí mi catalejo y ascendí por la ladera de la montaña para ver qué podía descubrir. Pronto advertí, gracias a mi catalejo, que había allí veintiún salvajes, tres prisioneros y tres canoas y que su único propósito era celebrar un banquete

triunfal con aquellos tres cuerpos humanos (una fiesta bárbara, sin duda), pero que no tenía nada de particular respecto de las que ya había observado.

Advertí asimismo que no habían desembarcado en el mismo sitio de donde había escapado Viernes, sino más cerca de mi río, donde la costa era baja y había un espeso bosque que llegaba casi hasta el mar. Esta observación y el horror que me inspiraba la atroz empresa que estos miserables se proponían realizar me llenó de tanta indignación, que regresé con Viernes y le dije que estaba resuelto a caer sobre ellos y matarlos a todos. Luego le pregunté si quería combatir a mi lado. Él ya se había repuesto del susto y, reanimado por el trago de ron que le había dado, se mostraba animado y repitió, como me había dicho antes, que él moriría cuando yo se lo ordenase.

En este acceso de furor, cogí y repartí entre los dos las armas que había cargado antes. Le di a Viernes una pistola para que pusiese en su cinturón y tres mosquetes que llevaría a sus espaldas; yo me quedé con una pistola y los otros tres mosquetes, y con este equipaje partimos. Puse una pequeña botella de ron en el bolsillo y le di a Viernes un gran saco de pólvora y balas. En cuanto a la consigna, le encomendé que no se separase de mí en ningún momento, y que no se moviera ni disparara ni hiciese nada hasta que yo se lo ordenase. Al mismo tiempo, le recomendé que no emitiese una sola palabra. A continuación hice un circuito a mi derecha de cerca de una milla, a fin de evitar el río y ganar el bosque, de modo que pudiera llegar a tiro de fusil de los salvajes antes de que me descubrieran, cosa que era fácil de hacer, según había comprobado con mi catalejo.

A medida que iba andando resurgieron mis antiguos escrúpulos, que comenzaron a quebrantar mi decisión. No quiero decir con esto que tuviese miedo de su número, pues no eran más que unos miserables desnudos y sin armas y, con certeza, yo tenía superioridad sobre ellos, aun cuando estuviese solo. Pero ¿qué motivos, qué circunstancias, qué necesidad me impulsaba a teñir mis manos con sangre, atacando a unos hombres que no me habían hecho, ni habían intentado hacerme daño alguno y que respecto de mí eran inocentes? Sus bárbaras costumbres constituían su propia desdicha y eran la prueba de que Dios los había abandonado, así como a otros pueblos de aquella parte del mundo, a su estupidez, a sus ritos inhumanos; pero Él no me había llamado para que juzgase sus acciones y mucho menos para ejecutar su justicia. Cuando Él lo tuviese por conveniente, tomaría el caso en sus manos y, mediante la venganza nacional, los castigaría por su crimen nacional. Pero aquél no era mi problema.

En verdad, Viernes podría justificar aquella acción: era su enemigo declarado, se trataba de una guerra con hombres como él, y era legítimo que los atacara. Pero no podía decir lo mismo de mí. Estos pensamientos influyeron con tanta fuerza en mi espíritu a lo largo del camino, que resolví solamente permanecer cerca de ellos para observar su festín salvaje y actuar según la inspiración del Señor; pero no

entrometerme en nada, a menos que se presentara algo que representase para mí una verdadera llamada.

Con esta resolución entré en el bosque y, con toda la precaución y el silencio posibles —Viernes iba pisándome los talones—, avancé hasta el margen del bosque más cercano a los salvajes, de suerte que sólo nos separaba una pequeña franja de árboles. Entonces llamé a Viernes en voz muy baja y le señalé un gran árbol que se erguía en un ángulo del bosque, y le pedí que fuese hasta él y me informara si desde allí podía verse claramente qué hacían. Así lo hizo, y, regresando inmediatamente, me dijo que desde allí se los podía ver perfectamente; que estaban alrededor del fuego comiéndose la carne de uno de los prisioneros, y que a corta distancia de donde estaban había otro a quien iban a matar enseguida, que estaba amarrado sobre la arena, cosa que me encendió en cólera. Añadió que este último no era de su nación, sino uno de los hombres con barba, de quienes me había hablado, que habían llegado en un bote a su tierra. Ante el mero nombre de hombre blanco, me sobrecogí de horror. Me dirigí, pues, hacia el árbol y gracias a mi catalejo distinguí perfectamente a un hombre blanco que yacía sobre la playa, con las manos y los pies atados con cañas o juncos; que era un europeo y estaba vestido.

Había otro árbol y más allá un pequeño matorral más cercano a los salvajes en unas cincuenta yardas que el sitio donde me encontraba. Observé que, dando un pequeño rodeo, podría acercarme sin ser descubierto, y que desde allí no estaría más que a medio tiro de escopeta. Dominé mi cólera, aunque estaba indignado en sumo grado, y, retrocediendo alrededor de veinte pasos, me aposté detrás de unos arbustos que cubrían todo el camino, hasta que llegué al otro árbol. Luego me encontré con una pequeña elevación del terreno, desde la cual pude ver claramente a los salvajes, desde una distancia de unas ochenta yardas.

No había que perder un momento, pues diecinueve de aquellos miserables estaban sentados en el suelo todos apretujados y acababan de enviar a otros dos a asesinar al pobre cristiano, que acaso sería llevado miembro por miembro a la hoguera. Ya se agachaban a desatar las ataduras de sus pies, cuando me volví hacia Viernes.

—Ahora, Viernes —le dije—, haz lo que te ordene.

Viernes asintió.

—Entonces —le dije—, haz exactamente lo que me veas hacer y no falles en nada.

Coloqué sobre tierra uno de los mosquetes y la escopeta, y Viernes hizo lo mismo; con el otro mosquete, apunté a los salvajes ordenándole a Viernes que me imitara. Luego le pregunté si estaba listo y me respondió que sí.

—Entonces, dispara —le dije, y en el mismo instante también yo hice fuego.



Viernes había apuntado mucho mejor que yo, pues mató a dos e hirió a otros tres; por mi parte, maté a uno y herí a dos. Aquello —podéis estar seguros— provocó en los salvajes una terrible consternación y todos los que no estaban heridos se pusieron súbitamente de pie, sin saber en qué dirección huir o qué camino escoger, pues no sabían de dónde provenía su muerte. Viernes tenía la vista fija en mí, tal como yo le había ordenado, para observar todos mis movimientos. Inmediatamente después de la primera descarga, arrojé el mosquete y cogí la escopeta de caza, y Viernes hizo lo mismo. Me vio apuntar y me imitó.

—¿Estás preparado, Viernes? —le pregunté.

—Sí —me respondió.

—Fuego, entonces, en nombre de Dios.

Y con dichas palabras, disparamos los dos contra aquellos miserables espantados. Como nuestras armas no estaban cargadas más que con municiones gruesas o pequeñas balas de pistola, no cayeron más que dos: pero había muchos heridos que coman aullando y gritando como locos, sangrando y cruelmente heridos. Enseguida cayeron otros tres, pero no del todo muertos.

—Ahora, Viernes —le dije, dejando las armas descargadas y cogiendo el mosquete que aún tenía munición—, sígueme.

Él lo hizo inmediatamente con gran audacia. Me precipité fuera del bosque, con Viernes pegado a mis talones, y me descubrí ante los salvajes. Apenas advertí que me habían visto, lancé un grito terrible y, ordenándole a Viernes que hiciese lo mismo, corrí tan de prisa como pude, que dicho sea de paso no era muy rápido, a causa del

peso de las armas, en dirección a la pobre víctima que, como he dicho, yacía sobre la playa entre el sitio del festín y el mar. Los dos carniceros, que iban a ejercitarse sobre él, lo abandonaron, sorprendidos con nuestra descarga, y huyeron despavoridos hacia el mar, saltando a una canoa, seguidos por otros tres. Me volví hacia Viernes y le ordené que se adelantara y les hiciera fuego. Me comprendió enseguida y, corriendo un espacio de cuarenta yardas para acercarse a ellos, les disparó. Pensé que había dado muerte a todos, pues los vi caer unos sobre otros en el bote pero dos de ellos se levantaron con gran prontitud. Sin embargo, sólo había dado muerte a dos y herido a un tercero, que yacía en el fondo del bote como si estuviese muerto.

Mientras mi servidor Viernes les disparaba, cogí mi cuchillo y corté las ligaduras que sujetaban a la pobre víctima. Cuando le hube desatado manos y pies, se levantó. Le pregunté en portugués qué era. Me respondió en latín: *Christianus*. Pero estaba tan débil y languideciente que apenas podía hablar o tenerse en pie. Cogí, pues, la botella que llevaba en el bolsillo y se la extendí, dándole a entender por señas que bebiese. Así lo hizo. Luego le di un trozo de pan y se lo comió. Entonces, le pregunté de qué país era y él dijo:

—*Espagniole*^[50].

Un poco más reanimado, me manifestó con todas las señas posibles cuán reconocido me estaba por haberlo salvado.

—*Seignior* —le dije con el español que pude recordar—, hablaremos luego: ahora debemos luchar. Si aún tiene fuerzas, coja esta pistola y el sable y haga uso de ellos.

Él los aceptó muy agradecido y apenas tuvo las armas en sus manos, como si éstas le hubiesen conferido nuevo vigor, se precipitó hacia sus asesinos como una furia y cortó a dos de ellos en pedazos en un instante. Pues, en realidad, todo aquello les había sorprendido tanto que las pobres criaturas, asustadas por el estruendo de las armas, cayeron de puro asombro y miedo y eran tan incapaces de huir como de resistir a las balas. Esto mismo fue lo que les ocurrió a aquellos cinco que Viernes había abatido en la canoa. Tres de ellos cayeron por las heridas recibidas, y los otros dos de miedo.

Yo siempre tenía el arma en la mano, aunque no tiraba, para reservar la carga que me quedaba, pues le había entregado mi pistola y mi sable al español. Llamé entonces a Viernes y le pedí que fuera al árbol desde donde habíamos disparado al principio y que recogiera las armas descargadas que allí estaban, lo cual hizo con la mayor rapidez. Luego le di mi mosquete, me senté a cargar todas las demás nuevamente y les recomendé que viniesen a buscarlas cuando las necesitaran. Mientras estaba dedicado a este menester, se entabló un feroz combate entre el español y uno de los salvajes, que le atacó con uno de aquellos grandes sables de madera, es decir, el mismo tipo de arma que le hubiese dado muerte, si yo no lo hubiera evitado. El español, que era tan valiente y arrojado como es posible imaginarse, aunque débil, combatió con este indio durante un buen rato, haciéndole dos grandes heridas en la cabeza. Pero el salvaje, un joven robusto y vigoroso, le había abrazado, derribándolo

(estaba muy débil) y se esforzaba por arrancarle el sable de las manos. El español, sabiamente abandonó el sable y, tomando la pistola de su cintura, le disparó un tiro que le atravesó el cuerpo y lo dejó muerto en el acto, antes de que yo, que corrí en su ayuda, hubiese llegado a él.

Viernes, en libertad de acción, perseguía a los miserables fugitivos, sin otra arma en la mano que el hacha, con la que despachó primeramente a aquellos tres que, como he dicho, estaban heridos y cayeron, y luego a todos los que pudo atrapar. El español me pidió uno de los mosquetes: le di, pues, una escopeta, con la cual persiguió a dos salvajes, hiriendo a ambos. Pero, como no tenía fuerzas para correr, ellos se refugiaron en el bosque, donde fueron perseguidos por Viernes, que dio muerte a uno. Pero el otro, aunque herido, era demasiado ágil para Viernes y se arrojó al mar, nadando con todas sus fuerzas hacia los que habían quedado en la canoa. Estos tres que habían embarcado más otro que estaba herido y que no sabemos si murió o no, fueron los únicos del total de veintiún salvajes que se escaparon de nuestras manos. La relación es como sigue:

- 3 muertos por nuestra primera descarga desde el árbol.
- 2 muertos por la siguiente descarga.
- 2 muertos por Viernes en la barca.
- 2 muertos por el mismo, que al comienzo habían sido heridos.
- 1 muerto por el mismo en el bosque.
- 3 muertos por el español.
- 4 muertos que cayeron aquí y allá a causa de sus heridas, o muertos por Viernes en su cacería.
- 4 huidos en la barca, entre los cuales uno herido, si no muerto.

- 21 en total.

Los que quedaron en la barca remaron rápidamente para ponerse fuera del alcance de los disparos; aunque Viernes les disparó dos o tres tiros, no vi que hiriera a ninguno. Él quería que yo cogiera una de sus canoas para perseguirlos, e indudablemente yo estaba muy preocupado por su huida, pues llevarían noticias a su pueblo y quizá regresaran con doscientas o trescientas de sus canoas, derrotándonos a causa de su número; me resolví entonces a perseguirlos por mar y, corriendo hasta una de sus canoas, subí a bordo de la misma y le ordené a Viernes que me siguiera: pero cuando ya estaba dentro, me sorprendí al encontrar a otro pobre salvaje amarrado de pies y manos, como el español, destinado al degüello y casi muerto de miedo, no sabiendo qué había acontecido, pues le era imposible ver por encima del borde de la canoa, agarrotado como estaba, desde el cuello a los pies y apenas con un soplo de vida.

De inmediato, corté las lianas o juncos con los que estaba amarrado y traté de ayudarlo para que se levantara, pero no podía ponerse en pie ni hablar; apenas si

gemía penosamente, creyendo, sin duda, que sólo lo había liberado para ordenar que lo mataran.

Cuando Viernes se le acercó, le ordené que le hablara, diciéndole que estaba en libertad, y, sacando mi botella, le di un trago a aquel pobre desgraciado que, con la novedad de sentirse liberado, se reanimó y se sentó en la canoa: pero cuando Viernes empezó a contemplarlo y a hablarle, se produjo un espectáculo que me provocó las lágrimas, al ver que Viernes lo besaba, lo abrazaba, reía, gritaba, lloraba, saltaba a su alrededor, bailaba, cantaba y volvía a llorar nuevamente, retorciéndose las manos, golpeándose el rostro y la cabeza para cantar y saltar alrededor otra vez, como un insensato. Pasé un largo rato antes de que lograra que me hablase o me dijera de qué se trataba, y cuando volvió un poco en sí me dijo que aquél era su padre.



No me es fácil explicar cómo me emocioné al ver el éxtasis de afecto filial que agitaba a ese pobre salvaje, frente a su padre liberado de la muerte: tampoco podré describir ni la mitad de sus afectuosas extravagancias hacia él, dado que se metió y salió de la canoa varias veces. Cuando entraba, se ponía a su lado, abría su chaqueta y, cogiendo la cabeza de su padre para reanimarlo, la apoyaba contra su pecho durante media hora: luego le tomaba las piernas y los brazos, entumecidos por las ligaduras, y los frotaba y calentaba con las manos. Advirtiéndole su intención, le alargué un poco de ron de mi botella con el que, al friccionarlo, le produjo un excelente efecto.

Esta circunstancia nos impidió perseguir la canoa de los otros salvajes, que ya había quedado casi fuera de nuestra vista; lo que resultó una suerte para nosotros, dado que, al no perseguirlos, nos salvamos de un viento que no sólo se levantó antes de que ellos pudieran hacer una cuarta parte de su travesía, sino que continuó

soplando violentamente toda la noche; y como arreciaba desde el noroeste, les resultaba adverso, de manera que supuse que su piragua no pudo sobrevivir y que ellos no consiguieron llegar hasta sus costas.

Pero, volviendo a Viernes: se ocupaba tanto de su padre, que durante cierto tiempo no me animé a distraerlo: sin embargo, cuando presumí que podía dejarlo un instante, lo llamé a mi lado y él se aproximó saltando y riendo, demostrando su jubilosa alegría. Preguntó entonces si le había dado pan a su padre. Él meneó la cabeza y respondió:

—No; perro ruin, me lo como todo yo mismo.

Le di, pues, una torta de pan de un pequeño zurrón que portaba al efecto: además, le ofrecí una gota de ron para sí mismo, pero él no quiso probar y lo guardó para su padre. También llevaba en mi bolsillo algunos racimos de pasas y le di un puñado para su padre. Apenas se las hubo llevado, lo vi salir de la piragua y correr a tal velocidad que parecía embrujado: corría de tal manera que, sin duda, era el hombre más ágil que he visto. Diría que corría con tal velocidad que, por decirlo así, lo perdí de vista en un instante. Lo llamé y grité, pero todo fue inútil. Un cuarto de hora después, una vez que concluyó su carrera, lo vi regresar con menos rapidez de la que tenía al salir; y advertí que se aproximaba con paso más lento, porque traía algo en la mano.

Cuando estuvo a mi lado, comprendí que había ido hasta la canoa a buscar un jarro o vasija para darle un poco de agua fresca a su padre, y que además traía dos galletas o panes: me dio los panes, pero se llevó la galleta para su padre. Y, como yo también me sentía muy sediento, opté por tomar un sorbo. El agua reanimó a su padre mejor que todo el ron y el licor que yo le había dado, pues se estaba muriendo de sed.

Cuando su padre terminó de beber, llamé a Viernes para saber si quedaba un poco de agua. Respondió que sí. Le rogué entonces que le diera al pobre español, que necesitaba tantos cuidados como su padre. También le hice llevar uno de los panes que había traído, pues el español, que indudablemente estaba muy débil, reposaba sobre la hierba a la sombra de un árbol; sus miembros estaban entumecidos y muy hinchados a causa de las brutales ataduras que habían padecido. Cuando Viernes se le acercó con el agua, al ver que se incorporaba para beber, coger el pan y ponerse a comer, me aproximé y le di un puñado de pasas; él me contempló con evidentes signos de gratitud y reconocimiento, pero, como se había fatigado excesivamente en el combate, no podía mantenerse sobre sus pies: dos o tres veces trató de incorporarse, pero, en verdad, le resultaba imposible; tan inflamadas y doloridas estaban sus piernas. Le dije entonces que se quedara tranquilo, y le ordené a Viernes que se las untara y friccionara con ron, como había hecho con su padre.

Observé que mi pobre y afectuoso Viernes cada dos minutos o quizá menos, mientras se ocupaba de esto, volvía la cabeza para ver si su padre seguía en el mismo sitio y en la postura en que lo había dejado. Y finalmente, al no poder verlo bien, se levantó y, sin decir palabra, corrió con tal rapidez hacia su padre que parecía que sus

pies no tocaban la tierra. Cuando llegó, advirtiéndolo que su padre sólo se había recostado para descansar sus miembros, regresó adonde yo estaba; entonces le dije al español que le permitiera a Viernes que lo ayudara a levantarse para conducirlo a la barca y trasladarlo hasta nuestra vivienda, donde yo me ocuparía de él. Pero Viernes, que era un tipo joven y robusto, cargó sobre sus espaldas al español, lo llevó hasta la canoa, lo alzó suavemente y lo sentó sobre uno de los bordes, con los pies vueltos hacia el interior; después, levantándolo de nuevo, lo colocó junto a su padre.

Salió entonces de la piragua, la metió en el mar y, como soplabla un viento bastante fuerte, fue bordeando a lo largo de la costa mucho más rápidamente de lo que yo podía avanzar. Cuando los hubo llevado a salvo hasta nuestra ensenada, dejándolos en la canoa, corrió a buscar la otra piragua. Al pasar junto a mí, le hablé preguntándole dónde iba.

—Buscar más barcas —me respondió.

Después partió como el viento; seguramente jamás hombre o caballo corrieron como él; y condujo la segunda canoa hasta la ensenada, casi con más rapidez de lo que tardé yo yendo por tierra. Después de hacerme cruzar hasta la otra orilla, se apresuró a ayudar a nuestros nuevos huéspedes a salir de la barca. Pero, una vez fuera, como ni uno ni otro estaban en condiciones de caminar, el pobre Viernes no supo qué hacer.

Para remediarlo, me puse a reflexionar hasta que me resolví a decirle a Viernes que los mandara sentarse en la orilla, mientras él venía conmigo. Velozmente fabriqué una especie de parihuela para transportarlos, y entre Viernes y yo los fuimos llevando. Pero cuando llegamos al pie de la parte exterior de nuestra muralla o fortificación, nos encontramos con una situación más complicada aún que la anterior: resultaba imposible pasarlos por encima y yo no estaba dispuesto a derribarla, de modo que me puse nuevamente a trabajar: y Viernes y yo, durante casi dos horas, construimos una hermosa tienda mediante viejas velas, recubiertas con ramas de árboles, que se alzaba en el espacio exterior de la muralla y entre ésta y el bosquecillo que yo había plantado. También hicimos dos camas con algunas cosas que yo tenía, como paja de arroz y unas mantas para acostarse y otras para cubrirse en cada una de las camas.

Mi isla estaba ahora poblada, y me imaginé con muchos súbditos, llegando a verme placenteramente como si fuese un rey. En primer lugar, todo el país era de mi absoluta propiedad; de manera tal que tenía un derecho indiscutible de dominio. En segundo lugar, mi pueblo era perfectamente sumiso: yo era señor absoluto y legislador; todos me debían la vida y, si fuere necesario, estaban dispuestos a sacrificar sus vidas por mí, si se daba la ocasión. Algo resultaba particularmente notable: no teniendo más que tres súbditos, los tres pertenecían a tres religiones diferentes: mi criado Viernes era protestante; su padre, pagano y caníbal; y el español, papista. Sin embargo, decreté libertad de conciencia en toda la extensión de mis dominios. Dicho sea de paso.

Tan pronto como hube asegurado a mis dos pobres prisioneros liberados, dándoles abrigo y un lugar para que reposaran, me puse a pensar cómo conseguirles provisiones. De inmediato, le ordené a Viernes que cogiera un cabrito de un año, de mi rebaño particular, y lo matara; luego le corté el cuarto trasero y lo fui troceando en pequeños pedazos y le encargué a Viernes que los cociese y guisara. Y él preparó, os lo aseguro, un plato excelente de carne y de caldo, al que le hice añadir un poco de cebada y de arroz. Como jamás cocinaba dentro, para no provocar fuego dentro de las murallas, llevé todo al interior de la nueva tienda, y tendí allí una mesa para mis huéspedes, sentándome y comiendo también de mi propia comida, tratando de animarlos. Viernes me servía de intérprete, especialmente con su padre y también con el español, que hablaba bastante bien el idioma de los salvajes.

Después de comer, o más bien de cenar, le ordené a Viernes que cogiese una de las canoas y fuese a buscar nuestros mosquetes y las otras armas de fuego, que, faltos de tiempo, nos habíamos dejado en el campo de batalla. Al día siguiente, le mandé que enterrara todos los cadáveres de los salvajes que, expuestos al sol, hubiesen significado un peligro de infección. También le ordené que enterrara los horribles restos de su bárbaro festín, que, según sabía, habían quedado en enorme cantidad. No podía tolerar la idea de hacerlo yo mismo, ni soportaba su vista ni era capaz de volver a aquel sitio. Todo fue cumplido puntualmente por Viernes, que hizo desaparecer hasta el último de los restos, de manera que sólo reconocía el sitio por la esquina del bosque que señalaba aquel pasaje.



Empecé entonces a conversar un poco con mis dos nuevos súbditos. Previamente le encargué a Viernes que le preguntara a su padre qué pensaba respecto de la huida de los salvajes en la canoa, y si debíamos limitarnos a esperar su eventual regreso con fuerzas superiores, que no podríamos resistir. Su primera opinión fue que ellos no habrían podido superar, en semejante bote, una tormenta tal como la que había arreciado durante toda la noche de su huida; que seguramente se habrían ahogado o habrían sido arrastrados al sur o hacia otras costas, donde previsiblemente serían devorados o muertos. Pero en lo que se refería a lo que harían, de llegar sanos y salvos a sus playas, no podía asegurar nada. Sin embargo, en su opinión, tal había sido el castigo que les habíamos infligido mediante el estrépito y el fuego de nuestras armas, que les dirían a su gente que habían sido heridos por los truenos y los rayos, y no por mano de hombres. Y que los seres que se les habían aparecido —es decir Viernes y yo— eran dos espíritus celestiales o dos furias que habían descendido sobre ellos para destruirlos, pero no hombres armados. El padre de Viernes dijo que él lo sabía porque les había oído decir, en su lengua, que no podían concebir que un hombre pudiera lanzar fuego y matar a tanta distancia sin apenas alzar las manos. Y el viejo salvaje tenía razón, porque más adelante comprobé que los salvajes no intentaron invadir la isla. Tan atemorizados estaban con el recuerdo de aquellos cuatro hombres (que, por lo que parecía, habían escapado de la mar), que estarían persuadidos de que cualquiera que abordara la isla encantada sería destruido por el fuego de los dioses.

Empero, como yo ignoraba todo eso, durante bastante tiempo viví en una continua inquietud, permaneciendo constantemente en guardia, tanto yo como el resto de mi ejército. Como ahora éramos cuatro, me sentí en condiciones de luchar, en campo abierto, aun contra un centenar de ellos.

Pero al cabo de cierto tiempo, viendo que no aparecía canoa alguna, perdí el miedo, volví a considerar mis viejas ideas de viajar al continente, asegurándome el

padre de Viernes que podía contar con el cordial recibimiento de su gente, si es que yo resolvía marcharme.

Pero mis proyectos se enfriaron un poco al enterarme, luego de una seria plática que mantuve con el español, que dieciséis de sus compañeros, españoles y portugueses, que habían naufragado encontrando refugio en ese país, vivían allí manteniéndose, en efecto, en paz con los salvajes, aunque estaban en una inquietud permanente respecto de su supervivencia, como resultado de la vida que tenían que llevar. Le pedí que me hiciera un relato de su viaje: entonces supe que viajaba en un barco español, fletado en el Río de la Plata con destino a La Habana, puerto donde debía desembarcar su carga que, principalmente, consistía en valiosas pieles y en plata, para regresar, en cambio, con las mercancías europeas que pudieran obtener. Agregó que a bordo viajaban cinco marinos portugueses que habían rescatado de otro naufragio: que cinco de los suyos habían muerto cuando se perdió la primera embarcación y que el resto, después de numerosos riesgos y peligros, finalmente habían llegado, casi exánimes, a aquella región de caníbales, donde temían ser devorados en cualquier momento.

Me contó, además, que si bien ellos contaban con algunas armas, les resultaban absolutamente inútiles al faltarles pólvora y balas, pues el agua les había deteriorado todas las municiones que tenían, excepto una pequeña cantidad que habían utilizado desde el comienzo de su desembarco y con la que se dedicaron a cazar para sobrevivir.

Le pregunté si sabía qué harían y si habían pensado en algún plan para huir de ese país. Me contestó que habían hecho numerosas consultas entre ellos sobre ese asunto, pero como carecían de embarcación y de medios para fabricarla, y no contaban con provisiones de clase alguna, sus reuniones habían terminado entre lágrimas y desesperación.

Le rogué que me dijese de qué modo recibirían sus compañeros la propuesta que yo les hacía de abandonar aquel sitio, y si mi proyecto de conducirlos a todos hasta mi isla era practicable. Le dije con franqueza que temía alguna traición o malos tratos por parte de ellos, si ponía mi vida en sus manos, dado que la gratitud no suele ser una virtud inherente a la naturaleza del hombre: los hombres suelen evaluar menos su conducta por los favores recibidos que por las ventajas que puedan esperar de ellos. Le dije también que resultaría una cosa harto peligrosa para mí que después me llevaran prisionero a Nueva España, donde un inglés puede estar seguro de ser ajusticiado, cualesquiera sean las razones o azares que lo lleven allí. Prefería quedar librado a mi suerte frente a los salvajes y ser devorado vivo a caer entre las garras despiadadas de los sacerdotes y ser llevado ante la Inquisición. Agregué que, aparte de estos temores, tenía la certeza de que, teniendo en cuenta todos los que éramos, podríamos, con la ayuda de nuestros brazos, construir una embarcación lo suficientemente grande como para llegar ya fuese a Brasil yendo hacia el sur, ya fuese a las islas o a la costa española yendo hacia el norte. Pero que, si en

recompensa, dado que yo les haría entrega de armas, ellos me llevaban por la fuerza a su patria, resultaría no sólo mal recompensado por mis bondades, sino que vería agravada mi situación.

El español me contestó, con mucha honradez y sinceridad, que su situación era tan miserable y que ellos la padecían de tal forma, que no podían sino rechazar con horror la sola idea de perjudicarme, precisamente a mí, que había sido quien más había cooperado a su libertad; y que, además, si a mí me parecía bien la idea, él se encargaría de entrevistarse con ellos, en compañía del viejo salvaje, para hacerles conocer mis ofertas y regresar con su respuesta. Que no aceptaría ninguna condición que no se hiciese bajo solemne juramento de que acatarían mi autoridad como comandante y como capitán. Y que les haría jurar sobre los Santos Sacramentos y el Evangelio ser leales conmigo, ir hacia el país cristiano que me resultase más conveniente y a ningún otro: que se someterían total y absolutamente a mis órdenes, hasta que hubiesen desembarcado sanos y salvos en el país que yo estimara mejor; y que, a ese efecto, él me daría un contrato extendido y firmado por ellos.

Me dijo después que quería jurarme que jamás se separaría de mí mientras viviese, a menos que yo le diese una orden contraria, y que permanecería a mi lado hasta la última gota de su sangre, si comprobaba que sus compatriotas violaban en algo su buena fe.

Me aseguró que todos ellos eran hombres francos y honrados, que se encontraban en la peor situación imaginable, carentes de armas y de ropas, no teniendo otro alimento que el que generosamente les cedían los salvajes; que habían perdido toda esperanza de regresar a su patria y que, si yo me empeñaba en ayudarlos, podía estar seguro de que estarían dispuestos a vivir y a morir por mí.

Con esas garantías, me resolví a enviar al viejo salvaje y al español para tratar con ellos. Pero cuando todo estaba preparado para su partida, el mismo español hizo una objeción, que revelaba tanta prudencia como sinceridad, y que no pudo menos de congratularme. Y luego de su advertencia, resolví postergar por lo menos seis meses la liberación de sus camaradas. He aquí el asunto:

Hacía cerca de un mes que el español estaba con nosotros; y, durante ese lapso, yo le había mostrado de qué modo había provisto a mis necesidades con la ayuda de la providencia. Él conocía perfectamente mi cosecha de trigo y de arroz: resultaba suficiente para mí, pero no era demasiado, por lo menos para mi familia, compuesta entonces por cuatro personas. Y si sus compatriotas, que eran, según decía, catorce aún vivos, venían, resultaría imposible mantenerlos. Además, hubiese sido imposible abastecer de provisiones una embarcación —en el caso de que pudiéramos construir una— que nos transportase a cualquiera de las colonias cristianas de América. Incluso, consideraba más conveniente que yo le permitiese a él y a los otros dos arar y cultivar algunas tierras más, acumulando todo el grano que pudiésemos producir. Y que debíamos esperar la otra cosecha, con vistas a contar con un sobrante de trigo para cuando llegaran sus compatriotas, pues las carencias podrían ser motivo de

querella, o de que no se creyesen libres, sino sólo liberados de una desgracia para caer en otra.

—Usted sabe —afirmó—, que los hijos de Israel se alegraron al comienzo de su salida de Egipto, pero llegaron a rebelarse contra Dios mismo, que los había liberado, cuando llegaron a sentir la falta de pan en medio del desierto.

Su previsión era tan razonable y su consejo tan atendible que, si su propuesta me agradó especialmente, quedé muy satisfecho con su fidelidad. Nos pusimos, en consecuencia, a trabajar los cuatro de la mejor manera que nos permitían los utensilios de madera con los que contábamos; y en el lapso de un mes, a fines del cual llegó el período de la siembra, preparamos un espacio suficiente como para sembrar veintidós celemines de cebada y dieciséis jarras de arroz. Cantidad de grano de la que realmente podíamos disponer, pues apenas si nos reservamos la cebada indispensable para nuestra supervivencia, durante los seis meses que debíamos esperar hasta nuestra recolección. Y entiendo por seis meses los que contaron a partir del momento en que apartamos el grano destinado a la siembra, pues no debe suponerse que la tierra tarde seis meses en aquel país.

Constituíamos ya una sociedad suficiente como para no temer a los salvajes, salvo que viniesen en masa, por lo cual recorríamos toda la isla cada vez que se nos presentaba la ocasión. Y como nuestro pensamiento estaba ocupado con la idea de nuestra liberación, por lo menos yo, sólo podía reflexionar en los medios de lograrla. Con este propósito, fui marcando numerosos árboles que me parecieron los más convenientes para nuestro trabajo: les ordené a Viernes y a su padre que los derribaran, y al español le propuse la vigilancia y la dirección de esa tarea, luego de haberle comunicado mis proyectos sobre ese asunto. Incluso, les mostré con qué esfuerzos había logrado transformar un enorme árbol en simples planchas y les encargué que hiciesen lo mismo, hasta que tuvieron alrededor de una docena de tablones de buen roble, de cerca de dos pies de ancho, treinta y cinco de largo y de un grosor de dos a cuatro pulgadas. Cualquiera puede imaginar todo el trabajo que costó aquello.

Al mismo tiempo, me encargaba de acrecentar en todo lo posible mi rebaño. Un día mandaba a Viernes a cazar con el español; al día siguiente, iba yo mismo en compañía de Viernes, y así nos íbamos turnando. De este modo, cazamos una veintena de jóvenes cabritos para criarlos junto a los otros, pues todas las veces que matábamos a una madre, cogíamos a los más pequeños y los mezclábamos con los demás. Por otro lado, habiendo llegado la época de secar los racimos, me puse a recogerlos y a colgarlos al sol, en una cantidad realmente prodigiosa, tanto que, si hubiésemos estado en Alicante, habríamos conseguido una cosecha de sesenta u ochenta barriles. Esos racimos se habían convertido, junto con nuestro pan, en una parte principal de nuestro alimento. Excelente alimento, os lo aseguro, quizá excesivamente nutritivo.

Llegó la temporada de la cosecha y nuestra recolección resultó de primer orden: no fue la más abundante que había visto en la isla, pero resultaba suficiente para los fines que nos habíamos propuesto: de veintidós celemines de cebada, recolectamos alrededor de doscientos veinte celemines, y el arroz se recogió en la misma proporción: lo cual resultaba suficiente para nuestra subsistencia, hasta la próxima cosecha, cuando los dieciséis españoles estuviesen con nosotros. Y si hubiésemos emprendido el viaje proyectado, habríamos tenido provisiones en abundancia para nuestro navío, con vistas a transportarnos a todas las partes del mundo, es decir, de América.

Cuando recogimos y acopiamos cuidadosamente nuestro grano, pensamos en acrecentar nuestras provisiones de mimbre para hacer grandes cestos, que nos sirvieran de granero. El español era muy hábil y diestro en esta clase de trabajo, y con frecuencia me recriminaba el que no lo hubiese empleado en mayor medida para conservar mis provisiones: pero yo no lo consideraba necesario.



Por fin, habiendo asegurado alimento suficiente para todos los huéspedes que esperaba, autoricé al español para que fuese al continente a fin de ver qué podía negociar con los compañeros que había dejado allí. Le di una orden estricta de que no trajese consigo a ningún hombre que previamente no hubiese jurado, en su presencia y en la del viejo salvaje, que jamás ofendería, combatiría o atacaría a la persona que iba a encontrar en la isla, que era una persona tan generosa como para ofrecerles su salvación. Y que, por el contrario, jurasen sostenerla y defenderla contra cualquier atentado semejante, permaneciendo incondicionalmente sometidos a sus órdenes en todos los sitios donde fuesen. Todo eso debería escribirse y firmarse por su mano. En este sentido, ¿cómo podrían satisfacerse estos requisitos, cuando yo sabía que ellos carecían de pluma y de tinta? Fue una cuestión sobre la que nadie se interrogó.

Con estas instrucciones, el español y el viejo salvaje —el padre de Viernes— partieron en una de las canoas en las que, podría decirse, habían venido, o mejor aún, en las que habían sido conducidos, cuando llegaron como prisioneros para ser devorados por los caníbales.

A cada uno de ellos les di un mosquete con un chispero y cerca de ocho cargas de pólvora y balas, recomendándoles que fuesen muy económicos con ambas cosas y que sólo hiciesen uso de ellas cuando se tratara de una ocasión urgente.

Todo esto me resultó una tarea agradable, pues se trataba de las primeras medidas que adoptaba con vistas a mi liberación, después de veintisiete años y algunos días de cautiverio. Les di provisiones de pan y de pasas secas para que pudiesen abastecerse durante varios días; en cuanto a sus compatriotas, lo suficiente para cerca de ocho días. Y los vi partir, deseándoles buen viaje y acordando con ellos que, a su regreso, harían una señal que no sólo me advertiría de su vuelta, sino que me permitiría reconocerlos desde lejos antes de que se acercaran a la costa.

Se marcharon con una brisa favorable, según mis cálculos el día de luna llena, en el mes de octubre; en lo que hace a la cuenta exacta de los días, habiéndola perdido una vez, jamás había podido recomponerla nuevamente; tampoco había apuntado los años con suficiente precisión, de modo que no podía saberlo con exactitud. Empero, cuando más adelante verifiqué mi cálculo, pude reconocer que había guardado una cuenta exacta de los años.

No hacía más de ocho jornadas que los aguardaba, cuando se produjo un incidente extraño e inesperado y que quizá no tiene paralelo en esta historia. Una mañana, estando profundamente dormido en mi rincón, mi servidor Viernes vino corriendo y gritó:

—Amo, amo, ellos han llegado, han llegado.

Salté de la cama y, sin sospechar peligro alguno, tan pronto me hube vestido crucé mi bosquecillo que, dicho sea de paso, se había convertido en un espeso bosque, y tal como iba diciendo, sin pensar en peligros, salí sin armas en contra de mi costumbre; pero me quedé sorprendido en extremo cuando, al mirar hacia el mar, divisé a una legua y media de distancia una embarcación con rumbo a la isla: llevaba una vela de lomo de carnero, según la llaman, y se aproximaba favorecida por buen viento. Observé asimismo rápidamente que no venían desde la costa, sino de la punta más meridional de la isla. De inmediato llamé a Viernes y le ordené que se ocultase, pues esa gente no era la que nosotros esperábamos y no sabíamos aún si eran amigos o enemigos.

A continuación fui a buscar mi catalejo para cerciorarme de qué se trataba y cogiendo la escalera subí a la cumbre de la colina, como tema por costumbre cuando se producía algún acontecimiento, e intenté mirar desde lejos sin ser descubierto.

Apenas hube puesto el pie sobre la colina advertí perfectamente que un navío había echado el ancla y que estaría a cerca de dos leguas de donde yo estaba, hacia el

sur-sureste, pero solamente a una legua y media de la costa. Por mi observación reconocí claramente que era un buque inglés, y la chalupa, inglesa también.

No podría expresar la confusión que sentí, a pesar de la alegría que me causaba, ver un navío que con seguridad estaría tripulado por compatriotas y, por consiguiente, de amigos; es algo que no podría describir. Empero, ciertas dudas, de las cuales apenas si podía darme cuenta, me insinuaban que fuese prudente. En primer lugar, me pregunté qué negocios podían llevar a un navío inglés a aquella parte del mundo, dado que no era camino ni para ir ni para volver de país alguno con el que los ingleses mantuviesen un tráfico. Sabía, además, que ninguna tempestad había podido arrastrarlos hasta mis costas. Y si ellos eran realmente ingleses, era más probable que no viniesen con sanas intenciones. Y era mucho mejor seguir como estaba, antes que caer en manos de bandidos o asesinos.

Que el hombre no desprecie los presentimientos ni las advertencias secretas frente a un peligro que a veces les son dados, cuando no puede ni sospechar la posibilidad de su real existencia: que tales presentimientos y advertencias nos sean dados, creo que muy poca gente pueda negarlo.

Que se trate de manifestaciones ciertas de un mundo invisible y de una peculiar relación entre los espíritus, tampoco nadie puede ponerlo en duda. Y si ellos parecen destinados a advertirnos del peligro, ¿por qué no suponer que nos llegan desde algún agente propicio —ya sea supremo, inferior o subordinado, no es el problema— y que nos son dados para nuestro bien?

El presente hecho me confirma ampliamente en lo justo de tal razonamiento, pues si yo no hubiese sido circunspecto a causa de esa secreta admonición, que vendrá de donde se quiera, habría caído inevitablemente en una situación cien veces peor, como veréis de inmediato.

No me mantuve más tiempo en esa posición, sin ver que la barca se aproximaba a la costa, como si buscase una ensenada para penetrar en tierra más cómodamente. Sin embargo, como no avanzaron lo suficiente, sus tripulantes no advirtieron la pequeña bahía donde otras veces yo había llegado con mis balsas, limitándose a tirar la chalupa sobre la arena a cerca de media milla de donde me encontraba. Lo cual resultó una ventaja, pues de otra manera hubiesen desembarcado delante de mi puerta, arrojándome de mi castillo y despojándome acaso de todo lo que tenía.

Cuando llegaron a la orilla, me convencí sin lugar a dudas de que eran ingleses; o al menos, en su mayoría. Uno o dos me parecieron holandeses, aunque no lo pude comprobar. En total, eran once hombres, de los cuales tres iban desarmados y, por lo que pude ver, amarrados. Los primeros cuatro o cinco que descendieron a tierra sacaron a los otros tres de la chalupa, como si fuesen prisioneros. Pude ver también que uno de los tres hacía gestos apasionados, como si fuesen ademanes de imploración, dolor o desesperanza, casi con una suerte de exageración. También pude advertir que los otros dos alzaban a veces sus manos al cielo y parecían afligidos, aunque no con la intensidad del primero.



Ante esta escena, sentí una profunda turbación, ya que no entendía realmente qué ocurría. Viernes me llamó en inglés, de la mejor manera que podía:

—Oh, amo, tú ver hombres ingleses comer prisionero también como hombres salvajes.

—¿Por qué, Viernes? —le dije—. ¿Piensas que ellos se los comerán?

—Sí —respondió—, ellos querer comerlos.

—No, no, Viernes —le repliqué—; es cierto que temo que ellos quieran matarlos, pero puedes estar seguro de que no se los comerán.

Durante todo este tiempo, yo no tenía idea alguna de lo que podía ocurrir en realidad, pero permanecí temblando de horror ante ese espectáculo, esperando a cada momento que los tres prisioneros fuesen masacrados. Vi a uno de aquellos malvados alzar un enorme cuchillo en la mano, o puñal, como lo llaman los marinos, para ultimar a uno de aquellos desdichados. Y como presentí que lo mataría en cualquier momento, mi sangre se heló en las venas.

Lamenté con toda la pena de mi corazón no tener a mi lado al español y al salvaje que había partido con él: hubiese deseado encontrar algún medio para acercarme sin

ser visto, pues advertía que no tenían armas de fuego. Pero se me ocurrió otro recurso.

Después de haber visto el ultrajante trato que los insolentes marineros daban a los tres prisioneros, advertí que sus compañeros se dispersaban por la isla, como si quisieran reconocer el sitio. Observé también que los otros tres tenían la posibilidad de ir donde quisieran: pero se sentaron en el suelo, afligidos y como desesperados.

Esto me trajo a la memoria el primer momento de mi desembarco en la isla y empecé a considerar mi situación. Recordé cómo me creí perdido, cómo miré a mi alrededor desconsoladamente, qué terribles aprensiones sentí y cómo me refugié durante toda la noche en un árbol, a causa del miedo de ser devorado por las bestias salvajes.

De la misma forma que no esperaba entonces, en aquella noche, recibir la providencial circunstancia de que el navío —que me nutrió y ayudó tanto tiempo— fuese arrojado cerca de la playa por la tempestad y la marea, igualmente esos tres pobres desamparados no suponían de qué manera estaban próximos, y cómo real y efectivamente lo estaban, de su salvación, en el mismo momento en que se creían perdidos y en una situación desesperada.

Tan poco es lo que podemos predecir en este mundo. De ahí que tengamos poderosas razones para confiar con certeza en el Supremo Creador, que jamás deja en absoluto desamparo a sus criaturas. Pues aun en las peores circunstancias tienen algún motivo para darle gracias: y generalmente están más cerca de la salvación de lo que ellos mismos creen. Pues a menudo son conducidos a su salvación por los mismos medios que deberían llevarlos a su ruina.

Fue justamente en el momento más alto de la pleamar en el que aquellas gentes habían llegado a tierra: y ya porque hablaban con sus prisioneros, ya porque anduvieran inspeccionando en qué clase de sitio habían desembarcado, se habían desinteresado en forma negligente de la marea, mientras el agua se iba retirando considerablemente y dejaba a su chalupa en seco.

Habían confiado el bote a dos hombres que, como advertí más adelante, habían bebido demasiado alcohol y se habían dormido. Sin embargo, uno de ellos, despertándose un poco antes que el otro y viendo la chalupa tan varada que solo no podía sacarla de allí, empezó a llamar a gritos a sus camaradas que andaban dando vueltas por los alrededores. Rápidamente los otros acudieron: pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles para botarla el agua: era muy pesada y la playa en ese sitio tenía una arena blanda y fangosa como una especie de médano.

En esa situación, como auténticos marinos, que probablemente sean los hombres menos previsores del mundo, abandonaron su tarea y volvieron a dar vueltas por los alrededores. Fue entonces cuando oí que uno le gritaba al otro:

—Eh, Jack, déjala, que flotará con la próxima marea.

Estas palabras me confirmaron plenamente de que se trataba de compatriotas míos.

Durante todo ese lapso, me mantuve bien escondido, no osando ni una sola vez salir del castillo, sino para ir hasta el lugar de observación en la cima de la colina: y me sentí muy feliz al reflexionar cuán bien fortificada estaba mi vivienda. Sabía que la chalupa no podría volver a flotar antes de diez horas y que entonces ya sería de noche, y de este modo podría observar sus movimientos y escuchar sus conversaciones, si es que las tenían.

Entre tanto me preparé para el combate, como en otras ocasiones: si bien es cierto que con mayor precaución, sabiendo muy bien que mis actuales enemigos eran de otra clase que los que había tenido al comienzo. Al mismo tiempo, le ordené a Viernes, de quien había hecho un excelente tirador con su escopeta, que se proveyera de armas. Yo mismo cogí dos fusiles de caza y le di tres mosquetes. Mi aspecto, indudablemente, resultaba intimidante: llevaba mi formidable casaca de piel de cabra, con el gran sombrero de que he hablado, un sable desnudo, dos pistolas a la cintura y una escopeta en cada hombro.

Mi proyecto, como he dicho, consistía en no hacer nada hasta que no fuese de noche: pero a eso de las dos de la tarde, en el momento de más calor, advertí que todos se habían dispersado por el bosque, probablemente para recostarse un poco y dormir. Los tres pobres desgraciados, demasiado inquietos por su suerte como para descansar, permanecían mientras tanto tendidos a la sombra de un enorme árbol, a un cuarto de milla de donde yo estaba y, se me ocurre, fuera de la vista de los demás.

Por consiguiente, resolví descubrirme ante los tres abandonados para saber alguna cosa referente a su situación. Inmediatamente me puse en marcha con el equipo del que he hablado: mi criado Viernes iba a buena distancia tras de mí, tan formidablemente armado como yo, pero no tenía, seguramente, un aspecto tan fantasmal como el mío.

Me acerqué a ellos, de forma tan disimulada como pude, y antes de que alguno me descubriese les grité en español:

—¿Quiénes sois, caballeros?

Levantáronse ante ese ruido, pero se quedaron diez veces más confundidos cuando vieron mi estrambótico aspecto; permanecían mudos y como dispuestos a huir, cuando les dirigí la palabra en inglés:

—Caballeros —dije—, no os sorprendáis por mi aspecto: quizá tenéis un amigo más cerca de lo que suponéis.

—Debe ser un enviado directamente del cielo —respondió uno de ellos con gravedad, quitándose el sombrero al mismo tiempo—, pues nuestra situación sobrepasa toda desgracia humana.

—Todo socorro llega del cielo, señor —le dije—. Mas ¿querríais indicar a un extraño la manera de poderos ayudar, pues me parecéis muy desdichados? Os he visto desembarcar y cuando he visto a uno de ellos alzar su sable para mataros.

El pobre hombre, temblando, el rostro bañado en lágrimas y mirándome atónito, me replicó:

—¿Estoy hablando con un dios o con un hombre? En verdad, ¿sois un hombre o un ángel?

—No temáis por eso, señor —le dije—. Si Dios hubiese enviado a un ángel para ayudaros, él hubiera venido mejor vestido, y armado de otra manera que yo. Os ruego que os tranquilicéis: soy un hombre, un inglés, y estoy dispuesto a ayudaros. Vosotros ya lo veis: sólo tengo un criado, pero tenemos armas y municiones: decidme francamente, ¿podemos servirlos? ¿Cuál es vuestra situación?

—Nuestras desdichas, señor, resultarían muy largas de contar, mientras nuestros asesinos andan tan cerca. Pero, en suma, señor, yo soy el capitán de aquella nave. Mi tripulación se ha amotinado contra mí: apenas si he logrado que no me maten y he conseguido por último que me abandonen en esta playa, en este desierto lugar en compañía de dos de mis hombres: uno es mi segundo, el otro un pasajero. Esperamos permanecer aquí, creyendo inhabitado este lugar y, francamente, aún no sabemos qué pensar.

—¿Dónde están esos brutos, vuestros enemigos? —le dije—. ¿Sabéis hacia dónde han ido?

—Están allí, señor —me respondió, señalando un grupo de árboles—. Mi corazón tiembla de pavor de que nos hayan visto y que nos hayan escuchado hablar: y si es así, seguramente nos matarán.

—¿Tienen armas de fuego? —le pregunté.

—Solamente dos mosquetes: uno de ellos está en la chalupa —respondió.

—Pues bien, entonces —dije— yo me encargo del resto: como veo que todos están dormidos, será fácil matarlos. Aunque, ¿no sería mejor hacerlos prisioneros?

Me dijo entonces que entre ellos había dos furiosos malvados, a quienes no sería prudente otorgarles esa gracia: pero que, si se tomaban ciertas medidas con ellos, pensaba que los otros podrían volver a sus deberes. Le rogué que me los indicase. Pero él me dijo que a esa distancia no podía señalármelos, pero que obedecía mis órdenes en todo aquello que quisiera mandarle.

—Bien —le dije—, retirémonos de su vista, evitando así que nos oigan, por lo menos hasta que despierten y hayamos resuelto qué hacer.

Gustosamente me siguieron hasta un sitio donde los árboles nos ocultaban.

—Mirad, señor —le dije—, si yo me arriesgo a salvaros a todos, ¿estáis dispuestos a comprometeros conmigo en dos condiciones?

Él se anticipó a lo que yo iba a agregar, declarándome que tanto él como su nave estarían a mi más absoluta disposición, para todo lo que decidiera y ordenara: y que, si no podía recuperar la nave, viviría y moriría a mi lado en cualquier parte del mundo donde quisiera llevarlo. Los otros dos hombres repitieron lo mismo.

—Bien —dije—, mis condiciones son dos. Una: mientras permanezcáis en esta isla, no pretenderéis tener autoridad alguna sobre ella, y si os doy armas, me las devolveréis cuando yo os las pida: no me haréis perjuicio alguno a mí ni a lo mío en

esta isla y estaréis sometidos a mis órdenes. Dos: si se puede recobrar el navío, me transportaréis gratuitamente a mí y a mi criado hasta Inglaterra.

Ese hombre me dio todas las garantías que la imaginación y la buena fe humanas pueden inventar: tanto para cumplir con mis muy razonables exigencias, como para mostrarse agradecido mientras viviese, dado que me debía la vida.

—Pues bien, entonces —le dije—, he aquí tres mosquetes con la pólvora y las balas. Decidme ahora qué es lo que pensáis como más adecuado hacer.

Él me testimonió toda la gratitud de que era capaz, pero me rogó que fuera yo quien le guiara en todo orden de cosas. Le dije que creía que la tentativa era muy arriesgada: que el mejor criterio, según mi opinión, consistía en hacer fuego sobre ellos mientras estaban durmiendo: y si alguno escapaba a nuestra primera descarga y quería rendirse, podríamos perdonarlo, dejando a la providencia de Dios la dirección de nuestro ataque.

Me replicó con extremada moderación que prefería no matar a nadie si era posible; pero que en lo que se refería a los dos incorregibles bribones, autores del motín en el navío, si por desgracia escapaban, traerían al resto de la tripulación, que nos mataría a todos.

—Bien, entonces —dije—, la necesidad confirma mi criterio: ésa es la única forma de salvarnos.

Empero, advirtiéndome que ese hombre sentía aversión por el derramamiento de sangre, le sugerí que fuese con sus compañeros, y que actuaran como les pareciese conveniente.

En medio de esta conversación advertimos que algunos de los amotinados se habían despertado, y vimos que dos de ellos se habían puesto en pie rápidamente. Pregunté al capitán si eran los jefes del motín; él me respondió que no.

—Pues bien —le dije—, dejadlos que se vayan, la providencia parece haberlos despertado a propósito para que salven sus vidas. Ahora bien —agregué—, si los demás se escapan, vuestra será la culpa.

Animado por esto, él cogió el mosquete que le había entregado, y, con una pistola en el cinturón, avanzó con sus dos compañeros, cada uno de ellos con sendas escopetas. Como marchaban delante, uno de ellos hizo algún ruido, y uno de los amotinados, que se había despertado, se volvió y, viéndolos llegar, empezó a llamar a los otros. Pero resultó demasiado tarde, pues en el preciso momento en que gritaba, los dos hombres que iban con el capitán hicieron fuego, mientras que el capitán, prudentemente, reservaba su carga. Aquéllos habían apuntado con tanta precisión a los promotores del motín, a quienes conocían perfectamente, que uno quedó muerto en el acto y el otro gravemente herido. Pero como no había muerto, se puso de pie y empezó a gritar llamando a los otros en su auxilio: pero el capitán se le acercó y le recordó que era demasiado tarde para pedir auxilio: que lo mejor que podía hacer era rogar a Dios que le perdonase su traición y, no bien concluyó de decir esto, le pegó un culatazo que lo dejó tendido para siempre. Del grupo de amotinados quedaban tres

aún, de los cuales uno estaba levemente herido. Yo me acerqué en ese momento y, cuando comprendieron el peligro y que resultaría inútil toda resistencia, imploraron misericordia. El capitán les dijo que les perdonaba la vida, pero sólo a condición de que se arrepintieran por su traición y le jurasen fielmente ayuda para recuperar el navío y llevarlo a Jamaica, de donde él venía. Le dieron muestras de la más ardiente sinceridad y, como él parecía dispuesto a creerlos y a perdonarles la vida, no hice objeción alguna; solamente les obligué a que anduvieran atados de pies y manos mientras estuviesen en la isla.



Mientras ocurría esto, envié a Viernes y al segundo del capitán hacia la chalupa con la orden de asegurarla y de traer los remos y la vela, cosa que hicieron. Poco después, tres marineros de los que habían andado merodeando, felizmente para ellos, acudieron al ruido de los disparos, y viendo a su capitán, que de prisionero se había transformado nuevamente en su amo, se sometieron dejándose atar como el resto, de manera tal que nuestra victoria fue completa.

Sólo faltaba que el capitán y yo nos contáramos nuestras recíprocas aventuras. Comencé por las mías y él las escuchó con una atención que llegaba al asombro, sobre todo al oír la forma maravillosa en que yo había podido procurarme provisiones y mantenimiento; y como mi historia resultaba una colección de prodigios, le causó una profunda impresión; pero cuando empezó a reflexionar sobre sí mismo, y advirtió que yo había sido conservado en ese lugar como alguien expresamente destinado a salvarle la vida, copiosas lágrimas corrieron por su rostro y no pudo agregar ni una sola palabra más.

Después de haber concluido esta conversación, los conduje, a él y a sus dos compañeros, hasta mi vivienda, donde les hice entrar por mi puerta particular, es decir, por lo alto de la casa. Después les ofrecí las provisiones que tenía y les mostré los inventos con los que me había ingeniado durante mi larga estancia en ese sitio.



Todo lo que les mostraba, todo lo que les decía, los dejaba profundamente asombrados: pero el capitán sobre todo admiró mi fortificación y la manera en que había sabido disimular mi vivienda entre el bosquecillo. Hacía más de veinte años que lo había plantado y, como en aquellas regiones la vegetación crece más velozmente que en Inglaterra, se había convertido en un frondoso bosque, al cual no se podía entrar por parte alguna, si no se hacía a través de un pasadizo tortuoso. Le

dije que ése era mi castillo y mi residencia, pero que también tenía, como la mayoría de los príncipes, una residencia de descanso en el campo, donde podía retirarme en ciertas ocasiones, y que en otro momento se la mostraría. Pero que ahora nuestro problema consistía en pensar en la mejor manera de recuperar el navío. Estuvo de acuerdo en eso, pero me confesó que, realmente, no sabía qué medios utilizar: aún había a bordo veintiséis hombres que, conscientes de que merecían la muerte a causa de su criminal conspiración, por todos los medios se empeñarían en lograr su objeto, dado que legalmente estaban seguros de ser condenados a galeras, al llegar a Inglaterra, si se sometían, o en cualquiera de las otras colonias inglesas. Y que, por consiguiente, siendo nosotros tan pocos, no podíamos atacarlos.

Reflexioné bastante tiempo en lo que me había dicho, y sus opiniones me parecieron muy justas. Se trataba, pues, de pensar rápidamente en alguna estratagema, ya fuera para atacar por sorpresa a la tripulación, ya se tratase de evitar que ellos cayeran sobre nosotros y nos mataran. Se me ocurrió, de pronto, que no sabiendo los de la tripulación qué les había ocurrido a sus camaradas y a la chalupa, no se demorarían en venir a buscarlos en otra embarcación y que probablemente llegarían armados y con fuerzas superiores a las nuestras. Presunción que el capitán consideró razonable.

Por tanto, le dije que la primera cosa que debíamos hacer era asegurarnos la chalupa que aún estaba en la playa, de forma tal que ellos no pudieran rescatarla, y llevarnos todo lo que allí había, para que no pudieran hacerla navegar. En consecuencia, nos dirigimos a la barca y retiramos las armas que aún quedaban a bordo y todo lo que había dentro: es decir, una botella de *brandy* y otra de ron, algunas galletas, un cuerno de pólvora y gran cantidad de azúcar dentro de un trozo de lienzo. Eran cerca de cinco o seis libras. Todo lo cual resultó bienvenido, especialmente para mí el *brandy* y el azúcar, que no había probado durante años.

Cuando hubimos depositado todas aquellas cosas sobre la costa (los remos, mástil, vela y el timón de la barca, según he dicho antes), perforamos el fondo de la chalupa haciéndole un gran agujero de modo que, si los amotinados llegaban en un número mayor que nos desbordara, no pudiesen llevársela.

Indudablemente, jamás me imaginé que fuésemos capaces de apoderarnos de la nave; pero mi proyecto era que, en caso de que los amotinados se fuesen sin la chalupa, pudiera arreglarla para que estuviese en condiciones de transportarnos hasta las islas de sotavento y de recoger en el camino a nuestros amigos los españoles, a quienes tenía muy presentes en mi pensamiento.

De esa manera, fuimos llevando a cabo nuestros propósitos y una vez que, con mucho esfuerzo, arrastramos la chalupa más hacia la isla, con vistas a que la marea no volviera a llevársela, y habiéndole hecho un agujero en el fondo lo suficientemente grande para que no fuera taponado con facilidad, nos pusimos a calcular qué debíamos hacer. Pero, mientras concertábamos nuestros planes, oímos que disparaban un tiro de cañón desde el navío, advirtiéndome que mediante el pabellón

hacían una señal para llamar la chalupa a bordo. Pero como la chalupa no se movió, las gentes de a bordo prosiguieron tirando cañonazos y repitiendo las señales.

Finalmente, cuando comprendieron que las señales y los cañonazos resultaban inútiles, y que la chalupa no regresaba, vimos, con ayuda de mi catalejo, que botaban otra chalupa, que navegaba en dirección a la costa; y a medida que se aproximaba, vimos que venía tripulada por diez hombres, por lo menos, provistos de armas de fuego.

Dado que el navío estaba casi a dos leguas de la playa, tuvimos tiempo suficiente para verlos aproximarse, y distinguir no sólo a los hombres que venían a bordo, sino hasta sus rostros, pues la marea los había hecho desplazarse un poco hacia el este de la otra chalupa, y los obligó a ir bordeando la playa, hasta llegar al sitio donde los otros habían realizado su desembarco.

De esta manera, como digo, tuvimos la posibilidad de examinarlos detalladamente. El capitán conocía la fisonomía y el carácter de todos los hombres que venían en la chalupa y me aseguró que entre ellos había tres hombres muy honrados que, dominados o aterrorizados por el resto, habían sido complicados en el motín.

Pero en lo que se refería al segundo contramaestre, que parecía ser el jefe de ese grupo, y respecto de todos los demás, me dijo que eran los más peligrosos de toda la tripulación y que estarían dispuestos a proseguir sus fechorías con empecinada obstinación. Incluso, el capitán presumía, con inquietud, que resultasen mucho más fuertes que nosotros.

Me sonreí diciéndole que personas que se hallaban en una situación como la nuestra debían superar el miedo, y que siendo cualquier situación preferible a la nuestra, teníamos que esperar que los resultados, ya se trataran de la vida o de la muerte, equivaldrían a la libertad. Le pregunté también lo que pensaba de las circunstancias de mi vida y si no merecía la pena arriesgar algo por la propia libertad.

—¿Y dónde está, señor —agregué—, la confianza que teníais en que me había conservado en esta isla para salvaros la vida, confianza que hasta hace muy poco vos mismo elogiabais? Porque, por mi parte, no veo más que un contratiempo en todo este asunto.

—¿Cuál es? —dijo.

—Que entre esa gente —le respondí—, como vos lo habéis dicho, hay tres o cuatro hombres honrados a los que es preciso perdonar. Si hubiesen sido de la misma calaña que el resto de la tripulación, habría creído que la providencia de Dios los había escogido para que cayesen en nuestras manos; pero tened confianza: todo hombre que desembarque será nuestro prisionero; y morirá o vivirá de acuerdo a cómo se comporte frente a nosotros.

Le hablé usando unas palabras firmes, pero con un gesto moderado, lo que le dio nueva confianza; y decididamente nos dispusimos a afrontar nuestra misión. Dado

que desde que vimos alejarse del navío a la chalupa, resolvimos apartar a nuestros prisioneros, poniéndolos a buen recaudo.

Había dos de quienes el capitán estaba menos seguro que del resto; los hice conducir por Viernes y por uno de los tres liberados hasta mi caverna, donde estarían bastante lejos y fuera de toda posibilidad de ser oídos o descubiertos, o de encontrar el camino a través del bosque, si eran tan hábiles como para escapar. Allí los dejamos atados, pero con algunas provisiones, prometiéndoles que, si se quedaban quietos, los liberaríamos dentro de uno o de dos días; pero que si trataban de escapar, se les ajusticiaría sin misericordia. Ellos prometieron sinceramente que soportarían su prisión con paciencia, y parecían muy agradecidos por el modo en que los tratábamos al dejarles provisiones y luz; pues Viernes les había dado algunas velas (de las que habíamos fabricado) para su mayor comodidad, pero dándoles a entender que él mismo se quedaría de centinela a la entrada de la cueva.

Los otros prisioneros fueron tratados de mejor manera: sin embargo, dos de ellos permanecieron atados, teniendo en cuenta que el capitán no se fiaba de ellos: los dos restantes fueron puestos bajo mis órdenes, de acuerdo con la recomendación del capitán y bajo la solemne promesa de vivir o de morir con nosotros. De esta forma, al contar con ellos y los tres marineros honrados sumábamos siete personas bien armadas, y yo no dudaba que podríamos enfrentarnos a los diez que venían, teniendo en cuenta que el capitán había dicho que entre ellos había tres o cuatro hombres de bien.

Tan pronto como los amotinados alcanzaron el sitio donde estaba la primera barca, dejaron la suya en la arena y saltaron a tierra, arrastrándola luego tras de sí, lo que me dio una gran alegría, dado que estaba inquieto porque fuesen a dejarla anclada a alguna distancia de la orilla, bajo la custodia de algunos de aquellos hombres, de modo tal que nos fuera imposible apoderarnos de ella.

Una vez desembarcados, lo primero que hicieron fue correr hasta la otra barca: entonces pudimos ver cuál no sería su sorpresa al encontrarla totalmente vacía y desmantelada y con un gran boquete en el fondo.

Después de examinarla durante cierto tiempo, llamaron dos o tres veces, dando fuertes gritos para que sus compañeros los oyesen. Pero no lograron su propósito. Entonces formaron un círculo e hicieron una salva de mosquetería; nosotros la oímos perfectamente y sus ecos retumbaron en el bosque. Eso fue todo. Los prisioneros que estaban en la caverna, y de eso estábamos seguros, no podían oírlos, y los que estaban bajo nuestro control, cosa que sabían muy bien, no se atrevían a responderles.



Se quedaron tan asombrados y sorprendidos —como después nos lo confesaron— que resolvieron reembarcarse y regresar a la nave, informando que sus compañeros habían sido asesinados, y que la chalupa estaba desfondada: por tanto, inmediatamente se metieron en el bote y se echaron al mar.

El capitán, ante esto, se sorprendió terriblemente, quedando como estupefacto: supuso que nuevamente iban a embarcarse en el navío y a darse a la vela, luego de haber informado a la tripulación qué les había acontecido a sus camaradas: así, pues, decididamente dio por perdido su navío, al que había pensado recuperar. Aunque, de inmediato, tuvo otro motivo de inquietud.

Los amotinados habían navegado apenas un trecho, cuando los vimos aparecer nuevamente sobre la costa: parecían haber adoptado otra actitud sobre la que seguramente habían deliberado: es decir, que dejarían tres hombres en la embarcación y que el resto bajaría a tierra, internándose en la isla para buscar a sus camaradas.

Esto resultó una grave contrariedad para nosotros: y nos quedamos sin saber qué hacer: pues coger a los siete hombres recién desembarcados no implicaba ventaja alguna, si dejábamos escapar el bote; y porque los que quedaban allí no demorarían en regresar al navío, que levaría anclas y se daría de inmediato a la vela, de modo que nos impediría toda posibilidad de recuperarlo.

Por tanto, no nos quedaba otra alternativa que esperar el giro de los acontecimientos. Después de que los siete hombres descendieran a tierra, los tres que permanecían en la chalupa se alejaron de la playa, anclando a una gran distancia dispuestos a esperar al resto. De modo tal que nos resultaba imposible alcanzarlos.

Los que habían desembarcado avanzaban muy juntos hacia la pequeña colina bajo la cual estaba mi vivienda; de modo que podíamos observarlos muy bien sin ser vistos. Hubiésemos deseado que se acercaran para poder hacerles fuego, o bien que se alejaran de manera que pudiésemos salir.

Pero cuando estuvieron en la cima de la colina, desde donde les era posible divisar una parte de los valles y de los bosques que se extendían hacia el nordeste, y que era la parte más baja de la isla, se pusieron a llamar a gritos hasta que no pudieron más. Luego, no resolviéndose, al parecer, a alejarse de la costa ni a separarse los unos de los otros, se sentaron bajo un árbol para discutir qué debían hacer. Si les hubiera parecido bien ponerse a dormir tal cual habían hecho sus camaradas, habría sido una suerte para nosotros. Pero estaban demasiado asustados como para abandonarse al sueño, pese a que no teman una idea segura del peligro que les acechaba.

El capitán me hizo entonces una propuesta muy razonable respecto de lo que estarían deliberando: quizá harían otra descarga para que sus camaradas los oyeran: convenía, pues, que los atacáramos en el preciso instante en que tuviesen sus armas descargadas; enseguida, se rendirían y los tendríamos en nuestras manos sin derramar sangre. Me pareció bien su propuesta, siempre que pudiéramos aproximarnos lo suficiente como para no darles tiempo a que nuevamente cargasen sus escopetas.

Pero no tuvimos esa suerte, y nos quedamos un largo rato sin saber qué decisión adoptar. Finalmente le dije a mi gente que no se podría hacer nada hasta llegada la noche y que, entonces, si esos hombres no regresaban a su barca, eventualmente podríamos situarnos entre ellos y el mar, de modo de encontrar alguna treta para atraer a tierra a los de la chalupa.

Esperamos durante un buen tiempo, aunque muy inquietos, pues temíamos que se alejasen; y cuando, después de largas consultas, advertimos que se ponían de pie y marchaban hacia el mar, nos sentimos especialmente contrariados. Parecía que, después de los terribles presentimientos de peligro que pesaban sobre ellos, hubiesen resuelto regresar a la nave para anunciar a los de a bordo la pérdida de sus camaradas y proseguir su viaje.

Apenas advertí que se dirigían a la playa, presumí que habían abandonado toda búsqueda y que se preparaban para regresar. Le comuniqué mis pensamientos al capitán, que se quedó como aterrado: pero, enseguida, se me ocurrió una estratagema para impedir que se marcharan y que respondía completamente a mi finalidad.

Ordené a Viernes y al segundo del capitán que cruzaran el pequeño río hacia el oeste, hacia el sitio donde desembarcaron los salvajes cuando rescaté a Viernes; luego les indiqué que, no bien llegaran a una pequeña eminencia que quedaba alrededor de media milla de distancia, gritaran lo más fuerte que pudieran y esperasen hasta que los marineros los oyeran. Después que los marineros les hubiesen respondido, que regresaran, pero ocultándose siempre y respondiendo a los gritos de ellos, sólo para atraerlos hasta el centro del bosque, dando un largo rodeo por el interior de la isla, hasta regresar a reunirse con nosotros a través de ciertos caminos que les señalé.

Los marineros ya estaban junto al bote para embarcarse, cuando Viernes y el segundo del capitán se pusieron a gritar. Tan pronto como aquellos hombres los oyeron, respondieron echándose a correr hacia el oeste, en dirección al sitio desde

donde provenían los gritos; pero se detuvieron cuando llegaron al río, dado que el agua había subido mucho en ese momento como para poder atravesarlo. Entonces llamaron a los dos de la chalupa para que los cruzaran, tal como yo lo había calculado.

Cuando alcanzaron la otra orilla —observé que el bote se internó un buen trecho en el río y penetró en algo así como un puerto— vi a uno de aquellos hombres de la tripulación bajar a tierra y juntarse con el resto, dejando que la custodiaran a dos de ellos, después de haberla amarrado al tronco de un pequeño árbol en la costa.

Esto era lo que yo esperaba: dejando a Viernes y al segundo del capitán que se encargaran de lo suyo, es decir, cruzando la ensenada sin ser vistos, sorprendimos a los otros dos hombres antes de que pudieran defenderse: a uno, en el bote; al otro, en la playa. El que se encontraba en la playa parecía flotar entre el sueño y la fatiga, y como se iba a poner de pie, el capitán, que marchaba delante, se le echó encima y le gritó al que estaba en la chalupa que se rindiera o era hombre muerto.

No eran necesarios tantos argumentos para reducir a un hombre solo frente a cinco y cuando su camarada ya se encontraba rendido en el suelo: además, al parecer, aquél era uno de los que menos participación había tenido en el motín respecto del resto de la tripulación: así es que no sólo se le convenció fácilmente para que se rindiera, sino que se unió a nosotros.

En el ínterin. Viernes y el segundo del capitán, respondiendo a su vez a los marineros de colina en colina, y de bosque en bosque, los dejaron totalmente extenuados: no abandonándolos hasta que tuvieron la certeza de que no podrían llegar a la chalupa antes de la noche. Y en verdad ellos mismos estaban verdaderamente agotados cuando regresaron a nosotros.

Por consiguiente, no nos quedaba otra cosa que espíarlos en la oscuridad, hasta poder dar cuenta de ellos fácilmente. Habían pasado varias horas desde que Viernes se nos había reunido cuando los marineros regresaron a la chalupa: y desde muy lejos escuchamos que los que iban delante les decían a los más rezagados que apresuraran el paso, aunque estos se quejaban, aduciendo que estaban tan fatigados que no podían avanzar más de prisa, lo cual resultó una buena noticia para nosotros.

Finalmente, llegaron a la chalupa: resultaría imposible describir cuál fue su asombro al encontrarla fuera del agua, pues era el momento de la bajamar, y no encontrar a sus dos compañeros. También oímos que llamaban al uno y al otro de la forma más lamentable, y decirse entre sí que estaban en una isla embrujada, que si estaba habitada por hombres, iban a ser asesinados y, si por demonios o espíritus, que serían arrebatados y devorados.

Se pusieron nuevamente a gritar y a llamar por sus nombres a los compañeros numerosas veces, pero no obtuvieron respuesta. Poco después pudimos ver, pese a la poca claridad que aún quedaba, que corrían de un lado al otro y se retorcían las manos como desesperados. A veces se metían en la chalupa para descansar, otras

salían de ella para recorrer nuevamente la playa: y continuaron así durante un largo rato.

Mis hombres deseaban impacientemente que los autorizase a caer sobre ellos aprovechando la oscuridad: pero yo quería hacerlo con ventaja, dominándolos, pero tratando de no darles muerte en la medida de lo posible. Pero, sobre todo, no quería exponer la vida de ninguno de mis hombres, pues sabía que el enemigo estaba bien armado. Resolví, por consiguiente, esperar con la esperanza de que se dispersaran. Para asegurarme, nos emboscamos y les ordene a Viernes y al capitán que se deslizaran a gatas, lo más agachados posible para no ser descubiertos, y que de ese modo se aproximasen al enemigo antes de hacer fuego.

Hacía muy poco tiempo que estaban en esa posición, cuando el contraamaestre, que había sido el mentor principal del motín, y que ahora se mostraba como el más cobarde y el más desesperanzado de todos, se acercó hacia ese lado en compañía de otros dos. El capitán estaba tan entusiasmado viendo casi en su poder al culpable principal, que apenas le dio tiempo para acercarse y asegurar el golpe. Hasta entonces sólo había podido oír su voz, pero cuando los tres marineros estuvieron a tiro, el capitán y Viernes, súbitamente, se pusieron de pie e hicieron fuego.

El contraamaestre quedó muerto allí mismo: otro hombre, herido en el cuerpo, cayó cerca de él, aunque murió sólo una o dos horas más tarde: y el tercero se escapó.

Ante el ruido de la descarga, avancé enseguida con todo mi ejército que ahora se componía de ocho hombres: a saber: yo era el *generalísimo*^[51]; Viernes, mi teniente general: el capitán con sus dos hombres y los tres prisioneros, a quienes habíamos armado.

Como marchábamos en medio de la oscuridad, no podía saberse el número de personas que éramos. Entonces le ordené al marinero que habíamos encontrado en la chalupa, y que se había pasado a nuestro campo, que llamase por sus propios nombres a sus compañeros con la idea de parlamentar con ellos y, eventualmente, acordar una especie de capitulación. Conseguimos un éxito notable, pues resulta fácil imaginar que, en la situación en que ellos estaban, no les quedaba otra alternativa que rendirse. El marinero se puso a gritar con toda su fuerza para llamar a uno de ellos:

—¡Tom Smith! ¡Tom Smith!

Tom Smith respondió inmediatamente:

—¿Eres tú, Robinson? —pues le había reconocido la voz.

—Sí, sí —respondió Robinson—. En el nombre de Dios, Tom Smith, entregad las armas y rendíos, porque si no, todos seréis hombres muertos en menos de un momento.

—¿Y a quiénes debemos rendirnos? —replicó Smith—. ¿Dónde están ellos?

—Ellos están aquí —dijo Robinson—. Se trata de nuestro capitán, acompañado de cincuenta hombres, que os viene persiguiendo desde hace dos horas; el contraamaestre está muerto, Will Frye herido y yo estoy prisionero. Si no os rendís, estáis todos perdidos.

—¿Se nos dará cuartel —preguntó Tom Smith— si nos rendimos?

—Voy a preguntarlo, pero si vosotros prometéis rendiros —respondió Robinson. Se dirigió de inmediato al capitán, y el capitán mismo se puso a gritar:

—Tú, Smith, ya conoces mi voz; si inmediatamente entregáis las armas y os sometéis, os aseguro las vidas, con la excepción de Will Atkins.

Enseguida, Will Atkins gritó:

—En el nombre de Dios, capitán, concededme cuartel. ¿Qué he hecho yo? Todos son tan culpables como yo.

No decía la verdad sobre esto, pues al parecer Will Atkins había sido el primero en tomar prisionero al capitán al comienzo del motín, tratándolo injuriosamente al atarle las manos y al cubrirlo de insultos. No obstante, el capitán le dijo que se rindiese a discreción y que más adelante apelase a la clemencia del gobernador. Se refería a mí, pues advertí que todos me llamaban gobernador.

Rápidamente ellos depusieron todas sus armas, rogando que les perdonase la vida; entonces le ordené al marinero que les había hablado primero que, con dos compañeros más, los atasen: después, mi formidable ejército de cincuenta hombres, que incluso con los tres a los que acabo de aludir no reunía más que ocho en total, avanzó apoderándose de ellos y de su chalupa: en cuanto a mí, me mantuve alejado de su vista, en compañía de uno más, por razones de Estado.

Nuestra tarea inmediata fue reparar la chalupa y abordar el navío. El capitán, que ahora tenía tiempo para parlamentar con ellos, les recriminó por la villanía de su conducta y por los resultados criminales que aún podrían haberse provocado, pues los hubiesen llevado a la miseria y al oprobio y, quizá, al patíbulo.

Todos ellos se mostraron sumamente arrepentidos y rogaron desconsoladamente por sus vidas. Pero el capitán les dijo que no eran sus prisioneros, sino los del gobernador de la isla: que habían supuesto que los abandonarían en una isla desolada y desierta, pero que, gracias a Dios, habían elegido un sitio no sólo habitado, sino gobernado por un inglés: que éste podía hacerlos ahorcar si así le parecía; pero como les había dado cuartel, suponía que los remitiría a Inglaterra para que fuesen juzgados de acuerdo a las leyes, excepto Atkins, respecto del cual el gobernador le había mandado decir que debía disponerse a morir, pues sería colgado a primera hora de la mañana.

Si bien todo esto no fue más que una ficción, provocó, sin embargo, el efecto que buscaba: Atkins cayó de rodillas y le suplicó al capitán que intercediese por él ante el gobernador: el resto le pidió en nombre de Dios que no les devolviera a Inglaterra.

Ocurrióseme entonces que el momento de nuestra liberación por fin había llegado, y que resultaría muy fácil lograr que aquellos hombres se pusieran a trabajar para rescatar el navío. Me retiré a la oscuridad para que no advirtieran a qué clase de gobernador estaban sometidos y llamé al capitán para que se acercase hasta donde yo estaba. Como me encontraba a una gran distancia, uno de los míos se encargó de llevarle la orden:

—Capitán —le dijo—, el gobernador os reclama.

El capitán respondió:

—Dile a Su Excelencia que voy de inmediato.

Todo esto engañó fácilmente a los amotinados, pues creyeron que el gobernador estaba cerca de allí con sus cincuenta hombres.

Cuando el capitán se me acercó, le hice saber mi proyecto para abordar el navío y a él le pareció excelente, resolviéndose a ponerlo en práctica a la mañana siguiente.

Pero para llevarlo a cabo con mayor eficacia y asegurarnos el éxito, convenía separar a los prisioneros: era conveniente, por tanto, coger a Atkins y a otros dos de los más peligrosos y mandarlos bien amarrados a la caverna donde se encontraba el resto. Tarea que le fue encomendada a Viernes y a dos de los hombres que habían desembarcado con el capitán.

Fueron ellos quienes se encargaron de llevarlos a la cueva, como si fuera una prisión; y realmente, era ése un terrible sitio para unos hombres en semejante situación.

Ordené que a los otros los encerraran en mi casa de campo, de la que ya he hablado. Como estaba cerrada y esos hombres iban con los brazos amarrados, el sitio resultaba muy seguro, teniendo en cuenta que su destino dependía de su conducta.

A la mañana siguiente, envié al capitán a conferenciar con ellos: en una palabra, para sondearlos e informarme si era posible confiar en aquella gente para abordar y sorprender el navío. El capitán les habló de la culpabilidad de que eran responsables ante él, y de que si bien el gobernador les había dado cuartel, sin duda alguna serían ahorcados si los enviaban a Inglaterra: pero que si estaban dispuestos a sumarse a una empresa especialmente justa, como era la de recuperar el navío, él se comprometía a que el gobernador les otorgara la gracia de ser perdonados.

Imagínese con cuánto entusiasmo fue aceptada una propuesta semejante por hombres que ya estaban en una situación tan crítica. Se arrodillaron delante del capitán y le prometieron, con los más enérgicos juramentos, que ellos se mantendrían fieles hasta la última gota de su sangre; que siéndole deudores de sus vidas, lo seguirían a cualquier parte del mundo y que lo considerarían como a su propio padre mientras viviesen.

—Bien —dijo el capitán—, iré a decirle al gobernador lo que respondéis, y veré si puedo lograr su consentimiento.

Y vino a darme cuenta del estado de ánimo en que se encontraban esos hombres, afirmándome que él creía que realmente se mantendrían fieles.

Sin embargo, para mayor seguridad, le dije que volviese a elegir a cinco de entre ellos, y que les dijera, a fin de demostrarles que no tenía el menor cuidado ni recelo, que no escogía más que a cinco hombres para que cooperasen con él, pero que el gobernador se quedaría con los dos que quedaban y los tres prisioneros, en calidad de rehenes, en el castillo (es decir, en mi cueva) para asegurarse de la fidelidad de los

cinco, y que si éstos resultaban traidores en la realización de su tarea, los cinco restantes que quedaban como rehenes serían ejecutados al borde del mar.

Esta condición les pareció severa y se convencieron que yo no era un gobernador complaciente; sin embargo, no les quedaba otra alternativa que aceptar, y los cinco prisioneros restantes se empeñaron tanto como el capitán en convencerlos de que cumplieran con su deber.

Nuestras fuerzas se dispusieron para la empresa de la siguiente manera:

1.) el capitán, su segundo y el pasajero; 2.) Los dos prisioneros del primer grupo, a quienes, de acuerdo con las instrucciones del capitán, se les había dado libertad y armas; 3.) Los otros dos que habían estado amarrados en el bosquecillo hasta ese momento, y que yo acababa de desatar a petición del capitán; 4.) Los cinco hombres libres, a retaguardia. Es decir, doce personas en total, amén de los cinco que como rehenes mantenía en la cueva.

Le pregunté al capitán si estaba dispuesto a lanzarse con semejantes fuerzas al abordaje del navío. Convenía que yo y Viernes no nos alejáramos, dado que teníamos a siete hombres que vigilar y bastante que hacer con cuidarlos de manera separada y de proveer a su mantenimiento. Por tanto, decidí que los cinco que estaban en la cueva permaneciesen amarrados, pero Viernes debía ir un par de veces al día a controlarlos, dándoles lo que necesitasen; los otros dos debían ser empleados en acarrear las provisiones a cierta distancia, a donde Viernes iría a recogerlas.

Cuando me presenté a los hombres que habían quedado como rehenes, me acompañó el capitán, quien les informó que yo era la persona encargada por el gobernador de vigilarlos; que dicho caballero les había prohibido ir a parte alguna sin mi correspondiente autorización; y que si no acataban dichas órdenes serían llevados al castillo cargados de cadenas. Como no les habíamos dejado que me viesen como a tal gobernador, yo representaba en ese momento a otro personaje, que hablaba del gobernador, de la guarnición, del castillo y de cosas parecidas en todas las ocasiones.

El capitán no tema ahora otro inconveniente para aparejar las dos chalupas que hacer arreglar el boquete que habíamos hecho en la primera y subir a bordo. Le dio el mando de una a su pasajero, con cuatro hombres, y él mismo, su segundo y cinco marineros tripularon la otra. Su proyecto fue tan bien calculado que llegaron junto al navío cerca de medianoche. Tan pronto como estuvieron lo suficientemente próximos como para poder llamarlos, el capitán le ordenó a Robinson que les gritara a los del navío y les advirtiese que volvían con la gente y la chalupa, pero que les había llevado mucho tiempo y trabajo poder encontrarlos. Aquel hombre fue muy cuidadoso para entretenerlos de esa forma, hasta que los que iban llegando después estuvieron junto a la nave. Entonces fue cuando, con la mayor presteza, se lanzaron al abordaje: primero, el capitán y su segundo, con las armas en la mano, desmayando a culatazos al que ahora estaba de contraemaestre y al carpintero; fielmente seguidos por los otros hombres, cogieron presos a todos los que estaban en la cubierta; después, cerraron las escotillas para impedirles todo contacto con los que se encontraban

abajo. Los de la otra chalupa, abordando la nave por el portaobanques del trinquete, se apoderaron del alcázar de proa y de la escotilla que llevaba a la cocina, donde hicieron tres prisioneros.

Cuanto todo concluyó y pudieron dominar el puente de mando, el capitán ordenó a su segundo que copara con tres de sus hombres la puerta de la cámara principal, donde se encontraba el nuevo capitán de los amotinados. A la primera señal de alarma, éste, provisto de armas de fuego, se había atrincherado allí con dos marineros y un grumete. Y cuando el segundo, mediante una palanca, echó abajo la puerta, el nuevo capitán y sus hombres le hicieron fuego a granel, y el segundo fue herido de un disparo que le quebró el brazo; otros dos hombres fueron heridos, pero ninguno resultó muerto.



El segundo, pidiendo socorro, se lanzó aun herido dentro de la cámara principal y disparó con su pistola a la cabeza del capitán de los amotinados: la bala le penetró por la boca y le salió por detrás de la oreja, matándolo en el acto. El resto de aquellos hombres se rindió inmediatamente y el navío pudo ser recuperado sin que se perdieran otras vidas.

En el preciso momento en que el navío fue recuperado, el capitán ordenó hacer una salva de siete cañonazos, señal convenida de antemano para advertirme del éxito de su empresa. Podéis imaginaros con qué placer los escuché, dado que había estado en vela, sentado en la playa, hasta cerca de las dos de la mañana.

Así que, una vez que hube escuchado esa señal, me recosté: y como aquél había sido un día muy agotador para mí, me dormí profundamente hasta que el estrépito de otro cañonazo me despertó sobresaltado. Oí que me llamaban por el nombre de «gobernador, gobernador» y de inmediato reconocí la voz del capitán. Me apresuré a

subir hasta la punta de la roca, donde nos encontramos. Él se echó en mis brazos y señalándome el navío, me dijo:

—Mi querido amigo y libertador, allí está vuestro navío, porque es de vuestra propiedad, así como todos nosotros y todo lo que en él va embarcado.

Miré hacia la nave y la divisé anclada a poco más de media milla de la playa, porque tan pronto como la recuperaron, la aparejaron y, como hacía un tiempo excelente, volvieron a echar anclas en la embocadura de la pequeña ensenada. Luego, a favor de la marea alta, el capitán había traído la chalupa cerca del sitio donde alguna vez yo había descargado mis balsas, es decir, justamente frente a mi puerta.

En un primer momento, estuve a punto de desmayarme por la sorpresa, cuando vi mi libertad asegurada, los medios en mis manos y un estupendo navío que me estaba esperando en condiciones de transportarme donde quisiese. Al comienzo, me fue imposible decir una sola palabra y cuando el capitán me abrazó, si no me hubiese apoyado en su cuerpo, indudablemente me habría desplomado.

Él advirtió mi estado de ánimo y, sacando inmediatamente de su bolsillo una botella, me hizo beber un trago de un licor excelente que había traído con esa intención. Luego de beber, me senté en tierra tratando de serenarme, pero tuve que permanecer un largo rato así, antes de poder decirle una sola palabra.

Sin embargo, el pobre hombre estaba tan conmovido como yo, aunque no sentía la emoción de la sorpresa. Me dijo miles de cosas intentando calmarme, pero yo sentía en mi interior tanta alegría, que mis pensamientos se confundían. Finalmente, me alivié derramando abundantes lágrimas y fui recuperando el habla.

Por mi parte, lo estreché entre mis brazos como a mi liberador, y nos felicitamos recíprocamente. Díjele que lo consideraba como al hombre enviado por el cielo para liberarme: que todo lo ocurrido me resultaba una cadena de milagros: que semejantes cosas eran para mí un testimonio más de la secreta mano de la providencia que gobierna el universo, y la evidencia de un infinito poder que podía mostrarnos que hasta en el más remoto rincón de la tierra era posible socorrer a un miserable cuando Él lo decretaba.

No me olvidé de elevar al cielo el agradecimiento de mi corazón. ¡Y quién no hubiese bendecido a Dios, que no sólo había provisto de mis necesidades en aquella soledad de manera tan maravillosa y en una situación desesperada, sino también al que siempre se le debe todo reconocimiento!

Después de haber comentado todo aquello, el capitán me dijo que había conservado para mí las provisiones que había en la nave, salvadas del saqueo de los amotinados. De inmediato, llamó a los dos de la tripulación que trajesen las cosas destinadas al gobernador. Aquellos regalos más bien parecían destinados no tanto a un hombre que iba a embarcarse con ellos, sino para cualquier otro hombre que debiese permanecer largo tiempo en la isla, y como si ellos fuesen a marcharse sin mí.

En primer lugar, trajeron una enorme caja que contenía botellas de excelentes licores, seis grandes botellas de vino de Madeira, cuyo contenido era igual al de dos cuartos cada una: dos libras de excelente tabaco, doce buenos trozos de carne salada y seis de cerdo, un saco de guisantes y casi cien libras de galleta.

También me hizo traer una caja de azúcar, un saco lleno de limones, y dos botellas de zumo de lima, y abundancia de otras cosas. También me dio lo que era mil veces más indispensable: seis camisas blancas nuevas, seis corbatas, dos pares de guantes, un par de zapatos, otro de medias, un sombrero y un estupendo traje completo que había sido usado muy pocas veces. En una palabra, me vistió de la cabeza a los pies.

Esto era un agradable presente de muy buena clase, sobre todo si se lo imagina en mi situación. No obstante, al comienzo nada me pareció más incómodo, insólito y desagradable como volver a ponerme tales vestidos.

Después de estas ceremonias, y cuando todos estos excelentes regalos fueron transportados hasta mi pequeña vivienda, empezamos a consultarnos sobre qué hacer con nuestros prisioneros: ese asunto debía reflexionarse con detenimiento, pues se trataba de resolver si debíamos arriesgarnos o no a que fuesen con nosotros, en especial dos de ellos que el capitán me había indicado como los más revoltosos e incorregibles. Él decía que eran unos malvados: que no servirían para nada útil: que si los llevaba, debería ser cargados de cadenas, como dos reos, con el solo objeto de entregarlos a la justicia en la primera colonia de Inglaterra a la que llegásemos. Pero esta última decisión parecía preocuparle mucho.

Sobre este asunto, le dije que, si le parecía bien, yo me encargaría de preguntarles a aquellos hombres si estaban dispuestos a quedarse en la isla.

—Yo estaría dispuesto —me dijo el capitán— a aceptarlo de todo corazón.

—Bien —le contesté—, entonces voy a hacerles llamar y les hablaré de parte vuestra.

Mandé a Viernes y a los dos que habían permanecido como rehenes y que ahora se encontraban completamente libres, dado que sus compañeros habían cumplido la palabra jurada: envié, como digo, a buscar a la cueva a los cinco prisioneros amarrados para que los condujesen hasta mi vivienda de campo y los guardasen hasta que yo llegara.

Luego de un cierto tiempo, volvíme a juntar con el capitán, ya vestido con mis nuevas ropas y, habiendo tomado nuevamente el título de gobernador, cuando estuvimos todos reunidos y con el capitán a mi lado, ordené que trajeran a los prisioneros a mi presencia, y les dije que estaba al tanto de toda la villanía de sus procederres respecto de su capitán y de cómo hubiesen sido capaces de huir con el navío para cometer cualquier fechoría, si la providencia no hubiese permitido que fuesen apresados en los lazos que pretendían tender a otros.

Les hice saber que, bajo mi dirección, el navío había sido recuperado, que por eso estaba en la rada y que dentro de muy poco verían a su nuevo capitán colgado del

palo mayor a causa de su traición.

Les pregunté, en lo que a ellos se refería, qué tenían que alegar para que yo no ordenara su ejecución, en tanto piratas cogidos en el acto del delito y de acuerdo con la autoridad de que estaba investido.

Uno de ellos me contestó en nombre del resto que nada tenían que decir, salvo que el capitán les había prometido respetarles la vida cuando los cogió prisioneros y que humildemente apelaban a mi misericordia. Les comuniqué cuál sería la gracia que podría concederles: que yo abandonaba la isla en compañía de todos mis hombres y que me embarcaba con el capitán rumbo a Inglaterra: y que desde este punto de vista no podía llevarlos nada más que en calidad de prisioneros, con vistas a ser sometidos a juicio en Inglaterra, en tanto culpables de un motín y como piratas, acusaciones que, como ellos sabían muy bien, sólo los conduciría a galeras. Salvo que estuviesen dispuestos a quedarse en la isla, lo cual era lo mejor para ellos. Declarándoles que, en dicho caso, como yo tenía la libertad de abandonarla, sentía cierta inclinación a perdonarles la vida, si ellos pensaban que podían sobrevivir.

Me testimoniaron mucha gratitud, diciendo que optaban por arriesgarse a permanecer allí, antes de ser conducidos a Inglaterra para ser ahorcados; ruego ante el cual accedí.

Sin embargo, cuando parecía que todo se había arreglado, el capitán comenzó a presentar ciertas dificultades, como si no se resolviese a dejarlos allí. Fingí entonces que me molestaba con él, diciéndole que esos hombres eran mis prisioneros y no los suyos: y que habiéndoles otorgado el perdón, no podía faltar a mi palabra: que si él encontraba algo de qué arrepentirse y que, si no pensaba acceder a lo prometido, los dejaría en libertad, tal cual los había encontrado, y que si eso no le parecía bien, que los arrestara nuevamente si podía.

Ante estas palabras, aquellos hombres se mostraron muy agradecidos, y enseguida ordené ponerlos en libertad, sugiriéndoles que se fueran a los bosques o al sitio de donde venían y que, incluso, les dejaría algunas armas de fuego, bastante munición y ciertas instrucciones para poder sobrevivir muy bien, si es que ellos lo deseaban.

Después de todo esto, me dispuse a subir a bordo: pero luego de pensarlo, le dije al capitán que permanecería la noche en tierra para preparar mis cosas, prefiriendo que él fuese al navío para mantener el orden y que al día siguiente me enviasen una barca: pero, sobre todo, le ordené que hiciese colgar del palo mayor al capitán rebelde para que aquellos hombres pudiesen verlo.

Cuando el capitán se hubo ido, hice venir a esos hombres a mi vivienda y entablé con ellos una plática muy seria sobre su situación: les dije que, de acuerdo a mi criterio, habían optado por una buena elección: porque si el capitán los llevaba, seguramente serían ahorcados. Y les mostré al capitán sublevado colgando del palo mayor del navío, asegurándoles que no hubiesen podido esperar nada mejor.

Después de asegurarme que estaban dispuestos a quedarse, les dije que deseaba relatarles la historia de mi vida en aquel sitio, con la finalidad de proponerles alguna posibilidad para que la de ellos les resultara más fácil. Por consiguiente, les hice una amplia descripción de la isla y de mi llegada: les mostré mis fortificaciones, la forma de hacer el pan, de plantar el grano, de cultivar los frutos y, en una palabra, todo lo necesario para hacerles más llevadera su vida. Les hablé también de los dieciséis españoles que debían llegar, para quienes les dejé una carta, haciéndoles prometer que compartirían todo con ellos.

Dejéles también mis armas de fuego, a saber: cinco mosquetes, tres escopetas de caza y tres espadas. Me quedaba aún un barril y medio de pólvora, pues luego del primer año y del segundo no lo había utilizado apenas, de modo que no lo había despilfarrado. También les enseñé la forma de cuidar las cabras y las instrucciones para ordeñarlas y engordarlas y la manera de hacer mantequilla y queso.

En una palabra, les informé sobre la experiencia de mi propia historia, asegurándoles que lograría que el capitán les dejase dos barriles más de pólvora, algunas semillas de hortalizas que yo mismo, en otros tiempos, hubiese estado muy contento de tener; también les di un saco de guisantes que el capitán me había regalado para que me los comiese, insistiéndoles en que se multiplicarían notablemente si se resolvían a sembrarlos.

Habiendo hecho todo esto, al día siguiente los abandoné y subí a bordo del navío, pero estando ya todo dispuesto para darnos inmediatamente a la vela, aquella noche no pudimos levar anclas. A la mañana siguiente, muy temprano, llegaron nadando hasta el costado de la nave dos de aquellos cinco hombres, quejándose de manera lastimosa de los otros tres, pidiéndonos en nombre del Señor que los recogiésemos a bordo, aunque fuesen colgados ahí mismo, pues los otros los iban a asesinar.

Ante esto, el capitán afirmó que nada podía hacer sin mi consentimiento: pero luego de algunos inconvenientes, y bajo su solemne promesa de enmienda, los subimos a bordo, siendo azotados y castigados poco después, tras lo cual se comportaron como hombres honrados y sumisos.

Poco tiempo después, con la marea alta, la chalupa fue enviada hasta la costa con las cosas que les había prometido a aquellos hombres, a lo cual el capitán agregó, a mi pedido, sus cofres y algunas ropas que recibieron con sumo agradecimiento; incluso, para animarlos les aseguré que, si me era posible, les haría enviar un navío que los recogiese y no los olvidaría.

Cuando abandoné la isla, me llevé conmigo a bordo, como reliquias, el gran gorro de piel de cabra, la sombrilla y el loro; tampoco olvidé el dinero de que hice mención, que como había estado guardado tanto tiempo sin usar, estaba totalmente oxidado y ennegrecido, y al que apenas hubiese podido hacer pasar por plata, si antes no lo hubiese frotado y limpiado. Tampoco olvidé el que había encontrado en el barco español.



Y así fue como abandoné la isla, el 19 de diciembre del año 1686, de acuerdo con el cálculo que hice en el navío, después de haber vivido en ella veintiocho años, dos meses y diecinueve días. De este segundo cautiverio, fui liberado el mismo día del mes en que realicé mi primera huida en una barcaza de los moros de Salé.

En este navío, al cabo de un largo viaje, llegué a Inglaterra el 11 de julio del año 1687, después de una ausencia de treinta y cinco años.

Cuando llegué a Inglaterra, les resultaba tan extraño a todos, como si en mi vida les hubiese conocido. Mi benefactora, la leal tesorera, en cuyas manos había dejado mi dinero, aún vivía, aunque había padecido grandes infortunios; había enviudado por segunda vez y vivía en la mayor estrechez y de la forma más modesta. No le exigí cuentas de lo que me debía, asegurándole que jamás haría alusión a dicho asunto. Y muy por el contrario, agradecido a su lealtad, la ayudé de acuerdo a lo que me permitía mi pequeña fortuna, lo que no implica que hiciera gran cosa por ella, pero le juré que nunca olvidaría su antiguo afecto por mí. Y así lo hice en el momento en que estuve en condiciones de socorrerla, como ya se dirá en su momento.

De inmediato me dirigí a Yorkshire; pero mi padre, mi madre y toda mi familia habían muerto: excepto dos hermanas y dos hijos de uno de mis hermanos. Como no habían tenido noticia alguna de mí, después de tantos años, me creían muerto y nada me habían guardado de la herencia. En una palabra, no encontré apoyo ni auxilio, y el pequeño capital que tenía no era suficiente para establecerme.

No obstante, recibí una muestra de reconocimiento que no esperaba: el capitán del barco al que había salvado tan felizmente junto con su cargamento, hizo a sus armadores un excelente relato de la forma en que yo había salvado sus bienes, y éstos me invitaron, juntamente con otros mercaderes interesados, a que fuese a verlos. Todos ellos reunidos, y después de muchos agradecimientos, motivados por ese asunto, me hicieron un regalo de casi doscientas libras esterlinas.

Pero después de haber hecho varias reflexiones sobre las circunstancias de mi vida y la precariedad de medios con que contaba para establecerme en el mundo, resolví viajar a Lisboa para ver si podía obtener algunas informaciones sobre el estado de mi plantación en Brasil, y enterarme qué le había ocurrido a mi socio, quien, al cabo de tantos años, podía muy bien considerarme muerto.

Con este proyecto, me embarqué para Lisboa donde llegué en el siguiente mes de abril. Mi criado Viernes me acompañaba fielmente en todas mis andanzas, mostrándose como el servidor más leal en todas las ocasiones.

Cuando llegué a Lisboa, después de algunas averiguaciones, con la mayor satisfacción me encontré con mi antiguo amigo el capitán del navío que me había

acogido en el mar, cerca de las costas de África. Era ya muy anciano, y había abandonado su profesión, delegando el mando del navío en su hijo, que ya era un hombre y que proseguía comerciando con Brasil. Aquel viejo hombre de mar no me reconoció y a mí me ocurrió algo parecido: pero inmediatamente recordé su rostro, así como a él le ocurrió lo mismo con el mío, cuando le dije quién era.

Después de haber demostrado apasionadas expresiones de mutuo afecto, le pregunté —como es de suponer— sobre mi plantación y mi socio. El anciano me hizo saber que no había viajado a Brasil desde hacía nueve años: que, sin embargo, podía certificarme que mi socio aún vivía en el momento de su salida: pero que aquellos a los cuales yo les había encomendado el cuidado de mis intereses habían muerto. Empero, suponía que era posible que lograra una rendición de cuentas exacta de los beneficios de mi plantación, pues después de las noticias que me daban por ahogado en el naufragio, mis garantes habían rendido cuentas de la parte de la plantación que me correspondía al procurador fiscal, quien había adjudicado, en caso de que nadie lo reclamase, un tercio al rey y los dos tercios restantes al monasterio de San Agustín, a efectos de ser destinados en beneficio de los pobres y a la conversión de indios al catolicismo. Pero que, en el caso de que yo me presentase, o de que alguien en mi nombre reclamara dicha herencia, debía restituírseme, con excepción de los intereses o rentas anuales que, habiendo sido destinados a obras de caridad, no podían ya serme reembolsados. Pero me aseguró que tanto el intendente del rey como el proveedor, o mayordomo del monasterio, habían tenido especial cuidado de que mi socio les rindiera cuentas anualmente de los beneficios de la plantación, de la cual había apartado, con escrupuloso cuidado, la mitad que me correspondía.



Le pregunté si mi plantación se había acrecentado en términos tales que valiera la pena ocuparme de ello; o que, si en el caso de ir allí, no me encontraría con inconvenientes para recuperar mis derechos sobre la mitad de mis posesiones.

Me respondió que no podría decirme con exactitud hasta dónde se había acrecentado mi plantación: que apenas si estaba enterado de que mi socio se había enriquecido muchísimo con la sola atención de su mitad; pero de lo que sí se acordaba era que había oído decir que el tercio de mi parte destinado al rey, y que había sido otorgado a un monasterio —según creía recordar—, alcanzaba a doscientos moidores al año. En lo que se refería a la posibilidad de ser repuesto en mis derechos, estaba fuera de duda, dado que mi socio aún vivía y se podía testificar el derecho de mis títulos, estando inscritos a mi nombre en el catastro de los propietarios del país. También me dijo que los sucesores de mis dos garantes eran gente honrada y muy ricos y que, según su criterio, no sólo me ayudarían para entrar en posesión de mis propiedades, sino que a la vez debían tener una suma de dinero a mi favor producida por la plantación, durante el tiempo que sus padres habían estado encargados de ella, antes de que se hubiera producido la cesión de que me había hablado; lo cual, de acuerdo con lo que recordaba, se había hecho unos doce años antes.

Me sentí un poco disgustado e inquieto por este relato y le pregunté al viejo capitán por qué causa mis representantes habían dispuesto así mis bienes, cuando él no ignoraba que yo había hecho mi testamento, instituyéndole a él, el capitán portugués, como mi heredero universal.

Me respondió que aquello era cierto, pero que no estando lo suficientemente seguro de mi muerte, no podía actuar como ejecutor testamentario hasta que tuviese una prueba fehaciente de ella; además, que no había querido inmiscuirse en un asunto que estaba en un sitio remoto; empero, había registrado el testamento haciendo constar sus derechos, y en el supuesto caso de haber sabido con certeza si estaba muerto o vivo, hubiese actuado por intermedio de un procurador, tomando posesión del *ingenio* —tal es el nombre del sitio donde se fabrica azúcar— y hubiera transmitido a su hijo, que vivía en Brasil, los poderes para proceder de esta forma.

—Pero —agregó el anciano— tengo otra noticia que daros, que quizá no sea tan agradable como las otras, y es que, creyéndos muertos, tanto yo como los demás, vuestro socio y los albaceas hicieron una propuesta de arreglo conmigo, en vuestro nombre, en lo que se refiere a los seis u ocho primeros años de ganancias, y que efectivamente he recibido. Pero, como en aquel momento se hicieron grandes gastos para ampliar la plantación, construir un *ingenio* y comprar esclavos, el producto no ha sido tan elevado como lo fue después. No obstante —dijo—, os daré una cuenta precisa de todo lo que yo he recibido y de la forma en que he dispuesto de ello.

Al cabo de varios días de estas conversaciones con mi viejo amigo, me hizo entrega de la cuenta de los primeros seis años de los ingresos de la plantación, rubricada por mi socio y por mis dos albaceas. Todo lo habían invertido en

mercaderías tales como tabaco en rama, cajas de azúcar, sin hablar de ron, melazas, etcétera, productos indispensables para el trabajo azucarero. Por dicha reseña, advertí que las rentas crecían de manera considerable con cada año que pasaba; de modo que el anciano me mostró que me debía cuatrocientos setenta moidores de oro, además de sesenta cajas de azúcar y quince rollos de tabaco, que habían naufragado regresando a Lisboa, once años después de mi partida.

Este hombre de bien empezó entonces a lamentarse de sus desgracias, que lo habían obligado a utilizar mi dinero para cubrir sus pérdidas y adquirir una parte de un nuevo navío.

—No obstante, viejo amigo mío —me dijo—, no careceréis de recursos, y como dentro de muy poco mi hijo regresará, quedaréis plenamente satisfecho.

A continuación, sacó un viejo bolso y me entregó ciento sesenta moidores portugueses en oro: presentándome de inmediato los títulos de sus derechos sobre el navío en el que había ido su hijo a Brasil, del que tenía una cuarta parte de participación y su hijo una más, papeles que puso en mis manos como garantía del resto.

Me sentí muy conmovido por la probidad y el afecto del anciano como para aceptar todo aquello, y recordando todo lo que había hecho por mí, cómo se había portado tan generosamente conmigo y, sobre todo, de qué manera, en ese momento, se mostraba como mi sincero amigo, me costaba retener las lágrimas, cuando me decía aquellas palabras. También le pregunté si su situación actual le permitía despojarse, a la vez, de tal cantidad de dinero o si eso no le perjudicaría. Me dijo que, sin duda alguna, todo aquello le perjudicaría un poco, pero que se trataba de mi dinero y que posiblemente yo lo necesitaría más que él.

Todo lo que me decía aquel buen hombre resultaba tan conmovedor, que apenas si podía contener las lágrimas. Finalmente, cogí cien de los moidores y, pidiéndole una pluma y tinta para hacerle un recibo, le devolví el resto diciéndole que, si alguna vez recuperaba la posesión de mis bienes, le devolvería lo que ahora le aceptaba —como, en efecto, hice más adelante— y en lo que hacía al título de propiedad de su parte en el navío de su hijo, de ninguna manera quería aceptarlo; sabiendo muy bien que, si en alguna ocasión yo necesitaba dinero, él era lo suficientemente honrado como para pagarme; y que, por el contrario, si llegaba a obtener lo que él me había sugerido que podía esperar, no le pediría nada.

Cuando esto hubo pasado, el anciano me preguntó si podía serme útil a los efectos de reclamar mi plantación. Le contesté que pensaba ir yo mismo a aquel sitio. Me dijo que le parecía razonable que obrara así, pero que él contaba con medios suficientes, sin necesidad de que yo hiciese tan largo viaje, como para asegurar mis derechos allí recuperándolos de inmediato. Y como en Lisboa se encontraban navíos dispuestos ya para salir hacia Brasil, hizo inscribir mi nombre en el registro público, con una declaración en la que afirmaba, bajo juramento, que yo vivía y que era la misma persona que había empezado a cultivar la tierra para dicha plantación.

Regularizada esta declaración ante un notario, me aconsejó agregar un poder legalizado y enviarle una carta de su puño y letra a un comerciante conocido suyo que vivía en aquellos lugares, proponiéndome además que permaneciese en su casa hasta tanto llegase la respuesta.

Jamás hubo negocio alguno arreglado con tanta honorabilidad como éste, pues en menos de siete meses me llegó un gran paquete de parte de los herederos de mis difuntos apoderados, los mercaderes por cuenta de quienes me había embarcado, que contenía, las cartas y los papeles siguientes:

Primero, una cuenta corriente del producto de mi hacienda o plantación durante seis años, desde que sus padres habían saldado con mi viejo capitán de Portugal. El balance daba un saldo a mi favor de mil ciento setenta y cuatro moidores.

Segundo, la cuenta de otros cuatro años, a lo largo de los cuales los bienes habían permanecido en sus manos, antes de que el gobierno reclamase la administración, como de pertenencia a una persona a la que no se encontraba, que es lo que civilmente se denomina muerto. Mi plantación, habiéndose acrecentado constantemente, de acuerdo al balance de dicha cuenta, alcanzaba el precio de treinta y ocho mil ochocientos noventa y dos *cruisadoes*^[52], es decir tres mil doscientos cuarenta y un moidores.

Tercero, una cuenta del superior de los agustinos que había recibido los beneficios de mis rentas a lo largo de más de catorce años; y que, no teniendo que reembolsar lo que había sido utilizado en favor del hospital, honestamente declaraba que le quedaban aún sin distribuir ochocientos setenta y dos moidores que me pertenecían. De la parte del rey, nada me fue reembolsado.

Además, había una carta de mi antiguo socio felicitándome muy afectuosamente por encontrarme con vida e informándome del desarrollo de la plantación, de los beneficios anuales, de los acres que contenía y de los esclavos que en ella trabajaban. Había trazado, al final, veintidós cruces como señales de bendición, informándome que había rezado otras tantas *Ave Marías* a la Virgen por haberme rescatado con vida, y me invitaba ardientemente a que yo mismo fuese a tomar posesión de mi propiedad o que, al menos, le indicara a poder de quién decidía que fuesen a parar mis bienes, si es que yo no viajaba, terminando con las más tiernas y cordiales muestras de amistad suyas y de su familia. Y me mandaba como regalo siete hermosas pieles de leopardo, que sin duda había recibido de África por intermedio de alguna nave enviada por él, con más suerte al parecer que la mía en lo que hace a su viaje. Agregaba también cinco cajas de excelentes confituras y un centenar de piezas de oro no acuñadas, pero de un tamaño no menor que los moidores.

Por el mismo barco recibí de mis dos representantes mil doscientas cajas de azúcar, ochocientos rollos de tabaco y el resto de la cuenta en oro.

Pude decir, entonces, que la última situación de Job era superior a la del comienzo, pues resulta imposible explicar mi emoción cuando leí aquellas cartas y, sobre todo, cuando me vi rodeado de todos mis bienes, dado que, como los navíos

brasileños navegan todos en convoy, los mismos que me traían las cartas venían cargados con mis bienes y mis mercaderías, así que todos mis efectos estaban seguros en puerto, aun antes de que los documentos llegasen a mis manos. En una palabra, me sentí emocionado, me faltó el aliento, y si el anciano capitán no me hubiese sostenido enseguida, dándome un licor, tengo la certeza que el golpe de aquella súbita alegría hubiese debilitado mi naturaleza y me habría muerto en aquel sitio.

Después de eso, proseguí por espacio de algunas horas sintiéndome mal, hasta que se mandó llamar a un médico, que, advirtiéndome la causa real de mi indisposición, ordenó que se me hiciera una sangría, luego de lo cual volví a recuperarme y a sentirme mejor. Pero realmente creo que, si no hubiese sido por esa especie de aire que, por así decir, refrescó mi espíritu, hubiese sucumbido.

Me convertía, de pronto, en propietario de alrededor de cinco mil libras esterlinas en efectivo y de una hacienda en Brasil, de la que puedo decir que me iba a dar alrededor de mil libras esterlinas al año, mucho más seguro de lo que puede ser una propiedad en Inglaterra; en una palabra, estaba en una situación que apenas podía imaginar y no sabía qué disposiciones adoptar para gozar de todo aquello.

Lo primero que hice fue recompensar a mi antiguo bienhechor, mi viejo y buen capitán, que había sido tan generoso conmigo, y me había demostrado de tantas formas su caridad ante mis necesidades iniciales y su probidad al final. Le mostré todo lo que me había sido enviado y le dije que, después de la providencia del cielo que lo hace y lo resuelve todo, era a él a quien le debía lo que había recibido; que me faltaba recompensarlo, cosa que pretendía hacer cien veces más. Comencé, pues, por reintegrarle los cien moidores que había recibido de él; luego hice llamar a un notario a quien ordené hacer una cesión o descargo por los cuatrocientos setenta moidores que él había reconocido como su deuda conmigo, redactado de la manera más completa y clara posible. A continuación, di una orden para que se le entregara un poder como recaudador de las rentas anuales de mi plantación, indicándole a mi socio que llegara a un acuerdo con el viejo capitán para que le enviase, a mi nombre, lo producido por intermedio de los barcos ordinarios. Y, de acuerdo con una última cláusula, le aseguré una renta anual de cien moidores anuales y otra de cincuenta moidores por año a su hijo. Esta fue la recompensa a mi viejo amigo.

Debía considerar ahora qué curso seguir y qué hacer con las propiedades que la providencia había puesto en mis manos. Y en verdad, tenía ahora más preocupaciones en la cabeza que durante mi solitaria permanencia en la isla, donde lo único que necesitaba era lo que tenía, y no tenía más de lo que necesitaba, mientras que ahora debía soportar un gran peso y mi problema era cómo asegurarlo. Ya no tenía una cueva donde ocultar mi dinero ni un sitio donde pudiese descansar sin cerraduras ni llaves, donde aquel se herrumbra y se enmohecía antes de que nadie pudiese usarlo: por el contrario, no sabía dónde guardarlo ni a quién confiarlo. Mi viejo patrón, el capitán, de probada honestidad, era mi único refugio.

En segundo lugar, mis intereses parecían reclamarme desde Brasil: pero yo no podía ni soñar en viajar hasta allí antes de haber arreglado todos mis asuntos, dejando mis efectos en manos seguras. Al principio, pensé en mi antigua amiga la viuda, a quien sabía honrada y leal conmigo: pero estaba vieja, pobre y, según parecía, endeudada. No me quedaba otra alternativa, pues, que regresar a Inglaterra llevando mis riquezas conmigo.

Sin embargo, pasaron varios meses antes de resolver este asunto. Y, por tanto, después de haber recompensado plenamente y a su satisfacción al capitán, mi antiguo benefactor, comencé a pensar en la pobre viuda, cuyo esposo había sido mi primer protector e incluso ella misma, pues, mientras pudo, se había comportado como una administradora y consejera leal. De modo que le pedí a un mercader de Lisboa que le enviase una carta a su representante en Londres, indicándole no sólo que le entregase una letra a aquella mujer, sino que, además, le diese cien libras en efectivo, que la visitase y la consolase en su pobreza, asegurándole que si yo vivía, la ayudaría. Al mismo tiempo, le envié cien libras a cada una de mis hermanas que vivían en el campo porque, aun cuando ellas no estaban tan necesitadas, no se encontraban en una situación holgada: una se había casado y había quedado viuda y la otra tenía un marido que no era tan generoso con ella como debía.

Pero entre todas mis relaciones o conocidos no podía elegir a nadie a quien me atreviera a confiarle el grueso de mi capital, a los efectos de poder viajar a Brasil dejando todo asegurado. Este asunto me producía una gran perplejidad.

Alguna vez había pensado en viajar a Brasil y establecerme allí, pues —por decirlo de alguna manera— yo estaba naturalizado en aquel país; pero se me despertaron algunos escrúpulos religiosos que insensiblemente me disuadieron de ese proyecto y a lo cual haré referencia. Empero, no era la religión lo que me retenía, pues si yo no había tenido escrúpulo alguno en profesar abiertamente la religión del país mientras estuve allí, no lo iba a tener ahora, sólo que, al pensar en estos asuntos religiosos más a menudo que cuando estaba entre ellos y no me importaba vivir y morir allí, empecé a arrepentirme de haber sido católico romano, en la convicción de que no sería la mejor religión para bien morir.

Sin embargo, como he dicho, este problema no representaba el mayor inconveniente que tenía para viajar a Brasil, sino el de no saber a quién confiarle mis intereses. Finalmente, opté por viajar a Inglaterra con todos mis bienes, pues esperaba hacerme allí con algún amigo, o bien encontrar a algún pariente en el que pudiera confiar. Por consiguiente, resolví ir a Inglaterra con todas mis riquezas.

Con el propósito de preparar todo para el viaje a mi patria, y encontrándose la flota a punto de partir hacia Brasil, tomé la determinación de responder, tal cual convenía, a las cuentas justas y fieles que había recibido. Primeramente, escribí al superior de San Agustín una carta de agradecimiento por sus sinceros proceder; le rogaba que tuviera a bien aceptar ochocientos setenta y dos moidores de los que no había utilizado; destinar quinientos para el monasterio y trescientos setenta y dos para

los pobres, de acuerdo con su mejor criterio. Por otra parte, me recomendaba a las plegarias de los reverendos *padres*^[53].

Escribí luego otra carta a mis dos representantes, con todo mi reconocimiento, dada su justicia y su honestidad; en cuanto a enviarles algún presente, ellos estaban más allá de cualquier necesidad.

Finalmente, le escribí a mi socio, agradeciéndole su eficacia en el mejoramiento de la plantación y su integridad para con el acrecentamiento de la producción. Le di mis instrucciones respecto del futuro gobierno de mi parte, de acuerdo a los poderes que le había dejado al viejo capitán, a quien deseaba se le enviase todo lo que se me adeudaba, hasta nuevas noticias mías, asegurándole que no sólo iría a visitarlo, sino también a radicarme allí por el resto de mi vida. Agregándole, tanto para su mujer como para sus dos hijas, un regalo de seda italiana, de acuerdo a lo que me había dicho el hijo del capitán; más dos piezas de paño inglés —el mejor que pude encontrar en Lisboa—, cinco piezas de frisa negra y algunas puntillas de Flandes de gran valor.

Habiendo puesto en orden mis negocios, cambiado mi dinero en buenas letras de cambio, se me presentaba aún otro inconveniente: el camino para ir a Inglaterra. Estaba suficientemente familiarizado con el mar, pero no sé por qué en esta ocasión sentí una extraña aversión por aquel itinerario; y aunque me sintiese incapaz de precisar las razones de aquel malestar, se acrecentó de tal forma en el momento de salir, que hice que se me devolviera el equipaje y cambié de parecer no sólo una, sino dos y tres veces.

Verdad es que había sido muy desdichado en el mar, pero en circunstancias semejantes no hay hombre que desdeñe los fuertes impulsos de sus pensamientos más íntimos. Dos de los navíos que había elegido para embarcarme —y digo elegido, dado que ya había hecho conducir mis cosas a bordo—, dos de aquellos navíos, repito, padecieron increíbles desgracias: uno de ellos había sido cogido por los argelinos: el otro naufragó en Start^[54], cerca de Torbay, y toda la tripulación murió, excepto tres hombres. Así es como en uno u otro de los navíos hubiese encontrado mi desgracia. Sería difícil decir en cuál hubiese sido peor.

Después de haberme sentido agitado por mis pensamientos, se los comuniqué a mi viejo amigo el capitán, al que no le guardaba secreto alguno, quien me sugirió que no me embarcara, sino que fuera por tierra hasta La Coruña, que atravesara la bahía de Vizcaya hasta La Rochelle, de donde podía seguir viaje por tierra hasta París y de allí pasar a Calais y Dover. O en otro caso, que fuese a Madrid y cruzara por tierra a Francia.

En una palabra, sentía una aprensión tal por el mar que, salvo de Calais a Dover^[55], resolví hacer todo el itinerario por tierra; y como no tenía prisa y poco me importaban los gastos, realmente era el trayecto más agradable. Pero para que resultase aún mejor, el viejo capitán me presentó a un caballero inglés, hijo de un comerciante de Lisboa, que se mostraba encantado de emprender aquel viaje en mi compañía. Se nos agregaron después dos comerciantes ingleses y dos jóvenes caballeros portugueses que sólo debían ir hasta París. Éramos, pues, seis, y cinco sirvientes, dado que los mercaderes y los dos portugueses iban con un criado para los cuatro, con la intención de ahorrar en los gastos. En lo que a mí se refiere, conseguí un marinero inglés para que me sirviese de doméstico, además de Viernes, dado que éste era demasiado extranjero como para ser capaz de servirme de criado durante el trayecto.

De esta forma partimos de Lisboa; éramos un grupo bien montado y armado, como una pequeña tropa, de la cual tuve el honor de ser designado capitán, quizá porque era el de más edad, o porque iba con dos criados y era el promotor del viaje.

Así como no he querido aburrir con mi diario del mar, tampoco quisiera cansar con mi diario de tierra; aunque durante este largo y difícil viaje nos acontecieron aventuras que no quisiera omitir.

Cuando llegamos a Madrid, y siendo todos extranjeros en España, nos vino la idea de quedarnos algún tiempo para ver la corte y todo aquello que fuese digno de ver; pero como estábamos hacia el fin del verano, nos apresuramos, dejando Madrid a mediados de octubre. En la frontera con Navarra, nos alarmamos sobremanera, dado que cruzamos algunos pueblos donde supimos que había caído tal cantidad de nieve en el lado francés de las montañas, que numerosos viajeros se habían visto obligados a regresar a Pamplona, después de haber intentado cruzar con grandes riesgos.

Cuando llegamos a Pamplona, verificamos que era cierto lo que se nos había dicho; y para mí, que siempre había vivido en un clima cálido, en el cual apenas si podía tolerar las ropas, el frío se me hacía insoportable. En efecto, esto resultaba excesivamente penoso para nosotros, que apenas días antes habíamos cruzado Castilla la Vieja, donde la temperatura era mucho más elevada, y era sorprendente sentir que el viento de los Pirineos, tan duro e intolerable, nos ponía a cada momento en el riesgo de que se nos helasen las manos y los pies.

El pobre Viernes realmente se asustó cuando vio aquellas montañas todas cubiertas de nieve y al sentir el frío del aire; cosas que jamás había visto ni sentido en su vida.

Para abreviar: después que llegamos a Pamplona, continuaba nevando con tanta violencia y tan intensamente, que la gente decía que el invierno se había adelantado; los caminos, ya difíciles desde antes, se convirtieron en algo intransitable; en una palabra, la nieve era tan densa en ciertos sitios que resultaba imposible pasar; y no habiéndose endurecido por la helada, como en los países septentrionales, se corría el riesgo de quedar enterrados vivos a cada paso. Nos quedamos no menos de veinte días en Pamplona, donde (advirtiéndome que el invierno comenzaba a dar señales de mejorar, dado que era el más duro en toda Europa, según el recuerdo de la gente), propuse ir a Fuenterrabía y de allí tomar el barco para Burdeos, lo que sólo era una pequeña travesía.

Pero mientras estábamos deliberando sobre esta posibilidad, llegaron cuatro caballeros franceses que, habiéndose visto obligados a detenerse en el lado de Francia, así como nos había ocurrido a nosotros del lado de España, habían dado con un guía que, atravesando la región cerca del puente de Languedoc, les había hecho cruzar las montañas por rutas en las que la nieve no les había incomodado. Y aun cuando ésta existía en abundancia, según decían, resultaba lo bastante dura como para que pudiesen pasar ellos y los caballos.

Fuimos a buscar al guía que se comprometió a hacernos cruzar por los mismos sitios, sin que tuviésemos que temer a la nieve, pero cuidando de ir bien armados para defendernos de las bestias salvajes. Pues nos dijo que no era extraño encontrarse, entre aquellas grandes nevadas, al pie de las montañas, con lobos enormes a los que el hambre vuelve furiosos cuando la tierra está cubierta de nieve. Le dijimos que íbamos bien armados para enfrentarnos a esa clase de peligros, pero que sería indispensable que él nos cuidase de una especie de lobos de dos piernas que, según nos habían dicho, pululaban especialmente por la ladera francesa de las montañas.

Nos dio seguridades de que no teníamos que temer ningún peligro de esa especie por los caminos por donde nos llevaría; acordamos entonces seguirlo, y lo mismo resolvieron otros doce caballeros, con sus sirvientes, algunos franceses y otros españoles, quienes —como he dicho— se habían visto en la necesidad de retroceder.

De acuerdo, pues, salimos de Pamplona con nuestro guía el 15 de noviembre. Me llamó la atención el que, en lugar de conducirnos hacia adelante, nos hiciera retroceder alrededor de veinte millas por el mismo camino que habíamos hecho al salir de Madrid. Después de haber cruzado dos ríos y llegado a la zona llana, nos encontramos nuevamente con una temperatura templada, sin nada de nieve, en un hermoso paraje; pero nuestro guía, doblando de pronto hacia la izquierda, nos condujo hacia las montañas por otra ruta. Y aunque las montañas y los precipicios nos resultaban aterradores, nos obligó a dar tal cantidad de vueltas y seguir por tales atajos que, como sin advertirlo, cruzamos los puertos más altos sin que la nieve de los caminos nos molestase. De pronto, nos señaló las agradables y fértiles regiones de Languedoc y de Gascuña, muy verdes y florecidas, aun cuando nos encontrábamos a gran distancia de ellas y la ruta que debíamos cruzar era muy difícil.

Nos quedamos un poco descontentos cuando vimos nevar todo un día y una noche, con tal violencia que calculamos que no podríamos seguir; pero el guía nos dijo que debíamos tranquilizarnos, porque en muy poco tiempo saldríamos de ese mal paso. En efecto, advertimos, mientras íbamos bajando, que cada día nos dirigíamos más hacia el norte. De ahí que, confiando en el guía, proseguimos nuestra marcha.

Dos horas antes de que cayera la noche, cuando nuestro guía avanzaba a tal distancia de nosotros que no lo podríamos avistar, bruscamente, tres monstruosos lobos y tras ellos un oso, saltaron desde una zanja que se prolongaba hacia un bosque muy espeso. Dos de los lobos se lanzaron sobre el guía, quien de encontrarse más lejos de nosotros hubiese sido devorado de manera ineludible y sin que pudiésemos socorrerlo. Uno de aquellos animales se prendió del caballo y el otro atacó al hombre con tanta fiereza, que éste no tuvo tiempo o la presencia de ánimo para utilizar sus armas, limitándose a gritar llamándonos con todas sus fuerzas.



Le ordené a mi criado Viernes, que se hallaba muy cerca de mí, que se lanzara al galope y fuese a ver qué ocurría. Cuando divisó al guía, le oímos gritar:

—¡Oh, amo! ¡Oh, amo! —y el valiente muchacho galopó directamente hasta el pobre hombre y descargó su pistola en la cabeza del lobo que lo atacaba.

Por suerte para el pobre guía, fue mi criado Viernes quien fue en su ayuda; pues éste, acostumbrado a ver en su país animales por el estilo, se había aproximado sin miedo y su pistoletazo había sido certero. Otro hubiese disparado desde lejos, exponiéndose a no pegarle al lobo y a herir al hombre.

Resultaba natural que el peligro asustase a personas más valientes que yo; porque, en efecto, todos mis compañeros se alarmaron cuando, luego de que Viernes disparase su pistola, oímos inquietantes aullidos por todas partes, que, redoblados por el eco de las montañas, parecían provenir de una enorme cantidad de lobos. Y su número era tal, que justificaba nuestros temores.

No obstante, una vez que Viernes hubo disparado, el lobo que se había lanzado sobre el caballo abandonó su presa inmediatamente y huyó; menos mal que se había abalanzado sobre la cabeza del caballo y sus colmillos se habían enredado entre las guarniciones que juntan la brida con el bocado. El guía, en cambio, había quedado gravemente herido, pues el furioso animal le había dejado las marcas de sus mordiscos, unas en el brazo y las otras un poco por encima de la rodilla; y estaba a punto de ser arrojado al suelo por el caballo espantado, cuando Viernes corrió y mató al lobo.

Fácil es suponer que, al oír el tiro de Viernes, apresuramos nuestras cabalgaduras, largándonos al galope por el camino (lo cual resultaba muy difícil) para ver qué ocurría. Y apenas pasamos los árboles que nos impedían ver, entendimos la situación que se acababa de producir, así como el peligro inminente del que Viernes había salvado al pobre guía, aun cuando no estuviésemos en condiciones de discernir qué tipo de animal había matado.

Pero jamás se ha visto lucha más temeraria, extraña y atrevida que la que se produjo entre Viernes y el oso, que después de habernos tomado por sorpresa y asustarnos concluyó por brindarnos el mejor espectáculo que imaginarse pueda. Como el oso es una fiera pesada y lenta, y no sabe correr como el lobo, que siempre permanece atento y ágil, tiene, en cambio, dos características peculiares que generalmente gobiernan sus acciones. En primer lugar, no considerando al hombre su presa habitual, aunque no podría decir qué ocurriría en caso de que se encuentre famélico, nunca ataca al hombre, salvo en el caso de verse atacado, lo cual podía ocurrir en una ocasión como ésta, pues la tierra estaba cubierta de nieve. Pero no suele atacar, a menos que el hombre lo haga primero; por el contrario, si uno se lo encuentra en medio de los bosques y no lo provoca, tampoco el oso ataca. Pero en un caso así, resulta imprescindible ser muy cuidadoso con él y cederle el camino, pues se trata de un caballero muy quisquilloso que no modificaría su camino ni ante un príncipe. Si uno tiene miedo, lo más conveniente es mirar hacia otro lado y proseguir el camino, dado que, si por casualidad uno se detiene y lo mira fijamente, él lo considera como una especie de agravio y, si por desgracia se le tira algo que sólo lo roce, aunque sea un palito más delgado que el dedo, se siente ultrajado y utiliza cualquier medio para desquitarse y lograr la satisfacción de su honra. Esta es su primera característica. En relación con la segunda, una vez ofendido, no dejará de perseguirlo noche y día, hasta que pueda vengarse y lo perseguirá hasta que logre alcanzarlo.

Mi criado Viernes había salvado al guía y, cuando lo alcanzamos, vimos que lo estaba ayudando a desmontar del caballo, dado que el pobre hombre tenía tanto miedo como dolor. Y aún más lo primero que lo segundo. Cuando nos acercamos a ellos, repentinamente vimos salir del bosque al oso, que era la bestia más grande que jamás había visto. Ante su presencia todos nos sentimos un poco sorprendidos: aunque nos tranquilizamos ante la audacia y la alegría que demostraba Viernes.

—¡Oh, oh, oh! —gritó Viernes tres veces seguidas, señalándolo con el dedo—. Amo, tú me dar permiso y yo hacer reír.

Yo me quedé asombrado al ver al muchacho tan divertido.

—¿Estás loco? —le dije—. Te va a devorar.

—¿Devorar mí? ¿Devorar mí? —repitió Viernes—, yo devorar él, yo hacer reír; quedar todos; mí haceros reír.

Y sentándose en el suelo, rápidamente se quitó las botas, se calzó un par de zapatos que llevaba en el bolso, entregó su caballo al otro de mis criados y, armado con su fusil, se largó a correr como el viento.

El oso continuaba su marcha con la mayor tranquilidad, sin pensar en atacar a nadie, hasta que Viernes, ya muy cerca de él, se puso a llamarlo como si el animal pudiese entenderlo:

—¡Oye, oye! ¡Yo hablar contigo!

Nosotros seguimos a Viernes a cierta distancia, pues habiendo bajado la cuesta por los montes que miran hacia Gascuña, estábamos ya en una ancha llanura en la que el sol caía de lleno, pese a que aquí y allá había algunos árboles dispersos.

Viernes estaba, como ya se dijo, detrás del oso: se le aproximó aún más y cogiendo una piedra se la tiró dándole en la cabeza, pero sin hacerle más daño que si la hubiese lanzado contra una pared. Así lograba sus deseos, pues el bribón, sin la menor señal de miedo, sólo pretendía dejarse perseguir por el oso y hacernos bien reír, como él decía.

Tan pronto como el oso sintió la pedrada y vio a Viernes, se volvió avanzando hacia él con unas zancadas largas y diabólicas, trotando con un paso irregular que apenas hubiese podido seguir un caballo al trote. De pronto. Viernes se largó a correr, en dirección hacia donde estábamos nosotros, como en ademán de pedir socorro. Nos dispusimos a auxiliarlo haciendo fuego todos a la vez. Aunque en mi interior yo estaba muy irritado con Viernes, tanto por haber atraído al oso hacia nosotros, cuando el animal sólo pensaba continuar su camino, como por haber huido así.

—Tú, perro —le dije—, ¿ésta es tu manera de hacernos reír? ¡Ven aquí y coge tu caballo: así nosotros podremos disparar sobre el oso!

Él me oyó y gritó:

—¡No disparar! ¡No disparar! Estar tranquilos: tener mucho que reír.

Y como el ágil muchacho corría aún más que el oso, se dio vuelta con presteza, ya muy cerca de nosotros, haciéndonos señas para que lo siguiésemos. Y viendo una

enorme encina, como puesta a propósito para sus proyectos, se subió a ella, dejando el fusil en el suelo a cinco o seis yardas de allí.

El oso rápidamente llegó al árbol, y nosotros lo seguimos a prudente distancia. Lo primero que hizo el animal fue acercarse al fusil y olisquearlo: pero no tardó en abandonarlo, y agarrándose del tronco del árbol, trepó como un gato pese a su enorme volumen. Yo estaba alarmado de la locura de mi criado, y la verdad que no encontraba aún el menor motivo para reírme, hasta el momento en que al ver al oso encaramarse al árbol todos nos acercamos a él.

Cuando llegamos cerca del árbol, Viernes ya había alcanzado el extremo de una gruesa rama y el oso había avanzado la mitad de su camino para llegar a él. Cuando el oso llegó a la parte más delgada de la rama, Viernes nos gritó:

—Ah, verme ahora mí enseñar oso bailar.

Y se puso a saltar y a sacudir la rama de manera que el oso empezó a temblar sin atreverse a avanzar, y a mirar hacia atrás para ver cómo regresar. Lo cual, en verdad, nos hizo reír con ganas. Pero resultaba indispensable que Viernes acabase con el animal. Cuando advirtió que se quedaba quieto, volvió a llamarlo, como si creyese que entendía el inglés:

—¿Qué, tú no avanzar más? Yo pedirte venir más lejos.

Y dejó de sacudir la rama. El oso, como si hubiese entendido la invitación, avanzó un poco más: pero de inmediato, Viernes pegó un brinco y el animal permaneció otra vez inmóvil.

Nosotros calculamos entonces que ése era un buen momento para dispararle a la cabeza, y le grité a Viernes que se quedara quieto, pues íbamos a hacer fuego sobre el oso. Pero él gritó vivamente:

—¡Oh! Ruego no disparar: yo tirar entonces.

Él quería decir «poco a poco». Empero, para sintetizar, diré que Viernes bailoteaba de tal forma y el oso adoptaba unas posturas tan ridículas, que creíamos reventar de risa. Pero aún no imaginábamos cuál era su proyecto, pues primero pensamos que se trataba de tirar abajo al animal, pero el oso era muy astuto y, para no caer, se aferraba con tal fuerza a la rama, con sus garras y sus largas uñas, que no podíamos imaginar cómo acabaría la broma.

Viernes, rápidamente, nos sacó del temor en que estábamos. Advirtiendo que el oso se mantenía bien agarrado a la rama y se negaba a avanzar, le dijo:

—Bien, bien, tú no querer venir cerca, yo avanzar a ti; tú no venir, yo ir.

Entonces, retrocedió hasta la punta más delgada de la rama, y deslizándose suavemente, se colgó con todo el peso de su cuerpo arqueándola hasta que casi tocó el suelo con los pies; pegó entonces un pequeño brinco y corrió hasta su fusil, lo preparó y aguardó a pie firme.

—Bien, Viernes —le dije—, ¿qué pretendes hacer ahora? ¿Por qué no le disparas?

—No tirar —me respondió Viernes—. No ahora. Si disparar ahora, no matar; yo aguardar y haceros más reír.

Lo que en verdad se produjo, como se verá. El oso, al ver huir a su adversario, retrocedió y se fue bajando de la rama; pero con mucho cuidado, mirando hacia atrás a cada paso del árbol. Luego, apoyó primero la pata trasera, se afirmó con las uñas, no avanzando más que una sola pata por vez, y sin apresurarse. Después y en el preciso momento en que apoyó la primera pata en el suelo, Viernes, acercándose al animal, le puso la boca del fusil en la oreja, hizo fuego y lo dejó muerto como una piedra.

Entonces se volvió hacia nosotros para ver si nos reíamos; y cuando advirtió por nuestras caras que estábamos muy satisfechos, se largó a reír ruidosamente y nos dijo:

—Así nosotros matar oso en mi país.

—¿Vosotros los matáis así? —le pregunté—. ¿Cómo es eso? Si vosotros no tenéis fusiles.

—No —dijo—, no fusiles, pero tirar muchas largas flechas.

Esto nos sirvió realmente de gran diversión; pero nos encontrábamos en un sitio desierto; nuestro guía había quedado gravemente herido y no temamos ni idea de lo que debíamos hacer. Los aullidos de los lobos resonaban aún dentro de mi cabeza; y verdaderamente, excepto el ruido que en un tiempo lejano había escuchado en las costas de África, y del que algo he contado, nada me había provocado más temor.

Esas cosas y la noche que se aproximaba, nos decidieron a proseguir nuestro camino. Viernes nos sugirió que le quitásemos la piel a aquel monstruoso animal que, en verdad, convenía guardar, pero temamos aún tres leguas por delante y el guía se impacientaba. Dejamos, pues, ese trofeo y proseguimos nuestra marcha.

La tierra estaba cubierta de nieve, aunque no tan espesa ni tan peligrosa como en los montes, y las manadas de lobos salvajes, de acuerdo a lo que luego supimos, habían descendido a los campos y las llanuras, acosados por el hambre, en busca de comida; animales que habían provocado una terrible carnicería en las aldeas, donde habían tomado por sorpresa a los campesinos, devorándose no sólo un gran número de ovejas y caballos, sino hasta algunas personas.

Teníamos que cruzar, según nuestro guía, un sitio muy peligroso: si había lobos en la comarca, seguro que los encontraríamos allí. Era una pequeña llanura, rodeada de bosques por todos lados, terminada en un largo y estrecho desfiladero, que era ineludible cruzar para atravesar el bosque y llegar al pueblo donde debíamos pasar la noche.

Media hora antes de que el sol se pusiera, alcanzamos el primer bosque, y a la hora del crepúsculo llegamos a la pequeña llanura. Al comienzo, nada nos detuvo; sólo en un pequeño claro, que no tendría más de un cuarto de milla de extensión, descubrimos a cinco enormes lobos que cruzaron rápidamente el camino, como si

fuesen en busca de una presa, uno detrás del otro. Ni se ocuparon de nosotros y a poco desaparecieron de nuestra vista.

Al ver esto, el guía —que, dicho sea de paso, era un miserable cobarde— nos encomendó que fuésemos preparados, suponiendo que el resto de los lobos llegarían por manadas.

Nos alertamos preparando nuestros fusiles, pero no descubrimos ni tan siquiera uno que cruzara el bosque, que tendría alrededor de media legua de largo. Por fin, llegamos a la planicie; y no bien pusimos el pie en ella no dejamos de escudriñar a nuestros costados. Lo primero que nos llamó la atención fue un caballo muerto, o más bien su osamenta, pues la carne había servido de pasto a los lobos: por lo menos una docena de aquellos animales aún estaban ocupados no ya en devorar —pues ya no quedaba nada de carne—, sino en roer los huesos.

Tuvimos especial cuidado en no perturbar su festín y ellos ni se ocuparon de nosotros. Viernes deseaba dispararles unos tiros, pero yo se lo prohibí categóricamente, previniendo que provocaría un problema que se nos escaparía de las manos. No habíamos atravesado aún la mitad de la planicie cuando, a nuestra izquierda, hacia el lado del bosque, oímos aullar a los lobos de una forma terrible; y poco después vimos cómo avanzaba un centenar de ellos, formados en batallones, con algunos al frente, al estilo de un ejército comandado por oficiales experimentados. Yo apenas si sabía qué hacer para enfrentarlos. Empero, me pareció que la única manera consistiría en cerrar nuestro frente, y así lo hicimos en un momento. Sin embargo, como entre las descargas hacíamos intervalos, resolví que sólo uno de cada dos hombres haría fuego, mientras los otros, que no habían disparado, estarían listos para tirar una segunda descarga, si los lobos continuaban avanzando sobre nosotros. Y que luego, los que hubiesen disparado en primer lugar no debían demorarse en recargar sus fusiles, sino que debían echar mano de sus pistolas, pues todos llevábamos un fusil y dos pistolas. De esta forma podíamos hacer seis descargas, tirando cada vez sólo la mitad de nuestra gente. Sin embargo, comprobamos que no teníamos que preocuparnos demasiado, pues, al primer disparo, los lobos se detuvieron bruscamente, amedrentados tanto por el fuego como por las explosiones. Cuatro de aquellos animales, heridos en la cabeza, cayeron muertos; otros fueron apenas heridos, pero emprendieron la huida dejando claras manchas en la nieve al ir desangrándose. Advertí que se habían detenido, pero de manera alguna se retiraron, y, recordando haber oído decir que los animales más agresivos se quedaban como atónitos al oír la voz del hombre, ordené a nuestra gente que gritara todo lo fuerte que pudiese. Comprobé que no me había equivocado, pues inmediatamente los lobos empezaron a recular y a volverse. Entonces aprovechamos, en ese mismo momento, para hacerles otra descarga que los obligó a emprender la huida y a esconderse en los bosques.

Esto nos permitió recargar los fusiles nuevamente, y, para no perder tiempo, lo hicimos sin abandonar nuestro avance; pero apenas habíamos terminado con esta

operación, poniéndonos a la defensiva, oímos un ruido espantoso en medio del bosque hacia nuestra izquierda, apenas un poco más adelante y en el mismo rumbo que debíamos seguir.

La noche se nos caía encima, y la luz empezaba a disiparse, lo cual aumentaba el peligro de nuestra situación. Y dado que el ruido iba en aumento, pudimos reconocer que se trataba de los aullidos de aquellos diabólicos animales. De pronto, descubrimos dos o tres manadas de lobos: una a nuestra izquierda, otra por detrás y la tercera delante de nosotros; de modo tal, que estábamos rodeados por aquellos animales. No obstante, como no avanzaban en nuestra dirección, nos largamos a correr tan rápidamente como lo permitían nuestros caballos, es decir, al trote, ya que el camino era muy escabroso y no nos permitía ir más de prisa. Alcanzamos el otro lado de la llanura por la entrada del bosque que debíamos cruzar; pero no bien estuvimos en la senda o desfiladero, quedamos atónitos de temor y admiración al descubrir una enorme cantidad de lobos, amontonados precisamente frente a la misma entrada.

De pronto, oímos un disparo en la otra entrada del bosque, y mirando hacia ese lado, vimos a un caballo con su silla y las bridas que corría tan rápidamente como el viento, mientras era acosado por dieciséis o diecisiete lobos que iban a toda velocidad. Como casi iban mordiéndole la grupa, y el animal con seguridad no podría aguantar un galope tan veloz, calculamos que finalmente lo alcanzarían y se lo devorarían, lo que así ocurrió.



Pero tuvimos que ser testigos de un espectáculo aún más terrible, pues al entrar al bosque por el mismo sitio por donde había salido aquel caballo, descubrimos los restos de dos hombres y de otro caballo devorados por esos animales. Sin duda, uno

de esos hombres era quien había disparado, porque junto a su cuerpo estaba el fusil descargado. La cabeza y la parte superior de su cuerpo ya estaban devoradas.

Este espectáculo nos llenó de horror, pues además no sabíamos qué nimbo seguir; pero los lobos pusieron fin de inmediato a nuestras vacilaciones, pues ya nos iban rodeando con la esperanza de una presa segura. En verdad, calculo que eran más de trescientos lobos. Menos mal que, a la salida del bosque, topamos con algunos grandes árboles cortados el verano anterior, y seguramente dejados allí para ser transportados. Dirigí mi pequeño grupo al centro mismo de aquellos árboles y allí nos pusimos en línea, parapetándonos detrás de ellos. Les aconsejé a todos que se bajasen de los caballos, atrincherándose detrás del tronco más grande: formando después un triángulo, de forma que pudiéramos hacer frente a tres lados, y poniendo a los caballos en el centro.

Así lo hicimos inmediatamente, lo cual resultó muy acertado, porque jamás he visto un ataque más agresivo que el de aquellas bestias cuando nos descubrieron en ese lugar. Avanzaron a la carrera, lanzando siniestros aullidos, hasta llegar junto a los árboles que nos servían de trinchera, para luego trepar por ellos, como si se echaran sobre su presa. Esta violencia fue provocada, me parece, por la vista de los caballos colocados a nuestras espaldas, y que eran sus víctimas preferidas. Ordené a los hombres que hiciesen fuego de la misma forma que antes, es decir, de cada dos hombres uno solo: y lograron tal puntería, que abatieron una gran cantidad con la primera descarga. No obstante, nos vimos obligados a disparar constantemente, porque esas bestias avanzaban sobre nosotros como demonios, y los de más atrás empujaban a los de delante.



Cuando hicimos nuestra segunda descarga, supusimos que se detendrían un poco y confié en que huirían; pero esta esperanza duró poco, porque otros lobos volvieron al ataque, de modo que nos vimos obligados a disparar dos veces nuestras pistolas. En las cuatro descargas, supongo que matamos a diecisiete o dieciocho y herimos a un número dos veces mayor; pero los animales volvían al ataque una y otra vez.

No quise ordenar la última descarga con precipitación: llamé a mi criado —no a Viernes, que estaba muy ocupado, pues con su gran habilidad había cargado mi fusil y el suyo durante toda la pelea— sino a mi otro servidor, al que le di un cuerno de pólvora ordenándole que hiciera un espeso reguero a lo largo del tronco más grueso. Así lo hizo, y apenas había tenido tiempo para regresar cuando los lobos volvieron a atacar por ese lado: algunos ya saltaban por encima, y entonces yo, apuntando con la pistola sobre el reguero, hice fuego y se encendió la pólvora. Todos los lobos que estaban encima del tronco se quemaron, y seis o siete de ellos cayeron, o más bien saltaron en medio de nosotros, ya sea por la intensidad de la explosión, ya sea por el terror al fuego. Los liquidamos en un momento, y los demás se asustaron de tal forma con el enorme resplandor, que parecía mayor por ser ya noche oscura, que se retiraron un poco.

Ordené entonces hacer la última descarga general con el último disparo de nuestras pistolas y, enseguida, pegamos grandes alaridos. Ante esto, los lobos empezaron a retirarse y a huir. Y ahí mismo nos lanzamos sobre una veintena de esos animales que ya estaban sumamente golpeados. Los acuchillamos sin piedad, de acuerdo con lo que sentíamos, porque los lamentos y los aullidos de los heridos fueron oídos por los otros que huyeron aterrados hasta que, por fin, nos dejaron.

Desde el comienzo hasta el final, matamos alrededor de sesenta lobos, y si hubiera sido de día hubiéramos matado aún más. Despejado así el campo de batalla, volvimos a ponernos en marcha, pues aún nos quedaba por andar más de una legua. Mientras proseguíamos nuestra marcha, oíamos con frecuencia, en el fondo del bosque, los aullidos de las fieras salvajes, y por momentos nos pareció distinguir a alguno de ellos, pero sin mucha certeza, debido al resplandor de la nieve. Después de una hora, llegamos al pueblo donde debíamos descansar. Reinaba allí el mayor desconcierto, y todos habían resuelto armarse; la noche anterior, los lobos y varios osos habían entrado en el poblado provocando tal terror que los habitantes se vieron obligados a mantener guardias de día y de noche, sobre todo de noche, para defender sus rebaños y sus propias personas.

A la mañana siguiente, nuestro guía se encontraba tan enfermo, y su pierna se hinchó de tal manera con las llagas provocadas por sus heridas, que tuvo que abandonar el viaje. Nos encontramos, pues, ante la necesidad de contratar otro, que nos llevó hasta Toulouse, donde encontramos, en lugar de nieve y de lobos, un clima muy suave y unos campos alegres y fértiles. Cuando referimos allí nuestra aventura, nos dijeron que era de lo más común en la zona de esos extensos bosques al pie de las montañas, sobre todo cuando la tierra se encontraba cubierta de nieve. Nos

preguntaron también qué clase de guía habíamos encontrado, que osó meternos por una ruta tan peligrosa, sobre todo en aquella época del año, y que debíamos considerarnos como muy afortunados de que no nos hubiesen devorado a todos.

Luego que describimos la forma cómo nos habíamos colocado, con las cabalgaduras en medio de nosotros, nos criticaron mucho, diciéndonos que hubiera podido apostarse cincuenta contra uno a que hubiésemos perdido todo, dado que lo que más había excitado a los lobos había sido la vista de los caballos, a los que consideran su presa más codiciada; que en cualquier otra ocasión se hubieran asustado con los disparos, pero que el exceso de hambre y las ganas de llegar hasta nuestros caballos les había quitado la idea del peligro; que si no hubiésemos mantenido un fuego continuo y finalmente con el recurso del reguero de pólvora, sin duda hubiéramos sido destrozados; pero si, por el contrario, no hubiésemos echado pie a tierra, habrían considerado a nuestros caballos como presa de ellos, y sólo con los disparos que les hicimos se habrían ahuyentado; o también que si hubiéramos abandonado a nuestros caballos, los lobos se habrían encarnizado con ellos, mientras nosotros hubiésemos podido escapar sanos y salvos, sobre todo si se tiene en cuenta que éramos muchos e íbamos bien armados.

Por mi parte, jamás me encontré en un peligro tan inminente, pues al ver a más de trescientas fieras furiosas con sus fauces abiertas para devorarnos, sin poder encontrar un sitio donde refugiarnos, o hacia donde retroceder, me daba ya por muerto. Y en especial, sea como fuere, creo que no volveré a tener ningún deseo de cruzar aquellas montañas nuevamente, prefiriendo hacer mil leguas por mar, aunque deba padecer un temporal cada semana.

Nada que merezca recordarse especialmente ocurrió durante el viaje a través de Francia, nada que otros viajeros no hayan referido mejor que yo. Pasé de Toulouse a París, llegué a Calais y desembarqué con buena salud en Dover el 14 de enero, después de haber padecido una rigurosa y fría estación durante el viaje.

Había llegado entonces al final de mi viaje, y en muy poco tiempo me encontré rodeado de todas mis riquezas, nuevamente recuperadas, ya que las letras de cambio que llevaba conmigo me fueron pagadas escrupulosamente.

Mi principal guía y consejero privado fue mi buena y anciana viuda quien, en reconocimiento por el dinero que le había enviado, no encontró trabajos demasiado grandes ni atenciones pesadas, tratándose de mí. Y confié en ella todos mis asuntos, de modo tal, que no tenía inquietud alguna en lo referente a la seguridad de mi fortuna. Y, en efecto, desde el principio hasta el último día, no tuve más que motivos para elogiar la integridad de esta excelente dama.

Comencé entonces a pensar en dejarle mis bienes a esta señora y viajar a Lisboa, para luego ir a Brasil. Pero después de ciertos escrúpulos en torno a cuestiones religiosas, como los que había tenido respecto de la Iglesia romana cuando estaba en el extranjero, y en particular por el hecho de estar solo, supe que no iría a Brasil y menos aún a instalarme allí, a menos que me resolviese a abrazar la religión católica

sin reserva alguna, sacrificando incluso mis principios para no ser mártir de una religión o morir encerrado por la Inquisición. Por eso resolví permanecer en Inglaterra y vender mi plantación, si encontraba ocasión para dicha venta.

Con este propósito, le escribí a mi antiguo amigo de Lisboa, quien me contestó anunciándome que resultaría fácil realizar ese negocio allí mismo, si es que le otorgaba poderes para presentárselos en mi nombre a dos mercaderes, herederos de mis agentes, establecidos en Brasil, quienes por el hecho de vivir cerca de mis propiedades conocían su valor mejor que nadie. Eran ricos y se alegrarían de comprarlas, de acuerdo a lo que él suponía, pudiendo darme por satisfecho con cuatro o cinco mil piezas de a ocho.

Acepté la propuesta, le encargué que hiciese la oferta y así lo hizo. Al cabo de ocho meses, al regreso del navío, me envió la liquidación de la venta que había acordado realizar en 33.000 piezas de a ocho, por intermedio de un corresponsal de Lisboa.

Por mi parte, firmé el documento de venta que me enviaron desde Lisboa y se lo remití a mi viejo amigo, quien, a su vez, me mandó letras de cambio por el valor de 32.800 piezas de a ocho y reservándose cien moidores anuales al año para él, en calidad de renta vitalicia, que a su muerte se reducirían a cincuenta para su hijo, de acuerdo a lo que yo le había prometido, con la garantía de la plantación. Y he aquí que doy por terminado el relato de la primera parte de mi vida aventurera, en la que la providencia ha intervenido variándola a su capricho, pero para convertirla en algo agitado y ameno: vida que empecé locamente y concluí mucho mejor de lo que yo mismo hubiese esperado.

Nadie pensará que en esta situación, favorecido por la fortuna, se me ocurriese emprender nuevas aventuras, porque, en efecto, hubiese podido seguir viviendo con tranquilidad, si las circunstancias no me hubiesen demostrado que había nacido para llevar una vida aventurera y agitada: no tenía parientes ni apenas amigos: mis relaciones sociales, pese a mi riqueza, eran contadísimas y aunque había vendido mis posesiones del Brasil, sentía la nostalgia de aquel país; el mar me atraía, y sobre todo, no podía resistir a la idea de viajar hasta mi isla y verificar si los pobres españoles estaban allí y qué habían hecho con ellos aquellos bribones.

Mi fiel amiga, la viuda, tanto se esforzó por sacarme de la cabeza mi pasión por los viajes, que logró retenerme a su lado durante siete años, que consagré a la educación de mis dos sobrinos, hijos de uno de mis hermanos. Al mayor, que tenía inclinaciones refinadas y gustos delicados, le hice dar una esmerada educación de caballero, y a sus bienes, que algunos tenía, les añadí una buena parte de los míos, para que se convirtiese en mi heredero después de mi muerte. Al otro, le hice entrar en un buen barco, al dudado de un capitán de la marina, y luego de cinco años, al comprobar sus condiciones y aptitudes para la empresa, lo convertí en dueño de un barco para que pudiese hacerse a la mar. Fue este sobrino quien, a pesar de mi edad, me indujo a reemprender, más tarde, nuevas aventuras.

A lo largo de este tiempo, yo me había asentado en parte, pues me casé bien y a mi entero gusto: tuve tres hijos: dos varones y una mujer. Pero mi esposa murió y, habiendo regresado mi sobrino de un viaje a España realizado con éxito, y como mi natural afición a los viajes permanecía, embarqué en su barco dirigiéndome a las Indias Orientales^[56] con la idea de traficar en ese lugar. Esto aconteció en el año 1694.

En este viaje tuve la oportunidad de visitar mi nueva colonia en la isla y conocí a mis sucesores, los españoles, quienes me informaron de toda su vida desde que yo les había dejado. Me contaron de los bandidos que, en un primer momento, los maltrataron, luego pudieron arreglarse con ellos, después volvieron a pelearse y a unirse y separarse nuevamente y supe que, finalmente, los españoles se habían visto en la necesidad de acudir a la violencia para hacerse respetar, llegando a someterlos. También me enteré de la generosidad de los españoles. Se trataba de una historia llena de interesantes y variados episodios, especialmente en lo que se refería a las batallas con los caribes, que varias veces desembarcaron en la isla: de las mejoras que introdujeron en la isla y de cómo, con valor temerario, realizaron una excursión a tierra firme, de la que se llevaron once hombres y cinco mujeres prisioneros; así es que, al llegar, me encontré con una veintena de niños en la isla.

Permanecí allí unos veinte días, les dejé toda clase de provisiones, armas en particular, y pólvora, balas y perdigones, ropa, herramientas, además de dos buenos artesanos que fueron conmigo: un carpintero y un herrero.

Más adelante, repartí la isla entre ellos, quedándome yo como propietario de su totalidad: pero todos quedaron satisfechos, y habiendo arreglado todas estas cosas, los comprometí a no abandonar la isla y allí los dejé.

Luego pasé a Brasil, desde donde les remití una embarcación con gente para poblar la isla: víveres y siete mujeres para que fuesen sus criadas o sus esposas. A los ingleses les prometí enviarles dos mujeres de Inglaterra y un buen cargamento de las cosas más indispensables, como así lo hice más adelante. Y los hombres demostraron ser honrados y diligentes una vez que se les adjudicaron sus posesiones por separado. También les mandé desde Brasil cinco vacas, tres de las cuales habían de parir a poco de llegar, algunas ovejas, carneros y cerdos; animales que se reprodujeron considerablemente.

Todo esto, además de una narración de cómo trescientos caribes asaltaron la isla y destruyeron las plantaciones, de cómo ellos lucharon contra el doble de sus fuerzas y fueron derrotados la primera vez, en la que murieron tres colonos, hasta que por último una tempestad destruyó las canoas enemigas y el hambre hizo morir a todos los demás salvajes, después de lo cual recuperaron y renovaron la plantación, y de cómo esa gente sigue viviendo en la isla; todas esas cosas y otros asombrosos episodios, con algunas de mis nuevas aventuras durante diez años más, las relataré acaso más adelante.



Apéndice

La época

*Grandes
acontecimientos*

La vida de Daniel Defoe (1660?-1731), sin ser desorbitada, fue lo suficientemente larga como para conocer seis reyes, un interregno revolucionario —la «Gloriosa Revolución» de 1688—, una peste que borró más de cien mil vidas, un incendio que devoró Londres, un vendaval huracanado que devastó Inglaterra, y un fenómeno editorial insólito: la venta, en pocos meses, de 80.000 ejemplares de un extraño libro —previamente rechazado por todos los editores con mejor criterio comercial—, que encima llevaba el fatigoso título de *La vida y las extrañas y sorprendentes aventuras de Robinson Crusoe, marinero de York: el cual vivió 28 años completamente solo en una isla deshabitada de la costa de América, cerca de la desembocadura del gran río Orinoco; arrojado hasta la orilla por un naufragio, donde todos los hombres perecieron, excepto él; con el relato de cómo fue al final extrañamente liberado por los piratas. Escrito por él mismo.*

No se conoce con exactitud el año del nacimiento de Defoe, aunque sabemos que rondó el 1660. En cualquier caso, su vida se inicia con la Restauración de la monarquía, florece con el primer capítulo de la historia moderna de Inglaterra y se dilata con el advenimiento de la definitiva dinastía Hanover, la misma que ha llegado hasta nuestros días y a la que pertenece la actual reina de Inglaterra.

En efecto, el mismo año del nacimiento de Defoe —o uno antes, si nació en 1661, o uno después, si nació en 1659— volvía del destierro Carlos II Estuardo. Se restauraba así la monarquía inglesa, que había quedado interrumpida por la guerra civil de 1642, guerra inaudita en aquel tiempo, si se tiene en cuenta que el enfrentamiento del Parlamento con el rey Carlos I se llevó por delante la cabeza del monarca y dio paso a la dictadura puritana de Oliver Cromwell. Cabe suponer que, pese a las concesiones y entendimientos, a las amnistías, al aire tolerante del nuevo soberano y al intento común de olvidar los penosos acontecimientos pasados, Carlos II no miraría con buenos ojos a los puritanos asesinos de su padre. Análogamente, cabe suponer que la familia de Defoe, también puritanos o disidentes, debió de mirar con prevención o al menos con cautela el regreso del Estuardo.

*La
Restauración*

*La irresistible
ascensión de
la burguesía*

A Cromwell sin duda se le fue la mano en su puritano gobernar, que llegó a una austeridad cuaresmal e incluso al cierre de los teatros. A Carlos II, en su deseo de aprovechar el excedente de represión del gobierno anterior, se le fue la mano en el arte inverso: abrió los teatros, desde luego, pero, recordando el esplendor de Versalles, abrió la corte a un lujo y desenfreno escandalosos. La lectura del *Diario* de Pepys y el

desenfado con que cuenta la irresistible ascensión del hijo de un sastre pueden dar idea del cambio experimentado en la sociedad^[57]. Pese a esta política de apaciguamiento, Carlos II no había aprendido la lección cuya ignorancia llevó a su padre al cadalso, y siguió acariciando la tentadora idea del absolutismo. Sólo que el Parlamento había adquirido unos derechos que no estaba dispuesto a dejarse arrebatar, coadyuvado por el auge y afianzamiento de la naciente burguesía. (Y entiéndase «burguesía» en su sentido etimológico, es decir, la clase que vive en y del «burgo» o ciudad; una clase de banqueros, comerciantes e industriales que, por tener en sus manos el dinero, va desplazando a los nobles, a los eclesiásticos y a los militares, quienes tal vez tengan muy azul el grupo sanguíneo y una buena lista de privilegios, pero notablemente poca liquidez).

Montesquieu, el barón francés que escribió las *Cartas persas* y *El espíritu de las leyes*, no nacería hasta 1689, y por tanto aún no había tenido tiempo de decir aquello de que, si todo poder corrompe, el poder absoluto corrompe

La «Gloriosa Revolución»

absolutamente. La política de Carlos II y su sucesor Jacobo II demostró la veracidad del aserto. Su deseo de controlar y dominar al Parlamento —que había sido en definitiva uno de los factores decisivos que ocasionaron la rebelión de 1642— ocasionó la de 1688, la «Gloriosa Revolución». Los parlamentarios más influyentes llamaron al estatúder holandés Guillermo de Orange, que invadió Inglaterra, depuso a Jacobo II y fue coronado rey con el nombre de Guillermo III, no sin antes llegar a un acuerdo con el Parlamento. Cuando se piensa que el catolicismo fanático de Jacobo II —literalmente más papista que el Papa— y su obstinada persecución de los puritanos adquirió caracteres de neurastenia, se comprenderá que Daniel Defoe escribiera un buen montón de panfletos y poemas en defensa de la política del de Orange.

*Una
Monarquía
parlamentaria*

Estas dos revoluciones populares demostraron al menos una cosa: que el tan traído y llevado «derecho divino» que asistía a los reyes no había tenido suficiente fuerza para impedir la decapitación de un rey (Carlos I), el destierro de otro (Jacobo II) y la aceptación

por parte del siguiente (Guillermo III) de una serie de condiciones indispensables para ocupar el trono, a saber: la independencia de la ley frente a la Corona, la libertad de elecciones, la libertad de palabra en el Parlamento, la imposibilidad de arbitrar nuevos impuestos sin la aprobación explícita de las Cámaras, ni de disponer del ejército —convertido ahora en fuerza constitucional— sin permiso expreso del Parlamento... O, dicho sin eufemismos, el Parlamento se había convertido en el dueño único del poder, el triunfo de la clase media —la burguesía— era un hecho consumado, y las tendencias protestantes de los disidentes se reforzaron.

La muerte de Guillermo III en 1702 puso la corona en manos del último Estuardo: Ana, hija de Jacobo II. Defoe tenía buenas razones para pensar que iba a peligrar de nuevo la seguridad de los disidentes. En lo que no se equivocaba, como a su tiempo se verá. Pero ya en el

*Dos partidos
políticos*

Parlamento comenzaban a dibujarse dos tendencias, algo así como dos partidos políticos, uno liberal —los *whigs*—, y conservador el otro —los *lories*—. Los *whigs* eran progresistas y estaban compuestos por los distintos estamentos de la burguesía: los *lories*, clérigos y terratenientes en su mayor parte, eran conservadores. Los unos creían en el Parlamento; los otros, en la Corona. Defoe osciló entre unos y otros según las conveniencias y necesidades del momento. En esto, como en otras cosas, su postura fue más práctica que ética.

Cambio de dinastía Ana Estuardo tuvo hijos. Pero a su muerte, ocurrida en 1714, la Corona se encontró sin sucesión, pues todos habían muerto antes que la reina. Con ella feneció la casa de los Estuardos y se produjo el cambio de dinastía. Accedió la casa de Hanover, que ya no podía sino consolidar el régimen político adquirido. De hecho, el cambio de dinastía de 1714 favoreció al partido *whig* más aún que la «Gloriosa» del 88. Por lo demás, la evolución política se vio notablemente sostenida por el despegue económico, el desarrollo del comercio y la industria, la expansión colonial —mentalidad ésta que acompaña a Robinson en su isla— y el cultivo de las artes y las ciencias. Siempre será conveniente recordar, siquiera de paso, que a esta época pertenecen algunos de los escritores más memorables de la literatura inglesa.

Entre John Milton (1608-1674), el autor de *El Paraíso perdido* — que fue secretario de Cromwell y que si Carlos II lo perdonó fue porque para entonces ya era pobre y estaba enfermo y ciego—, y el irlandés Jonathan Swift (1667-1745), el imperecedero autor de los imperecederos *Viajes de Gulliver*, no hay que olvidar al citado Pepys, al burlón Samuel Butler (1612-1680), las mordaces sátiras de John Dryden (1631-1700), al comediógrafo William Congreve (1670-1729), el brillante magisterio de Alexander Pope (1688-1744), al multitudinario John Bunyan (1628-1688), cuyo *Viaje del Peregrino* —una especie de *Divina Comedia* protestante, aunque sin la categoría de aquélla—, pese a su puritanismo rezagado, fue leído y traducido hasta la saciedad, y al propio Defoe. La época de madurez literaria de Defoe —recordemos que sus novelas, las obras por las que realmente ha pasado a la posteridad, fueron escritas entre 1719 y 1724— coincide con esta época de estabilidad y prosperidad de Inglaterra, como si los orígenes del sistema político actual y el de la novela moderna se hubiesen puesto de acuerdo para dar juntos sus primeros pasos.

*La
Literatura
de la época*

El autor

Los orígenes Si no se sabe con absoluta certeza el año de su nacimiento (¿fue en 1659?, ¿en 1660?, ¿en 1661?), tampoco con rigurosa exactitud la grafía de su apellido: su padre, carnicero de oficio y de ascendencia

flamenca, se llamaba James Foe. Daniel añadió a su apellido la «partícula» nobiliaria francesa «de»: ¿era, pues, Daniel de Foe, o Defoe? Nació en Londres: ¿pero en qué mes, en qué día nació? No podemos recurrir a la partida de bautismo de Daniel, porque su padre, como muchos otros puritanos, no bautizó a su hijo. Graves autores quieren hacerlo nacer el 30 de septiembre, y no porque haya dato objetivo que avale tal afirmación, sino por razones intrínsecas de suposición literaria: el 30 de septiembre puso Robinson «por primera vez los pies en esta odiosa isla» (pág. 71), donde, si el tiempo y la barbarie civilizadora no lo han destruido, aún debe de quedar un poste con la inscripción «Aquí llegué a tierra el día 30 de septiembre de 1659» (pág. 72); el 30 de septiembre empezó el diario (págs. 77-78), y el 30 de septiembre del año siguiente, día en que mantuvo «una solemne abstinencia..., dedicándolo a ejercicios religiosos» (pág. 111), lo concluyó: el nuevo 30 de septiembre volvió a guardarlo «con la misma solemnidad» (pág. 121). «Extraña coincidencia de fechas» (pág. 140), que el propio Robinson anotará: «El mismo día de *mi nacimiento*, 30 de septiembre, fue el día en que, veintiséis años más tarde, salvé mi vida milagrosamente cuando fui arrojado a las costas de esta isla, de modo tal que mi vida perversa y mi vida solitaria comenzaron ambas en la misma fecha» (pág. 141). El 30 de septiembre.

La niñez de Daniel Defoe se vio conmovida por dos de las mayores calamidades que ha conocido Londres en su historia. Cinco años tendría Daniel cuando la Gran Peste de 1665 paseó por Londres la confusión y la muerte: sesenta y dos tenía Defoe cuando la describió en su *Diario del año de la peste*: «Si fuera posible ofrecer una descripción fiel de aquellos tiempos a quienes no los han vivido, y dar al lector una idea exacta del horror que imperaba en todas partes, no dejaría de producir una justificada impresión en sus espíritus y de llenarles de pasmo. Bien podría decirse que todo Londres lloraba; cierto que por las calles no se veía ropa de luto, pues nadie, ni aun por sus parientes más próximos, se vestía de negro ni llevaba encima ninguna prenda de las consideradas de luto: pero la voz del dolor se oía por doquier. Los gritos de mujeres y niños en las ventanas y puertas de las casas en donde tal vez sus parientes más próximos estaban agonizando, o acababan de morir, se oían con tanta frecuencia al pasar por las calles, que el oírlos bastaba para destrozar el más duro corazón. En casi todas las casas se veían lágrimas y se oían lamentos, sobre todo en los primeros tiempos de la epidemia, pues hacia el final los corazones de los hombres estaban tan endurecidos y era tal la costumbre de tener la muerte siempre ante los ojos, que ni siquiera se preocupaban por la pérdida de sus amigos, esperando que a ellos mismos les llegase su hora de un momento a otro^[58]». Al año siguiente, un pavoroso incendio arrasó más de 13.000 casas —las casas de madera que constituían la antigua ciudad medieval—, y las pérdidas estimadas se elevaron a unos diez millones de libras. «El fuego —anotará Defoe de pasada en el mismo *Diario*— consumió todo lo que la peste no pudo destruir». Dos años después murió su madre.

*La peste y
el incendio*

*Educación
y estudios*

Ya hemos dicho que los Foe pertenecían a una familia de puritanos disidentes, y que Carlos II tomó represalias, si no aparatosas, sí molestas. Los puritanos, por ejemplo, tenían vedado el acceso a Oxford y Cambridge y a las escuelas dependientes de la Iglesia de Inglaterra. Daniel tuvo que estudiar primero en Dorking (Surrey), fuera de Londres, y luego en una academia regida por el clérigo disidente Charles Morton. Aunque carnicero, la intención de James Foe era hacer de su hijo un gran predicador. Pero a los veintiún años Daniel no pensaba lo mismo, y abandonó la orientación religiosa para dedicarse al comercio: toda una síntesis de la evolución hacia la burguesía que se estaba operando en Inglaterra. En su calidad de agente comercial (compraventa de las más dispares materias y mercancías), viajó por varios países mediterráneos, entre ellos Francia, España, Portugal e Italia.

En 1684 se casó con Mary Tuffley. Para no salir del círculo y que todo quede en casa, Mary Tuffley era una rica heredera puritana perteneciente a la pequeña burguesía mercantil. Le proporcionó 3.700 libras de dote, y ello lo animó a establecerse como comerciante por cuenta propia. Pero por estas fechas empiezan también sus actividades políticas.

Boda

Revolución

En 1685 la intolerancia casi fanática de Jacobo II ha provocado ya tal malestar, que degenera en reacción armada. El duque de Monmouth, sobrino del rey, trata de sacar partido del descontento popular y desembarca en el oeste de Inglaterra con intención de deponer a su tío. Defoe, como Abraham, como Sancho, salió de su casa, dejó a su mujer, y se unió a los rebeldes. Pero la tentativa fracasó. Defoe tuvo que volver a Londres a hurtadillas y, ocultándose durante cierto tiempo en uno de los barrios de peor fama de Londres, logró escapar a la persecución a que se vieron sometidos los llamados «mártires del oeste».

Con el triunfo de la «Gloriosa Revolución» y el advenimiento de Guillermo III —a quien Defoe apoyará sin condiciones—, vuelve a los negocios, que se ve obligado a abandonar al declararse en quiebra por la nada despreciable cantidad de 17.000 libras. De nuevo se sume en la «vida oculta», y anda escondiéndose por diversas localidades. Pero un comerciante, como él dice, «no pierde la esperanza mientras no le hayan clavado la caja y tenga seis pies de tierra encima».

*La quiebra
del
negociante*

*Manual
para
burgueses*

En 1697 tiene ánimos para publicar un *Ensayo sobre proyectos*, verdadero manual de una burguesía iluminada, donde pueden rastrearse proyectos tan utópicos para la época como la emancipación de la mujer, la asistencia a los minusválidos, la construcción de carreteras, la creación de seguros contra incendios y granizadas, una universidad para Londres, una academia de música y otra militar, Cajas de Ahorros y Pensiones de Vejez, reformas de la banca y leyes sobre quiebras, etc. Merced al apoyo de influyentes personajes del partido *whig* logra la aprobación de un proyecto de ley para ayuda de comerciantes

arruinados, lo que le permite abrir una fábrica de tejas, tarea que compagina con sus actividades de periodista y polemista.

Porque desde 1689 Defoe viene publicando panfletos, sátiras y poemas —precedentes del moderno artículo periodístico—, unos en defensa de Guillermo III y otros atacando a sus adversarios. Pero en 1702 sube al trono Ana Estuardo, decidida partidaria de los *lories* y de la Iglesia de Inglaterra, y empieza a respirarse una atmósfera de persecución contra los disidentes. Defoe escribe entonces una obra maestra de la ironía: *El camino más corto con los disidentes*. Ha empleado el mismo procedimiento literario que empleará Swift años después en su *Modesta sugerencia para evitar que los hijos de los pobres sean una carga a sus padres y hacerlos provechosos al público*: la exageración, la caricatura, el disparate, el absurdo, todo expresado con tan fina ironía, con tanta seriedad en apariencia, que mientras unos lo tomaron al pie de la letra, los otros captaron la malicia, y enseguida se publicó una orden de búsqueda y captura contra el blasfemo autor de aquel «panfleto escandaloso y sedicioso».

El perseguido

De Cervantes conocemos el autorretrato literario que él mismo «*Se busca*» puso al frente de sus *Novelas ejemplares*. De Defoe poseemos la descripción que hizo la policía en el *Se busca* callejero: «Hombre delgado, entrado en años, tal vez cuarentón, moreno, cabello castaño pero lleva peluca, nariz ganchuda, mentón agudo, ojos grises, con un gran lunar cerca de la boca, nacido en Londres, durante muchos años intermediario de tejidos en Cornbill, ahora propietario de una fábrica de mantas y colchones en Tilbury, en el condado de Essex». Cincuenta libras se ofrecían de recompensa, y un mes después ya estaba Defoe en la cárcel de Newgate.

El libro fue quemado públicamente; el autor, condenado a pagar una fuerte multa, a una hora diaria de picota durante tres días en los lugares más concurridos de Londres y a pudrirse en la cárcel «hasta que plazca a la reina». Peor hubiera sido que le cortaran las orejas —de lo que se libró por tablas—, porque la picota se convirtió en apoteosis: Defoe tuvo humor para escribir en la cárcel un *Himno a la picota*, que el público se rifó, y, mientras coreaban sus versos, arrojaban flores al condenado, brindando por su salud y por la libertad de palabra. En la cárcel fundó y dirigió uno de los primeros diarios ingleses, *The Review*^[59]. En la cárcel conoció ambientes y personas cuyos ecos se pueden percibir en algunas de las mejores páginas de *Moll Flanders*. De la cárcel lo sacó el primer ministro Robert Harley.

*La picota
y
la apoteosis*

Harley había sido *whig* y ahora era *tory*: en principio, pues, Defoe no tenía por qué simpatizar con él. Pero algo cambió en uno, en otro, o en los dos, y pronto vemos a Defoe haciendo periodismo en favor de la política de su protector, oficiando de espía contra las actividades antigubernamentales, o en misión secreta en Escocia para averiguar la postura del Parlamento escocés ante la posibilidad de su unión con Inglaterra^[60]. Defoe

*Periodismo
político*

combinaba así el periodismo político con el reportaje directo, como es el caso de *La tempestad* (1704), donde, a base de entrevistas, encuestas, cartas e informes diversos, elaboró una crónica decisiva sobre el catastrófico vendaval de finales de 1703.

En 1715 sube al trono Jorge I. Cae el gobierno *tory*. Harley es encarcelado. Defoe otea el panorama. Arrestado y liberado varias veces, sus dotes de hábil periodista y escritor popular le consiguen un puesto al servicio del nuevo gobierno, para contrarrestar la propaganda revolucionaria de los jacobitas (los partidarios de los «Jacobos», esto es, de los Estuardos). Llega a tener la habilidad de escribir a la vez en la prensa del gobierno y en la de la oposición, en ésta con conocimiento del gobierno para filtrar noticias y quitar hierro sutilmente a los artículos que atacaban la política gubernamental. La influencia de su pluma contribuyó también a que Harley fuera absuelto.

Y es de 1719 a 1724 —ya sesentón— cuando Defoe se decide a experimentar la novela. Y son justamente estas pocas novelas las que lo han hecho pasar holgadamente a las historias de la literatura. De 1719 es *Robinson Crusoe*, esa especie de breviario de la pequeña burguesía puritana. De 1724, *Lady Roxana*. Y en medio y después una infatigable labor literaria que comprende, además del resto de las novelas, una buena cantidad de folletos, ensayos, diarios, narraciones de viajes, estudios sobre magia, una *Historia política del Diablo* y hasta un panfleto sobre el modo de evitar robos callejeros.

*La novela
como
experimento*

*En la posada
de Moorfields*

Pero también la gota y la vejez ganan terreno. Había tenido dos hijos y seis hijas. El 26 de abril de 1731 muere oscuramente en una posada londinense, ante la indiferencia de la «cultura» de su tiempo.

Como ha escrito Joyce, «hay algo significativo en su muerte solitaria y extraña en la posada de Moorfields. Él, que inmortalizó al extraño solitario Crusoe y también a tantos otros solitarios perdidos en el gran mar de la miseria social como Crusoe en el mar de las aguas, tal vez sentía, al aproximarse su fin, la nostalgia de la soledad... y quiso morir donde no pudiera llegar mirada alguna».

La obra

¿Qué movió a Defoe a escribir una novela a sus sesenta años? ¿Tal vez el recuerdo de Alexander Selkirk, aquel piloto escocés que prefirió quedarse en una isla desierta antes que seguir peleándose con el capitán? Cuatro años y medio estuvo Selkirk en una isla del archipiélago de Juan Fernández, a 700 kilómetros de las costas de Chile, hasta que en 1709 lo recogió el capitán Wooden Rogers durante una parada casual en la isla. Tres relatos se publicaron de su aventura solitaria, el último de ellos en 1713. Pero de eso hacía seis años.

*Selkirk y
Robinson*

Si el histórico Selkirk estuvo cuatro, Robinson iba a estar veintiocho. No sé si Defoe quiso escribir una novela, o sólo un sermón adobado de naufragios, o quizá sólo un panegírico de lo que un buen burgués de la clase media inglesa era capaz de hacer con paciencia y sentido común. Es probable que el origen próximo de la obra estuviera en una literatura popular de la época, como eran los libros de viajes y aventuras, las relaciones de descubrimientos o los diarios de a bordo.

En cualquier caso, y a pesar de la curiosa insistencia con que en sus prólogos nos advierte que él no escribe novelas ni «obras de imaginación», sino que recopila historia «de hechos reales, sin sombra de ficción alguna», edita diarios o publica «recuerdos y observaciones» recogidos de boca de sus protagonistas, lo cierto es que Defoe escribió una novela insólita, cuyo éxito le sorprendió a él mismo, y acaso sobre todo al editor.

*Una novela
insólita*

Al repasar el conocido argumento de *Robinson* —el mozo que, a fuerza de desoír los «serios y excelentes consejos» de su padre, «hombre prudente y grave» que quiere encaminarlo por el áureo camino de la *aurea mediocritas*, acaba en una isla desierta, aunque, pese a sus lamentaciones, no tan malparado—, lo primero que choca es el cambio radical y absoluto que el *Robinson* supone para la literatura.

*Robinson Crusoe
y la literatura
pastoril*

Philip Sidney había muerto en 1586. Robinson nace en 1632. Sidney, como buen hijo del siglo XVI —un siglo en el que proliferaron las Arcadias, con sus Calateas, Astreas y Dianas enamoradas y por enamorar—, dejó una *Arcadia*, siguiendo el género iniciado por el italiano Sannazaro, y al que no desdeñó someterse un hombre de teatro como Lope, o un hombre de armas como el francés Honoré d'Urfé. Todas estas novelas pastoriles estaban pobladas de *locus amoenus* ficticios, con «ríos sonoros», pájaros de «harpadas lenguas», árboles frondosos, fresca y verde hierba, etc., etc... Pues he aquí que Robinson va a caer en un *locus amoenus* real, una isla con todos los ingredientes del género, donde hubiera podido, como don Quijote, suspirar y grabar versos en las cortezas de los árboles. Pero ha pasado casi un siglo, y Robinson, hombre práctico, dedicado a cosas «esenciales», no tiene tiempo de deleitarse con todas esas maravillas, ni de declamar himnos al padre sol, ni de admirar la fuerza de la tempestad cuando lo único urgente es guarecerse de ella. Como ha dicho Virginia Woolf, Robinson «no puede permitirse el lujo de extasiarse ante el espectáculo de la Naturaleza, cuando un rayo puede volarle el barril de la pólvora». Giro copernicano del espacio narrativo, que ya no sirve para describir bellezas, sino para mostrar cómo un hombre civilizado puede desenvolverse en él.

Porque Robinson, una vez que se ha hecho cargo de la situación, no se conforma con *sobrevivir*, sino que intenta *vivir* de la forma más confortable posible. Y así, no sólo recoge las cosas indispensables, sino también las que de un modo u otro puedan ser útiles. ¿Por qué sentarse en una piedra, si se puede fabricar un taburete? ¿Por qué comer con el plato

*La necesidad
y el carácter
de Robinson*

en las rodillas, si es posible poner en pie una mesa? Con el mismo criterio explora la isla: no para describirla, sino para someterla. O. hablando sin glosa, para colonizarla. Cuando se compara a Robinson Crusoe con otro compatriota literario suyo, el Ben Gunn de *La isla del tesoro*, se percibe enseguida el abismo que los separa: al lado de Ben Gunn, que parece casi una alimaña y anda encorvado como un simio, Robinson nos parece poco menos que un discreto *dandy*; y, mientras Ben Gunn se ha pasado la vida suspirando por un trozo de queso, Robinson ha conseguido hacerlo y, al parecer, no mal del todo. Está mucho menos derrotado que el español que se identifica como *Christianus* (pág. 240), e infinitamente menos que aquel Pedro Serrano del Inca Garcilaso, que también gritó «¡Soy cristiano!» por miedo a que lo confundieran con una bestia feroz. Robinson es de otra pasta. A los picaros españoles el hambre les aguzaba el ingenio: a Robinson, aunque él mismo confiesa que la *necesidad* lo volvió ingenioso, el ingenio le viene de su carácter y forma de ser.

En alguna ocasión se lamenta Robinson de no tener con quién departir. Y, sin embargo, no parece que le haya venido mal del todo esa cura de soledad. Siempre me he preguntado si había leído Robinson *La imitación de Cristo y menosprecio del mundo* «por el venerable padre Tomás de Kempis», en cuyo caso no habría podido menos de toparse con una consideración terrible: «Cuantas veces estuve entre los hombres volví menos hombre» (I, 20), la misma amarga conclusión a la que años después habría de llegar el capitán Lemuel Gulliver tras una provechosa e instructiva estancia entre caballos. Curiosamente Robinson viene a demostrar lo mismo, si bien por vía negativa: a él la soledad lo ha humanizado. Estando solo se ha vuelto más razonable, más tolerante y comprensivo, hasta un poquitín filósofo: cuando descubre a los salvajes, se pregunta quién es él para juzgarlos; cuando su isla se puebla de tantas religiones como hombres, decreta libertad de conciencia, etc. (Bien es verdad que a todas estas decisiones no es ajena la dosis de prudencia inevitable en un hombre tan «práctico» como él). Sin embargo, un dato que nunca hay que olvidar es su encontrada reacción ante la certidumbre de no encontrarse solo: mucho tiempo había añorado la compañía de los seres humanos, y, ahora que se le venían a la mano, instintivamente los temía. Y no sin causa, como por lo demás demostrarían los hechos. Quizá tendría razón R. Tagore: «*Los hombres son crueles, pero el hombre es bueno*». Quizá tendría razón Pío Baroja: «*Todos los pueblos son brutales: sólo los individuos pueden ser buenos*».

Soledad y
civilización

Otra cosa que ha aprendido Robinson es lo relativo de la felicidad como de la desgracia, la ambigüedad o polivalencia de las situaciones. La isla, que en un momento determinado resulta «siniestra», poco después le parecerá «feliz desierto» (pág. 147). Estos cambios de valoración y perspectiva lo llevarán a la invención de fórmulas literarias dignas del *Lazarillo*. Cuando leemos: «Era el 6 de noviembre del sexto año de mi reinado, o de mi cautiverio, como gustéis» (pág. 146), nos parece estar oyendo a Lázaro de Tormes su «todo el tiempo que con él viví, o por mejor decir, morí». La «Isla de la

Teoría
de la
relatividad

Desesperación» puede convertirse, pues, en un pequeño paraíso terrenal, que «así la suerte adversa es tolerable, / comparada con otra miserable», dicho sea en endecasílabos de Samaniego.

Un paraíso terrenal. Lo mismo le parecería a Rousseau medio siglo después, cosa comprensible en quien había empezado su *Emilio* con este aforismo: «Todo es perfecto cuando sale de las manos de Dios, pero todo degenera en las manos del hombre». Para Rousseau, el primer libro que debería leer su Emilio era el *Robinson*, aunque, eso sí, «comenzándolo por el naufragio de Robinson cerca de su isla y concluyéndolo con la llegada del navío que viene a sacarlo de ella». A Rousseau no le interesan más que las andanzas del solitario. Y es que, al fin y a la postre, ni los salvajes son tan idílicos como quiere Rousseau, ni Robinson es Gulliver. Robinson no mitifica la isla, ni cuestiona la política colonial inglesa, ni ve en Viernes la encarnación de una moral pura digna de ser imitada. «Viernes —ha dicho Elisabeth Frenzel— no es para Robinson un modelo —como tampoco la selva es un lugar de encanto ni la vida en la isla puede significar un estado de felicidad—, aunque con sus sencillas virtudes conquista el reconocimiento de éste, porque el europeo mismo ha aprendido antes a sacudirse el lastre de la civilización».

*Un discutible
paraíso
rousseauiano*

Aun así Robinson es todo y siempre un representante típico de la burguesía inglesa y un colonizador a escala reducida. «Es el verdadero prototipo del colonizador británico», afirma Joyce, que concluye: «En Crusoe se condensa el espíritu inglés: la independencia viril, la crueldad inconsciente, la constancia, la inteligencia tardía pero eficaz, la apatía sexual, la religiosidad práctica y bien equilibrada, el carácter taciturno y calculador».

*Prototipo
del
colonizador
británico*

Pocas obras como ésta en donde «fondo» y «forma» estén tan perfectamente ajustados. Robinson, que no hace nada inútil, tampoco lo escribe. Sus palabras, como sus actividades, son «esenciales». (A veces sermonea, pero es que Robinson, además de burgués, es puritano, y Defoe tiene algo de predicador frustrado^[61]). Pero aquí la urgente necesidad de cada día es tan acuciante, que le impide explayarse en perífrasis retóricas, rodeos metafóricos o divagaciones líricas. Por eso la novela nos resulta tan cercana, tan eficaz y, paradójicamente, tan «literaria». Quizá por eso el *segundo Robinson*, escrito a pocas semanas de distancia, haya perdido fuerza literaria aun en medio de una sucesión continua de aventuras: probablemente porque las pretensiones son mayores. Es en cierto modo un sino de la literatura. Fray Luis de León dejó una espléndida muestra lírica en aquellas «obrecillas» que confesaba habersele caído «como de entre las manos». Cervantes, tan mal crítico de sí mismo, se enteró por terceros de que «de su prosa se podía esperar mucho, pero que del verso nada», y a fe que le dio gran pesadumbre el oírlo. Defoe, cuando intentó sólo hacer una obra más o menos comercial, aprovechando el auge y éxito de los libros de viajes y las nunca olvidadas alegorías del viajante espiritual de Bunyan, escribió una obra maestra; cuando intentó

*Una
literatura
«esencial»*

Pocas obras como ésta en donde «fondo» y «forma» estén tan perfectamente ajustados. Robinson, que no hace nada inútil, tampoco lo escribe. Sus palabras, como sus actividades, son «esenciales». (A veces sermonea, pero es que Robinson, además de burgués, es puritano, y Defoe tiene algo de predicador frustrado^[61]). Pero aquí la urgente necesidad de cada día es tan acuciante, que le impide explayarse en perífrasis retóricas, rodeos metafóricos o divagaciones líricas. Por eso la novela nos resulta tan cercana, tan eficaz y, paradójicamente, tan «literaria». Quizá por eso el *segundo Robinson*, escrito a pocas semanas de distancia, haya perdido fuerza literaria aun en medio de una sucesión continua de aventuras: probablemente porque las pretensiones son mayores. Es en cierto modo un sino de la literatura. Fray Luis de León dejó una espléndida muestra lírica en aquellas «obrecillas» que confesaba habersele caído «como de entre las manos». Cervantes, tan mal crítico de sí mismo, se enteró por terceros de que «de su prosa se podía esperar mucho, pero que del verso nada», y a fe que le dio gran pesadumbre el oírlo. Defoe, cuando intentó sólo hacer una obra más o menos comercial, aprovechando el auge y éxito de los libros de viajes y las nunca olvidadas alegorías del viajante espiritual de Bunyan, escribió una obra maestra; cuando intentó interesarnos con las aventuras marcopolianas de su héroe, nos interesó menos.

El estilo, decíamos, se ajusta a la urgencia de lo que escribe. Dudo que *Estilo* Defoe relejera alguna vez una línea de lo que escribía; Robinson tampoco. Su estilo, apresurado, utilitario, desaliñado, no tiene más que un objeto: notificar. A veces el párrafo se le alarga a puro fluir de pluma, y tiene que recoger la frase primera con los consabidos «digo», «como digo», «como decía», «quiero decir», «me refiero a»... No evita repeticiones, no pierde el tiempo buscando sinónimos si no surgen espontáneamente, no cae en la cuenta de las cacofonías, no oye gemir a la sintaxis. Las cosas que tiene que contar son tantas y tan sustanciales, que la palabra es un mero vehículo y no un potencial portador de belleza. Su estilo es más oral que escrito: cuando uno se tuerce hablando, intenta corregir sobre la marcha, porque borrar no es posible. Lo mismo hace Robinson. Por eso el libro parece tan sólido, tan compacto, tan sin fisuras. La fuerza del relato está en la actividad incansable de Robinson, y ésa no se pierde en busca de imágenes, sino de cosas. La prosa de Robinson es una cosa más: un instrumento. Pero un instrumento manejado con tal precisión y eficacia, que ha fabricado una historia fascinante.

Gabriel Betteredge, aquel inolvidable mayordomo de *La piedra lunar* y empedernido lector de *Robinson Crusoe*, opinaba que «no ha sido ni podrá ser escrito jamás otro libro como éste». No voy a llevar yo el elogio hasta tal extremo. Tampoco quiero ser más rousseauniano que Rousseau ni pedir que el *Robinson* sea el primer y único libro que se tenga en la biblioteca. Pero sí pediría que no falte.

Emilio PASCUAL

Bibliografía

* Con «s. a.» indicamos «sin año», aunque la edición española es próxima a la original.

¹ Publicado en «Foxon Lists».

| <u>AÑO</u> | <u>TÍTULO ORIGINAL</u> | <u>TÍTULO CASTELLANO</u> |
|------------|---|--|
| 1691 | <i>A New Discovery of an Old Intrigue: a Satyr Level'd at Treachery and Ambition, Calculated to the Nativity of the Rapparee plott, and the modesty of the jacobite clergy.</i> | Un nuevo descubrimiento de una vieja intriga: Sátira al nivel de la traición y la ambición calculada por el nacimiento del complot entre Rapparee y la modestia de la clerecía Jacobina. |
| 1697 | <i>The Character of the Late Dr. Samuel Annesley, by Way of Elegy.</i> | El carácter del difunto Dr. Samuel Annesley, a modo de elegía. |
| 1701 | <i>The True-born Englishman: a Satyr</i> ¹ . | El verdadero inglés: Una sátira. |
| 1702 | <i>The Spanish descent: a poem, by the author of the True-born Englishman.</i> | La descendencia española: poema, por el autor de El verdadero inglés. |
| 1702 | <i>The Mock-Mourners: a Satyr, by Way of Elegy of Ring William</i> ¹ . | Los falsos afligidos: Una sátira, a modo de elegía del Rey Guillermo. |
| 1702 | <i>Reformation of Manners: a Satyr.</i> | Reforma de los modales: Una sátira. |
| 1703 | <i>More Reformation: a Satyr upon Himself.</i> | Más reforma: Una sátira sobre sí mismo. |
| 1703 | <i>A Hymn to the Pillory.</i> | Himno a la picota. |
| 1704 | <i>An Enquiry into the Case of Mr. Asgil's General Translations shewing that 'tis not a Nearer way to Heaven than the Grave.</i> | Una investigación sobre las generales interpretaciones del caso de Mr. Asgil mostrando que este no es un camino tan cercano al cielo como el sepulcro. |
| 1704 | <i>The Storm.</i> | La tormenta. |
| 1705 | <i>The Consolidator: or Memoirs of Sundry Transactions from the World in the Moon, Translated from the Lunar Language.</i> | El unificador: o memorias de varias negociaciones entre la tierra y la luna, traducido del idioma lunar. |
| 1705 | <i>Advice to all Parties.</i> | Aviso a todas las partes. |
| 1705 | <i>The Dyet of Poland: a Satyr.</i> | La dieta de Polonia: Una sátira. |
| 1705 | <i>The Ballance: or a New Test of the High-Fliers of all Sides.</i> | La balanza: o una nueva prueba de los extremistas de todas partes. |
| 1706 | <i>Jure Divino: a Satyr in Twelve Books.</i> | Juicio divino: Una sátira en doce libros. |
| 1706 | <i>A True Relation of the Apparition of one Mrs. Veal.</i> | Un verdadero relato de la aparición de una tal señora Veal. |
| 1710 | <i>The British Visions.</i> | El punto de vista inglés. |
| 1710 | <i>Atalantis Major.</i> | Atalantis Major. |
| 1711 | <i>A Short Narrative of the Life and Actions of His Grace John D. of Marlborough, from the Beginning of the Revolution to this Present Time.</i> | Una breve narración de la vida y hechos de su Excelencia John, Duque de Marlborough, desde el comienzo de la revolución hasta el presente. |
| 1711 | <i>The Secret History of the October Club, from its Original to this Time, by a Member.</i> | La historia secreta del Club de Octubre, desde su fundación hasta el presente, por un miembro. |
| 1714 | <i>A Secret History of one Year.</i> | La historia secreta de un año. |
| 1715 | <i>The Secret History of the Secret History of the White Staff, Purse and Mitre.</i> | Historia secreta de la historia secreta del báculo blanco, la bolsa y la mitra. |
| 1715 | <i>The Secret History of State Intrigues in the Management of the Scepter, in the Late Reign.</i> | La historia secreta de las intrigas de estado en el manejo del cetro real en el último régimen. |

| | | |
|------|---|--|
| 1715 | <i>The Family Instructor, in three parts wiht a Recommendatory Letter by the Reverend Mr. S. Wright.</i> | El preceptor familiar en tres partes con una carta laudatoria del Reverendo señor S. Wright. |
| 1715 | <i>The Second-Sighted Higlander: Being Four Visions of the Eclypse, and Something of what May Follow.</i> | El escocés adivino: cuatro visiones del eclipse y otras cosas que pueden suceder. |
| 1719 | <i>The Life and Strange Surprizing Adventures of Robinson Crusoe.</i> | <i>Aventuras de Robinson Crusoe</i> (1849). |
| 1719 | <i>The Farther Adventures of Robinson Crusoe.</i> | <i>Nuevas aventuras de Robinson Crusoe</i> (1859). |
| 1719 | <i>The King of Pirates.</i> | El rey de los piratas. |
| 1720 | <i>An Historical Account of the Voyages and Adventures of Sir Walter Raleigh, wiht the Discoveries and Conquests he Made for the Crown of England.</i> | Un histórico relato de los viajes y aventuras de Sir Walter Raleigh, con los descubrimientos y conquistas que hizo para la corona de Inglaterra. |
| 1720 | <i>Memoirs of a Cavalier.</i> | <i>Memorias de un caballero</i> (s. a.). |
| 1720 | <i>The Life, Adventures and Pyracies of the Famous Captain Singleton.</i> | <i>Aventuras del Capitán Singleton</i> (1943). |
| 1720 | <i>Serious Reflections During the Life and Surprizing Adventures of Robinson Crusoe, with his Vision of the Angelick World.</i> | Serias reflexiones durante la vida y sorprendentes aventuras de Robinson Crusoe, con su visión del mundo angelical. |
| 1721 | <i>Some Account of the Life of Sir Charles Sedley by an Eminent Hand.</i> | Algunos sucesos de la vida de Sir Charles Sedley por una eminente mano. |
| 1721 | <i>The Fortunes and Misfortunes of the Famous Moll Flanders.</i> | <i>Las aventuras amorosas de Moll Flanders</i> (1933). |
| 1722 | <i>A Journal of the Plague Year.</i> | <i>Diario del año de la peste</i> (1969). |
| 1722 | <i>The History and Remarkable Life of the Truly Honourable Col Jacque, Commonly call'd Col Jack.</i> | La histórica e interesante vida del verdaderamente honorable Col Jac, que comúnmente llamado Col Jack. |
| 1724 | <i>The Fortunate Mistress: or a History of the Life and Vast Variety of Fortunes of Mademoiselle de Beleau, afterwards Call'd the Countess de Wintselsheim, in Germany, being the Person Known by the Name of the Lady Roxana, in the Time of King Charles II.</i> | La afortunada cortesana: O historia de la vida y rica variedad de sucesos de Mademoiselle de Beleau, después llamada Condesa de Wintselsheim en Alemania, siendo la persona conocida bajo el nombre de lady Roxana en tiempos del Rey Carlos II. |
| 1724 | <i>A General History of the Robberies and Murders of the Most Notorious Pyrates, and also their Policies, Discipline and Government, from their First Rise and Settlement in the Island of Providence, in 1717, to the Present Year 1724, by Captain Charles Johnson.</i> | Historia general de los robos y crímenes de los más notorios piratas, y también su política, disciplina y gobierno, desde su primer levantamiento y establecimiento en la isla de Providence en 1717, hasta el presente año de 1724, por el Capitán Charles Johnson. |
| 1724 | <i>A Tour thro' the Whole Island of Great Britain.</i> | Un viaje a través de la isla de Gran Bretaña. |
| 1724 | <i>A Narrative of all the Robberies, Escapes etc., of John Sheppard.</i> | Una narración de todos los robos, fugas, etc., de John Sheppard. |
| 1724 | <i>The History of the Remarkable Life of John Sheppard, Containing a Particular Account of bis Many Robberies and Escapes.</i> | Historia de la interesante vida de John Sheppard, conteniendo una particular relación de sus muchos robos y fugas. |
| 1725 | <i>A New Voyage Round the World, a Course Never Sailed Before.</i> | Un nuevo viaje alrededor del mundo por rutas nunca antes navegadas. |
| 1725 | <i>The Life of Jonathan Wild.</i> | La vida de Jonathan Wild. |
| 1725 | <i>The True and Genuine Account of the Life and Actions of the Late Jonathan Wild, not Made up of Fiction and Fable, but Taken</i> | Los verdaderos y genuinos sucesos de la vida del difunto Jonathan Wild, no creados de ficción ni de fábula, sino tomados de su |

- and Actions of the Late Jonathan Wild, not Made up of Fiction and Fable, but Taken from his Own Mouth.*
- 1725 *An Account of the Conduct and Proceedings of the Late John Gowalias Smith, Captain of the Late Pirates.*
- 1726 *A Brief Historical Account of the Lives of the Six Notorius Street Robbers, Executed at Kingston, viz William Blewet, Edward Bunworth, Emanuel Dickenson, Thomas Berry, John Higges and John Legee.*
- 1726 *The Political History of the Devil.*
- 1726 *Unparallel'd Cruelty: or the Tryal of Captain Jeane of Bristol, who was Convicted at the Old Bailey for the Murder of his Cabbin-boy.*
- 1726 *The Friendly Daemon, or the Generous Apparition: being a True Narrative of a Miraculous Cure, Newly Perform'd upon that Famous Deaf and Dumb Gentleman Dr. Duncan Campbell, by a Familiar Spirit that Appear'd to Him in a White Surplice, Like a Cathedral Singing Boy.*
- 1726 *The Four Years Voyages of Captain George Roberts: Being a Series of Uncommon Events, which Befell Him in a Voyage to the Islands of the Canaries, Cape de Verde and Barbadoes, from Whence He Was Bound to the Coast of Guiney.*
- vida del difunto Jonathan Wild, no creados de ficción ni de fábula, sino tomados de su propia boca.
- Descripción de la conducta y acciones del fallecido John Gowalias Smith, Capitán de los últimos piratas.
- Un breve e histórico relato de las vidas de seis famosos ladrones callejeros, ejecutados en Kingston. A saber: William Blewet, Edward Bunworth, Emanuel Dickenson, Thomas Berry, John Higges y John Legee. *Historia del diablo* (1930).
- Crueldad sin igual: O el juicio del capitán Jeane de Bristol, convicto del asesinato de su grumete ante el Tribunal de lo criminal.
- El demonio amistoso, o la generosa aparición: Una narración verdadera de una cura milagrosa, realizada en el famoso caballero sordomudo doctor Duncan Campbell, por un espíritu familiar que apareció ante él con una blanca sobrepelliz como de niño cantor.
- Los cuatro años de viajes del capitán George Roberts: Una serie de extraños sucesos, que le acontecieron en un viaje a las islas Canarias, Cabo Verde y Barbados, de donde fue enviado a la costa de Guinea.



DANIEL DEFOE, nació alrededor de 1660, en las cercanías de Londres (en St. Giles Cripplegate o en Stoke Newington) y falleció el 24 de abril de 1731. Defoe es importante por ser uno de los primeros cultivadores de la novela, género literario que ayudó a popularizar en Inglaterra y que le valió el título de «Padre» de todos los novelistas ingleses. Escribió más de 500 libros, panfletos y opúsculos.

La primera y más famosa novela de Defoe, *Vida y extraordinarias y portentosas aventuras de Robinson Crusoe de York*, navegante, se publicó en 1719, cuando su autor contaba ya casi 60 años. Este relato ficticio sobre un naufrago se basaba en las aventuras de un marino, Alexander Selkirk, que había sido abandonado en una isla del archipiélago Juan Fernández, frente a las costas de Chile. Esta novela, llena de detalles sobre las ingeniosas ideas de Robinson para sobrellevar los rigores de la isla, se ha convertido en un clásico de la literatura infantil.

Defoe siguió escribiendo novelas: *Memorias de un caballero* (1720), *Vida, aventuras y piratería del célebre capitán Singleton* (1720) y *Fortunas y adversidades de la famosa Moll Flanders* (1722), las aventuras de una prostituta londinense que está considerada como una de las grandes novelas inglesas. En esta última obra Defoe mostró su conocimiento de la naturaleza humana y su interés por los motivos que conducen a determinados comportamientos. También reflejó su preocupación por los pobres.

Entre sus otros escritos de importancia cabe destacar *Diario del año de la peste* (1722), *El Coronel Jack* (1722), *Lady Roxana o la cortesana afortunada* (1724), *Un*

viaje por toda la isla de Gran Bretaña (1724-1727), Historias de piratas (1724-1728) y El perfecto comerciante inglés (1725-1727).

Notas

[1] Bremen, o Brema, ciudad y puerto de Alemania en el mar del Norte. Hull, o Kingston-Upon-Hully, ciudad de Gran Bretaña (Yorkshire), a la orilla derecha del estuario del Humber. <<

[2] Debe de referirse a la batalla de las Dunas de 1658, cuya ofensiva final se desencadenó sobre Dunkerque (ciudad de Francia en el mar del Norte), y donde el Ejército español fue derrotado frente al anglo-francés. Dunkerque quedó en poder de los ingleses. <<

[3] Alusión al libro de los Proverbios 30,8: «No me des pobreza ni riqueza». <<

[4] Newcastle-Upon-Tyne y Yarmouth son dos puertos de mar, ambos en la costa oriental de Inglaterra. <<

[5] Cabo en el mar del Norte, a 2 km de Winterton, en el condado de Norfolk. <<

[6] Alude al episodio relatado en el libro de *Jonás* 1.1-16: Jonás, desobedeciendo el mandato de Dios, que lo enviaba a anunciar a Nínive su destrucción, embarcó para Tarsis, pero se levantó una tempestad que sólo se calmó al arrojar a Jonás al agua. <<

[7] En el original *calenture*, deformación de la palabra española calentura. <<

[8] Salé, ciudad y puerto de Marruecos en la costa atlántica, frente a Rabat, fue desde la Edad Media, y sobre todo en el siglo xvii, un centro de piratería muy notable. <<

[9] *Powder-chest*: primitivas cápsulas de madera que contenían pólvora, piedras o balas. <<

[10] Embarcación de quilla plana, mixta de vela y remo, larga, estrecha, ligera, con tres palos y popa cuadrada. <<

[11] Se refiere al estrecho de Gibraltar. <<

[12] No hay tigres en África, pero la palabra designa al leopardo, pantera u otros animales semejantes. <<

[13] Se refiere al Teide, que está en el centro de Tenerife, uno de los más altos (3.718 m de altura) hasta entonces escalado por el hombre. Todavía en 1737 el *New Geographical Dictionary* le atribuía la increíble altura de 24.000 m. <<

[14] El río Cambia está a unos 200 km al S. de Cabo Verde, y el Senegal, a 200 al N.
<<

[15] Así en el original. En correcto portugués sería *senhor inglese*. Más abajo escribe *seignior*. <<

[16] Uno de los puertos más profundos de la costa brasileña, donde se encuentra la ciudad de San Salvador. <<

[17] En español en el original. <<

[18] El original utiliza la palabra españolizada *assiento*s. <<

[19] Presumiblemente se refiere al cabo San Roque o cabo de Colcanhar, en el extremo este de la costa brasileña y de todo el continente americano. <<

[20] Isla de Brasil que se encuentra a unos 400 km al nordeste de los cabos mencionados. <<

[21] Evidente error de imprenta, ya que se refiere a Guayana. <<

[22] En holandés en el original: «El mar salvaje». <<

[23] En francés en el original: «golpe de gracia». <<

[24] Quizá se trata de la adaptación de Defoe de *Great joys, like griefs, are silent* (Las grandes alegrías, como las penas, son mudas), de la comedia *Holland's Leaguer*, de Shackerley Marmion (1632). <<

[25] Palabra de origen árabe que designa genéricamente los destilados alcohólicos típicos de países cálidos, como el vino de palma, de cocos u otras bebidas. <<

[26] Católicos. Es término generalmente despectivo. <<

[27] No parece probable que se trate de focas en estas latitudes. No debe descartarse que estas focas provengan de las crónicas del marino español Juan Fernández (1530-1599). <<

[28] Aunque hay varias especies de cebada, no parece haber diferencia entre la europea y la inglesa. <<

[29] Quiere decir indígenas, en este caso los africanos. <<

[30] *Salmo* 50,15. La cita siguiente es del *Salmo* 78,19. <<

[31] *Hechos de los Apóstoles* 5, 31. <<

[32] Muchos de los productos naturales a los que alude Crusoe, seguramente fueron introducidos en la isla al mismo tiempo que las cabras. <<

[33] Así se denominaban las altas tierras de África del noroeste. Comprendían los actuales estados de Marruecos, Argelia, Tunicia y parte de Libia. <<

[34] Mercado londinense (llamado así porque su techo estaba recubierto de plomo) de carne y caza, cerca de Gracechurch Street, en el centro de la ciudad. <<

[35] *Poli* o *Polly* es el nombre que suele darse convencionalmente a los loros. <<

[36] *Josué 1,5: Carta a los Hebreos, 13.5.* <<

[37] Los detalles de la construcción del templo por Salomón están en los primeros capítulos de 2 *Crónicas*, y en los caps. 5 y ss. de 1 *Reyes*. <<

[38] *Lucas* 16.26. La cita siguiente es de la 1.^a *Carta de San Juan* 2.16. <<

[39] «Los cuervos le llevaban pan por la mañana y carne por la tarde». (1 Reyes, 17,6).

<<

[40] Se refiere a las colonias inglesas de América. <<

[41] *Salmo* 50,1 5. En efecto, la cita ya la vimos en la pág. 101. <<

[42] *Salmo* 27. 14. <<

[43] Los granos de la mejor pólvora eran barnizados con grafito para suavizar la combustión y hacerlos más seguros para su uso. <<

[44] Antigua moneda de oro portuguesa (*moidore* viene de *moeda d'ouro*) que equivalía a unos 27 chelines. <<

[45] En Alemania la pena capital se ejecutaba mediante la decapitación: en Inglaterra, mediante la horca. <<

[46] Cf. Carta de San Pablo a los *Romanos* 1,18-23. <<

[47] *Isaías* 29.16: 45.9: *Romanos* 9.20-21. <<

[48] Cladastris (*Chlorophora. Madura*), un árbol que se encuentra en Sudamérica y en las Indias Occidentales. Su madera da una tintura amarilla. <<

[49] Nicaragua: una especie de *Caesalpinia* (que da una tintura roja) parecido al palo brasil. <<

[50] Así en el original. Defoe reproduce erróneamente la grafía de «español» como más abajo la de «señor». <<

[51] Así en el original. <<

[52] Con esta grafía intenta Defoe reproducir la palabra *cruzeiro*, unidad monetaria brasileña dividida en cien centavos. <<

[53] En español en el original, y esta vez correctamente transcrito. <<

[54] Promontorio en la costa sur de Inglaterra, en el canal de la Mancha. <<

[55] Calais y Dover, ciudades francesa e inglesa respectivamente, delimitan el *paso de Calais*, la parte más estrecha del canal de la Mancha. <<

[56] Las Antillas. <<

[57] El *Diario* de Samuel Pepys (1633-1703) narra los acontecimientos que le ocurrieron desde el 1 de enero de 1660 hasta el 31 de mayo de 1669. Escrito en caracteres cifrados y en una curiosa mezcla de inglés, francés, español, italiano y latín, lo mismo describe sus deberes profesionales y conducta personal, que los chismorreos de la corte, las pequeñas disputas burguesas de sus vecinos y hasta las grandes intrigas políticas y los escándalos de la alta sociedad. Ignorado hasta 1825, en que John Smith lo descifró y publicó parcialmente, no hubo edición completa del *Diario* hasta 1893. <<

[58] De esta obra dijo Walter Scott: «Si no hubiese escrito *Robinson Crusoe*, Defoe hubiera merecido la inmortalidad por el genio que demuestra en su *Diario del año de la peste*». <<

[59] James Joyce ha dicho que Defoe es «el padre de la novela inglesa». Cabría decir que también es un precursor del periodismo moderno. <<

[60] La unión se efectuaría de hecho en 1707. <<

[61] No deja de ser curioso que quien le editara el libro fuese William Taylor, un impresor especializado en libros religiosos y de viajes. <<